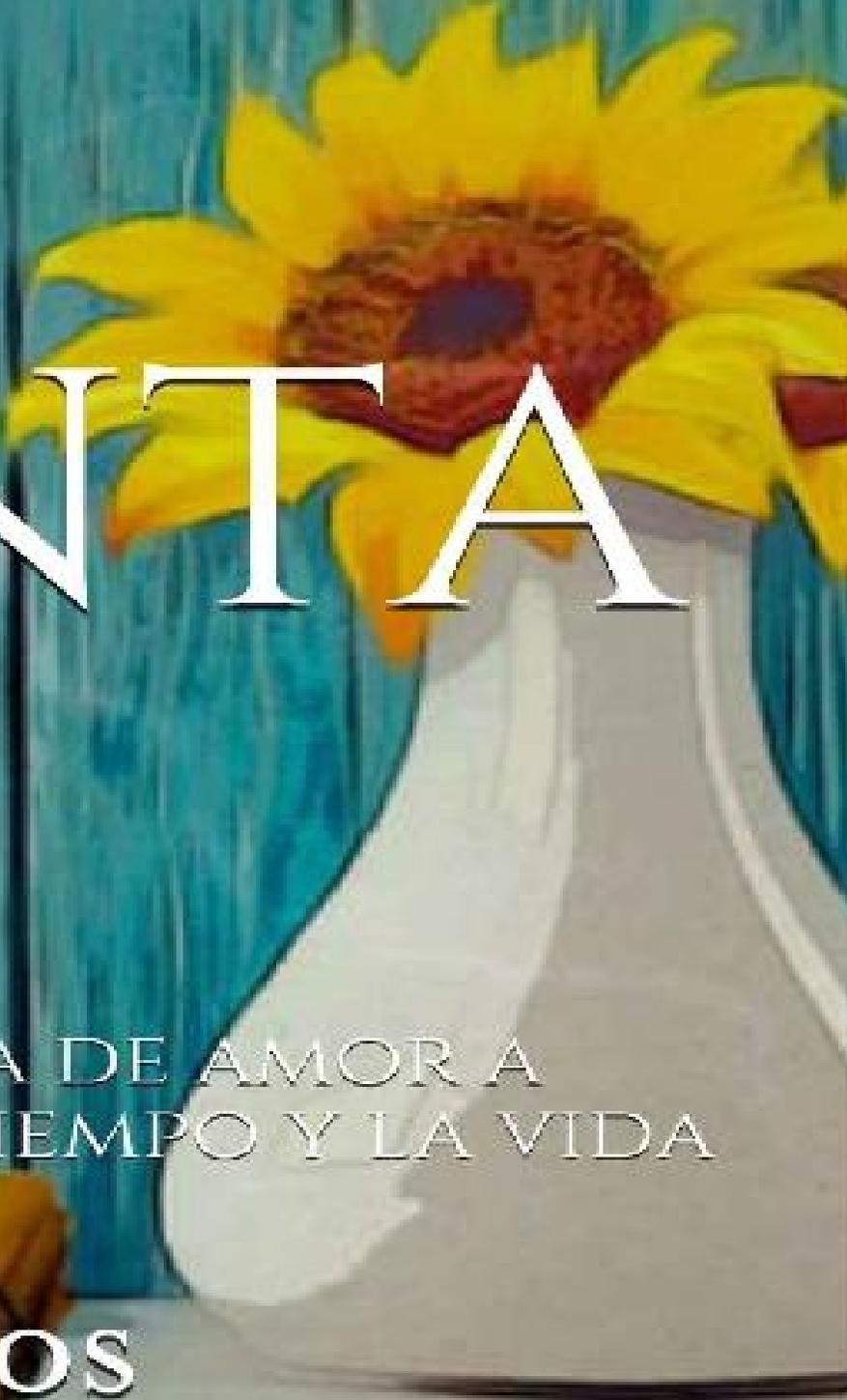
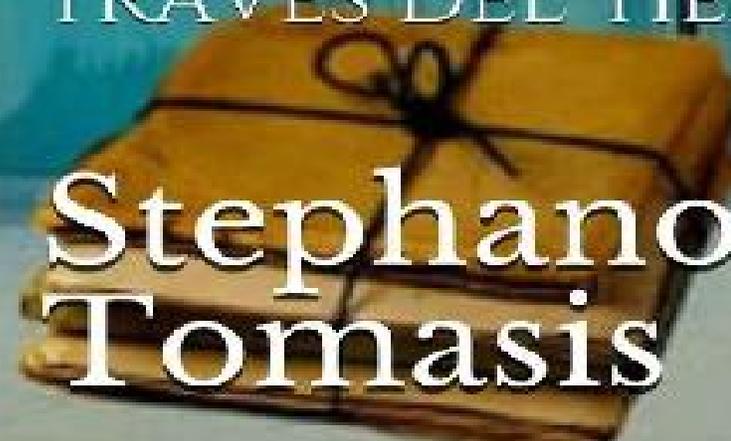


AMOR EN TINTA

A large, vibrant yellow sunflower with a dark brown center is the central focus, housed in a simple white ceramic vase. The background is a textured teal color with vertical wood-grain-like patterns.

UNA HISTORIA DE AMOR A
TRAVÉS DEL TIEMPO Y LA VIDA

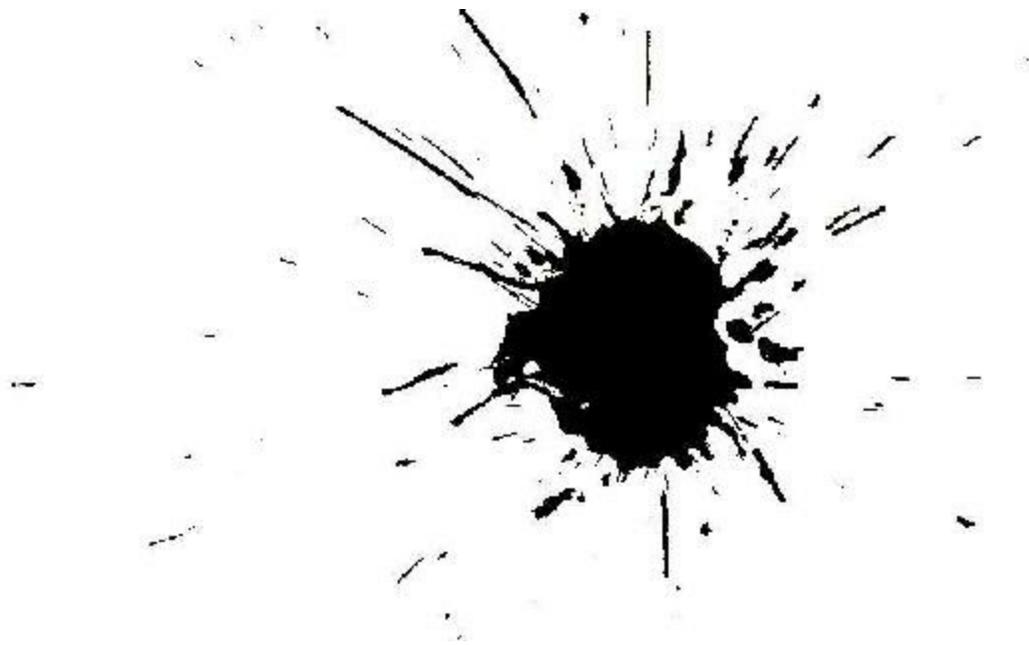
A stack of aged, yellowed papers is tied together with a black string, resting on a light-colored surface in the bottom left corner.

Stephanos
Tomasis

AMOR EN TINTA

AMOR EN TINTA

Una historia de amor a través del tiempo y la vida



Stephanos Tomasis

Derechos de autor

AMOR EN TINTA

© 2019 Stephanos Tomasis

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular.

Stephanos Tomasis

tomasisfano@gmail.com

[Blog](#)

 [Inkandtravel](#)

Copyright © 2019 Nombre del autor

Todos los derechos reservados.

ISBN: 03-2019-013012035700-01

DEDICATORIA

A mi tía Coco. Dónde quiera que estés, sé que me estás leyendo.

A mi madre, la sobreviviente más fuerte y a mi padre, quien cambió el mundo por ella.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi padre y a mi madre por darme una infancia perfecta, introducirme a la lectura y mostrarme que el mundo es tan mágico como la fantasía.

A mis hermanos, por el apoyo y las pláticas de sueños y desdichas. Por ser la luz, cuando mi madre más lo necesitaba.

Gracias a Ana, sus palabras guiaron mis letras al papel y me hicieron un escritor.

A mis sobrinos, por mantenerme niño.

Gracias a Arcadio, Karen y Linette quienes leyeron la obra primero y con feroz pluma la destrozaron para darle nueva vida.

Gracias a los Morons, por las pláticas y risas compartidas con esos rufianes.

Gracias a mi familia, por darme una forma bella de ver el mundo.

Gracias a todos los amigos que me han escuchado hablar de mis sueños, gracias por los cafés, las cervezas y las anécdotas.

Contents

AMOR EN TINTA

1 Christopher

2 Nicole

3 Christopher

4 NICOLE

5 Christopher

6 Nicole

7 Christopher

8 nicole

9 Christopher

10 nicole

11 Nicole

12 Nicole

13 Nicole

14 Nicole

15 Nicole

16 Nicole

17 Nicole

18 Nicole

19 Nicole

20 Christopher

21 Nicole

22 Christopher

23 Nicole

24 Christopher

25 Nicole

26 Nicole

27 Nicole

28 Christopher

29 Nicole

PRIMER PARTE

1 Christopher

Septiembre. 7:26 de la noche. Mi madre deja de gritar mientras el doctor me sostiene en sus brazos. Por primera vez abro los ojos. El palpitar lento de mi corazón y la ausencia de un llanto estruendoso hace que la sala de parto se vuelva un lugar silencioso en vez de uno lleno de cánticos a la vida, de sublimes sonrisas que evocan amor y carcajadas que esconden alegría bajo las palmas cubriendo sigilosamente las bocas. Tenía un corazón lento que se encogía y expandía solamente cada cuatro segundos. Supongo que ante la orilla de la vida uno se queda admirando el resplandor del horizonte por lo menos un instante, esperando que nunca termine el amanecer, tal vez deseando que nunca anochezca y aquella lúgubre negrura de la muerte jamás nos alcance.

Mi madre, cubierta de sudor, lágrimas, cansancio y miedo, posa su mirada dulce y protectora ante la menuda encarnación de amor y ternura. Mi padre se aferra a la mano de aquella mujer cuya palpitación se ha vuelto casi tan tenue como la mía. La fuerza de aquel aferre aumenta, pero las manos suaves de ella ignoran el dolor. Esta en shock. Pálida ante la pintura frente a ella. Solo puede murmurar tres palabras con un soplo de deseo en ellas:

—*Mi pequeño Christopher.*

Dos minutos después de mi nacimiento, un niño de cuatro años que parece muñeco por sus coloradas mejillas, camina tomado de la mano de una mujer con cabello gris y alarmante joroba por los blancos pasillos del hospital, oliendo aquel dulzón aroma a medicina: café y plástico.

Mi hermano. Sus pasos llegan a un cuarto con luz rojiza y amarillenta evocando una sensación de divinidad escondida en la tierra. Una cruz enorme reposa en la pared posterior, un altar con un hombre atravesado por clavos y la barbilla caída. Aquel niño cierra los ojos y por primera vez en su vida desea algo que no fueran montañas enormes de helado y juguetes. Sus parpados se aferran a la abstracción de las palabras difíciles que aún carecen de complejidad y piensa: *Quiero ver a mi hermanito.*

Tres minutos después de aquel momento, el doctor arquea los labios en una mueca de tristeza al mirar su reloj y colocar dos dedos en mi pecho. Pone su palma suave, cubierta por un guante frío, en la rodilla de mi madre y la mira.

Es el mejor amigo de mi padre y las palabras se pierden en su garganta a sabiendas que cada letra destrozará sus corazones y aumentarán aquel nudo terrible en sus pechos.

Una enfermera pica la planta de mi pie izquierdo con un gélido artefacto para medir mi sensibilidad al dolor. Por primera vez en mi vida... lloro.

Mi palpitación aumenta con rapidez y mis lamentos llenan aquella sala obscurecida por la tristeza, aquel velo de terror y dudas desaparece como la noche al llegar el alba. La boca del doctor se arquea de nuevo, esta vez sonrío. Mi madre ríe y brotan lágrimas de sus ojos entreabiertos llenando sus labios con una sutil presencia salina al abrazar a mi padre.

El doctor sale de la habitación al murmullo del hospital, todavía con aquella bata de material sintético azul, y se apresura a la sala de espera al final del pasillo. Busca a dos niños en una multitud de sanadores en trapos blancos y personas que se mueven entre los matices de alegría y miedo de maneras desproporcionadas y un tanto temibles.

El niño colorado y de pelo negro alza su cabeza y deja notar su presencia en un sofá. Una niña de trece años se levanta y sus ojos se llenan de emoción.

—La familia es un poco más grande, ahijado. — Suspira el padrino de mi hermano al quitarse la gorra quirúrgica y acomodar el cubre bocas en su cuello.

Mi hermano sonrío y todos aquellos personajes que asistieron al evento rompen el silencio con aplausos. La niña corre al cuarto donde se encuentra el resto de su familia. De un portazo veo a la mujer más hermosa del mundo por primera vez, mi hermana mayor.

Al pasar el tiempo crezco aferrado a la idea de la magia y a los cuentos que mi madre me lee antes de dormir. Mis hermanos juegan videojuegos en la estancia de una modesta casa de tres habitaciones mientras yo deambulo buscando alguna aventura o tratando de conocer un poco más el mundo.

Mi madre y yo leemos historias antes de entrar al colegio. Estaciona el auto viejo y humeante que gime cada vez que se introduce la llave como si la existencia de su función le afectara rotundamente. Esperamos con un libro enfrente de aquellas murallas verdes que parecen impenetrables. Mi voz es desconfiada al leer un capítulo que dura al menos dos mañanas completas, antes de que mi madre tenga que partir al trabajo cuando el sol comienza a aclarar la mañana. Ella sonrío y corrige cada palabra, sus labios finos se mueven suavemente para que pueda comprender cómo se articulan las letras.

Estoy en clase. Todos los niños en derredor, sentados en bancas cafés,

escriben y borran con rapidez; una mujer de cabellos rojos y gafas de media luna se mueve frente al pizarrón. Lentamente caigo rendido ante pensamientos fantasiosos y mi mirada se pierde en el horizonte y me dirige a mundo lleno de misterios y criaturas que no existen. La profesora me ve con angustia y grita mi nombre. Cómo recién salido de un encantamiento, reposo la mirada ignorante en el pizarrón que ha perdido su usual verde y esta coloreado con tiza.

Mi madre es citada para hablar de mi rendimiento y espero en un sofá moteado en la antesala de la habitación a la que cualquiera con una mente sana teme entrar. Me levanto y deambulo mirando constantemente a la puerta abierta, deseando estar del otro lado: en los jardines donde todos juegan y ríen.

Una niña con rizos largos color castaño cruza rápidamente, durante un instante nuestras miradas se entrelazan y mi corazón palpita más rápido. Debieron llevarla a ella a la sala de parto. Mis palmas sudan y mi respiración se acelera. Ella camina hacia atrás con lentitud y veo sus extraños ojos marrones. Es en ellos donde mi mente perdida va a parar cada vez que veo por la ventana, es en ellos donde leo aquellos cuentos de fantasía que tanto me ha inculcado mi madre. Es en ellos donde encuentro a la princesa custodiada por dragones, aquella flor roja que me habla en mi soledad, aquella intangible sensación de espasmo emocional y locura alegre. La curvatura de sus labios reemplaza todo sentimiento e imagen difusa de historias contadas. Esa corta risa que hace antes de partir y perderse de vista, lo que para mí podría ser por siempre, es la banda sonora de mis sueños. En un segundo conozco por primera vez el amor y mi corazón es destruido al pensar que jamás la veré de nuevo.

Intento correr ante aquella luz ardiente del atardecer colándose por el marco de la puerta cuando el fuerte agarre de una mano huesuda jala mi brazo. Volteo a ver el rostro tétrico de un adulto que se sienta detrás de un escritorio y me hace preguntas para las que no tengo respuesta.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué no pones atención?

Mi mente se pierde en aquel villano inventado en mi subconsciente: una mujer con nariz de bruja, tenazas por manos, tentáculos asomándose por debajo del escritorio y un cuello enorme que alarga ante mí. Cada vez que abre su boca veo colmillos largos y filosos y una lengua partida a la mitad, semejante a la de una culebra como aquellas que he visto en el jardín donde juego diariamente y mi madre, con voz de reina preocupada, pronuncia que son mortales y debo alejarme. Mi cuerpo se achica ante tal adversario.

Aquella bestia mortífera hace entrar a mi madre al oscuro calabozo que me mantiene alejado de la princesa. Las horas pasan y mis manos menudas siguen sudando. De vez en cuando una carcajada sale de mi boca y el ser monstruoso de pesadillas detrás del escritorio clava en mí el fuego ardiente de sus ojos. Mi madre se disculpa y menciona que cuando estoy nervioso suelo reír.

Al salir de aquella oscuridad que me llena de un temor incontrolable, el mundo se ve un poco más pálido. Trato de correr a la puerta y el agarre suave de mi madre me retiene. Cuando al fin caminamos por aquel marco de madera, los ojos de cuarzo ya no están. La he perdido para siempre.

De regreso a casa, en el carro viejo que grita como dragón, mi madre me pregunta las mismas frases del monstruo. Sigo sin tener respuestas, nadie me las ha dado. El regreso a casa se vuelve silencioso y donde alguna vez hubo risas y cuentos ahora parece un desierto que algún villano conquistó. La pregunta que me atormentará por los siguientes años comienza. ¿A caso soy el villano? ¿Soy el antagonista de la historia?

Seis años después vuelvo a encontrar esa sensación perdida que aquella princesa, la cual busqué cada receso en salones desiertos y patios llenos de alegría y juego, me hizo sentir. Al inicio de un nuevo año escolar, mientras me reúno con compañeros enfrente de una puerta blanca, contando anécdotas que probablemente nunca pasaron pero cada uno confía en que lo hicieron, el tiempo se detiene. Unas piernas largas escondidas bajo una falda índigo se acercan. Su cabellera ondulada y castaña se menea y descubre su cara diseñada con tanta cautela y precisión que es inútil resistirse a un encanto que detiene toda palabra. Mi corazón busca salir de mi pecho y mis manos vuelven a sudar. De pronto toda historia se vuelve placebo emocional para mi confianza y me veo riendo y hablando con alguien que no conozco y probablemente no sabe de mi existencia; con alguien cuya voz sólo percibo por un susurro cuando la maestra dice su nombre al pasar lista todas las mañanas.

Meses después de conocernos, en una reunión se forma un círculo alrededor de una botella de cristal. Cada momento que la botella gira mi corazón se detiene y suspira, hasta que el frasco se inmoviliza ante nosotros. Ella arquea sus labios y a manera de bravata me señala y exclama:

—Es sólo con los labios.

Yo me quedo perplejo preguntándome si existe otra manera de besarnos. Un juego de movimientos de cabeza que anuncia los días de la semana nos

hace levantarnos frente a la multitud. Espalda contra espalda ambos mordemos nuestros labios. Una voz anuncia:

—*¡Lunes!*

Nuestras cabezas giran: ella tratando de evitar voltear al mismo lado y yo deseando hacerlo. Seis veces nos equivocamos y una vez ambos miramos hacia la izquierda. Recibí un buen número de bofetadas y un beso; al sentarme no podía más que disimular mi felicidad. Un momento mágico por seis malos, dudo que sea un mal trato.

Un día lluvioso el aburrimiento me hace tomar una hoja y un lápiz. Escribo historias de princesas y dragones, de amor y dolor. Relatos sin sentido con personajes breves que crean suspenso en mi mente. Es justo en esos cuentos en los que estoy pensando en una sala de cine un viernes, dos años después.

Una fila entera de caras amistosas está sentada conmigo. El olor a palomas de maíz y frescos en el suelo llena mis pulmones. Junto a mí se encuentra una chica con un bello prognatismo, cabello ondulado y color del bronce. Nuestras piernas rozan entre los diálogos de personajes impresos en celuloide y un cosquilleo recorre por mi cuerpo. Nuestras manos conectan por un breve instante y nos miramos iluminados sólo por los cambios azulados en la pantalla inmensa. Mis labios se secan. Aspiro profundamente como si la valentía fuera una sustancia en estado gaseoso; una leve carcajada se asoma demostrando mis miedos. Una voz familiar grita:

—*¡Bésala!*

La sala repleta de adolescentes retumba con el mismo grito de guerra.

Mi cara se acerca a la suya. Lentamente nuestros labios se tocan, mis manos recorren su pierna y se despegan para tomar su cabello y continuar tan exquisita sensación. El mundo real se esfuma, la música enmudece, las palomas de maíz que recorren el aire se detienen como si estuvieran en el espacio. Por un instante dejamos de respirar y deseamos el momento no termine nunca. Tratamos de alargar aquella revelación de vida lo más posible. El mundo podría estar en llamas y estos rostros no se separarán. En ese fugaz momento ya no estamos en una sala atiborrada de olor a humano y persecuciones de alta velocidad; nos encontramos volando en un bosque otoñal. Danzando al son de nuestro pacto de amor y oliendo el dulzón aroma de la naturaleza enterrada bajo pilas de hojas muertas.

Nuestros labios, que ahora arden por el uso inexperto, se separan. La realidad nos golpea con un sobresalto de fulgor. La música de la sala lastima nuestros oídos, los gritos y chiflidos perturban nuestras emociones. Sus ojos

toman aquella pausa como una lesa, su labio se acerca de nuevo y el olor perfumado me embriaga. Encarnizada por aquella inocente ofensa comienza una reyerta de amor entre nuestras bocas, deseando recuperar aquel momento que ambos deseamos fuera sempiterno.

Las letras que escribo durante la noche ahora cobran vida. Las emociones intoxicaron mi ser y se vuelven el vino necesitado para la creación de mundos alternos, donde ella es una feroz bailarina luchando contra el mal y yo un humilde caballero en busca del verdadero amor.

El tiempo pasa y nos unimos cada vez más. Pero el tiempo agota nuestros sentimientos y nuestros músculos se debilitan. Las anécdotas que antes eran inacabables, se terminan y se vuelven repetitivas. La pasión magnetizando nuestros labios se vuelve escaza y ella dice:

—Ya no puedo seguir con esto.

La realidad me golpea con feroz puño de hierro y me tumba al piso. No hubo lucha contra grandes dragones ni antagonistas feroces y la pregunta que me atormenta en momentos de soledad cae en mi regazo como un viejo libro que acostumbra uno leer y se niega a terminar. *¿Acaso soy yo el villano?*

Aquellas páginas donde dejo caer la tinta de mis sueños se vuelven un escondite en el cual puedo encontrar la sensación que anhelo de nuevo. Ellas me refugian del mundo. Las narraciones que al principio no tenían sentido se hacen interesantes. Los personajes que solamente creaban suspenso en mi cabeza se transforman en francos amigos, cobran vida y me llevan de la mano para conocer sus mundos, sus más amargos y escondidos sueños y miedos. Me doy cuenta de ser objeto de uno de los más grandes temas que batos ilustres utilizan para crear, el desamor. Sufrí de un corazón roto, del que tanto escuché hablar y lo sobreviví.

Decidido a contar historias y experimentar cada segundo de esta corta vida, estudio las letras y aprendo a respirar sabiendo, desde aquel momento en donde tuve mi primer beso, vivir es lo que busco hacer en un futuro lejano.

Así descubro entre mis amistades universitarias un cuarzo antiguo, de mi infancia olvidado; se esconde con risas y bromas: Helena. El amor es delgado y de cabellos rizados. Le confío mi vida y le curo el corazón que viles hombres maltrataron. Durante las pláticas de sueños y desdichas, ella gusta del sencillo tacto al acariciar la piel de su antebrazo. Mis dedos se mueven sin lujuria y reímos sin mirar discretamente nuestros labios en espera de un beso, hasta que mis palmas sudan y mi respiración regresa a esa fatigosa rapidez.

Esos ojos enfrentados con amistad se hacen más cariñosos y se encienden

con pasión, el inicio de un amor sin final. Cuando nos miramos, los corazones se sincronizan, cuando mis dedos pasean por sus brazos los labios se anhelan.

—¿Me llevas a mi casa? — dice una noche mirando el carro destartado que chilla y es mi corcel.

Durante un momento, el cual me dará fuerza en el futuro, nuestros labios se cruzan y aquel dulzón aroma de otoño nos engancha. Noche tras noche nos besamos bajo la luz de la luna colándose entre las hojas de las jacarandas. Comprendemos cada vez más que el amor que nos atrapa, jamás nos dejará. Su rostro es el símbolo de la pasión y gruía las letras que con tan arduo trabajo escribo. Reímos y amamos en mil puntos distintos, siempre cercanos a casa. Nos besamos cada atardecer y cada anochecer; nuestros corazones se hielan al extrañarse. Su delgado talle me llena de vida al pasar mi brazo por su cintura y acercarla a mí con ojos llenos de deseo. El olor de su cuello me hace suspirar, sus ojos marrones me hipnotizan.

Una noche, tras soltar las palabras que ocasionan en mí su belleza:

—Eres el amor de mi vida.

Ella responde, con una mirada al suelo —Eso nunca lo podrás saber.

Se equivoca.

En la boda de un primo de Helena la invito a bailar. Ella ama zapatear y yo soy un hombre que no sabe lo más mino de la danza; me encanta pero carezco de ritmo y de gracia. Mientras nos movemos en la pista le digo cuánto amo su mirada.

—¿Me está coqueteando? Porque tengo novio. —bromea Helena.

—Lo siento es que... No puedo detener este sentimiento por usted. Déjelo. Déjeme robarla y llevarla a donde usted quiera.

—Mi novio lo mataría.

—¡Oh! Por usted vale la pena.

Helena ríe y me da un beso. Bailamos hasta que las luces se encienden y nuestros pies son demasiado grandes para nuestros zapatos. Salimos y el viento no golpea. Coloco mi saco en su espalda y caminamos hasta el carro tomados de las manos. Hay algo en ella que me vuelve loco. La cercanía que siento con ella es algo que solamente leí en novelas. Antes acudía a las salas de cine solitario, miraba historias como un adicto y en cuanto sostuve a Helena en mis brazos aquella silla vacía a mi lado dejó de estarlo. Se recuesta sobre mi pecho, reímos y lloramos en cada relato y nos regalamos pequeños besos y suaves caricias entre los fotogramas.

Ese amor dio lugar a mi primera obra. Entre celebraciones y gozos caemos

rendidos ante el sueño de un futuro en el que ambos participaremos. Al terminar mis estudios intento buscar trabajo sin suerte alguna. Busco una editorial que creyese en mí. Pero aquellos manuscritos que encierran la esencia de nuestro amor solamente encuentran lugar en cajones repletos de ideas y letras que no serán leídas.

Es una fecha pronta a navidad, cuando llego al límite de mi paciencia. Mando mi manuscrito a empastar y lo envuelvo en papel navideño. Me visto como un repartido y llego a la editorial con la que sueño me publique. Ante el guardia de seguridad presento un paquete para la señora Joanne Golon. El hombre en la entrada levanta la ceja dudoso pero me deja entrar.

Los pasillos que huelen a trabajo duro y comida me entumecen el cuerpo de miedo. Entro al elevador. Mis piernas tiemblan y se sienten cual fideos. Al llegar a un corredor en el último piso, al fondo me espera una puerta de madera con una insignia dorada:

Joanne Golon Jefa de Editorial

Camino sigiloso entre paredes que se alargan a cada paso. La poca confianza brindado por mis piernas aumentan el temblequeo. Al fin alcanzo la entrada a mis sueños. Mi brazo se levanta temblando y una dicción perfecta me petrifica.

—¿Le puedo ayudar en algo? — dice la voz de una mujer agotada.

Miro el regalo en mis brazos, finjo leer el nombre que sé de memoria y lo digo con el miedo a que alguien me descubra.

—La señora Golon no se encuentra, pero yo lo recibo.

Entrego el paquete y deslizo una hoja llena de nombres y firmas falsas. Junto al nombre de Joanne Golon hay un espacio en blanco. La mujer toma el papel desgastado y lo firma sin prestar atención. Cuando estoy a punto de retirarme, la chica me interrumpe de nuevo.

—Disculpe, ¿quién lo manda?

Una línea de sudor recorre mi espalda y tomo el papel que me había firmado. Entre titubeos respondo:

—Un tal Christopher Astiti.

Inclino mi gorra y me despido. Salgo a trote de aquel edificio con el corazón todavía en la garganta.

Dos días después, mientras escribo, recibo la llamada de Joanne Golon, una mujer ahogada en risas. Dice que le dará a mi libro la oportunidad porque

después de abrir el paquete y encontrar una tarjeta con mi nombre y número, llamaron a vigilancia y resulta que el mismo hombre que mandó el regalo firmó de entrada y salida del edificio ese mismo día. Dice que si tengo la creatividad y descaro para idear ese plan y el valor para llevarlo a cabo, tal vez podría tener un buen libro.

Lo tuve. La obra es un éxito y se convierte en una de las más vendidas. Me atiborran de premios y elogios. Mi mano se entumece después de firmar libros en cada país que visito. Hago una pequeña fortuna que celebro con Helena y mi familia, la cual aumenta ya que mi hermana tiene dos hijos y mi hermano una pareja.

Una noche de fiesta, al sostener un tarro de cerveza y gozar del sabor de la levadura, un golpe me estremece todo el cuerpo. Mis ojos se nublan y escucho un extraño zumbido en la oreja. Dejo caer el tarro, que explota y sobresalta a todos aquellos en derredor. Parpadeo y poco a poco pierdo el equilibrio. Me desplomo en los brazos de Helena y la tumbo al suelo. Mis mejillas se llenan de un pegajoso líquido y pierdo el conocimiento.

Despierto en la camilla de un hospital. Mis músculos parecen no haberse movido en décadas. Con un poco de ayuda del barandal de la camilla me levanto. Camino unos cuantos pasos hasta que una enfermera me detiene y me pide recostarme. Varias veces pregunto lo que cualquiera en esa situación haría:

—¿Qué me pasó?

La enfermera se niega a dar respuesta a tan común pregunta y sale de la habitación sosteniendo un par de hojas que describirán mi destino. Me quedo mirando los mosaicos de la pared. Las maquinas a mi alrededor siguen sus funciones sin darse cuenta que yo busco conocimiento alguno de mi propia existencia. El miedo y la duda me carcomen. Me siento como uno de mis personajes, inmerso en las hojas de algún ser omnipresente que está dándole un giro a mi historia para volverla más interesante, más atractiva para la audiencia inclemente que pide un suceso.

Helena y mi familia entran corriendo a la habitación momentos después. Sus caras se notan cansadas, bolsas moradas cuelgan debajo de sus ojos y la circunferencia en sus rostros es roja en forma de una mascarilla de arlequín. Mi garganta se seca en ese instante.

—¿Qué pasa? — pregunto un tanto drogado por medicamentos desconocidos.

Las vistas al suelo y los ojos con una ligera línea cristalina alteran mi

respiración. Mis padres toman mis manos y abrazan con fuerza a su hijo menor. Nadie dice nada y aquella emoción terrible, que había comenzado como una duda, se esparce por mi cuerpo y me hace temblar.

—¿Qué pasa? — repito a las 7:28 de la tarde, a mis 23 años.

Nadie escucha mi voz, así que lo grito.

Todos en la sala se quedan pasmados y tragan sus tristezas combinadas con amarga duda. Helena abre la boca lentamente y noto en sus ojos un destello desgarrador, al cual nunca me acostumbraré.

El doctor entra como un fantasma que carga un peso mayor del que puede resistir un humano. Se desliza entre los cuerpos llenos de miedo y se acerca a la camilla. Con una mirada de frialdad y pena esconde los labios. Toma un respiro y planta su mano en mi hombro.

Sonrío levemente con media boca y la otra mitad se cierra con miedo.

¿Qué pasa?

Mi voz se quiebra. Nadie puede hablar. Ninguna de las personas que me aman en este mundo pueden verme a los ojos. Pienso en las seis cachetadas que me dio esa chica de mi infancia.

—Buenas tardes, señor Christopher. Soy el Doctor Edwin Jacobi, ¿gusta que su familia salga un momento?

Mi mente se llena de temor. A las 7:31 de la tarde solamente puedo menear la cabeza para negarme.

—Realizamos algunas pruebas y encontramos algo muy preocupante. No hay nada seguro por el momento pero el escanograma que realizamos tiene una sombra. Nos preocupa pueda ser cáncer. Realizaremos una tomografía en un...

Cáncer. Una leve carcajada ilumina mi rostro aterrado. Mis palmas sudan. El simple hecho de escuchar esa palabra bloquea mis sentidos. Durante la primaria una compañera perdió a su madre de cáncer. Desde ese momento me parece algo incurable. Cáncer. No puedo pensar en esa palabra sin imaginar un nubarrón que se posa como velo negro frente a cualquier sueño de un futuro, pero alumbra con claridad el pasado. He escuchado anécdotas de gente que logra salir adelante, verdaderos luchadores que triunfaron en tan ardua guerra. Debo ser positivo. Supongo que esa clase de enfermedades a veces se vence creyendo en uno mismo.

Río y dejo bajar unas lágrimas al cerrar mis ojos. Pienso que todo esto es un sueño: Helena, mi libro, mi familia, el Doctor Jacobi, este hospital. Pero puedo oler esos aromas penetrantes de utensilios médicos y no recuerdo si en los sueños uno capta los olores. Eso ocasiona que un malestar parecido a la

náusea me invada el pecho. Mi corazón disminuye su labor. Cada palpitación tarda cuatro segundos. Mi hermano cierra los ojos como pidiendo un deseo. Mi padre aumenta la presión en el agarre de la mano de mi madre; ella tan hermosa que es, se cubre de tristeza y miedo. Era extrañamente un sentimiento familiar. Extrañamente sentía que le había robado a la muerte veintitrés años.

2 Nicole

Era un lugar tranquilo: con parques verdes, jardines recién podados y macetas con flores artificiales. Vivíamos en la ciudad de Amenti, en una calle cerrada donde casi todo lucía igual. Parecía que la única historia distinta era la mía. La mía y la de esa extraña casa de enfrente: descuidada, el pasto crecía desordenado y las paredes estaban cubiertas por hiedra; si el lobo le soplabla seguro se caía.

El sol alumbra mis juguetes, la ropa tirada, mis películas animadas y un marco con la foto de un hombre sano, una mujer feliz y una bebé inocente.

Era fin de semana. Me estiré en la cama y respiré el aroma dulce que entraba por debajo de la puerta. Mi nariz se llenó con el olor a crepas recién preparadas. Me deslicé de la colcha y bajé rápidamente, casi tropezando de no ser por el barandal de la escalera.

—¡Nicole Astiti! ¿Qué te he dicho de correr en las escaleras, muchachita? —se escuchó una voz desde la cocina que retumbó en las paredes de nuestra casa.

Mi cara perdió color frente a los rizos de mi mamá asomándose por la puerta de la cocina; su espátula de hierro apuntándome directamente.

Todavía colgada del barandal, bajé la mirada y tragué saliva. —Disculpa, mami.

Los ojos de mamá se abrieron como bombas de chicle a punto de explotar cuando olió la masa quemándose en el sartén. Sus iris se dilataron y desapareció.

Bajé el resto de la interminable escalera con calma. Al llegar al penúltimo escalón me detuve; levanté la mirada para asegurarme que mamá no estuviera viéndome y salté. Casi choqué contra la mesa de madera debajo del espejo. Imagínate si lo hubiera roto.

Retomé mi carrera. Mis pies descalzos derraparon justo en la entrada de la cocina y continué con tranquilidad como si nunca hubiera corrido en casa. Mamá me miró de reojo y en un tono repetitivo dijo que fuera a ponerme zapatos.

Bajé los hombros, dejé caer la cabeza en son de agotamiento y regresé arrastrando los pies y mis penas. Miré hacia arriba, las escaleras casi tocaban

el techo y yo estaba hasta abajo. Escalé al segundo piso y busqué el par de zapatos que siempre usaba: unas zapatillas de tela rosadas.

Las busqué en el clóset, debajo de la cama y no encontré nada. Con una trompetilla intenté recordar donde las había puesto. No quería preguntarle a mamá, seguramente me iba a regañar con su:

—¡Guarda tus cosas en su lugar!

Yo diría:

—Te juro que desaparecieron.

Mamá subiría con pisadas grandes y me dejaría atrás. Al alcanzarla ella estaría, gracias a algún extraño hechizo, parada con una mano en la cintura y las zapatillas en la otra mirándome con ojos acusadores que dicen: *Siempre tengo la razón*.

Fui al cuarto de mis papás. A primera vista no había nada, abrí el closet y miré la colección de zapatos de mamá: altos y de tonos que no se encontraban ni siquiera dentro de mi caja de colores. Los míos no estaban. Busqué debajo de la cama y los encontré; brillando como un tesoro escondido. Los recuperé y me los puse.

Una caja al fondo del armario llamó mi atención. Gateé para descubrir qué secretos escondía. Metí la mano y vi las cartas que recibía cada cumpleaños. Mis ojos se llenaron de curiosidad y excitación. Aquí era de donde salían, ¿pero de dónde vendrán los girasoles? Intenté leer cada una de las dedicatorias: *Ocho años, Doce años, Catorce, Veinte, Veintitrés, Tu primer corazón roto, Tu primer beso*. Mis labios articulaban cada vocal con lentitud.

Mi corazón casi se escapa al ver un sobre en el fondo brillando y leí: *Tu Boda*. ¡Iba a casarme! ¿Me abrían elegido un marido como en alguna de esas historias de fantasía que solía leer? Espero que no. Imaginé a un hombre de mirada amable, en su corcel y con una espada colgada en su cintura. Tomé la carta con curiosidad.

Llevé el papel a mi nariz: humo y un aroma dulce: papá. Todas olían así. Suspiré de alegría y apreté las palabras de papá contra mi pecho. Mis dedos se deslizaron a la orilla de la carta y rasqué la delgada hoja en forma de “V”.

—¡Nicole, a desayunar! —gritó mamá subiendo las escaleras.

Del susto partí a la mitad la “V” que escondía la tinta y la esencia de papá. Comencé a guardar todos los sobres en la caja de cartón. Mamá abrió la puerta de mi cuarto buscándome y miró de reojo a su closet. Mis zapatillas rosadas se asomaron.

—¡Nicole! —corrió al armario y me sacó.

Mamá parecía un zombi cuando vio la caja volteada, todos los sobres regados en el piso de su armario y una carta a medio abrir en mi mano.

—No. No. No. ¡Nicole! ¿Qué te he dicho de estar hurgando en los closets de los demás?

Se agachó, recogió todos los papeles y los metió en la caja que puso fuera de mi alcance. Yo estaba petrificada, todavía con la carta que debía recibir en mi boda aferrada en la mano. Me la arrebató.

—Perdón. —balbuceé a punto de llorar.

—Sabes perfectamente bien para qué son esas cartas. No debes abrirlas a menos de que te las de yo, ¿entendiste, jovencita?

Asentí con la cara roja y lloré. Mi boca se abrió revelando mi dentadura de leche. Mamá suspiró y me cargó dejando salir un murmullo tranquilizador. Aferrada a su cuello, llené su hombro de lágrimas.

Mamá se sentó a la orilla de la cama y besó la frente.

—Discúlpame, princesa. No debí gritarte.

—Es...sji sji que... Es que... quería leer a mi papaaaaá.

—Yo lo sé. No debí explotar así contigo, sabes bien que papá te dejó esas cartas para momentos específicos, si las abres antes de tiempo no tendría chiste. —parecía que sus ojos ardían.

—Quiero platicar con él. —Me limpié los mocos y el llanto con el dorso de la mano —Lo extraño.

—Yo también, princesa. —Tomó un pañuelo del buró y lo colocó en mi nariz. —Sopla —limpió mis tristezas con su toque cariñoso. — Ya recibirás todas tus cartas, princesa. Él siempre estará con nosotras.

En la entrada del cuarto se escuchó el ladrido de Ruperto. Se acercó a la cama moviendo la cola y sacando la lengua.

—¿Ya ves? Ya hasta vino Ruperto a ver por qué llorabas. Nada más lo espantas y el pobre anda temiendo que te estuviera pasando algo.

El Labrador café se acercó intentando mover solamente la cola y moviendo todo su cuerpo. Sus labios se alzaron dejando ver sus colmillos como si intentara reírse, pero su feroz dentadura no estuviera hecha para eso.

Dejé salir una carcajada y pensé en papá. Poseía cuatro recuerdos preciados de él: mis papás besándose apasionadamente en la cocina, papá riendo al manejar, el tercero era confuso: caminábamos en un campo repleto de girasoles como los que recibía en mis cumpleaños. El cuarto era un poco triste pues papá se veía amarillento y se le veían los huesos, pero yo estaba recostada en su pecho junto a mamá que dormía la altura de su corazón.

Recordaba la voz de papá y su sonrisa mostrando todos los dientes solamente por algunos videos que me habían enseñado. A veces soñaba con luces de colores brillando en el cielo y lo sentía cerca.

Había aprendido a leer porque me encantaban las historias de papá. Mamá me leía por las noches sus cuentos y libros para sentirlo cerca. Curiosamente esas noches soñaba con él. Cuando mamá me buscaba, siempre me encontraba debajo de alguna cama con un libro en la mano. Leer era mágico, me hacía sentir como la niña de una de mis películas favoritas que podía escuchar los pensamientos de la gente. Solo con palabras, veía mundos fantásticos y escuchaba a papá dentro de mi mente.

Mi vida era una mezcla de fantasía y la realidad al escuchar a mamá sollozar algunas madrugadas. Esas noches difíciles me daba a la tarea de cuidarla. Subía a su cama, me metía debajo de las sábanas y el resto de la noche nos abrazábamos en silencio.

...

El día de mi cumpleaños desperté muy temprano con los usuales cánticos de mamá entonando las mañanitas. Aplaudí esperando mis regalos. Mamá me abrazó y dejó un beso en mi frente. Me entregó una carta y un girasol rodeado con un listón rojo del que colgaba una nota:

Las amaré a través del tiempo y la vida

No sabía de dónde provenían los girasoles. Ese día me había despertado antes que mamá y cuando miré por la ventana el tornasol ya estaba recargado en la puerta. Mamá pensaba que papá había hecho algún trato con alguna florería y por eso, cada cumpleaños de alguna de nosotras, encontrábamos un girasol recién cortado y con la nota atada en la entrada. Aunque yo creo que tal vez papá tiene una manera de seguir mandándonos regalos. Alcé los hombros y sonreí.

Tomé el sobre emocionada, me acurruqué junto a ella y comencé a leer la carta en voz alta:

Nicole: Feliz cumpleaños, mi querida princesa. Siete años es un gran número. Ya eres una niña grande, pero jamás dejes de ser una niña. Es nuestra inocencia la que nos define, la que nos guía.

Te amo, mi pequeña princesa. ¿Tu madre y tú se encuentran bien? Espero que sí. Disfruta mucho de tu cumpleaños y dile a tu tío que

esperas un gran regalo. Por mi parte te dejo este girasol. La primera vez que los viste no podías creer su hermosura y que miraran al sol te volvía loca.

Te amo y te extraño mucho. Por acá todo está bien, he estado viéndote crecer y sonreír. No puedo creer que ya seas tan grande. Parece que fue ayer cuando conocí a tu madre. Ninguno de los dos nos imaginábamos que de nuestro amor, una niña tan bonita y traviesa surgiría. Espero Ruperto este bien. Cuídalo mucho y no te olvides de darle de comer.

Dale un beso a tu madre de mi parte, recuérdale que la amo con todo mi corazón y que tiene que ser feliz. Cuídala. Estoy con ustedes, sobre todo cuando se acuestan a ver películas antiguas o animadas. Las abrazo cada día que pasa. Enviaré al viento a besarte.

Con eterno amor de tu padre, te amaré a través del tiempo y la vida.

Papá

Mamá quedó perdida en las palabras de papá. A veces, al leer las cartas, ponía cara como si le hubieran enterrado algo en el pecho, pero después sonreía.

Mamá solía decir que lo echaba de menos y deseaba poder verlo. Algunas noches, cuando dormíamos juntas, se despertaba en la madrugada y cerraba los ojos con tristeza y yo lo abrazaba con fuerza. Mamá se levantaba y de un cajón sacaba un cigarrillo que olía a las cartas de papá, lo encendía, lo ponía en el cenicero de afuera y emparejaba la puerta del balcón.

Lo amaba, decía que papá había cambiado su vida. Qué importa si no lo podíamos tocar, el amor no es un juguete que dejas de extrañar después de un tiempo. Para nada. Papá escribió que el amor verdadero es un fuego *fatiuo* que más arde cuanto más se extraña.

A veces íbamos por los centros comerciales y veíamos siluetas con el corte de cabello de papá. Cuando entrábamos al cine y mamá escuchaba la tos de algún hombre saltaba de la butaca buscando algo. Olíamos su loción dulce al caminar por la calle y sentíamos su presencia cuando el viento movía nuestro cabello. Eso es el amor, supongo. Hace de cualquier momento feo algo hermoso y si está en tu contra hace de lo bonito algo súper triste.

Abrí el cajón donde guardaba el resto de las cartas. La primera carta que me había dejado papá era mi objeto máspreciado. Nada era más valioso: ni mis juguetes, ni la señorita Julia, ni Rubí, ni mis muñecas de porcelana. Ni siquiera mis zapatillas que tanto me gustaban. Esa carta. La tomé y miré a

mamá con emoción.

Mamá tomó la carta como tantas veces había hecho. Era nuestro ritual cuando estábamos tristes. Con una voz suave comenzó a leer:

Nicole: Mi princesa eterna. Lamento tener que seguir a tu lado solamente a través de papel y tinta, teniendo que romper las líneas del tiempo y la vida para poder decirte cuanto te amo. Jamás lo dudes, mi pequeña. Te amo como ningún caballero ha amado a una princesa, como nunca se había utilizado aquella palabra. Siempre te amaré y enviaré al viento a besarte todos días. Cuando sientas una brisa precipitada recuerda que es mi alma acariciando tu cabello ondulado y abrazándote.

Te amo, mi pequeña princesa, eternamente estaré a tu lado y te cuidaré desde el cielo, en donde sonreiré con tus aventuras y te veré crecer.

Me tuve que ir. Nuestra carne no es eterna pero nosotros sí, mi amor. Recuérdame y cuando los tiempos sean difíciles mira al cielo y respira. Te estaré escribiendo hasta mi último día, esperando nunca llegue.

Cuida a tu mamá y manténganse juntas, son el amor de mi vida. Dale un beso de mi parte, recuérdale cuanto la amo y que tiene que volver a ser feliz. Enviaré al viento a besarte.

Con eterno amor de tu padre. Te amaré a través del tiempo y la vida.

Papá

Bajó la carta, donde había dejado caer unas cuantas lágrimas, y la abrazó.

—Tienes que ser feliz mamá.

—Ya soy feliz, princesa. —Sonrió y acarició una pulsera plateada en su muñeca.

Restregué mi cara en el vestido de verano de mamá y ella dejó caer su barbilla en mis caireles. Siempre tenía la ventana entreabierta en mi cuarto por eso también el viento nos acarició.

...

El día de mi noveno cumpleaños número nueve, me desperté nuevamente con los cánticos de mamá sosteniendo un girasol, mi carta y dos regalos estaban en el suelo. Un momento dulce que podía disfrutar sólo una vez al año. Mamá terminó con un murmullo y yo aplaudí la presentación. Me tallé los ojos y la abrazé.

Tomé el girasol, apunté la flor a mi nariz y exhalé el olor que de alguna

manera me hacía sentir junto a papá. Soñaba con un lugar tranquilo olvidado en mi memoria, un lugar utilizado por mi inconsciente como escenario para las más bellas aventuras. Había una choza de madera, un campo de tornasoles y un lago con patos blancos graznando entre hojas que flotan en la superficie del agua turbia.

Recordaba haber caminado de la mano de papá en medio de tallos enormes. La realidad y los sueños se entrelazaban cada vez más. Era difícil encontrar aquellos hilos que pertenecían a la vida y los lazos dorados que eran parte de mi mundo inventado.

Corrí a poner agua en el jarrón sobre mi buró. Era extraño: mi tío decía que los girasoles podían durar hasta seis meses, pero los de papá destellaban con desdén en su florero, presumiendo su belleza durante nueve meses enteros. Debían tener un secreto o venir de algún mundo mágico en donde los tornasoles vivieran tanto tiempo.

Abrí la carta, esta vez era un poco más corta de lo habitual. Mi corazón sintió un hueco. Tan poco tenía de él y cada día se sentía menos. Meneé la cabeza un par de veces y empecé a leer:

Nicole: Feliz cumpleaños número nueve, mi princesa eterna. Hoy es un día aún más especial porque te tengo una sorpresa. Quiero que llames a tu tío y le digas: “El campo de girasoles debe ser un lugar hermoso.”

Espero te encante este regalo y recuerda, los girasoles miran juntos al sol porque están hechos para verse hermosos juntos. Como tú y tu madre, juntas son hermosas, perfectas, más bellas y fuertes. Ámala porque es la madre más hermosa de la tierra y tú la niña más perfecta.

Las amo y se ven cada día más bonitas. Enviaré al viento a besarte.

Con eterno amor de tu padre. Te amaré a través del tiempo y la vida.

Papá

Miré a mi mamá, ambas repletas de dudas. Ella agarró el papel y lo releyó sin entender de qué estaba hablando.

—¡Má! —Extendí la mano. —¿Me dejas hablarle a mi tío?

Fue a su habitación con pasos dudosos. Regresó al poco tiempo con su teléfono y me lo acercó. Yo ya lo sabía usar por qué durante las comidas con los amigos de mamá o mis tíos, donde me torturaban con pláticas aburridas, jugaba con él. Busqué el número en la lista de contactos.

—Oye, ma. ¿Cómo se llama mi tío?

—¿Nicole, en serio no sabes cómo se llama?

—Pues es que yo le digo tío. Así me los presentaste.

—Se llama igual que tú.

—¿Uchas, Nicole no era nombre de niña?

—Nicolás.

No había sonado más que una vez cuando del otro lado de la línea una voz agitada contestó.

—¡Tío! ¡El campo de girasoles debe ser un lugar muy hermoso! —grité con emoción y un tono rápido.

Mi tío río y me felicitó por mi cumpleaños. —dile a tu mamá que se arreglen, pasaremos por ustedes en una hora. Christopher les dejó una sorpresa.

—¿A dónde nos llevan? —Mi corazón relampagueaba de excitación.

—Es sorpresa.

Solté el teléfono y jalé la mano de mi mamá. —¡Rápido, mamá! Tienes que arreglarte.

—¿Para qué o qué? ¿Qué dijo tu tío?

Dejé caer los hombros y la cabeza sintiendo que al explicarle perdería tiempo. —Qué van a venir por nosotros en una hora para irnos a ver la sorpresa de papá.

—¿A dónde?

Me rasqué la cabeza. —No sé, pero si no te apuras no vas'ir.

Dejó salir una carcajada. —Vas a ir. ¿Me vas a dejar?

—No... Pero siempre te tardas mucho arreglándote. —respondí sacando la cabeza como una tortuga.

Como siempre yo estaba lista a los diez minutos y me senté a esperarla.

—¿Ya ves?

—Hija, si me presionas me voy a tardar más. —respondió aventando prendas al otro lado de la habitación.

Mamá estaba un poco estresada. De saber a dónde iríamos elegir una prenda sería más fácil. Me dejé caer en la cama, me tapé la cara con una almohada y grité con hartazgo.

—¡Ay, Nicole! Tu tío ni siquiera ha llegado. No seas dramática.

Mostré mi dentadura chimuela y continúe contemplando a mamá. Solía quejarme pero realmente me encantaba verla arreglarse. Era una mujer muy bonita. A veces se paraba enfrente del espejo agarrando un gancho con un

vestido o una blusa colgada tratando de imaginar cómo se vería. Si dudaba mucho, volteaba y preguntaba mi opinión. Yo llevaba mi mano a la barbilla y la rascaba como si tuviera una barba larga.

—¡Ese! —gritaba de repente.

Tomaba otro conjunto y me preguntaba nuevamente. Yo llevaba la mano a mi barbilla, saltaba y decía:

—¡Mejor ese!

El timbre sonó y mis ojos se abrieron con excitación. Bajé rápido y escuché a mi mamá gritar desde su cuarto, como siempre, que no corriera en las escaleras. Abrí la puerta y vi la figura alta de mi tío con un regalo y a mi tía detrás de él sonriendo.

—¡Esa es la sorpresa!

—Este es *mi* regalo.

Mi tío se agachó para abrazarme. Era un gigante con barba negra y cachetes rosados. Todos decían que era idéntico a mi papá, pero a mí se me hacían tan diferentes. Claro que sólo conocía a papá por videos. Excepto cuando mi tío se agachaba y me amarraba las agujetas, había algo familiar en él cuando veía su nariz grande desde arriba.

Después de un largo abrazo empezamos a platicar. Tanteé a mi tío para adivinar cuál era la sorpresa que me esperaba.

—¿Es grande?

—Mucho.

—¿Se come?

Se cubrió la boca y pensó por unos segundos.

—Algunas partes.

Esta guerra de pregunta y respuesta perduró hasta que mamá bajó las escaleras y saludó a mis tíos.

Aunque papá ya no estaba, mamá seguía pasando las festividades con la familia de papá. Seguía saliendo de vez en cuando con mis tíos y veía frecuentemente a mis abuelos; o como yo los llamaba: *Omama* y *Opapa*.

Subimos al carro y después de un par de semáforos tomamos la avenida principal: Seretse Khama. Miré por la ventana y me quedé viendo las hojas blancas de los almendros entre otros árboles hasta que se perdían de vista.

Mi mamá se veía todavía temerosa por no saber nada de lo que sucedía y se mordía las uñas. Ella miró al cielo. Supongo eran estos momentos donde más lo extrañaba. Cuando estaba feliz su rostro cambiaba en un segundo y parecía incompleta.

Recordé la historia que me contaron de cuando papá le propuso matrimonio, se quedaron pegados por el frío sin poder articular bien las palabras porque se habían besado a la mitad de una nevada.

—¿Qué ves, má?

—A veces, si me esfuerzo, puedo ver el perfil de tu papá dibujado cuando el sol contornea su silueta en las nubes. —dijo acariciando mi cabeza.

Miré las nubes. Salimos de la vía principal y entramos a la carretera norte. El camino que mamá describía como *repleto de terrenos baldíos y casuchas con madera podrida* ahora era parte de la ciudad. Parecía una vía rápida, en medio había un camellón con largos asbestos y palmas. Debido a que se había vuelto un lugar concurrido por conectar la ciudad con Fómhar, uno de los pueblos mineros cercanos, construyeron las vías del tren eléctrico. Se alzó un bonito edificio y una estación de trenes le daba a la calle un parentesco con las películas francesas antiguas.

Había una variedad de tiendas, restaurantes y bares porque justo a un lado de la estación Kaguya, construyeron una universidad. En la orilla estaba una plaza enorme y nueva para la calle, parecía un espejismo. Por la banqueta empedrada caminaban de prisa personas de traje y artistas bailando y cantando.

Yo estaba encantada con la gente de sombrero caminaba con baúles y maletas hacia la estación, todos estaban tan preocupados e iban corriendo que pensé que estaban jugando.

El carro se detuvo junto a una pared blanca. Mi tío sacó de su bolsillo dos pedazos de tela roja para taparnos la cara. Mi mamá, todavía mordiéndose las uñas, quería negarse, pero dejó a mi tío cubrirle los ojos.

Mi tío puso un pedazo de tela frente a mí y lo ató, dio un par de tirones a las puntas para asegurarse que estuvieran bien anudadas y el carro avanzó nuevamente.

Bajé discretamente la tela para poder echar un vistazo. Como era de esperarse mamá estaba haciendo lo mismo. Pasamos por terrenos con enormes reguiletes y llegamos a una puerta de hierro con ramas dibujadas. Un hombre abrió y nos saludó a todos con una voz fuerte.

El carro transitó una calle empedrada entre grandes pinos, era como un bosque encantado. A lo lejos se veía un enorme campo de girasoles y tres casas grandes; que parecían recién pintadas de blanco, pero con el sol parecían azules. Detrás se levantaban grandes montañas cubiertas de verde y repletas de claros.

Era un lugar hermoso. No podía despegar los ojos del cristal. Bajé más la

tela cubriendo mis ojos y contemplé el color amarillento de las miles de plantas que se extendía a la derecha como un ejército de delgados caballeros vestidos de verde con gorgueras amarillas mirando hacia el sol en lo alto del cielo.

Tenía una extraña sensación familiar. Jamás había visto un campo de girasoles y este era exactamente como lo imaginaba, lo había visto en mis sueños. Sonreí sin poder evitar el rubor en mis cachetes. Bajé de un tirón la tela de mis ojos y pegué la cara contra el vidrio. Podía ver a papá caminando entre los gigantes tornasoles, sonriendo.

El carro paró enfrente de una casa blanca con detalles azules en las ventanas y el marco de la puerta. En el pórtico se veían un par de zapatos llenos de lodo. Mamá se quitó la tela y admiró el lugar. Sus ojos admiraron los girasoles y sonrió.

Mi tío volteó la cabeza y nos regañó por quitarnos los pedazos de tela. Abrió la puerta del carro y ambas salimos como si viviéramos en un sueño. Apenas y sentíamos la tierra que pisábamos, la alegría nos hacía flotar.

—Aquí. —Señaló el gran campo a sus espaldas. —Crecen los girasoles de tu papá.

—De mi papá. —repetí monótonamente y respiré la naturaleza fresca. Dejé que el olor a tierra y pasto me llenara los pulmones. El aire resopló contra los tornasoles, entre ellos las hojas amarillas bailaron y por un segundo todos los girasoles me miraron como cíclopes de ojos cafés. El viento se enredó en mi cuerpo, jugueteó con mis caireles y por un momento me hizo flotar.

Podía escuchar a mi mamá gritando:

—¡Nicole Astiti! Muchachita, bájese de ahí. ¿Qué te he dicho de volar sobre las casas?

Era mi imaginación, por supuesto. Sólo escuchaba el rumor de la brisa y un: *Te amo*, cantado por las hojas secas.

3 Christopher

Septiembre. El oxígeno saliendo de la mascarilla nubla mis sentidos. En el centro de una sala rodeado por figuras azules, cubiertas de gorras quirúrgicas y tapabocas blancos, un hombre descansa. Una luz cenital baña mi cuerpo y deslumbra mi vista, que poco a poco se vuelve más borrosa. Las paredes turquesa comienzan a desaparecer, la sinfonía de máquinas médicas interrumpe tan sublime momento de calma y las voces debilitadas de los doctores se vuelven ecos en la parte posterior de mi mente. Las drogas son demasiado fuertes. Veo siluetas alienígenas acercarse con pinzas e instrumentos alargados que muestran su filo mortal utilizado para la curación. Mis ojos se cierran. Mi mente los intenta abrir de nuevo como si supiera la importancia del momento y anhelara no perderselo.

Caigo en un lecho de rosas y una ligera certeza de que estoy dormido me hace respirar con tranquilidad. Los doctores dijeron que no podrían tener certeza de lo que están enfrentando a menos de que hagan una operación exploratoria. *Enfrentando*. Son un grupo de exploradores en busca de un enemigo diminuto. Ni con el puño del hombre más fuerte del mundo, ni con el cerebro del más inteligente pueden ganar tal querrela. Qué frustración, enfrentarse a tan enano adversario y terminar la lucha con la esperanza de que todo esté bien.

Despierto en el mismo lugar donde había despertado días antes ignorando la situación de mi interior, un problema que se esparce y uno ni siquiera se da cuenta. La habitación es igual y se siente como un sitio distinto. Por la puerta entra un doctor con una mueca de desconcierto. Sé que dirá antes de que empiece a hablar. Es lo que temían. Peor. El doctor habla de terminología que solamente sus compañeros de trabajo entienden. Palabras rebuscadas para mencionar que moriré pronto.

Mi corazón se detiene un momento y veo a mi familia sentada un sillón, con las caras entre las palmas. Era un cáncer extraño: auditivo. Hizo metástasis en el cráneo.

—Hay maneras de aumentar la longevidad de su vida a dos a tres años con quimioterapia y radioterapia.

Será difícil y de no hacerlos me dan tan solo seis meses, un año si tengo

suerte. Es poco tiempo para cualquier persona, incluso más cuando soñaba hacer tanto: conocer el mundo, terminar mi colección de novelas, ver auroras boreales. Lo peor y lo cual no me atrevo a pensar es en que jamás envejeceré. No tendré la piel arrugada ni me sentaré junto a Helena frente a un río a ver pasar nuestra vida, no podré tener una familia, ver a mis hijos y ayudarles a levantarse cuando caigan.

Tenía incluso pensada la manera en la cual quería morir. Era más poética que funcional, como mi existencia. Helena y yo triunfaríamos en nuestras vidas: yo como escritor y ella como escritora y presentadora de noticias. Conoceríamos a nuestros nietos y bisnietos. Construiría un barco y un día marcharíamos hacia el mar; juntos y sin la necesidad de volver. Nuestros hijos serían ya mayores y no tendrían que preocuparse por nosotros, podrían llegar a pensar que en algún rincón del mundo encontramos la cura contra la muerte y ahora vagamos por las aguas eternamente.

Ese día entro cansado a casa y con la tercera parte del cabello rapado. Mi habitación se ve oscura, mi escritorio me mira con desilusión. Miro las figuras de princesas, caballeros, dragones y criaturas mitológicas en el librero frente a mis lecturas. Siempre utilicé mis tristezas y felicidades para escribir historias con significados bellos. Ahora la realidad me abofetea con tan dura mano que la tinta que yace en mis venas se coagula y me deja un escozor en el pecho.

Me acerco a la pared dónde cuelga una fotografía donde mi hermano y yo estamos sentados en un área de juegos infantiles, ambos vestidos con la misma ropa. Nuestra relación fue difícil al principio, a comparación de la relación con mi hermana, ella siempre me cuidó y protegió ante los gritos de mis padres, ciertamente merecidos. Ella es una rebelde, un alma libre que no está de acuerdo con la simpleza del mundo y busca más; siempre pensando primero en aquellas dos menudas personas que había traído al mundo. Mi hermano era distinto, él era un hombre guiado por la razón y el conocimiento. Él y yo nos amamos desde que nació pero nos conocimos hasta que pudimos tomar vino. Antes de que las fiestas cambiaran de bebidas congeladas a bebidas de levadura y destilados de caña, nos odiamos. No podíamos estar solos sin empezar alguna querrela brutal que terminaba conmigo en el suelo y su cara roja con uno o dos moretones que logré ensartarle en mis momentos de ira.

Lágrimas caen en el vidrio del cuadro. Ese fue un día importante para mí, estábamos vestidos con la misma ropa y pareciera que no éramos tan distintos. Nunca se lo dije ni lo mostré, pero ese día descubrí una valiosa sensación que

a muchos se les es negada: tenía hermanos.

Mis mejillas se empapan y el nudo en mi garganta crece varios centímetros. Dos años de vida después de una cura cuya forma de sanar es atacar tanto a células benignas como malignas. Son aquellas herramientas destinadas a herir las cuales los sanadores utilizan para mejorar la salud de los enfermos.

Las terapias químicas empiezan al día siguiente. La debilidad de mis músculos y huesos puede ser descrita solo como si estuvieran hechos de gelatina podrida. Tengo que dormir sentado. Las náuseas me atacan a mitad de la noche y después de cada alimento. No puedo comer después del atardecer pues el ácido de mi estómago regurgita en mi garganta el resto de la madrugada. Mi estómago, yo que era de buen comer, se encuentra más vacío que mi pluma y mis hojas. Lo peor del caso es que cuando a mi cuerpo se le antoja algún banquete, lo regresa inmediatamente y después el sólo pensar en él me ocasiona náusea. Mis platillos favoritos se vuelven desagradado para mi cuerpo. Dulces que escaldan la lengua, café que sabe a vómito constante y en vez de relajarme me ocasiona una salivación caliente.

A la semana siguiente, mi cabello comienza a caer como si hubiera llegado al fin a la vejez en donde deja de ser mal visto. Cada día estoy más jorobado y mis piernas más débiles. Cada día soy más un viejo caparazón que un joven de 23 años.

La idea cae como trueno que golpea primero con su luminosa imagen y luego el sonido le da palabras: estos locos me estaban envejeciendo más rápido.

Tomo la decisión de raparme para no verme como un científico loco. Ese mismo día mi hermana y mi hermano me acompañan a la peluquería. El hombre corta los pedazos de mechones con tal agilidad, parece sus manos sólo están completas al sostener tijeras. Después enciende la máquina de filosas navajas y la pasa por mi cráneo. Al verme en el espejo perdiendo uno de mis atributos mejor cuidados siento la impotencia de no poder ganar una pelea que estaría dispuesto a luchar. No importa si lucho, si me dejo caer. Siento a la muerte acercarse con su hoz afilada y poner su mano cerca de mí, pero sólo suficiente para erizar mi piel.

Cierro los ojos humillado. Llevaré conmigo la marca de aquellos afligidos por mi enfermedad y el peso me hará bajar la cabeza en son de pérdida y decepción. El sol quemará aquella parte de mi cuerpo que tan deseoso ha tenido ganas y la cual yo cubría con tanto esmero.

Cuando el peluquero termina de ser verdugo de aquella sentencia impuesta por el cáncer, mis hermanos se levantan de un brinco y dicen que ellos siguen. Mi hermana, quien pocos meses atrás se había mudado a una playa hermosa, dice con una risa satírica:

—El mismo corte, se ve que está de moda.

Mis ojos debieron de tener vinagre dentro, no pude contener tal sensación. Mi hermano se sienta y otro peluquero también lo rapa. Ellos no cierran los ojos, con una mueca amorosa ven mi reflejo en el espejo de la peluquería. Sus cabellos igual de negros caen al piso junto a mis mechones para que la soledad sea un poco menos destructora. A las 6:35 de la tarde, el cáncer se encoge.

Al finalizar su acto de solidaridad, se acercan a mí y me abrazan con tal fuerza que mis lágrimas mojan sus ropas. A las 6:55 mi madre abre la puerta para encontrarse a tres hijos rapados. No puede más que contener el llanto de la misma manera que yo lo había estado haciendo durante los últimos días y deja salir una carcajada con cariño impreso.

Mi sobrino de seis años corre hacia aquellas representaciones extrañas de moda y pide a su *Omama* que también lo rape para verse como nosotros. En algún lado, debe haber un dios contando cuantas veces puede llenar de vida a este personaje con las horas contadas en su reloj de arena.

Voy a mi cita habitual de quimioterapia, a la cual me llevaba mi madre antes de partir al trabajo. Le digo que se detenga. Me mira una cara que esconde depresión y trata de demostrar dureza. A las 8:00 de la mañana, bajo un cálido amanecer, tomo mi pluma y firmo mi contrato con la muerte.

—Ya no voy a ir a la quimio.

Mi madre, sorprendida, traga con esfuerzo su espanto.

—Mírame. —Señalo mi cuerpo ahora escuálido, mi ausencia de cabello, mi palidez y las bolsas moradas que soportaban el peso de mis ojos. — Siempre me duele todo, no puedo dormir ni comer, estoy malhumorado y me duele verme en el espejo. Sólo déjenme morir.

Mi madre llora. La mujer que demostró dureza frente a la creatura de pinzas y colmillos afilados, la cual me hacía temblar cuando me hablaba desde el otro extremo del escritorio, se derrumba. Entre sollozos y disculpas la abrazo. De la guantera de aquel coche, dos generaciones más modernas de la carcacha que algún día me llevó a la escuela, saqué un tesoro que había guardado el día anterior. Aquel libro que leímos durante mi infancia y que cada uno leía un capítulo; un libro de un hechicero en una escuela de magia.

Ella sonríe.

Recargo mi mano en su rodilla y le digo que vayamos a las murallas impenetrables que alguna vez nos cubrieron del amanecer mientras leíamos.

Me siento mejor, esa mañana nadie había atentado contra las pocas células todavía de mi lado en aquella guerra contra mí mismo. Reímos y a mitad de capítulos también lloramos. Nos atiborramos de comida chatarra y las náuseas no me atacaron. Leemos todo el día, vemos a los niños entrar y salir de clase y dejamos de leer capítulo y capítulo cuando está demasiado oscuro para seguir leyendo.

La vida había mirado abajo y había hecho lo peor que pudo conmigo y mi respuesta tenía que ser mirar de regreso con cabeza altiva y decirle que rebeló su mejor golpe. Ahora yo golpearé de regreso, viviré en los escasos seis meses que me quedan aquellos momentos que se me están negando Así, cuando la vida baje la mirada, sabrá que Christopher no se doblegó ante tan feroz villano. Que tomó sus daños y los transformó en belleza.

4 NICOLE

Era un día soleado de primavera. El viento sopló moviendo las puntas de mis rizos. Mamá bajó del automóvil, llevaba un vestido de verano hasta sus rodillas. En su mano, traía un regalo que ambas elegimos para Liz, mi mejor amiga. Avanzamos por un camino de piedras rodeado de jardines con gnomos, flores y unos círculos de colores que giraban con la brisa.

De una casa amarilla y enorme, salió una mujer con lentes sobre su cabello negro con mechones rojos. Nos recibió de brazos abiertos y moviendo su cadera. Se escucharon sonidos divertidos: globos explotando, música, gritos y risas de adultos.

Detrás de la puerta apareció una cara morena. Vestida como princesa y con el cabello igual al de su mamá, Liz corrió hacia nosotras y me jaló hacia a la casa.

—¡Ya te habías tardado en llegar! Ven, no me lo vas a creer... Timy vino a la fiesta. —Dejó salir una cara de repulsión.

Corrimos entre los manteles de plástico hasta llegar a una pila de regalos sobre una mesa cerca de donde el padre de Liz platicaba con una mujer rubia y otra mujer con un paliacate que cubría su cabello oscuro.

—Hija, si quieren correr vayan afuera. Decías, Koemi...

Miré al hombre y una extraña sensación se atascó en mi pecho. Liz refunfuñó y caminó a zancadas entre los meseros y cocineros cargando bandejas de plata que humeaban y llenaban mis pulmones de un olor salado parecido a las lágrimas.

Llegamos a un jardín enorme. En la esquina había un barco de madera con toboganes, mesas largas con platos desechables debajo de emparedados y perros calientes a medio comer y vasos de colores con refresco o jugo. Había también un castillo inflable y un payaso haciendo animales y objetos con globos: lamía la pintura roja de sus labios tratando de recuperar el aliento y estiraba los pedazos de plástico desinflados.

Timy se acercó, con una voz temblorosa, preguntó si podía jugar con nosotras. Liz lo analizó, nos miramos y compartimos una risa burlona y malvada.

—Tú no puedes jugar porque eres un niño. — Le enseñé la lengua al chico

de cabello pelirrojo y pecas.

Iba con nosotras en el salón, era la clase de niño que dice cosas divertidas durante la clase y cuando tocan la campana sale corriendo del salón para jugar con sus amigos... creo todos lo hacen. Eso no era lo que me hacía recordar a Timy por encima de todos los demás niños: hablaba mucho, tenía moretones en los brazos, heridas en la cara y siempre estaba feliz.

El niño se acercó, tomó aire y juntando valentía de algún lugar oculto en su cuerpo me robó un beso y se fue corriendo. Abrí los ojos y quedé pasmada. ¡Qué asco! Sólo podía pensar en lo repugnante que había sido. ¿O no? Mi estómago parecía que tuviera mucha salsa y sentía la sangre fluir en mi cuerpo. Un beso. Escondí los labios y mi lengua se deslizó en ellos. Mi primer beso.

Me sonrojé y Liz, con la boca completamente abierta, me tomó de la mano.

—¡Agggghhh guácala, te besó! Vamos a que te laves. —Alzó la ceja esperando mi reacción.

Regresé a la fiesta y vi a Timy huyendo hacia los juegos. Salí corriendo detrás de él, ignorando los gritos de Liz. Trepé la red y subí llegar al barco pirata con resbaladillas en vez de cañones y lo encontré sentado en un rincón cerca de un telescopio de plástico.

Su cara, repleta de pecas, palideció, lo que hacía relucir los puntos aún más. Su ropa era un tanto desgastada, sus zapatos tenían un hoyo. Mamá decía que acababan de despedir a su papá del trabajo, la madre de Timy estaba muy triste. Me acerqué y utilicé mi pose más aterradora: una mano en la cintura, frunciendo los labios en una mueca de descontento.

—¿Por qué me besaste?

No sabía si le ocasionaba una sensación de diversión o terror. Recargó las manos en la pared de madera y se levantó.

—P-Porque. —El niño respiró hondo como para darse valor y después habló sin miedo alguno. —Qué te importa. —se aventó por la borda para caer en una piscina de pelotas de plástico.

Se fue entre las mesas largas hasta llegar a la casa. Lo seguí. Me aventé a la alberca falsa y salí corriendo. Entré, sin correr por miedo a que el papá de Liz me dijera algo. Caminé por la cocina hasta una puerta. Me asomé, parecía un estudio, estaba rodeado de libreros con figuras de partes del cuerpo y un escritorio en medio. Revisé debajo de los muebles buscando de Timy. Nada.

Salí de ahí y subí las escaleras para ver los alrededores y encontrarlo. Me paré frente al barandal de madera. Todos los meseros bailaban en los pasillos evitando a los adultos platicando. Timy no estaba, se había esfumado.

¡Tum!

Un ruido a mis espaldas llamó mi atención. Un golpe seco contra la alfombra, ahogado por una puerta entreabierta. Caminé lento para no hacer ruido ni provocar sospechas de Timy, no quería que volviera a huir. Escuché murmullos dentro de la habitación. La abrí con cuidado. Era la mamá de Liz. Estaba sin vestido sobre un hombre pelirrojo y barba partida. El hombre le decía que la amaba y ella respondía con besos apasionados en su cuerpo.

En el suelo había una camisa desabrochada y un vestido amarillo con un cinturón grande alrededor de la cintura, debajo de la cama había un celular: eran las 11:54 de la mañana. Las cortinas estaban cerradas. El ruido de la fiesta era apenas un murmullo, se escuchaba el sonido de caricias. El hombre giró y la madre de Liz se metió bajo las cobijas. Salí corriendo, bajé las escaleras a toda velocidad y me agarré del barandal cuando me resbalé.

—¡Nicole Astiti! Jovencita qué te he dicho de estar corriendo en las escaleras, vaya afuera si quiere correr.

—¿Estas bien hija? Te veo un poquito pálida. Ven acá. —Mamá puso el dorso de la mano en mi frente. —No tienes temperatura. ¿Segura que te sientes bien?

—S-sí. —tartamudeé al ver al papá de Liz acercarse a nosotras.

Corrí al jardín. Vi a Liz jugando con otras amigas en el castillo inflable. Iba a ir con ellas y mis pies me detuvieron. No sabía la razón detrás del sentimiento que me había surgido. Me sentía pesada, hueca y con malestar en todo el cuerpo. Toqué mi frente y sentí sudor frío deslizarse hasta mi cuello. Fui al barco, por algún motivo todos querían estar en el castillo y habían dejado el juego de piratas solo. Me senté en una esquina y respiré.

Me deslicé por una de las resbaladillas y caí de bruces. La tierra raspó mis manos y algunas rocas se incrustaron en mis palmas. Miré alrededor y vi a Timy corriendo al inflable. Me paré de un saltó cuando una silueta robusta de un niño gordo eclipsó el sol.

—Tonta. —dijo en tono de burla un muchacho de cabello rubio y ojos azules.

—Cállate. Manuel. Déjame en paz. —Intenté rodearlo y dio un paso para obstaculizar mi camino.

—Oblígame.

—Se necesita de un tractor para moverte.

El niño sacó humo por las orejas y se le pusieron los cachetes rojos. Me empujó al piso y volví a sentir la tierra contra mis manos heridas. Manuel

enseñó los dientes como si fuera una fiera del bosque, líneas de baba caían de sus labios regordetes y aterrizaban en sus tenis.

—¡Te odio! Seguramente tu papá también te odiaba y por eso se murió. —
Se agarró la barriga y ríó.

Me paré y sin pensarlo dos veces le pegué en el estómago.

El grandulón se hizo para atrás y levantó las mangas de su camisa a cuadros.

—Vas a ver cómo te va.

Mis piernas temblaron, tomé un puñado de tierra y se lo aventé a la cara.

—¡Cállate! ¡Déjame en paz!

Manuel se irguió y soltó un golpe. Me hice hacia atrás, pero mano pesada me dio en la rostro y sus uñas rasgaron mi cachete. Timy salió de la nada, dio un salto y se le colgó del cuello. Manuel trató de quitarse a Timy como si fuera un chango en su espalda y yo le puse el pie para que se cayera.

El niño se derrumbó como un gigante. Sus manos estaban aferradas a la ropa de Timy y no pudo más que golpear la tierra con la cara. Su nariz empezó a sangrar y dejó un charco rojizo en la arena. Abrí los ojos atemorizada.

Manuel lloró y se levantó con la cara llena de lodo y sangre antes de ir corriendo a buscar a su mamá. Timy me tomó de la mano. Huimos debajo de una de las mesas y nos escondimos bajo un mantel de plástico para recobrar el aliento.

Escondí mi cara en las rodillas y sollocé. Timy me agarró de la mano y me preguntó si estaba bien. Alcé la cara arañada y roja del llanto.

—Déjame. —dije arrebatándole mi mano.

Timy miró mis palmas y salió corriendo. La soledad me acogió; como cuando encuentras un peluche viejo que hacía tiempo no veías, pero siempre ha estado ahí, en el estante enfrente de la cama, mirándote en silencio, reflejando tu vida en sus ojos de canica; siempre presente, a veces se cubre de polvo y olvidas su presencia. Qué se vaya. Volví a sumergir mi cara entre mis rodillas.

Paré de llorar cuando se iluminó mi escondite. Timy gateó con la mano repleta de papeles mojados, me limpió las manos y luego el cachete. Le agradecí y dejé que me curara.

Le pregunté por qué siempre tenía rasguños y golpes en la cara. Timy escondió la mirada y dijo que había un monstruo en su casa.

—¿Qué clase de monstruo?

—Uno muy feo, aparece en las noches.

—¿Y peleas con él?

—A veces. Siempre me gana, pero creo que un día le vamos a ganar.

Timy volteó a verme. En su mirada me vi visto reflejada como la más bonita del mundo. Salí corriendo y el mantel se meneó dejando entrar un poco de luz.

Cuando Timy salió, una mano lo agarró del brazo. Abrió los ojos con terror, era su mamá, Koemi. Enfrente estaba yo, mirando el suelo mientras mamá me limpiaba las heridas y preguntaba qué me había pasado.

A lo lejos, una señora rubia jaló del brazo a Manuel y él pataleó y lloriqueó. Su mamá no estaba enojada por lo que le había pasado sino que lo regañó por estar en otra pelea. A pesar de que Manuel refunfuñó, su mamá lo hizo disculparse y se lo llevó de la fiesta.

Mi mamá había continuado con la curación en el baño de la madre de Liz. Cuando me llevó ahí y abrió la puerta de la recámara sentí un ambiente terrible. De su interior salía algo invisible y pesaba tanto como las mentiras. Me aferré al brazo de mi mamá y la seguí con los ojos cerrados. Me sentó sobre el lavabo y la tomé de los hombros mientras limpiaba mis rodillas.

—¿Mamá, estás muy enojada? —No había dicho una sola palabra desde que subimos.

—No, princesa.

Su tonó era distante. Me miré en el espejo y suspiré. En la alcoba: la cama estaba bien arreglada, la colcha completamente lisa, la luz traspasaba las cortinas e iluminaba el piso. Aun así el ambiente se sentía helado. En el suelo había una pluma, era la única señal de que en ese lugar había pasado algo secreto minutos antes.

—Mamá... ¿Besaste a alguien además de papá?

—Pues... —Me miró extrañada. —Sí, antes de conocernos tuve uno o dos novios, pero acuérdate que no es bueno hablar de a quien besas.

—¿Y los seguías besando cuando estabas con papá?

—No, princesa, cuando estaba con tu padre sólo lo besaba a él.

—¿Por?

—Pues... depende de la gente, pero para mí un beso es algo muy personal y debe reflejar lo que uno siente por una persona. Tu papá decía que era la única forma de probar el amor.

—¿De probar que existe el amor?

—No, el sabor del amor. ¿Por qué? —Pasó sus dedos entre un mechón de

mi cabello.

—Timy me besó y Liz dice que da asco.

Levantó la mirada.

—¿Y tú qué crees?

Me ruboricé y miré alrededor en busca de espías. Al haberme asegurado de que no había nadie entre las sombras le confesé en secreto. —Fue raro. Me ayudó a pelear con Manuel y luego me limpió las manos.

—Parece que Timy es un buen niño.

— Pero es un *niño*. —agregué con cara de asco.

Mamá dejó salir una carcajada.

—¿No crees que sea guapo?

—¡Mamá! ¡Noo! ¡Diuuu! Sólo espero que no lo vuelva a hacer. —Me vi en el espejo. —Sentí raro.

—¿Nerviosa?

Asentí.

— ¿Nerviosa... bonito?

Alcé los hombros con un poco de pena y los cachetes colorados.

Después de juegos y cuando el sol había crecido demasiado viejo y la luna comenzaba a nacer, Timy se acercó a mí. No dijo nada, ni yo lo hice. Me sentía apenada, mi piel estaba pegajosa y olíamos a sudor. ¿Cómo se actúa después de un beso? Parecía ser un secreto entre los adultos. Nos estremecimos y ambos corrimos.

Me preparaba para dormir cuando mi mamá entró al cuarto y me acarició la cabeza. Acercó a mí una carta que decía en tinta negra: *Tu primer beso*. Mis ojos brillaron. La desenvolví como si fuera un regalo y leí en una voz alta:

Nicole: Así que tuviste tu primer beso. Espero al menos ese gañán tenga un título de príncipe e incluso si lo posee, creo que le falta mucho para merecer tan bello regalo.

El cuarto se iluminó. Miré a mamá y dejé salir mi entusiasmo en forma de risa.

Espero sea un buen chico y si en algún momento te molesta; ve y dile que tú papá va a ir a hablar con él y que lo está observando, a ver si con un buen jalón de patas en la noche no se educa.

No puedo creerlo, tu primer beso. El mío fue increíble, estaba en una

obscura sala de cine. Todavía hay cines, ¿cierto? Espero que sí, son lugares hermosos. Un lugar donde uno puede abrir su corazón y dejarse llevar por historias bellas, llenas de magia.

Hubiera deseado compartir mi primer beso con tu mamá. Ella jamás quiso contarme acerca del suyo, decía que una mujer no podía contar esas cosas.

Ten cuidado con ese chico, mi pequeña, no dejes que te trate mal, debe tratarte con todo el respeto del mundo. Disfruta mucho de cada beso mi amor, porque son la única manera en que uno puede saborear el amor; un beso y las ricas crepas de tu madre. Besa a tu mamá por mí. Cómo las extraño. Dile también que aquella noche donde nos dimos nuestro primer beso me sigue dando fuerza cada día, que sigo sintiendo aquella locura por ella. Las amo mis mujeres más hermosas del mundo.

Los besos tienen la magia de detener el tiempo y eliminar atardeceres, así que detén el tiempo tantas veces como puedas y pasa esos segundos eternos con alguien a quien ames, porque la vida se hace más hermosa si besas en cada instante a tu amado. Mi vida duró veintitantos años pero desde que conocí a tu madre fue una vida larga y bella.

Enviaré al viento a que te cuide y si en algún momento tienes dudas no olvides platicar con tu mamá y salir, mirar al cielo y consultarme. Seré aquella inocente voz en tu cabeza, la que te cuida.

Un beso para ti, mi pequeña.

Con eterno amor de tu padre. Te amaré a través del tiempo y la vida.

Papá

Mamá estaba empapada en lágrimas. Su rostro parecía granada. Me colgué de su cuello, estaba acostumbrada a estas caídas de su parte, era una mujer fuerte y altiva afuera de la casa; luchaba contra cualquier obstáculo que se interpusiera en el camino de ambas, pero dentro de la casa ese espíritu se desgastaba, en un segundo se oxidaba como una bicicleta bajo la lluvia; sus hombros caían y arrastraba los pies.

Miré la carta de papá. Él seguía aquí, con nosotras, lo podía sentir casi tan real como sentía a mi mamá. No podía abrazarlo y los niños como Manuel me molestaban. Ahí estaba su presencia en mi casa. Si me esforzaba podía oler el humo y su aroma dulce saliendo debajo de la puerta de su estudio –un lugar que no se había abierto desde hacía años- y lo sentía deambulando por las

madrugadas en los corredores. Liz le temía a la oscuridad y se escondía debajo de sus sábanas. A mí no me daba miedo el susurro de la noche ni el golpear de los árboles; papá me cuidaba y aquel murmullo atemorizante me hacía sentir acompañada.

Mamá y yo nos abrazamos toda la noche con la ventana entreabierta para dejar entrar la brisa. Nuestros días continuaron siendo ordinarios a excepción de aquella presencia fantasmagórica rondando la casa.

Noches después la voz de mi mamá me despertó. Avanzaba alrededor de la cocina con pasos fuertes, su tono era muy agresivo, el que utilizaba cuando alguien intentaba meterse a la fila del supermercado.

Ruperto estaba dormido junto a mí. Abrí la puerta de mi cuarto y me senté al filo de las escaleras. Mi mamá seguía gritando, diciendo cifras y nombres de papeles importantes. Azotó el teléfono y lloró; un llanto que jamás había escuchado, no era tristeza.

Sentí el pelaje de Ruperto y mi piel se erizó antes de darme cuenta que sólo era él. Lo abracé y escuché a mi mamá buscar un vaso y servir algo mientras balbuceaba palabras ininteligibles. Bajé y me acerqué al marco de la puerta de la cocina.

El cabello de mamá estaba desordenado, su cara roja y la nariz descarapelada. La mesa de la cocina estaba repleta de servilletas echas pelota y en su mano un vaso. La admiré unos instantes.

Era hermosa e imperfecta. Tal vez no me entiendan cuando digo esto, pero cuando ves algo hermoso y perfecto, te deslumbra, te preguntas cómo es posible que algo así exista; sientes un murmullo en tu pecho sabiendo que tu vida cambiará desde ese momento. Cuando ves algo que solía ser perfecto y lo miras por primera vez mostrando un lado que jamás pensaste existiera, se vuelve más humano, más real.

La mano de mi mamá tembló al llevar el vaso a sus labios partidos. Parecía débil. Se levantó de la silla y me escondí. Caminó hasta el fregadero y de las puertas debajo de él sacó un paquete de cigarrillos. Prendió uno y tosió un par de veces antes de comenzar a darle grandes chupadas.

Ruperto pasó a mi lado y salté del susto. Mi mamá me miró antes de dejar salir otra bocanada de humo. Dejó caer el cigarrillo en su vaso y ahuyentó el humo con la mano.

—Nicole, ¿qué haces ahí?

Me quedé pasmada, me habían descubierto.

—¿Estás bien, má?

—Problemas del trabajo, princesa.

Durante los siguientes días mamá no fue a trabajar y se sentaba enfrente de la computadora enviando correos y correos. De vez en cuando se levantaba nerviosa y se arreglaba para salir a *entre-vistas*. Regresaba cansada y cuando sonaba el teléfono se apresuraba a contestarlo esperando buenas noticias, que no llegaban.

La mañana del sábado vimos una película antigua donde una pareja lucha por estar juntos. A la mitad de la historia la pareja se abrazó y a lo lejos se vio una lluvia de luces estallar en el cielo. El recuerdo de algo similar se asentó en mi mente. Había visto esas luces de colores.

—¿Qué es eso, má?

Respondió que eran fuegos artificiales y la palabra resonó en mi mente.

—¿Podemos ir a verlos?

Puso una cara un triste. —Los prohibieron poco después de que nacieras, por la contaminación ambiental. Hacían mucho daño a la naturaleza, princesa.

—Son bonitos.

—A veces las cosas más hermosas son las que más nos dañan. Hay que cuidar la naturaleza, princesa. Es el único hogar que tenemos y somos parte de ella. Recuerdo que el último día que hubo fuegos artificiales los vimos con tu papá, reímos muchísimo. Después se volvió ilegal. Algunos han intentado hacerlo con luces artificiales, pero no es lo mismo.

Pensé en esos fuegos artificiales. Tenía tantas ganas de verlos en persona, escucharlos tronar y sentir el calor en mi piel.

•••

Papá había construido tres casas en el enorme campo de girasoles: la primera era donde vivían mis tíos, detrás había una casa más y a la derecha estaba una casi idéntica a la nuestras, la diferencia era que adentro había un rectángulo que funcionaba como jardín. En esa dormíamos nosotras todos los fines de semana después de comer con mis tíos.

Un día había unos amigos de mi tío, la sala olía a tabaco y se escuchaban risas. Había un hombre vestido de traje que miraba a mamá constantemente y platicaba con ella.

Jugué con el teléfono de mamá; después de un rato caminé a la sala y me quedé dormida.

Me despertaron los brazos de mamá cargándome para llevarme a la casa. Con trabajo mis parpados se mantenían abiertos. A mitad del camino, se acercó un hombre de cabello negro y se despidió de ella. Antes de irse la

miró, pestañó tres veces seguidas y le preguntó por su número telefónico. Mamá se quedó callada un momento.

—Entiendo tu situación y sé que es... difícil. Puedo ayudar, Helena. Te puedo sorprender.

—Michael, no puedo.

—Claro que puedes, pero no quieres.

—¿Qué va a pensar mi cuñado?

Michael se acercó más y le susurró algo que no logré entender, después hizo su cabeza hacia atrás y pestañó nuevamente tres veces. Lo hacía muy seguido.

—Salgamos como amigos, sólo dos amigos tomándose un café y platicando de nuestras vidas, ¿qué opinas?

Mi mamá se quedó en silencio y Michael agregó:

—¿Qué opinas tú, Nicole? ¿Quieres ir conmigo y tu mamá por un café?

Un café sonaba bien, no porque supiera rico, pero mi mamá me pedía una malteada.

Durante las siguientes semanas, Michael fue seguido a comer a la casa. Era simpático y me encantaba para platicar conmigo se agachaba. La mayoría de la gente me miraba hacia abajo y me hablaban como si fuera un bebé. Michael se ponía en cuclillas y no evitaba decir palabras largas; cuando las usaba yo le preguntaba el significado y él me lo decía.

Además tenía el mismo tipo de sonrisa que mi papá. Cuando nos despedíamos de él por la noche, él y mi mamá se quedaban abrazados y se daban un beso en el cachete.

Hubo una noche donde yo ya estaba cansada y Michael todavía no se iba. Mi mamá subió a arroparme y me dio un beso en la frente.

—¿Michael se va a quedar a dormir?

Se sentó a mi lado y mientras me acariciaba la frente respondió:

—No sé, mi amor. Sólo platicaremos un rato más en la sala.

—¿Lo amas? —dije tapándome la cara con las cobijas.

—No lo amo, princesa, pero tú ya tienes que dormir. —se levantó, me dio otro beso en la frente y caminó a la puerta.

—Mamá, papá quiere que seas feliz.

Antes de apagar la lámpara ella agregó:

—Yo ya soy feliz, Nicole. Eso nunca lo entendió tu padre.

Algunos murmullos en la sala me despertaron al poco tiempo, me acomodé cerca del barandal de las escaleras y escuché a Michael con una voz nerviosa.

Podía verlo pestañando tres veces seguidas como siempre.

—Hemos sido amigos durante un largo tiempo... necesito saber. Me gustaría saber si en algún momento podremos salir en una cita, Helena. En una verdadera cita.

Mamá se quedó callada un buen rato.

—No.

Bajé un poco más. Mamá estaba triste. Miró su regazo, levantó la mirada e irguió el cuello.

—Lo siento. Tú sabías perfectamente...

—Tienes. Necesitas dejarlo ir. ¿Acaso fue tan egoísta y te pidió que no te volvieras a enamorar?

La mirada de mamá se encendió con el color de la punta de un cerillo.

—Michael no lo hagas de esta manera. Él me pidió que me enamorara de nuevo y tuviera una familia.

Michael deambuló por la sala con una mano en la cabeza, pestañaba más que de costumbre.

—Entonces, ¿por qué no lo escuchas?

Mamá se levantó y se acercó a él.

—De verdad lo siento, pero soy... suya. Incluso a través de la muerte lo seguiré siendo. Ya conocí al amor de mi vida y lo sigo amando. No sé porque todos piensan que necesito otro hombre en mi vida para ser feliz, yo ya soy feliz y si no me enamoro es porque no puedo y no quiero, porque todavía lo escucho. —Acarició la pared de la casa. —Cuando me acuesto en nuestra cama, platico con él. Me aconseja y me cuida, a veces dejo un cigarro en el balcón e imagino que está afuera y que no puede dormir. Sería injusto para ti que te enamoraras de mí porque yo jamás podre amarte, no tienes ni el nombre de mi amor. Ni su rostro. Ni su esencia. ¿Te gustaría despertar a mi lado sabiendo que estoy contigo sólo porque el hombre al que verdaderamente amo murió?

En la cara de Michael aparecieron dos líneas de agua y su constante abrir y cerrar de ojos mojó sus pestañas.

—Yo ya estoy...

—Cállate, Michael. —dijo mamá con un tono suave.

—Lo estoy. Como no estar enamorado de ti, eres dulce, amable, una madre increíble, una mujer independiente. Lo tienes todo. Por esto te amo.

Mi mamá tenía la mirada turbia y se quedó en silencio.

—Te trato de entender, Helena. Debe haber sido un tipo perfecto.

Mi mamá hizo un sonido sarcástico y al mismo tiempo melancólico.

—Fue todo lo contrario. Podía ser egoísta, su mente siempre en otro lado, despistado, olvidadizo, no le interesaba el mundo, podría escuchar en las noticias que la tierra estaba a punto de colapsar y el seguiría sonriendo porque las personas que él amaba estaban bien. Se preocupaba por cambiar el mundo, claro, pero quería hacerlo a través de sus libros jamás con una acción. Sólo comenzamos a viajar porque le dio cáncer, a veces me pregunto qué sería de mi si él no hubiera enfermado, creo que me enamoré de su tragedia.

—Y a pesar de ello lo sigues amando.

—Por todo ello lo amo. Sus defectos me hacían feliz, tenía ese talento de hacer un momento como cualquier otro, algo inolvidable. Me podía tomar de las manos y hacerme sentir completa. Y es que... aunque no sé cómo sería el presente si él estuviera todavía con nosotras, aun así sé que me hubiera amado toda su vida, había un destello en su mirada que lo afirmaba.

—Estás enamorada de un muerto.

—De un hombre que me está esperando en algún lado. ¿No lo entiendes? Nunca me siento sola y no siento que pierda mi tiempo amándolo. Aunque probablemente me regañaría en estos momentos por no empezar una relación contigo, al menos a intentarlo porque realmente me siento a gusto a tu lado. De todas maneras, aunque Christopher se apareciera y se quejara, yo no lo escucharía porque no quiero amar a nadie más. Siempre seré suya y él mío. No importa en donde este, logró su cometido de enseñarme que el amor puede atravesar la vida y la muerte.

—Entonces no tengo nada más que hacer aquí.

—Lo sé —Mamá se cobijó bajo su chal azul —espero que encuentres lo que buscas y cuando lo hagas sé que me entenderás. Gracias por siempre apoyarnos.

—No las apoyé por esto, lo hice porque eres una buena persona, aunque estés enamorada de un fantasma.

Michael abrió la puerta y murmuro un adiós, parpadeó tres veces y la puerta se cerró de un portazo. Mamá tomó un respiro y caminó a la ventana en donde lo vio encender su carro y partir. Su mano acarició el brazalete plateado con un grabado antiguo:

Nuestro amor es eterno.

Corrí hacia ella y me aferré a su pierna.

—Disculpa por despertarte, princesa.

—¿Por qué se fue Michael?

—No era justo para él que estuviéramos juntos mientras yo amo solamente a tu papá.

—¿Y si no existe un cielo y papá ya no está? ¿Y si ya nos olvidó?

—Jamás nos olvidaría. Nos amó con toda sus fuerzas y nos dio hasta su último respiro. Solo podemos confiar en él. Eso es el amor, princesa. Confiar. Además tu padre es tan necio, a veces dudo que no se ingeniara alguna manera de esperarnos.

Nos sentamos en el sofá. Mamá tomó del buró el segundo libro de papá y leyó las primeras páginas. Entre las letras y la noche, sentimos una mano cálida en nuestras espaldas y un beso en nuestras cabezas. Estaba enamorada de un fantasma, no sé si todavía lo sentía, pero era feliz con saber que el viento nos cuidaba.

5 Christopher

Noviembre. Durante aquellos meses, desde que me diagnosticaron la muerte, mis vicios incrementaron. Uno intenta toda su vida alejarse de tales males, pero cuando se está seguro de que la muerte te está buscando, no importa si incrementas esos atenuantes de melancolía. Durante una fiesta con quienes cursé mi carrera, alcanzo a fumar tres cajetillas de delgados cigarrillos en una sola noche. Sorprendida, una amiga me arrebató la mortífera caja de cartuchos cancerígenos.

—¡No fumes tanto!

—No me vaya a morir de cáncer, ¿verdad? — Sonríó y prendo otro cigarro como quien abre un dulce.

Al parecer mi nueva adquirida visión de la vida, no es del todo apreciada. La mitad de las personas sienten pena y los demás sonríen al ver la manera en la que tomo las riendas de aquella fúnebre nube de humo que me acecha. Desde el punto de vista de aquellos jueces de la muerte, escondidos detrás de caras amistosas que compartieron vino y risa conmigo durante tantos años, se asoma el penoso dilema: por un lado están tristes de que mi boleto de partida de este mundo terrenal ya esté pagado y por otro la vergonzosa sensación de pensar en que no quieren terminar como yo. ¡Oh! Fieles amigos durante momentos tristes, escondidos en ropajes de decencia y avergonzados por querer sobrevivir.

Me imagino acostado en mi ataúd, viendo a todos vestidos de negro en un solemne cementerio. Todos parecen mirar sus relojes en esperar que la tormenta se suelte y el lego comience su sermón de despedida. Veo a todos levantando la cara y pensando en que ésta podrá ser nuestra última cena. Una tristeza se sobrepone en mi pecho. *No quieren quedar mal con un muerto*. No quieren despertarse al día siguiente y pensar que no asistieron a mi última fiesta.

Entre bailes y anécdotas pasadas termina aquella danza a la vida como termina toda reunión a la que asisto, en llanto. Y yo siempre tan solícito cargo con ambos mí cáncer y la vergüenza de ocasionar dolor a mis seres queridos.

Al salir borracho de aquel evento, manejo a casa. Canto con la ventana abierta, música a todo volumen y un cigarro entre los dedos. El humo sale del

carro y se desvanece ante la rapidez del aire.

A las 4:34 de la mañana un perro cruza la avenida. Mis faros destellan un par de ojos amarillos mirando al monstruo de hierro acercarse con rapidez. Entre la embriaguez de mis sentidos y mis reflejos casi nulos, tomo el volante y me yergo en el asiento.

Cargo todo mi peso a la izquierda. El automóvil da vueltas, mi cabeza rebota contra el marco de la puerta. Suelto el cigarro. El cinturón me jala contra el asiento evitándome de salir volando por el parabrisas frente a mi cara. El impacto me levanta. Mi cabeza golpea el techo y regresa al asiento, esta vez boca abajo.

Mis brazos caen. Yazco en el carro como si estuviese a la mitad de un paseo en montaña rusa y me quedase inmóvil. Miro por el retrovisor cómo el perro petrificado sale corriendo como si tuviese alguna fiesta de té a la cual asistir.

Despierto en una ambulancia enfrente del carro destruido. Mis padres y Helena llegan acelerados y miran a un par de médicos curarme la cabeza donde tengo una herida. Mi camisa llena de sangre los aterroriza. Mi padre se encarga de hablar con el seguro mientras mi madre y Helena me llevan al hospital. El médico, que no sabe ni la mitad de la historia, dice:

—Tuviste mucha suerte, no te pasó nada.

Suerte, me repito.

Al instante que la puerta de la recámara se cierra, comienza una querrela brutal con Helena.

—¿Ahora vas a ir a reventarte la cabeza contra un árbol? Pudiste haber muerto.

—Y solamente te hubiera quitado unos cuantos días más de verme. ¿Qué no lo ves? ¡Ya estoy muerto!

—¡Cállate! No eres el único al que esto le afecta. Esto no es nada más sobre ti. Crees que eres el centro del mundo por tener cáncer, pero adivina quiénes tienen que seguir viviendo después de que te vayas. Te apoyé con dejar a un lado las terapias pero esto no se vale, Christopher. No puedes ir por la vida sin interesarte por los demás. ¡Pudiste matar a alguien! Los demás tienen la culpa de que estés deprimido y todo te valga madres. ¿Al menos piensas en los demás? Tal vez nosotros todavía no te hemos dicho lo último que queremos decirte.

Tiene razón, siempre lo hace. Por mi tristeza olvidé que el resto del mundo seguirá adelante una vez que yo parta. Miro la foto de mi hermano colgando en

la pared y bajo la mirada. Me siento sobre el escritorio y escondo el rostro detrás de mis manos.

Morir no es el problema. Uno cae dentro de un sueño eterno, tal vez llegues a alguna isla divina donde encuentras la felicidad máxima, pero aquellos que dejas pierden una parte de sus vidas.

La culpa me carcome. Dejaré a mi madre y a mi padre, aquellas personas que el día de mi nacimiento pensaron conocer a un ser al cual jamás tendrían que ver morir. Jamás tendrán la fuerza para hacer de mi habitación un estudio. Mis hermanos estarán juntos y sentirán mi ausencia. Es justo en esos momentos, donde la risa es más fuerte, cuando llega la culpa de ser feliz porque alguien tan cercano perece. Gracias a mí, siempre habrá un lugar menos en la mesa. Dejaré sola a Helena, será una bella mujer de 23 años con un novio muerto. *La joven viuda.*

Discúlpame.

—Tal vez deberías regresar a las terapias, tal vez se equivocaron los doctores y sí puedes curarte, vivir treinta años más.

Bajo las manos con tal furia que Helena da un paso atrás y sus rizos castaños se estremecen.

—¡No! —Respiro profundamente y lavo mi cara de aquel enojo.

Veo su rostro triste con esperanzas de un milagro, sueña que día despertemos y yo esté bien. Desea que aquel Dios al que tanto le reza, me salve o perdone mi condena.

—Tengo fecha de expiración, mi amor. No importa lo que haga o a quién vea, podría ir con los mejores monjes, con los mejores doctores y de todas formas uno de estos días no voy a despertar. Cada día me estoy pudriendo más y más, pero ya compré mi ataúd. La única razón por la que no hueles el olor a cadáver cuando camino junto a ti, es porque lo escondo con sonrisas. ¿Qué no lo entiendes, Helena? ¡Estoy muerto! ¡Muerto!

La mujer que más he amado en este mundo cae rendida en el suelo, sus manos cubren las lágrimas brotando de aquel rostro suave. Odio verla llorar a pesar de que sus ojos adquieren un tono más claro y reflejan los colores del sol.

Tomo un paño de papel y se lo acerco.

—Todos tenemos una fecha de expiración. Algunos no la saben, yo sí y cuando sabes que algo va a caducar no intentas buscar una manera de darle más tiempo. Disfrutas el tiempo que le queda.

Me dice que odia todo esto, que tenga que morir y que parece que no me

interesa. No lo hace. Siempre pensé: *una vez muerto nada importa*, pero esas personas sobrevivientes tendrán que aprender a vivir sin mí por el resto de sus vidas, mi trabajo es formar los mejores recuerdos antes de dejarlos.

—De verdad lo siento, me duele saber que no podré estar contigo. —me arrodillo junto a ella y la abrazo ferozmente. —Deberías dejarme.

Helena se yergue y responde enojada.

—Jamás me vuelvas a decir eso, Christopher. ¿Escuchaste?

—Tengo que saber que, aunque me vaya tú seguirás adelante.

—¡Oh! Cállate.

—Helena, voy darte todo el tiempo que me queda, pero no puedes esperar a que me recupere. No puedes seguir esperando a que mágicamente me cure y no puedo regresar a las terapias porque he visto cómo te destrozan el cuerpo. No conocemos nada de esta enfermedad y la única manera que tenemos de lidiar con ella es atacando toda célula en el cuerpo, mírame. —levanto su rostro y bajo la cabeza para que note mi cabello creciendo. —No quiero seguir cargando con este símbolo de muerte, las miradas de la gente cuando se da cuenta que padezco de cáncer me destrozan y prefiero vivir feliz mis últimos días a estar destrozado un año más. Un año que con trabajos podré llamar vida.

—Pero un año más con nosotros.

—Si hubiera esperanzas de recuperación lo haría sin pensarlo dos veces, no me dejaría vencer por esta... esta maldita enfermedad. Pero ya me ganó. Me venció antes de que pudiera luchar en su contra. ¿Cómo venzo algo así? No tiene forma de dragón, no tiene cara ni cuerpo, no puedo golpearla hasta que se rinda, no puedo ganarle con mi inteligencia, pero sí con mi creatividad. Si me va a tomar de esta vida entonces viviré lo que me está robando en este pequeño lapso y así me vengaré de ella.

—Estás loco. —Helena me mira con perpetuo sufrimiento y acepta mi extraña manera de ver el mundo. Sé que en su interior odia amarme.

—¿Qué voy a hacer sin ti? ¿A quién voy a amar?

—A un buen hombre que te respete y te ame como yo lo he hecho.

—¡Oh, Christopher! No quiero amar a nadie más. ¡No puedo! Te pertenezco a ti y tú me vas a pertenecer a mí incluso cuando mueras. Hoy estoy segura de que eres el amor de mi vida.

—Eso no puedes saberlo.

Sus ojos se cierran con deseo mientras sus besos bañan mi rostro.

—¿Me esperarás en donde quiera que estés?

—Te esperaré con ganas inmensas de besarte como lo hice cada noche cuando te dejaba en la puerta de tu casa y esperaba ansioso de verte el día siguiente. A menos de que conozca a Marilyn Monroe allá arriba.

—¡Cállate! Siempre serás mío. Siempre.

—Siempre seré tuyo, Helena. Siempre.

Nos besamos con tal pasión que recuerdo aquella noche donde la besé por primera vez, lleno de anhelo y deseo como un niño ignorante del tiempo. Al terminar aquel pacto de amor eterno, le cuento mi deseo de ir de viaje con ella y mi familia. Es chistoso, todos nuestros problemas siempre fueron porque no podía salir de mi zona de seguridad y ahora lo único que busco es salir de aquella prisión interna.

Le dije a mi familia que quería platicar con todos, uno por uno; decirles todo lo que siento y todo aquello que pensaba. Al día siguiente nos iremos a la playa donde mi hermana decidió crear su vida para continuar mi despedida.

Me encuentro sentado en un sillón de madera. La luz logra cruzar por las cortinas y se refleja en el cenicero cristalino que yace en una mesa en lo que era el estudio de la casa de mis padres. Un cuarto simplón lleno de bibliografías majestuosas y autores fallecidos que dejaron en páginas eternas su legado inmortal.

La puerta del estudio donde me encuentro descansando y releendo mis recuerdos suena y se asoma mi hermano. Le digo que pase y prendo un cigarrillo. Se sienta y saco dos cervezas de una nevera que está a mi lado.

Tomamos un trago largo de cerveza.

—Te adelantas, pero no nos dejas.

Así siempre fue mi familia, cuando perdimos a mi tío nos despedimos de él con una cerveza, risas y canto. La muerte es demasiado triste y para no hacerla deprimente nosotros reímos con nuestros caídos y pensamos que jamás nos dejarán. En mi familia uno no muere cuando su cuerpo deja de abrir los ojos, mientras tu nombre sea recordado vivirás para siempre y algún día todos nos reuniremos de nuevo y volver a ser las fiestas antiguas, aquellas reuniones a media madrugada con tarros de cerveza y botellas de alcohol a medias, con humo de cigarrillo y olor a cenas exquisitas. A veces cuando se cree que la muerte no se puede llevar el alma, uno se siente más libre, más liviano.

A mi hermano le entrego el cuadro donde vestimos las mismas prendas hace tantos años y le cuento la importancia que tiene el retrato para mí. A mi madre le doy los libros que leímos todas esas mañanas antes de que me llevara al colegio, las páginas antiguas y un poco humedecidas sueltan un olor

penetrante. Mi madre, creo que es un territorio que jamás pensé explorar, despedirme de ella me parte el alma. Lloramos juntos y nos abrazamos por horas.

—Jamás hubiera sido la mitad del hombre que soy si no fuera por ti, madre.

El llanto sale a cataratas. Ella me enseñó a leer, escuchó mis primeras historias y me miró siempre con ojos de esperanza y amor mientras decía, al mover su mano suave por mi cabello:

—*Mi pequeño escritor.*

Con mi padre fue una larga plática, no hay un amuleto que represente nuestro cariño. Se esforzó para cultivar la dureza con la que había que recibir los golpes de la vida. Su ideología es la de un guerrero. Declamamos poesías, un gusto que adquirí desde pequeño al oírlo a él con su voz de león indomable recitar *Reír llorando*. Es una figura de fuerza, una roca irrompible. Verlo con ojos llorosos y las manos temblando me hace pronunciar las estrofas que marcaron mi vida. *Reír llorando*. Ahora me encuentro a viva imagen de aquel payaso de la nobleza, no tengo deseos de viajar, de leer, de amar porque sé que el telón del acto final de mi vida otoñal ya se abrió. El final de mi historia comienza y no hay manera de detener aquella obra de muerte y corazón.

Después de tan agrías pláticas, llega al cuarto una silueta con ojos marrones que destellan. Helena se desliza por la negrura de la habitación y se sienta en el brazo del sillón y me da un beso mojado por lágrimas. La presencia salina provoca una dulce tristeza en nuestros corazones. Me pregunto ¿cómo es posible que algo tan hermoso pueda profetizar la muerte? Nuestros besos antes eran apasionados y con ganas inagotables de experimentar la vida, ahora son hirientes punzadas al pensar que ese puede ser el último momento que nuestros labios compartan. La pasión se vuelve una súplica al tiempo, un suplicio moribundo.

—Quiero decirte...

Su dedo se coloca en mis labios y me priva de seguir con el soliloquio que tengo planeado. Arquea un poco su boca e inclinando un poco la cabeza, la dueña de mi corazón. Sonrisa tenue y risa estruendosa que me hace saber que la felicidad debe gritarse.

—No necesito escucharlo, Christopher. No quiero que hables en la negrura de una habitación como si me dieras la bienvenida a tu ataúd.

—Pero quiero saber que cuando parta sabrás todo lo que siento.

—Me lo has dicho en mejores y más bellos lugares.

—Sabes que te amo, Helena, y jam...

Su dedo vuelve a detener mis labios. No son necesarias las palabras, compartimos un lazo que carece de descripción lingüística. Al besarnos las palabras inexistentes encuentran un lugar al filo de nuestras lenguas.

Esa noche voy a pedirle permiso al padre de Helena para casarme con ella. Me mira con ojos ennegrecidos y me dice que la deje en paz, que soy un egoísta por no terminarla ahora, la haré una viuda, arruinaré su vida por un capricho. Al poco tiempo Helena sale de su casa gritándole a su padre y con una maleta en la mano. Su padre le dice que no regrese.

—Si te vas con él y aceptas la vida de una viuda, Dios sabe que estás aceptando una vida de soledad. ¡Al igual que él, vas a estar tan muerta para esta familia! ¿Me escuchaste? ¡Te mueres con él! —aúlla.

Ese mi suegro y yo pensé que ya le estaba cayendo bien.

El siguiente día, partimos hacia aquella playa donde vive mi hermana. En la noche, después del vino y cuando mis sobrinos están demasiado somnolientos para seguir despiertos, me quedo solo con aquella mujer con quien comparto la misma nariz de nuestros ancestros.

Es una casa pequeña, con un patio trasero donde ella decidió hacer una piscina para sus hijos. Estamos sentados debajo de una palapa, frente a frente en una mesa larga de cristal, con el aroma del mar y los insectos que añoran un poco de nuestra sangre. Los grillos cantan y la luna se refleja en la alberca del patio.

—¿Has seguido escribiendo? —pregunta al prende un cigarro e intenta mover la melena negra invisible que perdió hace una par de semanas. —Dicen por ahí que no has vuelto a tocar una pluma.

—No, no quiero dejar obras inconclusas. —tomo un cigarro de la cajetilla y lo pongo entre mis labios.

—Que chafa escritor. Uno del que se hablará por todos los años no deja de escribir antes de morir, es más, generalmente escriben sus mejores obras al final.

—Me quedan tres meses.

Mi hermana deja caer las cenizas en el cenicero.

—Dicen que Frankenstein fue escrito en una semana.

—Tengo algo para ti y tus hijos. —Saco de una mochila cuatro de avión. Le explico mi plan de viajar poco más de un mes con todos y de proponerle matrimonio a Helena. La boda, si acepta, se celebrará una semana antes de Navidad.

Desde aquel día que dejé de asistir a la quimioterapia dejé también de escribir. Tengo muchas ganas de hacerlo pero en cuanto quiero comenzar, una bruma de dudas me envuelve y me pregunto si realmente vale la pena.

Esa misma noche, a las 12:00 de la madrugada la tinta en mis venas vuelve a fluir.

Al poco tiempo la vida en mí aumenta y siento que la enfermedad que guardo oculta no me impide ser feliz. Asisto a fiestas de amigos antiguos, corro por campos y parques haciendo carreras con Helena, voy al cine a reír y a llorar. Practico un arte marcial y nunca voy a la segunda clase. En un pestañeo llega el día esperado de nuestro viaje alrededor del mundo.

Paseo por callejones en Madrid, camino por barrios góticos en Barcelona, veo las obras de aquellos eternos renacentistas, pido un deseo en la fuente de Bernini, navego en góndola y escucho cantar con paroxismo excepcional a los gondoleros, viajo en barco por el Sena y cruzo de Francia a Londres por el mar, desembarco en Normandía, voy a Noruega, Bruselas, Praga, Viena, Rusia, India y abordo un navío con el nombre Cyrano Bergerac. Conozco catedrales impresionantes, grandes colosos de la historia que yacen sempiternos contra el tiempo. Veo la tierra de los estudiantes y siento que mi historia continuará ahí de algún modo, que tendré tal vez un futuro, así es, tan buena fue mi fórmula contra el mal que olvidé incluso lo que crece en mi interior.

Tomo whisky en Irlanda y Escocia, sake en Japón y baijiu en China. Camino por tierras frías y cálidas. Mis dientes castañean en la Isla del Fuegos y me empapo de sudor en Brasil. Mis piernas están a punto de vencerse en las pirámides de México y Perú. Bailo en Toulouse, hago el amor en Florencia, me baño en suiza con una mujer hermosa y beso al amor de mi vida en la torre Eiffel.

Esperamos tres días en Canadá, donde patino en nieve y caigo de bruces sobre nubes de agua congelada. Entre la nieve y una tormenta helada, beso a Helena. El hielo hace que nuestras lenguas se peguen y al tratar de separarnos la piel sangra y dejamos salir una queja de dolor. La naturaleza hace todo lo posible para que ese momento dure eternamente y nosotros, tontos, caminamos a la cabaña rustica y nos acercamos al fuego, unidos por amor y nieve.

Me hincó y ella no puede más que seguir mi movimiento o perder la legua. Saco una caja a tuestas y muestro un anillo con un diamante que asemeja un girasol, su flor favorita. Entre dientes, con la voz de un niño enfermo de gripe, le pido que me dé el honor de hacerla viuda. Entre risas y llanto acepta. Me da un suave golpe en el hombro por burlarme de nuestra desgracia y un gran beso

por no perder mi gracia ante ella.

6 Nicole

Un amor de otoño

El campo amarillo de girasoles lucía un poco triste. Había algo fascinante en los escasos tornasoles parados en el sembradillo y las gardenias dispersas. La época de los girasoles había terminado; mi tío se había adiestrado en el arte del cultivo, con ayuda de un invernadero y regaderas mantenía unos cuantos floreciendo todo el año. Ese era gran secreto detrás de los regalos de mi padre.

El mundo perdió la belleza que tenía durante mi infancia. No encontraba la razón, aunque dentro de mí la sabía; no quería que ese sentimiento de pánico, incertidumbre y miedo se volviera real. Con un movimiento de cabeza alejé todos los pensamientos acercándome a ese sótano en mi interior. Me recosté entre las gardenias, a la mitad del campo, y saqué mi celular para escuchar música. Cerré los ojos por un momento. Las ganas de llorar eran abrumadoras. En mi mente apareció una figura conocida y me tranquilicé: Timy.

Inconscientemente mis dedos marcaron su número. Sin darme cuenta ya tenía el teléfono pegado a la oreja y esperaba ansiosa. Timy contestó con la voz perezosa como si acabara de levantarse. Me paralicé.

El sentimiento duró un instante. Mi pecho retumbó y recordé quien estaba del otro lado de la bocina: era mi mejor amigo. Nada más. ¿Por qué de repente me sentía tan nerviosa al hablar con él? Era tan sencillo contarle mis pensamientos más extraños y decir bromas torpes sin miedo a morir de vergüenza. No parábamos de reír desde el momento en que comenzábamos a hablar. Podía marcarle a las tres de la tarde y colgar a las 2 de la mañana. Cuando mi madre me preguntaba de qué habíamos estado platicando, no encontraba ninguna respuesta.

No podía pensar en Timy sin sonrojarme, ni podía decir su nombre sin sonreír. Timy. Sonreí. Timy. Su manera de mirarme, de preocuparse por mí y estar atento de cada momento difícil por el que pasaba. Cuando me llegaba a pelear con mi madre o Liz, él me escuchaba. Era el único que sabía de las cartas. Sólo él.

Escuché el grito de mamá buscándome para la cena.

—Oye, Nicole. —dijo Timy. —Antes de que colguemos. Creo, es decir, parece que todo el mundo ya lo sabía excepto yo, pero n-no, no sé si tú lo sabes.

—La verdad es que eres medio despistado, por eso sabes muy, pero muy poquitas cosas. —bromeé.

Timy tragó saliva, algo típico en él antes de decir algo importante. — Bueno... Ya nada. Era de la tarea. Buenas noches. —dijo y colgó el teléfono.

Planeaba marcarle nuevamente de no ser por los gritos de mi mamá llamándome a cenar.

Después de comer nos despedimos de mis tíos y regresamos a casa. Ya sólo nos quedábamos cuando eran vacaciones porque mi mamá se levantaba temprano para ir al noticiero.

En cuanto entré a mi cuarto le marqué a Timy. El teléfono sonó y sonó sin respuesta alguna. Seguramente estaba ocupado, pero jamás regresó mi llamada. El aire de la brisa nocturna se metió por la ventana. Escuché los árboles menearse bajo la luna y una sensación de tristeza me miró desde el buró donde estaba el florero con el girasol. La soledad se trepó por las sabanas y su peso aplastó mi pecho.

Antes los regalos de mi padre duraban nueve meses, ahora cada noche duraban menos. Quería alejar ese pensamiento, así que me puse a escuchar música y ver videos de fuegos artificiales. Solía imaginar cómo se debió sentir verlos antes de que los prohibieran.

El día siguiente estuvo nublado, apenas y se notó el sol en el cielo. El aire petrificaba mis piernas. Maldije a quien sea que se le ocurrió mandarnos a utilizar faldas como uniforme en otoño. La mitad del día la pasaba agarrándome el regazo para que no se me fuera a levantar la faldilla y el resto la pasaba subiendome las calcetas lo más arriba posible para evitar que la brisa erizara mi piel.

En el colegio no tomaba ninguna materia con Timy. Salí temprano de la primera clase y lo vi por los corredores. Al momento que sonó la campana, una manada de estudiantes atiborró el pasillo. Él me miró de reojo. Avancé entre los hombros y mochilas, más pesadas que los estudiantes escuálidos cabalgando debajo de ellas, pero cuando llegué Timy ya no estaba.

Me acechaba la idea de que estaba enojado conmigo. Tal vez por decirle despistado la noche anterior o por marcarle a deshoras. Al menos debería tener la decencia de decirme las cosas en mi cara en vez de evitarme. Me ardía el pecho.

Liz tiró de mi brazo y me sacó de mi monólogo interior.

—Hasta que te encuentro, apúrale que ya tengo todas mis faltas con esa señora. ¿Qué traes?

—Nada.

—¿Really? —dijo mientras arreglaba su estuche. —No fuera Timy porque le cuentas todo. Te gusta ¿verdad? Ya dime, Nicky, no le voy a decir a nadie.

Por primera vez, su interrogatorio me dejó sin palabras. Usualmente le hubiera dicho *no* con una risa tímida, pero esta vez escondí los labios.

Sus pupilas de dilataron y brinco tirando sus plumas.

—¡Nicky! ¿Es real? —dejó escapar un grito agudo que ahogó entre sus manos.

— No.

—Aja, güey, claro. Tú juras que eres buena actuando. —dijo y se agachó para recoger sus cosas. — Te la pasas hablando más tiempo con él que conmigo y cuando platicamos solo hablas de ese güey y de bromas súper tetas que tienen entre ustedes.

Me acerqué para ayudarle y Liz me dijo al oído:

—Son súper obvios, todos sabemos que se gustan.

Sus últimas palabras se quedaron estancadas en mi mente y las escuché con la voz tímida de Timy. ¿Sería eso lo que me quería decir y yo me burlé de él? La sensación que me venía persiguiendo desde la noche anterior al fin tenía sentido. El resto de las clases fueron lentas. Las manecillas del reloj parecían estar caminando lentamente y en el sentido contrario. El profesor habló entre una nube de cansancio y hartazgo; decía dos palabras y yo giraba la cabeza para saber la hora.

Al fin sonó la campana cual trompetas celestiales. Salí corriendo del salón y busqué a Timy por todos lados. Nuevamente se había esfumado. Entendía que no quisiera verme, pero se fue y ni siquiera me esperó para caminar de regreso juntos.

Lo esperé en la entrada del colegio. La madre de Liz se estacionó y me saludó desde el carro, segundos antes de que Liz saliera. Su madre se acercó a la puerta y preguntó si quería que me llevaran.

—¡No! Nicky está esperando a un chico...

Liz no me dio ni un segundo para contestar. La pena invadió mis mejillas. Era imposible negarlo.

—Con cuidado, nena. No te vayas a tardar porque parece que va llover y saludame a tu mami.

—Márcame cuando llegues y me lo cuentas to-do, güey. —susurró antes de partir.

El aire arreció y me encontré agarrándome la falda y sintiendo la brisa en mis piernas. Antes el patio estaba atascado de gente y ahora se encontraba desértico. Miré el reloj de mi celular. Habían pasado veinte minutos desde que Liz se fue y ya sólo quedaban algunos alumnos rezagados.

Nunca había estado tan tarde en el colegio. Mi casa queda a tres cuadras y la de Timy está enfrente, además es justó a esta hora cuando se transmite el noticiero de mi mamá.

Pasaron 10 minutos más. El cielo grisáceo comenzó a tronar e iluminó algunas nubes. Una gota de agua cayó sobre mi frente. Comenzó a chispear y yo seguía esperando a un chico que seguro ya se había ido. Para mejorarlo todo, estaba en falda. ¡Y sin paraguas!

Decidí irme en la lejanía son algo que no quieres que te alcance. La tormenta cayó como si se hubiera roto una bolsa de agua en el cielo. El sonido de las gotas caer con ira en el techo de los carros me ensordeció. Las calles medio inclinadas se transformaron en cauces de río, de los techos en picada cayeron cascadas de agua sucia, algunas coladeras se taparon formando lagos cercanos a las banquetas.

Caminé lo más rápido que el vestido, tratando de hondear cual bandera, me dejó. Tuve que moverme con una mano jalando mi suéter y la otra aferrada a la falda.

Como era de esperarse, alguna persona que aún vivía en la prehistoria de modales, pasó sobre un charco justo a mi lado. Se levantó una ola de agua y me empapó. Por el lado bueno ya no era necesario agarrarme la falda. Seguí mi camino con el cabello chorreando y el humor muy cercano al de los rayos.

Pisaba charcos y el agua se me escurría dentro de la calceta y entre los dedos del pie. Algún ser divino y comediante me debe haber estado viendo, cuando una de mis zapatillas fue a dar a un hoyo que hundió mi pierna casi hasta la rodilla.

Los truenos se escucharon cada vez más cercanos, ahora acompañados de vibraciones en la tierra. Jamás había estado tan cerca de una tormenta eléctrica. Las calles estaban vacías; en cuanto empieza una llovizna todos salen corriendo con sus mochilas o portafolios sobre la cabeza o jalando los sacos como si fueran capuchas, cinco minutos y todos desaparecen.

Sólo el desequilibrado sonido arrítmico de la tormenta, que perforaba mis tímpanos, me acompañó. La ciudad estaba a oscuras. Las gotas chocaban

sentarme. Al fin pude tomar un respiro. Su boca se abrió y yo no escuché nada. Inhale como si jamás en mi vida hubiera respirado, mis manos tensas apretaron el brazo de Timy y éste hizo una mueca de dolor. Una delgada línea de sangre escurría de su cabeza. Su cara llena de tierra y agua hacia una mezcla rojiza con lodo sobre sus mejillas y su frente. Vi sus labios moverse, deletreando palabras de miedo y preocupación. En mis oídos resonaba un zumbido interno. Parpadeé intentando recuperar la compostura. Mi cabeza dio vueltas. La imagen detrás de Timy estaba borrosa y él desenfocado. Sentí sus dedos entrelazados con los míos.

Las bocanadas de aire comenzaron a ser más continuas, mi vista se acostumbró a la imagen y finalmente el zumbido en mis oídos se redujo. Las alarmas de los carros sonaban enloquecidas alrededor del parque. Miré a mí alrededor, estaba al menos a 15 metros de la acera.

Había aterrizado a unos cuantos centímetros de una roca enorme. Enfrente del parque había un cráter, todavía con una flama en su circunferencia. Los cables seguían oscilando en el aire. Una capa de polvo bajaba a mis brazos; miré en cielo una nube de tierra cubrir las nubes.

—¡Nicole! —gritó Timy.

Lo miré extrañada, sin entender qué había sucedido.

—¿Estás bien? —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Sí, ¿tú?

Noté que el suéter de Timy estaba deshilachado en las costuras del hombro derecho. Bajé la cabeza y vi que la manga del mío se había incinerado. Al fin comprendí lo que sucedió, nos había caído un...—Trueno. Sí.

—¿Estás bien? —nuestras voces eran entrecortada.

—Sí... pero mi espalda. —Toqué mi columna y produje instantáneamente una mueca de dolor.

—Te pregunto si estás bien y respondes: ¡Trueno, sí! Pensé que se te había olvidado como hablar.

—Cállate.

—Puede pasar, pero ya sueñas un poco más a ti.

Timy se movió lentamente agarrando su brazo derecho y se recargó en la piedra para levantarse.

Me ayudó a pararme; el dolor subía de mi espalda a mi cuello.

—¿Tú estás bien? —Acerqué mi mano a su hombro y lo alejé.

—Me está matando, pero estoy completo. Siento como si me quemaran los músculos. Pensé que nos íbamos a morir.

Nos quedamos congelados en la lluvia. Capturando cada detalle: la cicatriz arriba de su ceja, la manera en la que se alzaban sus orejas cuando hablaba. Empapados y aun así mis labios estaban secos. Me tomó la mano, los residuos eléctricos generaron una chispa al momento de tocarnos. Ambos retiramos la mano y la movimos rápidamente intentando sacar la corriente por la punta de los dedos.

Dicen que cuando un rayo cae y toca a dos personas, sus corazones laten al unísono; la energía de ambos se une por un instante y sus vidas quedan entrelazadas. No había necesidad de palabras... Él tragó saliva, cerré los ojos y la lluvia se volvió un murmullo. El dolor desapareció.

Un toque electrizante y nuestros labios se separaron al contacto. Se aferró a mí. Me tomó de la cintura. Una punzada de dolor me arqueó la espalda. Ni me importaba, no importaba nada más que su mano deslizándose en mi cabello. Nuestros corazones con su palpitar sincronizado. El ruido desapareció. Éramos él y yo, en la tormenta. Me robó un beso como hace tantos años había hecho. A nuestras espaldas, en el centro del parque, otro relámpago golpeó un árbol e iluminó la tarde nublada.

...

Con cada minuto incrementaba el dolor en mi espalda. Mi mano continuó ardiendo e hinchándose, dejando ver ramificaciones moradas y azules en mi piel; cuando llegué a casa tenía el doble de tamaño. La tormenta seguía resonado en la ventana del cuarto, los cristales vibraron y yo me encontré a oscuras tomando un baño caliente.

Sólo podía pensar en Timy. A pesar del dolor creciente en mi espalda, me sentía feliz. Estaba hirviendo. Dejé que el agua cayera en mis hombros, sin darme cuenta llegué al punto de bañarme con agua helada ya que parecía dulcificar el dolor. Pasé una eternidad en la ducha, esperando a que la electricidad regresara o a que, al menos, la tormenta parara. Ninguna de las dos opciones ocurrió, la tormenta duró tres días y la luz regresó dos días después. Era la lluvia más fuerte que la ciudad de Amenti había visto.

Salí de bañarme y me invadió una extraña tranquilidad. Duró poco. Tenía dificultad para moverme, algo me apretó la espalda y la mano. Caminé encorvada hasta la cama y me eché, la mitad del cuerpo en el colchón la otra mitad colgando. El dolor pasaba por mis músculos y mis venas como una inyección.

Cuando mi mamá llegó, gritó mi nombre. Intenté responder, mi voz se cuarteó y mi cuerpo no respondió.

Entró a mi cuarto, dio un grito y me ayudó a recostarme. Preguntó qué había sucedido y yo hice mi mejor esfuerzo para contarle. Llamó al doctor de la familia, quien nos dijo que no podía salir del hospital porque estaban llegando pacientes a urgencias por montones. Marcó a un vecino cirujano. El teléfono sonó, caminó dando vueltas alrededor de la cama y mordiéndose las uñas hasta que las redes saturadas dejaron entrar su llamada.

Le imploró al vecino que viniera. A gritos trató de explicar lo que yo había logrado decirle. Mis ojos se fueron cerrando. La vi correr alrededor del cuarto entre la oscuridad buscando algo que pudiera ayudarme. Sé acercó a mí y golpeó mis mejillas. Dos cortinas negras nublaron mi vista.

7 Christopher

Diciembre. 11:30 de la mañana. Una boda con las mismas personas que asistirán a mi funeral, quizás menos. En un brillante prado a la mitad de un bosque en la lejanía del pueblo. Todos están en sus asientos. La banda espera para comenzar su serenata. La novia está en aquel ropaje blanco. El único problema es que el novio todavía no llega.

Me encuentro en casa todavía arreglándome. Siempre fui tardado para salir, tenía que poner la alarma unas cuatro veces para poder levantarme y al menos una hora y media antes para poder salir con unos cuantos minutos de retraso. Estoy enfrente del espejo, vestido de esmoquin y preguntándome, qué simbolizaba el negro que usa el hombre en su boda. Saco negro echo a medida, chaleco negro debajo y un moño negro que ahorca el cuello de incluso los más flacos.

Miro la hora y mi corazón se queda pasmado, voy treinta minutos atrasado y todavía no traigo ni los pantalones. Tomo de fondo una taza con café frío y acelero el paso. Media hora más se esfuma en lo que me rasuro y lavo los dientes. Todavía no traigo pantalones.

Mi temor aumenta cuando un carro se frena de golpe enfrente de mi puerta y un pitido me hace asomarme por la ventana. Helena baja en su vestido de novia, sostiene aquella amplia caída y enojo en sus ojos. Me quedo perplejo, mi corazón late rápidamente y mis manos comienzan a sudar.

Qué hermosa mujer. Su cintura se ve como tallada en mármol. Helena mira hacia arriba, a su prometido, sin pantalones, admirándola. Su cara se pone roja y camina a zancadas hasta la puerta. Toca bruscamente mientras grita:

—¡Christopher, la boda ya empezó! ¡Si no estás listo en este mismo instante me voy a ir a buscar a otro que sea más rápido!

Me pongo los pantalones y me voy sin cartera y llaves. Es una mujer de palabra y mecha corta. Además, creo que es de mala suerte hacer enojar a alguien el día de su boda. La beso como quien se encuentra al amor de su vida por la calle. Mueve la cara con disgusto y camina hacia el carro. Vamos a mitad de camino cuando me doy cuenta que voy en chanclas. No digo nada, lo último que quiero es que esos ojos me miren con hartazgo. Así que hago lo único que parece prudente: le digo lo hermosa que se ve.

—Ya iba de salida. —agrego ante su silencio.

—Ni a tu boda puedes llegar a tiempo, soy la única mujer que tiene que ir por el novio en su vestido de bodas.

—Pero no dudaste un solo segundo que quería casarme contigo.

Nos estacionamos enfrente de la iglesia. Al bajarnos, no puedo más que sostener su cintura con fuerza. La jalo contra mi pecho y nos besamos con tal goce que siento su cuerpo relajarse entre mis manos.

—¿Tiene algo planeado esta tarde?

—Iba a salir con un chico que conocí en la universidad. —responde Helena con picardía.

—Déjelo, venga conmigo.

—Si se enterara de cómo me tienes abrazada nos mataría a ambos.

—Parece un hombre agresivo, debería buscar a alguien más cariñoso y divertido. Yo tengo un posgrado en hacer reír chicas hermosas.

—Con cuántas debe utilizar esas frases. Yo ya tengo un compromiso y no caeré en sus juegos. —Helena trata de escapar de mis brazos, pero no la deajo.

—Espero que el cielo tenga la mitad de belleza que tú este día.

Helena se ruboriza al recibir tal lisonja, sus ojos esconden una tristeza inmensa. Estoy seguro que se pregunta cómo es posible recibir palabras que la hagan sentirse amada y al mismo tiempo le partan el alma. Al menos yo me lo pregunto.

Después de un cambio de zapatos necesario con mi hermano, el reverendo pregunta si alguien se opone a ese matrimonio. Miro con el alma en pedazos las sillas vacías reservadas para la familia de Helena y sostengo su mano aun con más fuerza.

Los votos de Helena terminan con una línea hermosa que dice:

—Y jamás dejaré que tu presencia se desvanezca y te amaré a través del tiempo y la vida, ni la muerte podrá dejar que este amor desaparezca porque aunque nuestros cuerpos no estén juntos, nuestras almas estarán por siempre unidas.

Mis votos no son tan hermosos, como siempre mis letras fallan para describir mi amor por ella. Terrible escritor interno que me hace bromas, me da el don de la escritura, pero no me da palabras para describir a Helena.

Saco un papel desgastado de mi bolsillo y lo leo con manos temblorosas y sudadas. Mi voz es débil, titubea y susurra los secretos de mi esencia:

—Fui bueno para contar historias, pero dudo que exista alguien que tenga la creatividad para soñar la nuestra. Al fin descubrí, porque soy tan malo para

escribir romances, es porque sé que jamás podré escribir uno mejor al nuestro. Helena, nombre de aquella princesa griega por quien ciudades desaparecieron, tengo que decir que si el personaje de la literatura griega tenía al menos una cuarta parte de tu rostro destellante, yo sería capaz de quemar el mundo entero para estar por siempre a tu lado. Ni la muerte, ni la falta de cuerpo me harán dejar de amarte; porque la vida se hizo para mirarte y la muerte para gozarte eternamente.

El resto de la boda es tan fugaz como uno esperaría. La felicidad acelera el tiempo; si uno quiere vivir para siempre solo hace falta tener una vida triste. Entre canciones y bailes la luna comienza a iluminar el vestido de Helena, bailamos al son de la música que busca que las parejas peguen sus cuerpos para evitar el frío. Tomo su cintura como acostumbro y nuestros pies se deslizan en la tarima puesta en el pasto, bajo luces artificiales cubiertas por esferas de papel.

Cómo deseo que aquella pieza jamás termine, que dancemos por el resto de nuestras vidas. Llega aquel temido momento en que las cuerdas de los instrumentos se detienen. Nos miramos como quien recién encuentra un tesoro y una sonrisa, inocente de la realidad, se dibuja en nuestros corazones. Por un momento la terrible enfermedad que corteja mi cuerpo se desvanece.

Días antes de Navidad nos encontramos en un viaje a aquella ciudad de donde mi padre es oriundo. Es una tradición pasar con mi familia paterna esta festividad.

Mi madre maneja con mi padre de copiloto. Helena y yo descansamos en el asiento posterior. Recargo la frente contra el vidrio y admiro la hermosa vista que las partes despobladas del mundo ofrecen: terrenos áridos y montañas repletas de bosques sin talar se alzan gloriosamente detrás del pasto. Las nubes dibujan siluetas ininteligibles, creando formas fantásticas en el cielo azul. El resplandor del sol baña la carretera.

Me es difícil conducir en carretera, para un amante de manejar y perderse en el camino es algo extraño, pero sé la razón: amo observar los árboles, dejar mi mirada plantada en uno de ellos y sentir cómo mis ojos intentan no perderle de vista mientras el andar del carro lleva mis iris a su máximo ángulo de visión, antes de que aquel robusto árbol se pierda por siempre de mi vista. Helena reposa su cabeza en mi regazo, sus piernas levantadas en el asiento mientras duerme con su usual respiración tranquila.

La envidia; el cigarro, la falta de ejercicio y una vida llena de vicios ha convertido mi respiración nocturna en una agitación insolente: tengo que

dormir con la cabeza levantada puesto que he adquirido una tremenda sinusitis. Respirar es una odisea y el subir escaleras me hace sentir como el enamoramiento.

Acaricio el cabello castaño de mi esposa y paso un mechón detrás de su oreja. Veo por la ventana y retomo mi usual juego hasta que llegamos a la ciudad nevada.

Es una gran familia que se reúne en un solo lugar: cuatro hermanos y una hermana con sus familias, todos amontonados en una casa. No es un lugar ornamentado, pero es acogedor. Una casa de dos pisos y enfrente un patio de cemento. El color blanco de las paredes resalta en aquel vecindario de edificios y casas de colores distintos.

Al entrar a la casa el olor a pino entra a mis pulmones y me lleva a todos aquellos años anteriores en donde la infancia parece que será eterna. El dulce aroma de galletas horneándose recorre los pasillos.

La radio encendida toca una canción navideña. La música para y se escucha el aullido de una locutora jovial.

—¡Radioescuchas, prepárense para la Navidad! Recuerden, se pronostica que la gran nevada empieza mañana. Aquí, en *Radio F*, les recomendamos comprar todo lo que necesitan para la cena navideña y para estar en casa por los próximos tres días antes de que Papá Noel nos visite.

Comienza otra canción, ésta un poco menos navideña y un poco más bolera.

Helena esconde los labios en una bufanda de estambre y titirita bajo una sudadera delgada que la cubre del viento. La abrazo y le pongo una chamarra extra que siempre cargo conmigo cuando salimos, es usual que me quede en playera de manga corta cuando tiene frío.

Los siguientes días están llenos de cenas sencillas y fiestas hasta el amanecer, exceptuando el día anterior a la cena de navidad, cuando todo el mundo reposa en su cama desde que el reloj anuncia las nueve.

Los ronquidos de la noche y mi sinusitis me impiden el sueño, me levanto y deambulo por los pasillos de la casa. Llego a la sala donde se encuentran cuatro de mis primos dormidos en sofás y colchones en el suelo. Camino a la cocina, el único lugar solitario en aquella vivienda, y me siento en una de una silla en espera de que el sueño sea tan poderoso que venza mi sinusitis.

Los pasos descalzos de Helena se acercan sigilosamente a la cocina. Está cubierta con una cobija y sigue titiritando.

—¿Sinusitis? —pregunta al acercarse a la silla y sentarse en mis piernas

para cubrirme con su cobija.

Pregunta qué pienso y mis ojos responden. Bajo la cabeza un tanto triste. Pienso en lo que siempre pienso cuando estoy feliz, en que es la última vez que viviré este momento, probablemente la última vez que esté toda mi familia reunida antes de mi funeral. No hay necesidad de tener esas pláticas así que solamente esperamos en esa silla. Disfrutamos de estar juntos y sentir el calor de nuestros cuerpos.

Al día siguiente, mientras algunos cocinan, Helena y yo salimos a disfrutar de la nieve que había caído la noche anterior y ahora cubre los techos con una cobija helada que embelesa a cualquier artista. Después de unas cuantas horas intento entrar a la casa y Helena me lo impide. Extraño para una mujer que después de cubrirse con la mitad de abrigo que trajo en su maleta, sus dientes todavía castañean. Intenta convencerme de estar un poco más de tiempo en aquel cuento de hadas invernal. Una pelea de bolas de nieve comienza cuando intento escapar a la puerta, a la cual se unen mis sobrinos y primos. Pasan las horas y en el jardín blanco solo quedamos Helena y yo.

Al entrar, todo está apagado exceptuando los focos vibrantes del árbol de navidad. Por el silencio me cuestiono en donde se encuentran todas las personas que la noche atiborraron los cuartos de la casa con ronquidos.

Al llegar a la sala un estruendo de voces me sorprende. Mi corazón está realmente emocionado, mi familia disfrazada de príncipes, ogros, princesas, villanos de cuentos de hadas, caballeros antiguos y modernos. De pronto recuerdo unas palabras que compartí con mis hermanos durante nuestro viaje.

Dentro de un hotel con vista a una de las torres de Florencia, salimos al balcón para disfrutar un cigarrillo, el aire cálido soplaba y trae consigo el dulzón aroma del río que cruza esa ciudad detenida en tiempos renacentista. Les comenté que lamentaba no poder asistir a una de esas fiestas de disfraces que toman lugar a finales de octubre, prefería viajar y los horarios de la familia solo permitían que durante aquella fecha pudiésemos hacerlo todos juntos.

Bajo el frío invernal, mis ojos se llenan de lágrimas ante aquella vista de familiares escondidos en la piel de personajes populares. Helena me abraza y me doy cuenta que debajo de aquellos abrigos esconde un delgado vestido morado. Me da un beso y me acompaña al cuarto. Saca de una bolsa un disfraz anaranjado con una capa azul y una falda griega del mismo color, en el fondo encuentro una pequeña espada de plástico. La tomo como si aquel día mí hubieran coronado semidiós.

—Eres inmortal. Al menos esta noche. —dice Helena mientras me ve en el espejo y ella, de puntas, recarga su barbilla en mi hombro.

Cierro los ojos tratando de contener las emociones. Hoy no lloraré por mi muerte, hoy seremos todos inmortales, esa noche durara más que el resto de mi vida. Me ato las sandalias griegas en la pantorrilla y tomo a Helena de la cintura, su peluca roja esconde aquellos cabellos curvos y resalta su nariz.

Esa noche es mágica. En el intercambio tradicional del 24 de diciembre: Hércules le da un regalo al príncipe de la bella durmiente, el joven jinete de la obscuridad representado por un murciélago abraza fuertemente al hombre de hierro en calzoncillos rojos, después de darle un libro que buscaba desde hacía años. Princesas y príncipes se regocijan ante la cena y llenan sus panzas con vino, champán y cerveza. La noche realmente se siente eterna. Las fotografías de distintos héroes reunidos quedan como recuerdo eterno de aquel momento.

El temido amanecer nos alcanza. Poco a poco la sala se va quedando vacía. Mis hermanos y primos quedan como guerreros antiguos viendo el amanecer por la ventana, cubierta por una capa hielo. El sol golpea nuestros rostros. El rubor en nuestras mejillas, a causa del vino, nos dicen que es hora de dar por terminada la velada. Me acuesto junto a Helena como un héroe inmortal enamorado. Esa mañana duermo apacible y sonriente.

8 nicole

Mis ojos ardieron cuando los abrí. Mi mamá dormía junto a mí. Había dos velas en el buró. Una de ellas estaba a punto de apagarse, había hecho un círculo alrededor del plato donde estaba; el pabilo estaba por hundirse en la cera líquida. Pronto se apagaría. Su misma existencia la condenó a ahogarse en lo mismo que le daba vida.

Traté de moverme y tanto el dolor como el vendaje circulando mi tórax y brazo me lo impidieron. Mi mamá despertó y preguntó cómo me sentía en un tono rápido y aletargado. Recuperé la voz, me acomodé y al fin pude decirle lo que recordaba. Al principio no creyó que me cayó un rayo, hasta que vio en mi mano hinchada como se dibujaron líneas rojas similares a estrías.

Me abrazó y besó mi frente.

—Vas a estar bien, princesa.

Aun cuando todo luce oscuro, sus palabras siempre son reconfortantes. Me untó unguento y masajeó ambas partes que el rayo había dañado.

La ciudad detuvo todas las actividades. Las clases fueron canceladas, el colegio se había inundado. Mi madre era parte del grupo de personas cuyas actividades no podían detenerse. Los tres días pasó una motocicleta en la mañana para llevarla al noticiero y la regresaba pasadas las once de la noche. Me prohibió levantarme de la cama y trató de dejarme todo lo necesario cuando se iba al trabajo.

Estaba encerrada, sin luz, internet, televisión o celular; completamente desconectada del mundo. La mejor forma que encontré para pasar el tiempo fue: leer en cama rodeada de velas y con el viejo Ruperto a mis pies o mirar hacia la casa de Timy: aquella casa cubierta de hiedras, con el pasto descuidado y un árbol, que jamás había sido podado.

En la primera mañana durante tormenta, Timy salió a su jardín y gritó mi nombre desde el otro lado de la calle. Se escuchó casi como un murmullo. Al parecer llevaba un largo rato llamándome y ahora hacía gestos para decirme que abriera la ventana. Con dificultad logré colocarme una bufanda, una chamarra en la espalda y abrir. El fragor de la lluvia retumbó al golpear los carros y los techos, de los cuales caían velos de agua. La calle parecía un río con ramas y basura navegando.

Timy traía unas botas de plástico, una chamarra café con un gorro cubriendo su cabello pelirrojo. Su mano estaba vendada y pegada a su pecho. De su bolsillo sacó una pelota de tenis y la aventó hacia mi cuarto. La bola rebotó en la pared antes de caer. Timy la jaló por un manajo de hilos y estambre, a la cual estaba atada, y siguió intentando encestarla en mi ventana. Después de una gran cantidad de intentos la pelota se acercó lo suficiente para que yo la alcanzara. Me quedé perpleja sin saber qué hacer con este extraño regalo. ¿Era usual que después de un beso te dieran una bola de tenis vieja y enredada? Debía hablar con él. Había visto suficientes películas antiguas para saber que las personas prefieren rosas, cartas... pero, ¿pelotas de tenis?

Me asomé para preguntarle de que se trataba todo esto. Como siempre Timy ya había desaparecido. Dejé la pelota balanceándose del alfeizar, cerré las cortinas y me acosté en la cama.

Pocos minutos después, escuché un tintinear.

¡Tin! ¡Tan!

Al abrir las cortinas encontré, afuera y golpeando contra la pared, una cubeta de metal con un plástico cubriéndola. Dentro había una carta en una bolsa transparente de plástico. Mi corazón no se estaba quieto. La cubeta colgaba de los hilos amarrados a la pelota; casi cae a la calle cuando abrí la ventana.

Así comenzó nuestro amor otoñal, durante la primera de las tormentas de esa estación mágica donde los grandes árboles se tornan anaranjados, donde la brisa te sigue y hace danzar las hojas.

Utilizamos el invento diseñado por Timy. Tenía que dejar la pelota trabada en la parte superior de mi ventana cuando mandara mensajes para crear una línea inclinada hasta el cuarto de Timy y había que colocar la pelota en la parte inferior cuando esperaba su respuesta; de la misma forma lo hacía Timy, cuando esperaba mi mensaje trababa el hilo en la parte de abajo de su ventanal y cuando mandaba una carta en la parte superior para dejar que la gravedad llevara nuestras cartas.

Después de que Ruperto tomara la pelota de tenis tuvimos que mejorar el sistema. Agregamos rocas a la cubeta para dar un peso extra, así el ángulo del hilo impulsaba el movimiento y no se interrumpía. Inserté dos clavos, uno debajo y otro sobre el marco para amarrar el manajo de hilos y estambre.

Cuando cesó la tormenta nos llevaron con un especialista en ceraunología. Los grandes ojos del doctor miraron detenidamente mi mano. Timy subió la manga de su sudadera y se mantuvo callado. Yo estaba encantada por el olor

del hospital. Mi madre y la Timy escucharon preocupadas el veredicto del doctor.

—Si les hubiera golpeado de manera directa habrían tenido un paro cardíaco o respiratorio. Muertos seguros. Sus órganos se hubieran pulverizado. Pul-veri-za-do. —dijo el doctor bajando sus lentes de botella y mirando de cerca nuestras manos. —Fue un rayo *staccato* y les hizo un daño por *sal-pi-ca-du-ra*, una chispa debió rebotar y utilizó sus brazos como conducto para salir y golpear algo con menor resistencia. Si no se hubieran tocado, el corazón de los dos se hubiera *in-ci-ne-ra-do*.

Aquel rayo hizo más que provocar nuestro primer beso. El relámpago entró por el brazo izquierdo de Timy y salió por mi muñeca derecha, dejando una delgada cicatriz en nuestras manos semejante a las ramificaciones de los árboles. Como un riachuelo que iniciaba en su brazo, pasaba por sus mano y saltaba a mi dedo índice y medio, terminando en el dorso de mi muñeca con un hoyo. Lo más poético de todo era que la cicatriz nos acompañaría por siempre.

El doctor hizo algunos estudios musculares para saber si en el interior no habíamos sufrido daños y encontró una atrofia en la mano de Timy. Desde la tormenta no había podido mover bien sus dedos de manera independiente y su hombro había golpeado cuando salió expulsado y se estrelló contra un árbol. El doctor le dijo que reposara, pero que tuviera cuidado porque si no podría perder la movilidad de esos dos dedos.

En su rostro había un destello de enojo. En cuanto notó que lo veía, su mirada cambió completamente y me sonrió. Traté de hablar con él ese día y él cambiaba de tema y hacía bromas evitando hablar de sus sentimientos. Fue entonces cuando me di cuenta que no lo conocía. Nunca hablaba de sus problemas, no mencionaba a su familia en ninguna plática, siempre era yo quien le contaba todo.

Nos escribíamos cada noche y cada mañana. Ambos nos ofrecimos como voluntarios para arreglar el parque, uno de los lugares más dañados del vecindario. Timy intentaba ayudar a pesar tener el brazo en cabestrillo. Regresamos todos los días a ese lugar junto a la roca que pudo haberme matado. Nos recostábamos en el pasto y mirábamos las nubes y las hojas que iban cayendo de los árboles.

A veces llevaba a Ruperto con nosotros. Traía su correa para evitar que se fuera detrás de cualquier paloma, aunque si lo soltaba sólo corría por unos cuantos minutos antes de caer exhausto. Incluso se quedaba acostado cuando Timy me correteaba entre los mirtos hasta el árbol torcido en una colina detrás

del quiosco en centro del parque.

Una tarde fui a casa de Timy a visitarlo. Jamás había ido más allá de su pórtico, por fuera la casa parecía estar en ruinas pero por dentro todo era distinto: estaba meticulosamente ordenado y relucía la duela de madera.

Justo al lado de la puerta se encontraba un mueble para zapatos. A la derecha estaba la cocina, un par de guantes de plástico azul colgados a lado del fregadero y todos los platos recién lavados brillaban donde las gotas de agua todavía no se secaban, había una tetera de hierro calentando agua, un montículo de polvo junto al recogedor en la sala, la alfombra enrollada horizontalmente en medio del tresillo, la barra de mármol dividiendo la cocina de la sala se encontraba recién enjabonada, los cojines exactamente en la misma posición y los estantes repletos de figuras diminutas. El interior de la casa estaba iluminado debido a los grandes ventanales en la pared de atrás.

Dejé mis zapatos y Mary, la hermana menor de Timy, cerró la puerta y regresó a ayudar a Koemi, su mamá. Koemi traía puesto unos jeans decolorados con manchas de cloro y reluciendo marcas de pintura. Usaba una blusa de tirantes salpicada con agua en el vientre y un paliacate en la cabeza apretaba su cabello.

Koemi estaba lavando ropa, al verme arqueó la espalda al estirarse, secó las gotas de sudor en su frente y tomó el trapo colgado de su cintura para secarse las manos.

—Adelante, Nicole. Timothy, está en su cuarto. —Apuntó hacia el corredor y regresó la mirada a su cesto de ropa sucia.

En casa, mi madre tiene cuadros en cada pared: fotos y pinturas artísticas. Aquí las paredes estaban desnudas. No había ningún marco o adorno. Me acerqué a la primera puerta, era un cuarto rosa con una litera, el colchón inferior estaba repleto de juguetes y el superior ni siquiera tenía cobijas y tenía cajas amontonadas.

Una voz a mis espaldas me sorprendió.

—Es la de arriba a la izquierda. —dijo Mary moviendo su nariz respingada y señalando la escalera al final del pasillo. —Dice mi mamá que no cierren la puerta y ¿qué si quieres un té o algo de tomar?

Negué con la cabeza y Mary salió corriendo con sus caireles pelirrojos saltando a su paso.

Entré al cuarto de Timy y lo encontré recostado en su cama, apenas un poco más alta que el suelo. Había cambiado el cabestrillo por una férula e intentaba doblar una hoja de papel por la mitad, a su lado había una pila

inmensa de papeles arrugados.

El lugar era muy sencillo: había una televisión con un zorro y un cisne de origami encima. Sobre el buró había una lámpara y más animales de papiroflexia. Su escritorio estaba repleto de papeles escritos con una curvada y estilizada letra, libros y criaturas hechas de papel. A la derecha había un baúl al que se le escapaba una playera como si fuera su lengua y detrás dos ventanas.

—No sabía que te gustaba el origami. —le dije con la mano en la cintura.

La expresión de Timy me hizo sentir incomoda, dejó a un lado sus papeles y se acomodó escondiendo su perfil.

—No era necesario que vinieras.

—Sí lo era, además nunca había venido y si te soy sincera, tenía muchas ganas de verte.

Tomé un ave de papel de su escritorio. La hoja que utilizó para hacerlo tenía algo escrito dentro.

—Es un fénix. —dijo Timy. —Bueno... intento de.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Devaluar lo bonitos que están tus animales. ¿Qué tiene escrito?

—Cuentos. Todos son historias.

No pude evitar sonreír. Me senté a su lado y acomodé mi pelo.

—¿Cómo te sientes?

—Con una mano completamente inservible y ¿tú?

—Como si nunca me hubiera golpeado un rayo. Vas a estar bien, solo tienes que cuidarte.

Después de un largo silencio agregué:

—Está bien padre. —Señalé en su escritorio una taza que parecía tener grietas plateadas.

—Mi mamá cree que todo tiene una historia y romperse es parte del pasado del objeto, así que vuelve a unir con plata las cosas que se quiebran.

Timy sacó su teléfono y miró la hora. Sus ojos ocultaron y giraba la cabeza escondiendo su lado izquierdo.

—¿Seguro que estás bien? —Me acerqué a él y noté un poco hinchado su ojo. —¿Qué te pasó?

Traté de tocar su cara y volteó con brusquedad.

—Lo de siempre, un descuido.

—Te pasa de todo, siempre tienes heridas de tropezones, ¿ya te curó tu

mamá?

—No es nada. Ya deberías irte, es tarde. —dijo rascando su brazo.

—¿Me estás corriendo? Pensé que te alegraría verme.

—Me alegra, pero estoy un poco cansado. ¿Te parece si te veo en media hora en el parque?

—Aquí estamos bien, además tú todavía necesitas descansar y yo nunca había venido.

—¡No, Nicole!

Me levanté de un salto. Jamás me había alzado la voz. Se veía como si estuviera esperando a que un monstruo saliera de su armario. Me acerqué a él. Vi una marca morada alrededor de su ojo y una cortada justo arriba de su frente que ocultaba con su cabello.

—Timy. ¿Qué te pasó?

La puerta de su casa se abrió y la tetera silbó de manera tenue.

—Ven. —dijo al abrir la ventana de su cuarto.

—¿Qué pasa?

—Ven, salta, yo te sigo.

—¿Salta? Es el segundo piso.

—Trépatte por la pared, utiliza la hiedra. No es difícil yo lo hago todo tiempo.

—No.

—Nicole, por favor. —Su respiración era agitada.

—¿Y mis zapatos?

—Hazme caso, por favor. Confía en mí.

Confíe en él y salí. Me trepé a la hiedra, estaba temblando y la mano derecha me dolía. El olor de las plantas era tan penetrante que tomé un respiro profundo. Acomodé mi pie y comencé a bajar sintiendo las hojas contra mis calcetines.

El silbido de la tetera incrementó y algo se rompió dentro la casa, parecía ser un bazo o un juguete. Cuando volteé, Timy cerró la ventana.

—¡Fred, no fue su culpa! Ya déjalo en paz. —Koemi gritó y algo pesado chocó contra la duela.

Una voz de hombre resonó en la a sala con palabras arrastradas y un seseo notorio que se perdió con sonido de la tetera:

—¡Déjame, maldita loca!

Hubo un golpe seco. Timy corrió a la puerta de su cuarto. Bajé rápidamente y caminé por el patio escuchando los gritos de él y de los de su

padre discutiendo mientras Koemi les suplicaba que pararan.

La tetera silbó cada vez con más fuerza. Me detuve frente a la cocina y miré por el ventanal a Fred. El recuerdo de la madre de Liz besando a un hombre de cabello rojizo y con barba partida me atacó. Reconocí sus facciones en un instante y di un paso atrás.

Fred abofeteó a Koemi. Timy detuvo la mano de su padre y lo empujó. Koemi chocó contra un librero. Apenas y se escuchaba el llanto de Mary entre los gritos de Fred y el sonido de Timy azotando contra las repisas.

De la tetera salió humo blanco y espeso. Dos repisas más se quebraron y cayeron todos los adornos.

—¡Nos arreglaremos para pagar las cuentas de hospital! ¡Déjalo! ¡Fred, ya perdiste a una hija! ¿Quieres perderlo también a él? —dijo Koemi entre sollozos. —¡Son lo único que tenemos!

La tetera chillaba y chillaba.

—¡Que she vaya! Ya tiene peloss para que lo esstemos manteniendo todavía. Una maldita boca menosh que alimentar. Eresh igual a esha perra de tu hermana. ¡Traidores! ¡Larvas! ¡Vete con ella! ¡Par de parásitoss!

Timy se levantó de un brinco.

—No me quedo por ti, lo hago por ellas, ni quien se quiera quedar a tu lado. ¡Te odiamos!

—¡TIMOTHY! —Koemi intervino.

Sé quedaron un momento inmóviles. El silbido creciente de la tetera fue el único ruido. Fred caminó hacia la cocina, la mirada ebria de ira. Timy miró a su madre arrastrarse por el suelo hasta su padre. Escuchó sus lamentos.

Timy dio un par de zancadas hasta la puerta y se detuvo. Cerró los ojos y sus manos se volvieron puños. Timy tragó saliva:

—¡No las vuelves a tocar! ¿Me escuchaste? —Timy estaba a punto de llorar.

Fred alzó la barbilla y giró:

—¿Me estásh amenazsando? —contestó, los ojos abiertos y palpitando.

—¡SHOY FREDERIC DOYLE Y ME VASS A RESHPETAR!

La tetera seguía silbando y Fred la empujó con ambas manos y soltó un alarido grave en cuanto sus palmas tocaron el hierro hirviendo. La tetera explotó contra la pared y el agua escurrió sobre la duela de madera.

—¡Fred! —Koemi se llevó las manos a la cara y corrió hacia él.

El silbido se fue apagando lentamente. Koemi se encontraba temblando y su labio inferior se dobló en miseria.

Fred tomó un vaso y lo aventó hacia Timy antes de resbalar. Maldijo entre gritos todo el camino al suelo. Koemi se acercó y él la empujó e intentó levantarse. Koemi golpeó contra todos los utensilios de cocina y los platos recién lavados se hicieron trizas.

Timy se adelantó para ayudar a su madre, pero su padre lo jaló del hombro. Timy gritó adolorido y le soltó un puñetazo en la cara a Fred.

Mi corazón retumbó y mis ojos ardieron. Su padre se hizo para atrás y se llevó las manos a la nariz. Sangre escurrió por sus dedos y se deslizó por sus brazos velludos.

Fred alejó sus manos y sus ojos reflejaron el color carmesí.

—Hisho de perra. —murmuró y tumbó a Timy de una bofetada.

El sonido del impacto se extendió y los ventanales vibraron.

Dejé salir un alarido y la mirada de Fred se detuvo en mí. Sus ojos estaban llenos de dolor y odio. Parecía un toro enojado: las venas de su cuello enrojecían y sus orejas se levantaron. Los labios, humedecidos por la sangre, parecían recién pintados con labial.

—¡Fred! Estás borracho, detente de una vez por todas. ¡Te lo ruego! —gimió Koemi desde el piso, tratando de recolectar los pedazos de platos rotos. —¡Timothy, ve a tu cuarto en este instante y cierra la puerta!

Con la punta de sus dedos, Timy acarició su mejilla. Tratando de no cargar peso en su brazo lastimado, se levantó y salió de la casa todavía en calcetines.

—¡Timothy, regresa!

Apenas azotó la puerta se llevó la mano al hombro izquierdo e hizo una expresión de dolor. Corrí hasta él y le pregunté qué estaba sucediendo. ¿Qué era todo eso? Siempre estaba feliz. Cada fin de semana traía nuevos moretones o raspones, pero jamás dijo de donde salían, quién los hacía.

Tomó mi mano y corrimos descalzos por la calle. Sentía la respiración de su padre en mi nuca, a pesar de no haber escuchado la puerta volver a abrirse. El sonido de nuestras pisadas contra las piedras nos perseguía. No me atreví a parar o mirar atrás.

Llegamos al parque y, con cuidado de no pisar las ortigas que habían empezado a crecer, nos refugiamos en la colina donde se encontraba el árbol torcido al cual solíamos ir. Timy se desplomó, se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar.

Me senté a su lado y él escondió su cabeza en mi pecho.

El aire movió las hojas alrededor y tiró aún más de ellas del árbol torcido. La cicatriz que el rayo nos había hecho ardía. Entrelacé mi mano con la suya y

sentí energía recorrer nuestros brazos y sus emociones vívidamente en mi pecho.

—Tim...

—No digas nada.

—Siempre sonrías.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —Bajó la cabeza, sus dedos tomaron su cabello y lo apretujaron con fuerza.

—Tim...

Su silencio, el silencio del parque, el silencio de la ciudad. No había perros ladrando esa tarde, no había vendedores pregonando, parejas besándose, ni siquiera los pájaros se atrevían a cantar.

—No las puedo proteger. —dijo y se limpió la cara. —¡No puedo!

—Lo hiciste.

Permanecimos callados un momento. Miré la ciudad frente a mí, buscando sin éxito el sonido de los niños jugando en el parque o los pájaros piando sobre las ramas de los árboles. No había nada. Era un atardecer despejado, con viento caliente y suave. Mi papá decía que hay ciertos momentos en la vida que uno sabe cambiaran nuestra historia. Este era uno de ellos para mí, de alguna forma me sentí más cercana de Timy. Antes lo veía como una especie de ilusión fantástica, todo él era perfecto.

—Cada vez es peor. —habló Timy con rabia. —Le he dicho a mi mamá que lo deje un montón de veces y siempre es lo mismo “*no puedo*”. No la entiendo.

—Lo ama.

—¿Cómo puede amar a un hombre así?

—No sé, supongo que nadie quiere una familia rota, intentas hacer lo posible para que no se quiebre, por más frágil que sea.

—Aileen, mi otra hermana, escapó hace dos años. Trató de ponerse en contacto con nosotros pero Fred no nos dejó verla. Dijo que le había dado la espalda a la familia.

Era extraño escucharlo tan serio; usualmente cuando hay momentos importantes o incómodos dice alguna broma tratando de mejorar la situación. Me quedé en silencio. ¿Qué diría sin sonar tonta o banal? No sabía por lo que estaba pasando, ni siquiera entendía la relación con un padre que no estuviera hecho de tinta. Cada día era más doloroso leer sus cartas y sentía su presencia alejarse más y más. Me estaba engañando. No sabía si él estaba aquí o no estaba.

El cielo se mantuvo en calma, los árboles inmóviles y por un segundo la sensación que me atacó al pensar en mi padre se desvaneció. La ahuyenté de mi mente con un movimiento de cabeza. ¿Cómo podía ser tan egoísta y pensar en todo esto con lo que acababa de presenciar?

—Si quieres le puedo preguntar a mi mamá para que te quedes a dormir con nosotras.

—No te preocupes, mi mamá siempre deja la ventana de mi cuarto abierta. — Esbozó una sonrisa falsa y me besó en la esquina del labio. —Gracias... por todo, por quedarte y escucharme.

—Era eso o ver una película en casa; y como que ya te a agarré cariño. — dije soltándole una broma del tipo que él decía.

Abrió los ojos impresionado.

—Nicole Astiti, creo que he sido una pésima influencia para ti.

—Cállate. —Le di un codazo.

Nos abrazamos y mi ropa se humedeció a la altura del hombro.

—¿Vas a estar bien?

—¿Contigo? Tal vez, si te quedas para siempre. Sólo, por favor no le digas nada de esto a nadie.

Se recostó en mis piernas, jugué con su cabello y le di besos de vez en cuando. Miramos la ciudad. Mi padre escribió en una carta en la que se preguntaba cómo sería el mundo en quince años, utilizaba la palabra pueblo para referirse a la ciudad porque cuando él vivía aquí eso era, había uno o dos hospitales, una biblioteca... Ahora el *pueblo* se perdía a la distancia.

9 Christopher

Enero. Los siguientes meses pasan rápidamente. Están repletos de joyas que la vida brinda. El año termina con felicidad y comienza con un sollozo de Helena tras el beso tradicional entre amantes. El final de aquellos seis meses se siente más cerca que nunca. El saber que probablemente no llegaré al siguiente año es un punzón directo a nuestros corazones. Nos abrazamos durante las primeras horas del año.

Compramos una casa en una calle cerrada y tranquila, donde casi todas fachadas son iguales: de dos pisos con cuatro ventanas. Hacen de la monotonía una reverencia artística, a excepción de la casa de enfrente que se ve descuidada y ensancha la poesía del resto.

Helena y yo peleamos por quién tiene que hacer la limpieza, lavar la ropa, limpiar los baños y arreglar el césped. Nunca hubo una discusión por quién haría de comer, siempre me gustó cocinar y Helena solamente sabe preparar crepas que llevan a mi paladar al éxtasis. Por un segundo olvido que vivo una mentira.

Helena se levanta a las 7:00 de mañana para ir al noticiero y prepara el desayuno: crepas y café.

Parece una vida perfecta. Después de que Helena parte al trabajo, yo dejo de fingir y mi ardua lucha contra el dolor irritante en mi oído empieza. Escondo mi tormento donde hace tantos años lo hice, escribiendo otra novela con la esperanza de terminarla en los escasos dos meses que me quedan.

Cuando Helena llega del trabajo la comida ya está servida. Los fines de semana visitamos a mi familia y entre semana recibimos a mi hermano y algunos buenos amigos. Intentamos ir con la familia de Helena pero su padre sigue sin aceptar la idea de que Helena viva con un hombre a quien la muerte ya está buscando.

Las noches son cálidas a pesar del viento que golpea las ventanas del balcón. Todas las madrugadas Helena y yo vivimos la pasión de estar unidos y al despertar la repetimos. Nos besamos como si fuese el placer que nos mantiene apartados del mundo real. Aprendo de memoria el mapa de su cuerpo y puedo adivinar cada uno de los lunares en su piel. Su cuello se vuelve mi gran atracción y lo saboreo para darle un poco más de vida a nuestra alcoba.

En febrero, el Día de San Valentín, Helena y yo lo festejamos en una casa llena de flores y globos. Le regalo un brazalete de plata con un grabado en el que se lee:

Nuestro amor es eterno.

Entre pasión y risas llega el momento que me había obligado a negar, se cumplen aquellos seis meses que me pronostican.

El último día de febrero, Helena llega del trabajo y no encuentra la comida lista. Sube a nuestra alcoba con cara pálida y los huesos de las piernas a punto de vencerse. Me encuentra con un cigarrillo entre los dedos, admirando el atardecer en el balcón del cuarto. Respiro profundo y dejo salir todo mis miedos. El cigarrillo se consume y me quema. Lo suelto y llevo mis dedos a mi boca para detener el escozor. Sigo mirando al horizonte, esperando mi destino.

La puerta se desliza y Helena sale con un chal azul cubriéndole la espalda y una chamarra que deja en mis hombros como una capa.

—¿Qué haces? —pronuncia rascando la palma de sus manos.

Cambio mi mirada del oscuro cielo a sus ojos; son topacios tallados con dolor y cansancio, son del color de la espuma del café en el desayuno.

—Hoy es el día. Hoy se cumplen seis meses. Hoy voy a morir.

Helena hace una mueca de terror y risa:

—No creo que se refirieran a que en seis meses exactos te vas a morir. —
Me mira nuevamente, esta vez solo con terror en sus ojos y una garganta seca.
—¿Sientes que hoy pasará?

Miro en silencio la calle desierta a excepción de un hombre pelirrojo que camina con su hija.

—No. —Me recargo sobre el balaustre del balcón. —Es lo más extraño, no siento que esté cerca y aun así ya dejé todo en orden.

—Hablas como si tuvieras prisa por partir.

—Me encantaría quedarme por siempre contigo... Aunque sé que eso no es posible.

—Cállate.

La tomo entre mis brazos y la beso:

—Te amo.

Se menea y me aparta:

—No lo hagas, Christopher. No me digas palabras como si pensaras que es

la última vez que las vas a decir. Me destruye que hables así.

Nos abrazamos bajo esa fría noche, mientras el viento hace volar sus caireles. Su cara se esconde en mi pecho. Mi barba acaricia su frente. Nuestras pupilas se dilatan y Helena se muerde los labios intentando decir un secreto.

—¿Qué pasa?

—Me da gusto que estés aquí. —responde bajando la mirada.

—Soy suyo, no puedo ir a ningún otro lugar.

—Me alegra. Hay algo que tengo que decirte. —Nos separamos y toma mis manos con fuerza. —No sé cómo lo vas a tomar pero tienes que saberlo...

Se queda de nuevo en silencio y escucho el palpitar de su corazón a través de su ropa.

Helena respira profundo —Estoy embarazada.

Mis palmas sudan y la fuerza en mis brazos me abandona. Intento encontrar una manera para digerir tal noticia. Nos sentamos en el suelo, recargados contra el cristal de nuestra habitación.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo vamos a tener, Christopher, y será muy feliz.

—No quiero que crezca sin un padre, no quiero dejarte sola con un bebé.

—Así nunca estaré sola.

Dejo escapar una risa nerviosa:

—Esto no es un juego, ¿y cuando yo muera? ¿Y si me olvida? ¿Y si crece sin un padre no se va a sentir incompleto?

—No va a pasar eso, no es como si te hubieras fugado a la mitad de la noche y decidieras nunca regresar.

—¿Acaso un niño alguna vez escucha la lógica? Me aterra pensar que nunca lo veré crecer.

—Sí lo harás. Ya pasaron seis meses y sigues aquí, tal vez puedas esperar otros 6 años. —Helena deja salir una lágrima.

—Lo dudo, mi amor. Pero tú te podrás casar de nuevo con un buen hombre y tener una familia.

—Cállate. No voy a volver a casarme, Christopher. Soy tuya y solo tuya, no necesito estar con otro hombre para ser feliz porque eso no me define.

—No quiero que te quedes sola ni que ustedes enfrenten este mundo sin ayuda.

—Tu familia nos van a apoyar. No necesito una pareja para seguir adelante con mi vida y no estaremos solos, leeremos tus libros para sentirte cerca.

—Solo tengo tres. ¿Qué harás, leerlos por el resto de tu vida?

—Memorizaré cada letra.

—¿Qué chingados estamos haciendo? Parecía todo un juego y no pensé en lo que te estaba haciendo a ti. Tal vez deberías... —Las palabras se atascan en mi garganta, pero las empujo con fuerza. —Abortar.

—¿Qué chingados estamos haciendo? No. —Helena se levanta de un salto. —No estoy pidiendo tu consentimiento, Christopher Astiti. Lo voy a tener, no voy a destruir algo tan hermoso creado por nuestro amor, ¿quieres saber qué *chingados* estamos haciendo? Debiste preguntártelo antes de agarrar y decir que vivirías la vida que te está siendo robada y convencernos a todos de que *esa* era la decisión correcta. Ya no estamos viviendo solo tu vida, es la de ambos, yo tomé la decisión de estar contigo, ¿no es cierto? —Las últimas palabras se pierden en su llanto.

Miro al suelo, justo donde se encuentra la colilla que había dejado caer poco tiempo antes. Me levanto y cubro a Helena con mis brazos. No tengo idea de cómo llegamos aquí, a este balcón en una casa desconocida, pero tengo que seguir caminando. Tiene toda la razón, tengo que honrar mis palabras y ser fuerte, por ella. Por ambos.

Comienzo a reír:

—Gracias mi amor. Hiciste que en seis meses viviera más de lo que muchos viven. Lo único que me hará falta será verlo crecer y envejecer contigo. ¿Y qué hacemos ahora?

—¿A qué te refieres?

—Tenemos que leer acerca del embarazo y comprar cunas y...

Su dedo para mis labios como siempre lo hace cuando comienzo un soliloquio.

—Creo que esta noche solamente tenemos que asimilar la idea.

Siento el fuego en el estómago que sube a mi pecho y crea un escocer en los ojos. No puedo evitarlo y a las 7:27 de la noche, lloro:

—No quiero morir, Helena.

Mi esposa me abraza y me susurra al oído:

—Nunca dejaré que mueras. Nunca olvidaré tu nombre y cada noche platicaré contigo y sé que guiaras al viento para abrazarme. En el fondo siento que no te pasará nada, Christopher. Siento que vivirás por siempre.

No puedo responder y romper aquellos sueños inocentes. Helena. La mujer más hermosa de la tierra. Espero de todo corazón que exista un cielo. Qué tragedia sería no volverla a ver, no poder esperarla para vivir eternamente

juntos. Qué terror sería saber que esto es todo y solamente no puedo vivir suficiente tiempo a su lado. La amo. Espero poder revivir eternamente estos momentos de amor, en algún prado interminable donde en vez de pasto hayan nubes.

Vida, si en algún momento has tenido razón o el poder de hacer suceder cosas. Por favor te ruego que este no sea el fin, por favor te ruego que tengamos almas y podamos vivir juntos, ella y yo. De verdad espero que exista un cielo. Vida, por favor, te lo ruego, no me dejes partir sin antes saber que ella va a estar bien y déjame volver a verla y ver a mi hijo crecer desde aquel Edén del que tanto hablan los priores y curas.

Autor divino de mi historia, por favor deja de escribir, déjanos olvidados en esta página, en este momento tan sublime o relee tu obra diariamente y no nos dejes olvidados en un sucio librero. No me dejes morir eternamente, no dejes que tus letras pronuncien tal palabra obscura y me deje perdido en un recuerdo frívolo de las masas. Decídete a cambiar mi historia, decídete a darle un nuevo final, uno en donde Helena y yo muramos juntos, donde nuestro hijo nos entierre con una mueca de tristeza porque sabe que la vida funciona de esa manera y que no podría haber pedido padres mejores porque siempre estuvimos con él y siempre lo amamos.

10 nicole

Después de aquella tarde en casa de Timy, Fred fue a un grupo de ayuda para dejar el alcohol. Rara vez se encontraban cara a cara en casa. Su padre llegaba en la madrugada y si se cruzaba con su hijo, bajaba la cabeza y seguía caminando esperando que Timy desapareciera.

Fue una noche fría de octubre, las hojas de los árboles se habían vuelto anaranjadas, los suelos estaban repletos de hojarasca café. El simple hecho de caminar por la calle resucitaba las almas caídas en un crujir sediento de esperanza; eso es el otoño ¿no es así? Es un pequeño lapso antes de que empiece el invierno; poco antes de que los días se vuelvan demasiados fríos para sentir la brisa acariciar tu cuerpo, de que el sol se cubra por nubes grises y sus rayos alcancen a tocar los grandes abrigos, pero no a calentar al caminante. En esa época invernal los carentes de hogares caen en la nieve para ser encontrados en la primavera, pieles heladas y ojos que piden solidaridad, es en esa fría tempestad donde el calor del cuerpo ausente hace falta. Aun cuando los árboles tiran sus vestidos, aun cuando los suelos se atiborran del crujir moribundo de la naturaleza, existe una bella y poética rima que resuena en la palabra invierno y sueño.

Me quité las zapatillas y sentí las hojas otoñales acariciar mis pies. Acurrucada en el pecho de Timy, descansé bajo el árbol torcido. Esta vez Ruperto estaba demasiado cansado para ir con nosotros, lo intenté sacar y se quedó en la orilla de la puerta jalando de la cadena para evitar salir.

—Deberíamos escapar de aquí. —dijo Timy. —tomar nuestro par de zapatos favorito e irnos, dejar atrás todo y comenzar una vida solos.

Escuché el campanear de su corazón e imaginé el sueño lejano e imposible con la mente embriagada de romance.

—¿A dónde iremos?

—No lo sé. Huir hasta que esta ciudad sea un punto en la lejanía y seguir caminando. Cruzar todos los mares, encontrar una isla vacía y vivir solos en ella. Un lugar en donde amanezca con claridad y anochezca con luciérnagas, donde los girasoles no puedan perseguirnos y si lo hacen que al menos vivan para siempre.

—Suenas atractivo... Pero necesitare que me convenzas. ¿Qué

comeríamos?

—Pescado y frutas.

—¿Sin comida chatarra? ¿Helado? ¿Chocolate? ¿Tacos? ¿Pizza? No creo poder sobrevivir con comida tan sanas.

—Vamos a huir... hum... me llevo una maleta con comida chatarra, otra con chocolates y un mini refrigerador con helado.

—Ay sí, serás muy fuerte.

—Por favor... Tú las vas a cargar, tú eres la que es demasiado buena para pescado y fruta

—Creo que ya no quiero ir contigo.

—Bueno, bueno. Nos robaremos un camión, meteremos todo adentro y nos vamos.

—Me estas tratando de hacer cómplice de un crimen. No sé si una vida delictiva sea lo que quiero en mi futuro. Y esta *isla*... ¿tiene electricidad para que los helados no se derritan y podamos ver películas antiguas?

—Ya eres víctima de un crimen. Robar mi corazón.

Una sensación recorrió todo mi cuerpo y salió disparada desde el fondo de mi pecho hasta mis labios. Reí con tanta fuerza que la barriga me empezó a doler.

—¡Cállate! Sonaste como la película más cliché y cursi del mundo. *Robar mi corazón*. Tengo que tener cuidado de que no te vaya a *robar* otra, con esas frases eres verdaderamente irresistible. “*Timy no me dejes nunca, soy culpable de este delito. Tus palabras me enloquecen*”. —Fingí una voz dramática, puse la mano en mi frente y pretendí desmayarme. —“*Eres tan romántico, me derrites.*”

Su cara se puso roja y se recargó sobre su codo.

—Si no me cuidas me vas a perder, Nicole.

—¡Cállate, por favor! Te mueres por mí. Además si ligas así, me siento segura.

—Y tú no podrías sobrevivir un día sin mis frases.

—Tal vez... pero no quiero averiguarlo.

Nos besamos entre risas. Timy se recostó en el pasto y mientras miraba el cielo dejó escapar sus palabras.

—¿Qué ves en tu futuro, Nicole?

—No me gusta pensar en el futuro. Pero te veo a ti haciendo origami en una casa bonita, que obviamente tú tendrías que mantener limpia.

Cerré los ojos y escuché las hojas y a las aves. No dijimos nada por un

largo tiempo.

—¿Crees que esta ciudad esté condenada a historias tristes de amor, Timy?

—A veces creo que si no dejamos este lugar ahora...

—Terminaremos como una historia triste. —Terminé su oración y lo miré perpleja.

—Vámonos, este lugar no tiene más que muertos para nosotros.

Sus palabras me congelaron, mis labios se secaron.

—He visto en tu mirada como te duele cuando llegas a casa y cuando pasamos cerca del cementerio; ni siquiera puedes ver en dirección a las tumbas. ¿Cuándo fue la última vez que lo visitaste?

—No quiero hablar de esto, Timy.

—¿Por qué? Es verdad. Mírame y dime que no sueñas con huir de este lugar, que no desees un momento donde el pasado no importe y el presente no este podrido.

Mis ojos regresaron al horizonte y enmudecí.

—Vámonos. —repitió. —Yo lo haré, Nicole. No puedo seguir saliendo de mi casa antes de que él despierte y regresar hasta saber que ya está dormido.

—Yo no puedo dejar a mi mamá. Estaría sola. Y tú: ¿Y tu hermana? ¿Y tu mamá?

—Volveré por ellas un día.

—¿Y luego? Nos vamos y ¿qué vamos a hacer, Timy? ¿A dónde nos vamos? La isla para nosotros solos suena hermosa, como un sueño, pero solamente es eso, algo que jamás sucederá, igual que mis sueños de ver algún día fuegos artificiales o conocer a mi padre o los tuyos de no volver a ver al tuyo. Dejamos a nuestras familias y un día regresamos y les decimos que estamos bien. ¿No? Tú no eres así te conozco o creí hacerlo, no dejarías a tu mamá. ¿De qué vamos a vivir? Yo quiero dedicarme a algo que ayude al mundo, no sé, ser doctora o una científica que cure el cáncer; pero todo lo que quiero hacer requiere ir a la universidad, Timy. ¿Y con qué dinero lo vamos a pagar? O tomo las clases y les digo que luego regreso a pagarles. ¿Y tú? ¿No tienes un sueño?

—Claro que tengo un sueño, Nicole. Quiero cambiar al mundo, quiero un lugar hermoso en donde la gente...

—¿Dónde la gente que?

—No sufra.

—¿Entonces?

—Es imposible hacer eso. Es solo un sueño.

—¡Te quedas! ¡Te quedas y luchas! Luchas porque las cosas mejoren y buscas maneras de hacerlo. No te das por vencido y decides huir.

—Es... Tal vez el mundo no puede cambiar. Sé que no puedo dejarlas, las tengo que cuidar y las amo demasiado como para irme, pero anoche los escuché discutiendo desde mi cuarto, él decía que lleva casi un mes sin tomar un gota de alcohol y mi mamá le preguntó que entonces por qué llegaba tan tarde. Gritó y aventó cosas contra la pared y ella sólo se disculpaba y recogía sus desastres. No puedo hacer nada al respecto porque se pone de su lado. Ayer lo seguí después de su pelea. Salí por la ventana, tomé mi bicicleta y fui detrás de él hasta que llegamos a un casino; ahora está apostando. El padre del año.

—Es mejor eso a que...

—¿A que le pegue? El día que pierda lo primero que va a hacer es lo único que sabe hacer. ¿Tú qué crees que pasará?

—Tienes que confiar en él.

—¡No! Para ti es fácil, Nicole. Tu papá...

Lo miré con el corazón en el puño, esa herida hecha por el rayo comenzaba a molestarme demasiado.

—¿Por qué? ¡Anda! Termina esa frase. ¿Crees que es fácil estar esperando una carta más de mi padre? ¿Cartas que escribió hace años? ¿Cartas repletas de mentiras y escritas por un hombre que ya no existe? Ya estoy harta. Ya no quiero seguir viendo a mi mamá vivir sola y extrañándolo como si hubiera sido un gran hombre cuando nos dejó. Ver a todos y pensar: ¿Qué se sentirá que tu papá se enoje contigo por alguna tontería que hicieras? ¿Qué te de un beso de buenas noches antes de dormir? ¿Qué se sentirá que tu padre baile contigo? No tienes ni idea de la suerte que tienes, Timy. Tu padre al menos está intentado mejorar, por lo menos está vivo.

—No me refería a eso.

—¿Entonces a qué te referías?

Me levanté y me alejé del árbol ignorando los gritos de Timy para detenerme. Sentí un jalón delicado en la mano.

—Nicole, discúlpame.

—No, no tienes derecho a pedir disculpas. ¿Sabes que, Timy? Yo también estoy pasando por algo difícil, pero no por eso te lastimo. ¿Tienes una idea de cuánto me duele tener que leer sus malditas cartas cada maldito año? ¿Tener que actuar frente a mi mamá y decirle que todavía lo siento cerca cuando es más que obvio que ya se fue? ¿Tener que verla y aterrarme de pensar que

vivirá sola si sigue así? Tú tal vez vivas con un mal hombre, pero no tienes idea lo que es vivir con un muerto.

Me desplomé en sus brazos.

—No sabía.

Al fin lloré, su hombro se llenó de sal y en la tela de su chamarra comenzó a crecer una mancha de tristeza. No podía más, no podía aguantarlo más.

Entre sollozos dije:

—Y Ruperto probablemente le va a seguir pronto. Soy una terrible persona por no leer sus cartas.

Sus dedos se acercaron a barbilla y levantó mi cara, nuestras miradas se entrelazaron y nuestros corazones palpitaron al unísono. Un toque de electricidad recorrió de su mano hasta la mía.

—No eres mala y si te hace tanto daño deberías dejar de leerlas. Dudo mucho que tu papá quisiera herirte. Le has dado la mejor vida a Ruperto, jamás he visto un perro tan feliz como él. No pasa un día en que no lo acaricies, en que no hables con él.

—No quiero perderlo, es lo único que me queda... ¿Tú que harás? ¿Vas a huir y me vas a dejar vivir en este lugar de historias trágicas? ¿Sola?

—No voy a ir a ningún lado. No hay manera que nuestra historia sea trágica. Cambiaremos el mundo juntos.

...

Amo el sonido de las hojas caer cuando vas en una bicicleta. La brisa chocando contra tu rostro, el movimiento del manubrio cuando evitas pasar encima de una roca o de una coladera. Ver los carros parados por el tráfico y poder cruzar entre ellos como si formaran parte de los edificios.

La carrera estaba muy cerrada. Timy se adelantó y yo me incliné para agarrar más velocidad. La meta estaba cercana; como siempre la carrera era desde mi casa hasta el parque; pero esta vez, él iba a perder.

Apareció, brillante, el paraíso anaranjado. Saqué toda la fuerza que tenía y subí a la banqueta. Me incliné un poco más y la brisa cobró mayor magnitud.

Un labrador negro salió de una casa, llevaba entre los dientes un hueso rojo de plástico. Volanteé a la izquierda para evitarlo y la llanta de enfrente calló de la banqueta. Se escuchó el chirrido de los frenos de la bicicleta de Timy al derrapar. Me detuve unos cuantos metros adelante. Había ganado.

—Tramposa.

—Mentiroso, de todas formas ya te había rebasado, caí enfrente de ti.

Timy se adelantó.

—Era la recta final, estaba guardando mis fuerzas para pasarte en esta parte.

—Perdiste, acéptalo... Te ganó una *niña*.

—Que seas una niña no importa, importa que fue trampa.

—Por favor, tu empezaste antes de que comenzara lo competencia.

—No, dije tres y salí.

—¡Cállate! Saliste y dijiste: *tres*. Hasta volteaste a burlarte, y debería de tener un reconocimiento por evitar al perro.

Bajamos de nuestras bicicletas y caminamos por el parque hasta el quiosco junto a la colina del árbol torcido, se encontraba cerca de un campo abierto donde la gente jugaba fútbol, llevaba a pasear a sus mascotas y una que otra pareja dejaban una chamarra en el piso para acostarse y besuquearse.

El labrador que me obstaculizó durante la carrera corrió entre la gente. Se detuvo a oler a dos personas, quienes lo acariciaron antes de que el dueño gritara:

—¡Dumbo! Ven acá... Disculpen.

—Qué extraño nombre para un perro. —le dije a Timy.

—Sí, hubieran pensado en un nombre más de perro como Ruperto.

—Cállate, me lo dieron cuando era chiquita.

Mi sonrisa se desvaneció como lo hacen las flores cuando termina la primavera; lentamente y perdiendo el color. Ruperto, el viejo Ruperto cada día estaba más cansado. Extrañaba sentir su peso cuando saltaba a mi cama y se acurrucaba a mis pies. Ya no subía a dormir a mi cuarto, se quedaba acostado en la sala mirando hacia la ventana.

Llegamos al puesto de helados y recosté mi cabeza sobre el pecho Timy, una adicción mía.

Lo que antes, cuando mi madre me traía, era un puesto compuesto por un hombre mudo y bigotón, un refrigerador, una sombrilla amplia y una pizarra; se había vuelto una verdadera heladería. Ahora eran cuatro sombrillas verdes y moradas, tres heladeras y tres hermanos bigotones atendiendo al mismo tiempo.

—¿Me da uno de limón con cubierta de chocolate? Por favor, y otro de chicle. —dijo Timy.

—Gracias.

—Sigo creyendo que chocolate con limón es algo muy extraño. —hizo una mueca de asco.

—El niño chicle. Además te encantó. Todos caen ante el sabor de la nieve

de limón con chocolate.

Nos acercaron ambos helados y el heladero escribió en la pizarra colgada de su cuello el precio. Timy hurgo en su bolsillo y sacó unas cuantas monedas, las contó y se acarició el cabello.

—Ten. —Le acerqué unas cuantas monedas que habían estado moviéndose en mi bolsillo durante la carrera.

Timy hizo una sonrisa forzada; usualmente mostraba todos los dientes, sus ojos se hacían pequeños y su nariz se levantaba, esta vez sus cachetes se levantaron y sus labios se arquearon, pero no mostró los dientes. En su mirada había un tinte triste.

No solíamos hablar de dinero. Fred y su mamá le daban lo necesario para comer en el colegio. Generalmente no comía en la escuela y ahorra cada centavo. Usualmente salíamos después de comer. Íbamos al cine y era un tanto obvio y tierno que en esas salidas gastaba todos sus ahorros de hambre en el colegio. Intentaba ayudarlo con lo que mi mamá me daba, pero Timy se reusaba diciendo:

—Yo te invité.

De vez en cuando yo lo invitaba a salir y no ponía objeción alguna. Había veces, como ésta, en donde notaba en su mirada la impotencia de no poder comprarme un helado. Era un poco molesto que después de ver esa mirada en Timy se quedara callado y se reusara a decirme cómo se sentía, respondía solamente:

—Nada, todo bien.

Esta vez opté por un camino diferente.

—Lo entiendo.

—Lo sé.

—¿Cómo va tu papá? —pregunté tratando de sonar un poco casual.

—Maso... llega tarde, sigue apostando, mi mamá ya no le dice nada. Eso evita que discutan y pues sigue trabajando casi todo el día. Al parecer no ha tomado nada desde el día en que nos peleamos; a veces se pone de muy mal humor y se va al casino.

—Parece que va mejor.

—Sí. *Parece*. ¿Tú? ¿No has leído nada últimamente? —dijo refiriéndose a las cartas de mi papá.

—No... Tampoco he platicado con mi mamá, la última carta que debía leer fue cuando nos hicimos novios pero... no me animé a leerla.

—Pensé que tu mamá te las daba.

—Sólo las de mi cumpleaños; me dio la caja en donde venían las otras y me dijo que no las abriera hasta que fuera su tiempo, aunque estoy segura que se quedó con la de *mi boda*.

—¿Tu boda?

Dejamos las bicicletas recargadas en el árbol torcido, me quité las zapatillas para tocar el pasto y nos acurrucamos bajo su sombra.

—Sí, tengo un vago recuerdo de verla cuando era chiquita, pero cuando revise la caja, faltaba esa.

—Ya la leerás.

Antes me moría por leer las cartas; observaba la caja, leía y releía las dedicatorias. Me recosté en el pecho de Timy y disfruté mi helado, no sin antes empujar el de Timy poco antes de tocar su boca y se embárraselo en la barbilla. Esto avanzó a una persecución y terminó con mi cara mi cara pegajosa y un cono roto en mi mano. Regresamos al árbol con caras pegajosas y residuos de azúcar en los dedos.

Cuando el sol comenzó a bajar me puse las zapatillas, tomamos nuestras bicicletas y partimos a casa. Al llegar a mi puerta Timy me dio un largo beso. Había algo en él que lo hacía sumamente extraño. Mis labios no querían despegarse de los suyos. Las lámparas de la calle se encendieron y seguíamos besándonos. Cuando era niña me preguntaba, ¿cuánto debe durar un beso? Mi padre un día me respondió en una carta; era como si de verdad pudiera escucharme. En ella dijo que un beso debería durar lo que un atardecer, ocho minutos. No por el tiempo, sino porque es el tiempo que tarda en llegar del día a la noche y de la noche al día, un beso.

Esos ocho minutos no pudimos soltarnos, mis labios ardían. Cerramos los ojos cuando el sol estaba en el cielo y al abrirlos ya se había fugado. Estábamos inmersos en la oscuridad, pero nos alumbraban las luces artificiales de los faroles. Sin darnos cuenta habíamos perdido un atardecer.

Entré a mi casa y me recargué en la puerta todavía mareada. Mis sentidos seguían adormecidos por el amor.

Ruperto se acercó a saludar y escuché un grito de mi mamá.

—¿Nicole?

El momento se fue, se desvaneció por completo. Subí a saludarla, se encontraba arreglándose enfrente del espejo.

—¿Qué haces? ¿Tienes una cita? —En mis ojos una chispa surgió.

—No. Voy a trabajar.

—¿Tu *noti* no era en la tarde? —Y se desvaneció al instante.

Tomó un saco azul y un bufanda verde y los puso enfrente de ella. —Era. Desde hoy me cambiaron a las 10 de la noche. —Movié la cadera con felicidad. —Martín se retira. —Tomó un cinturón y lo puso enfrente del conjunto, volteó y preguntó qué tal se veía.

—Pareces azafata. —Me senté en la orilla de su cama.

Me miró boquiabierto, aventó el saco a la cama y continuó —Hoy conduciremos el noticiero juntos, y me va a presentar como la nueva imagen.

La abracé y felicité por la noticia. Era un ascenso, el noticiero de la noche tiene mayor rating.

—¿Crees que esté contento por mi ascenso?

—Má. —Había ocurrido algo significativo en su vida y su mente regresaba a él, él, él. Todo en su vida regresaba al mismo viejo estudio embrujado. En el espejo, la sonrisa de una mujer de mirada triste; cuando algo bueno sucedía pensaba él y su recuerdo cuarteaba sus emociones.

Ruperto entró al cuarto después seguirme desde que entré a la casa, se dejó caer en suelo con la lengua de fuera y respiró cansado. Cerré los ojos, cambié la vista hacia mi mamá y noté en su mirada el mismo terror silencioso que se escondía en mí.

Mamá volteó con un atuendo azul claro y preguntó:

—¿Qué tal este?

—Mmm, tal vez con una bufanda verde o morada quedaría mejor. —respondí tratando de alejar la presencia que había comenzado a aparecer entre nosotras.

—¿Así no voy a parecer azafata? ¿Qué te pasó en los labios?

Me llevé las manos a la boca para esconderlo y murmuré:

—Nada.

—¿Cómo que nada? Estas toda irritada. —Se acercó a mí y me tocó la frente. —Te sientes bien. ¿Te agarró a besos tu novio?

—¡Mamá!

—Uy, ¿qué tal besa?

—¡Mamá! ¡Qué oso!

Salí del cuarto y la escuché hacer sonidos de besos y decir con una voz burlona:

—Ay Timy... mi mamá se enteró de que nos besamos, el horror, se va a terminar el mundo.

—¡Mamá! —grité antes de cerrar la puerta de mi habitación.

Tenía ganas de ver una película. *Encadenados*. Era una de mis películas

favoritas, me fascinaba Ingrid Bergman; tenía esa mirada profunda. Busqué la película en mis cajones y vi la caja de zapatos con las cartas de mi padre junto a mis pinzas para el cabello. Era una caja pesada. Acaricié los sobres con la punta de los dedos y un escalofrío recorrió mi cuerpo al ver una dedicatoria: “*Cuando Ruperto se mude conmigo*”. Cerré los ojos y dejé la carta.

Apagué las luces y me cubrí con una cobija del aire que entraba por la ventana. Mi mamá entró para despedirse y salió de la casa. Escuché su automóvil perderse en la lejanía y regresé a la historia de Alfred Hitchcock.

Ruperto entró aletargado a la habitación y se acostó a los pies de la cama, exhausto. Bajé, lo acaricié y hablé con él. Me senté en el suelo y puse su cabeza sobre mis rodillas. Ruperto miró hacia la ventana abierta y exhaló. Mis ojos se humedecieron y con un malestar en el estómago susurré:

—No me dejes Ruperto... Por favor.

Ruperto tembló. Noté el viento golpear las cortinas. Solamente había cerrado la ventana durante la tormenta, me gustaba dormir con la brisa. Tal vez era hora de cobijarse, de no dejar al viento congelar mi piel.

Cerré la ventana y me senté con Ruperto. Seguía temblando y lo tapé con mi cobija.

—Todo va a estar bien.

Dormí a su lado, con la película contando una historia a un espectador invisible. Entre mis sueños, sentí el latido de Ruperto detenerse para siempre. Le costaba trabajo subir las escaleras y aun así, en su último día, las subió para estar conmigo. Su ladrido no se escuchó más y su cola al fin se detuvo.

...

Los siguientes días transcurrieron bajo un nubarrón de emociones. Timy me había abrazado tantas veces, había llorado tanto en su hombro y aún sentía la necesidad de cariño. Cada respiro me recordaba lo lejos que estaba de Ruperto. Soñaba con un desierto en donde no podía encontrar agua; caía repetidas veces, la arena en mis dedos se deslizaba y las leyes del tiempo no funcionaban, las nubes grisáceas del cielo se movían a velocidades extraordinarias formando un remolino que apartaba, pedazo a pedazo, los músculos de mi cuerpo y dejaba mi piel intacta. El miedo afligía mi pecho, ahora era un mundo callado, el espacio mismo contenido en mi interior. Miré alrededor del desierto, a la mitad de la oscuridad del espacio, cómo al fondo se levantaba un campo de tornasoles muertos.

Mi mamá no era la excepción a ese sentimiento, era una emoción compartida. Nos abrazamos y lloramos por Ruperto, vimos películas antiguas

con las cortinas cerradas y la luz apagada. Mi corazón se quebró aún más cuando nuestras vidas regresaron a la normalidad y aunque había un sentimiento de pérdida, un hueco en nuestros pechos, aprendimos a vivir con esa pieza faltante. Si aprendes a vivir incompleta, ¿no estás completa con esa ausencia? ¿Acaso no hay significado en perder a un ser querido?

Somos tan perfectos, nos adaptamos a la tristeza, a la pérdida, al recuerdo... Y seguimos sonriendo, tal vez eso es lo que tiene la felicidad de un niño que nos hace envidiarlo: está completo. Nosotros aprendemos a apreciar el rompecabezas con las partes faltantes, un niño no conoce las piezas perdidas. Es una imagen perfecta esperando ausencia. No sabía que el rompecabezas de mi vida estaba a punto de perder otra pieza.

11 Nicole

Me acosté en la cama, prendí la televisión y prepare todo para ver una película. El *clack* de la cubeta en mi ventana me demostró que Timy pensaba en mí. Llevábamos un tiempo sin usar este medio de comunicación por lo que me extrañó la nota dentro de la cubeta:

¿Ya se fue tu mamá?

Escribí un “Sí” junto a un corazón y regresé la nota.

Unos minutos después sonó el timbre. El rostro de Timy estaba empapado en lágrimas.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasó? Estás temblando.

—No... — Sostuvo mi barbilla y tragó saliva.

—¿Qué pasa, Timy?

—Van a trasladar a mi papá, lo mandan a Irlanda.

Sentí como si un florero de cristal cayera al piso y se hiciera añicos. Irlanda...

—Pero... No.

Lo abracé y puse mi cabeza en su pecho. ¿Cómo iba sobrevivir sin poder recargar mi rostro ahí? ¿Con quién iba a hacer carreras en la bicicleta?

—No. —El llanto salió de mis ojos como una tormenta eléctrica en otoño.

—¿Cuánto tiempo? —Mi voz era un susurro y mis palabras, plegarias que nadie escucharía.

—Dos semanas.

—Quédate.

—No puedo. Debo cuidarlas, debo estar ahí para protegerlas. Tenías razón, mi papá va por un buen camino.

—¿Y yo? ¿Quién me va a proteger a mí de los rayos? ¿De los girasoles?

Maldigo al tiempo. Las últimas dos semanas con Timy pasaron rápido. No hubo un solo día que estuviéramos separados: nos encontrábamos en el colegio, caminábamos a casa juntos, salíamos por la tarde y hablábamos toda la noche hasta la madrugada. Intentamos no tocar el tema, vivir cada instante al máximo. Eso es lo que uno debe hacer ¿no? Era inútil. El malestar en mi pecho

incrementaba con cada anochecer. Intentaba correr de una sombra que sabía me alcanzaría eventualmente.

La noche antes de que Timy se fuera no pude dormir. Nos enviamos mensajes con la cubeta hasta el amanecer. No importaba cuánto lo intentara, la imagen de él partiendo y alejándose de mí regresaba y lloraba nuevamente.

Me dolían la mandíbula y los ojos. El suelo de mi habitación estaba tapizado de pañuelos empapados. Por la noche, cuando mi madre llegó a casa, lloré en silencio bajo mis sabanas, esperando que todo fuera sido un sueño, una terrible pesadilla. Despertaría el sábado y estaría con Timy toda la tarde y el lunes vería a Timy en el colegio, nos besaríamos entre clases y regresaríamos caminando como todos los días de otoño. Le diría que soñé horrible y él me abrazaría y me daría un beso largo. Pero ya había intentado despertar, ya había ido al baño a mojarme la cara con agua fría y la pesadilla no terminaba.

El viento aulló contra la ventana, esperando lo dejaran entrar. Abrí el marco de cristal y se deslizó al interior de mi cuarto. Sabía que estaba triste, se acercó mí y me envolvió. Mi corazón estaba destrozado y jamás se repondría, jamás podría amar de nuevo y de hacerlo nunca sería igual, nunca serían Timy. Sólo él serían mío por siempre, sólo Timy.

Eran ya las seis y la mañana comenzaba a aclararse. Esperé la nota de Timy diciendo que partiría al aeropuerto. Yo correría hasta él, lo abrazaría y nos besaríamos, el tiempo se detendría. Sonaría el motor encendiéndose y su padre gritaría que se hacía cada vez más tarde. Su madre agarraría a Timy y él intentaría resistirse. Estiraríamos nuestras manos deseando jamás separarnos. La marca hecha por el rayo estaría completa por última vez y cuando nuestros dedos se separaran los residuos de energía detendrían nuestros corazones y latirían al unisonó. Mi madre me jalaría de la cintura cuando yo intentara correr detrás del carro y vería la cara de Timy alejarse una última vez, su mano plantada en el vidrio. Los labios de él se moverían y yo no podría escuchar, pero incluso con las lágrimas interrumpiendo mi vista sabría que dijo: *Te amo*. Caería de rodillas contra el pavimento y mi madre me abrazaría y limpiaría el llanto y la brisa estaría allí, sí, el viento me arroparía, tranquilizaría en mí el dolor como lo hacía esa madrugada.

Caí dormida después de enviarle un último mensaje y desperté con mi madre tocando la puerta del cuarto.

—Señorita sé que los sábados se despierta tarde pero ya son las 12 de la mañana. Andando, vamos a desayunar.

Me levanté de un brinco. En mi teléfono había 16 llamadas perdidas y 13 mensajes sin leer. Mi corazón se petrificó.

—Timy.

Avancé a grandes pasos, bajé las escaleras corriendo y caí de un sentón casi hasta llegar a la puerta...

—¡Hija!

Me levanté, abrí la puerta de la casa y salí con el corazón a punto de estallar en mi pecho...

—¡Nicole!

Corrí hasta la acera, todavía con la ropa del día anterior y la cara pegajosa e hinchada. Me arremangué la sudadera y avancé...

—¡Nicole! ¿A dónde vas?

La brisa golpeó mi cara. El sonido de las últimas hojas otoñales caer. Los músculos de mis piernas ardieron...

—¡Nicole!

La puerta de casa de Timy se encontraba cerrada. El carro de su padre no estaba. Las ventanas no tenían cortinas. No había muebles dentro. Las repisas que tanto había cuidado su madre habían dejado un marca clara en las paredes y cada objeto había desaparecido. Ni un alma quedaba en aquella casa, ni los gritos, ni los llantos. La transformación estaba completa, ahora estaba verdaderamente abandonada y embrujada. Habían dejado atrás a los fantasmas que la cuidaban, los que atormentaban a sus inquilinos se los llevaron con ellos.

Caí de rodillas contra el pavimento.

—Nicole, pero ¿qué te pasa? — dijo mi madre cuando me alcanzó.

Miró dentro de la casa de Timy, a las paredes vacías y a las siluetas de muebles.

—Princesa...

Me sostuvo y lloré por mi suerte, por mi maldita suerte. Las hojas danzaban alrededor de la calle y yo no podía escuchar la tonada por la cual bailaban entusiasmadas. Aunque el aire me seguía acurrucando y mi madre me abrazaba, estaba rota. ¿Por qué el otoño es siempre tan corto? ¿Por qué deja atrás a los errantes que morirán en el invierno?

Regresé a casa arrastrando los pies. Mi madre acarició mi hombro con dulzura, como si fuera un girasol frágil que pudiera perder sus pétalos de ser tocado. Mamá me sentó a la mesa y colocó enfrente de mí un platillo con crepas, pero esa tarde eran sólo una masa insípida.

Al terminar subí a mi cuarto. Cada paso era pesado pues llevaba consigo el golpeteo de las palabras en el fondo de mi garganta. Marqué a su teléfono y nadie contestó. Tenía tantas maneras de decir cuanto lo amaba y la seguridad de que esas palabras quedarían ahí eternamente, atascadas como una cloaca en otoño.

Me recosté en mi cama y descansé la vista en las extrañas figuras formadas en el techo. Miré de reojo mi teléfono con esperanzas de que Timy se comunicara conmigo en algún momento, sólo había llamadas perdidas de Liz y mensajes rogando que nos viéramos. Puse música, vi videos de fuegos artificiales, películas antiguas y nada funcionaba. Cerré los ojos y escondí los labios del mundo. Una lágrima se asentó en mis parpados y dejó yacimientos de tristeza en mis pestañas. Sentía el viento y ardor en el pecho, en el estómago. Traté de contenerme.

La gota resbaló desde la orilla de mi ojo hasta el inicio de mi oreja. Una llovizna que empieza con el delicado chispear de las nubes y se suelta completamente dejando ver una tormenta.

Desperté en la noche. La luz del corredor estaba prendida, mi madre todavía no llegaba del trabajo. Giré para ver el teléfono. Ni un sólo mensaje nuevo, ni una llamada. Intenté marcarle a Timy y sólo escuché una voz monótona asegurando que el número había sido cancelado.

¡Tin! ¡Tan!

Busqué de dónde provenía el sonido en la oscuridad. Alcé la oreja y esperé. Todo estaba en silencio.

¡Tin! ¡Tan!

¡Por supuesto, la cubeta! Salté de la cama y me precipité hasta la ventana en donde se movía juguetonamente nuestro arcaico método de comunicación. Dentro había una carta donde Timy reiteraba nuestro amor eterno, del dolor de dejarme y una promesa de volver junto a una foto de ambos sonriendo acostados en la hojarasca del parque.

“No importa que el camino nos separe, caminaré siempre en tu dirección hasta tenerte por siempre.”

Abracé la carta. Confiaba en nuestro amor y un día nos volveríamos a ver. Lo sabía. Aún con la carta los días eran lentos, las noches eternas. Las clases se sentían irreales, todo el mundo a mi alrededor parecía estar feliz. Estaba celosa de quien no había probado el amor. Mentira. Estaba celosa de los

amores que no habían terminado.

Liz se acercaba a mi pupitre de vez en cuando y platicaba chismes con su usual verborrea. Yo hacía una de esas formas extrañas con la boca, ocultando mi desesperanza y cansancio de relatar una y otra vez los sucesos de sabor amargo. Imaginaba a un caballero con una larga herida en el pecho y a todo el pueblo queriendo verlo y tocar la llaga, metiendo sus dedos sucios entre la sangre, la gente con ojos abiertos y consternados; él sufriendo cada roce.

Regresé a casa en silencio. No podía dejar de leer su carta y la abrazaba con dolor y odio. ¿Por qué había pasado tanto tiempo y no se había comunicado conmigo? Mis lágrimas brotaban y se secaban y otras nuevas caían en donde las anteriores habían dejado su esencia.

Mi bicicleta se llenaría de polvo. La marca de nuestros cuerpos en el pasto, debajo del árbol torcido, se borraría. El pasto crecería. La heladería aumentaría de tamaño. La nieve caería y se derretiría. Las flores nacerían y sus pétalos volverían a caer. Los árboles volverían a quedar desnudos, pero su casa se mantendría vacía. La cubeta nunca volvería a tocar mi ventana.

12 Nicole

Dos meses después de la partida de Timy fui a comer con Liz. Entramos a un restaurante de comida japonesa, por la cual tengo una gran debilidad. Le dejamos nuestras zapatillas a una mujer delgada con un lunar debajo del labio que atraía la atención instantáneamente.

La mujer acercó a Liz una tarjeta, con el número 24 marcado, para recoger nuestras pertenencias al salir. El momento me recordó a la primera vez que vi al padre de Timy y como escapé por la ventana y corrí descalza hasta el parque; al día siguiente cuando abrí la puerta ahí estaban mis zapatillas, esperándome.

Sacudí la cabeza. Recordarlo traía consigo soledad y generaba un millar de preguntas. Saqué mi celular de la bolsa y miré discretamente: 3:25 y ningún mensaje nuevo.

Liz me dio un codazo en el brazo:

—Nicky.

Las paredes del lugar estaban cubiertas por bambú y detrás tenían luces amarillas y naranjas. Las mesas eran bajas, cubiertas con una tela delgada y adornada con tejidos rosados y amarillos. Nos envolvió el bullicio de parejas, familias y el usual gritó del jefe de cocina dando órdenes a sus cocineros. En el fondo sonaba una balada con tonadas rápidas y modernas mezcladas con sonidos tradicionales. El olor penetró en mi nariz, la fragancia de arroz hervido y pescado se mezcló con un olor dulce.

El mesero se acercó y, antes de poder entregarnos los menús, Liz le pidió dos platillos iguales y le agradeció.

—Se por qué me trajiste aquí, estoy bien.

—Sólo quería comer contigo, güey.

Después de comer de comer, Liz dijo:

—Solías decirme todo.

Antes de Timy, cierto.

—¿Al menos seguimos siendo amigas, Nicky? No sé nada de lo que está pasando en tu vida, ni tú sabes de la mía... Mi mamá se fue. —Su voz se cortó y siguió tratando de esconder su llanto. —Creemos que le estaba poniendo el cuerno a mi papá y al fin tomó la decisión de dejarnos.

El recuerdo de su fiesta cuando éramos pequeñas regresó a mi mente.

Jamás se lo conté.

—Liz...

—Ya no digas nada... No te cuento para que me consueles, lo digo porque, real llevamos casi cuatro meses sin hablarnos. Cuando Tim se fue pensé que volveríamos a platicar igual que antes, pero me alejas.

—No sabes lo que siento.

—No, ni idea, güey, pero porque te volviste un libro cerrado, como podría saberlo. No quiero que estés sola, quiero ayudarte.

—No puedes Liz, no puedes hacerlo. Nadie puede por qué la única persona que podría ayudarme es Timy y ni siquiera sé en dónde está. No me ha llamado, no me ha mandado ni un mísero mensaje, nada, desapareció en un instante. Es como si hubiera muerto.

—Nicky.

—¡No! Ten.—Saqué dinero de mi bolsa y lo aventé en la mesa. —Aquí está mi parte.

Me disponía a salir del restaurante cuando la mujer en la entrada dijo con un tono cuasi robótico:

—¿Su tarjeta de guardarropa señorita?

Busqué en mi bolsa y recordé que Liz la traía.

Salí del restaurante descalza. ¿Por qué? ¿Cómo es que siempre terminaba caminando descalza? Qué importa en realidad, qué importa si voy por la vida sin zapatillas, qué importa si Timy no regresa y me olvidó y no planea comunicarse, qué importa dejar a Liz ahí sentada con sus problemas, qué importa... Qué importa... Qué no leyera la carta de mi padre para cuando tuve mi primer novio o la que decía: *Para tu primer corazón roto*.

Desde ese momento él sabía que me romperían el corazón. ¿Tan poca confianza tenías en nuestro amor, papá? Tú te fuiste tan pronto y dejaste una pila de hojas con tinta y llanto. ¿Esperabas que hiciera tu silueta con papel viejo? Timy deja una carta en mi ventana y desaparece. ¿Qué coincidencia tan insípida! Haré su figura con la hojarasca del otoño. Supongo de eso se trata la vida, de ir muriendo cada día un poco hasta que tu alma queda cubierta por un velo ardiente, que se pega a tu piel y la derrite, y la clemencia ya no es rogar por mas días si no por menos lágrimas, menos cartas, menos girasoles.

Me senté en la acera y escondí la cara entre mis rodillas. Poco tiempo después Liz salió y sé sentó a mi lado, dejó mi zapatillas y me abrazó. Esperaba palabras de su parte, un discurso de reivindicación pero dijo:

—¿Ya terminaste tu drama?

—Discúlpame. No sé ni que siento. Antes habría entendido que no pudiera ponerse en contacto, si viviéramos en una época sin celulares, sin internet. Hoy, creo que si no me ha buscado significa que no quiere hacerlo.

—¿Y por qué sufres por un güey que no quiere estar contigo?

—Lo amo.

—Nicky, no creo que hoy vaya a dejar de doler, pero con el tiempo igual y duele menos, al menos eso dicen las canciones.

Reí, no recordaba la última vez que había reído.

—Sigo esperando que algo mágico suceda, despertar y ver a Timy, a mi mamá feliz, a mi papá en casa.

—No creo que esa clase de magia exista. Yo sigo deseando que mi mamá no nos hubiera dejado. Desearía que ella y papá pudieran arreglar sus problemas. Ni siquiera sé si se amaron alguna vez. Mamá luego era una bruja con papá, lo humillaba a cada rato. Ya no sé si en algún momento fueron felices. Los fines de semana mi mamá agarraba rumbo y nos quedábamos solos. Nunca los vi besarse, pero asumí que eso era normal. Quisiera de verdad que todo volviera a ser como antes, no quiero tener una familia rota.

—Liz, soy una horrible amiga. No sabía por lo que estabas pasando. Hace poco me acordé de un cumpleaños tuyo donde vi a tu mamá con otro, fue en un cumpleaños tuyo cuando éramos chiquitas...

Liz me vio con un poco de rabia.

—¿Por qué no me dijiste nada, Nicky?

—No sabía cómo, Liz. No quería que me vieras como una mentirosa, no sabía ni siquiera si era real. Fue hace mucho. No lo recuerdo bien.

Tomó un respiro:

—De todas formas no hubiera cambiado nada. Yo también soy horrible, Nicky. Cuando Tim se fue, me puse feliz porque pensé que te tendría de regreso. Nunca me había sentido tan sola como estos meses.

Cuando la noche cayó, nosotras seguíamos platicando en la acera, era como si jamás hubiera pasado nada. Esta vez su papá fue quien la recogió y me llevaron a casa.

Al llegar escuché el usual grito de mi mamá.

—¿Nicole?

—No, tu otra hija.

Subí las escaleras hasta su habitación. Estaba sacando vestuarios de su closet y de fondo se escuchaba la película *Bajo los techos de París*.

—Había olvidado lo chistosa que podías ser. —Me dio un beso en la

frente. —Me da gusto que bromees de nuevo.

Me senté en la orilla de la cama.

—¿Oye, me prestas tu pinza café para el cabello? —dijo al salir de su cuarto.

—Sí, ma. Está en mi buró, en el primer cajón.

Tarde un poco en darme cuenta que más había en ese cajón. Me levanté de un salto.

—¡Yo te la paso!

Entré a mi cuarto. La pinza estaba sobre el buró y ella tenía en sus manos dos cartas cerradas.

—¿No las has leído? —preguntó sin voltearme a ver.

—No he tenido tiempo.

—Nicole, estuviste tres días encerrada en tu habitación, ¿no pudiste leerlas? ¿Qué pasa? —dijo sin despegar la mirada del sobre.

—Ma... no puedo.

—Tu papá quería que leyeras estas cartas. Él vive en estas hojas.

—¡No es cierto! No vive en esas hojas, él ni siquiera está aquí, ¿o sí? Está muerto. ¿O puede entrar y negarlo?

—Nicole, ¿qué te pasa? Es tu padre... —Al fin volteó a verme, sus pupilas estaban irritadas, debajo se estaba formando una línea roja. Me apuntó con ambas cartas, su mano vibrando. —¿Qué, acaso no te interesa que estuvo escribiendo para ti hasta el día de su muerte?

Me tapé la cara, pensando que así, mis dedos detendrían una lluvia de tristezas acumulada. Sentí un golpe de ira. No eran tristezas aquellos pinchazos sentidos al pensar en mi padre, no era una humilde sensación de añoranza la que estrujaba mis entrañas. Era odio, era rencor. Un padre ausente, había hecho trampa en la vida, me había dejado y pensó que con tinta y papel podría excusarse de privarme de una figura de carne y hueso, de un abrazo cálido cuando me sintiera destrozada.

—¡Me duele leer las cartas!

—¿Crees que a él no le dolió escribirlas? ¿Crees que no sufrió con cada letra? Pensé que lo sentías cerca.

—No. Tú lo sientes cerca. —murmuré con la cabeza baja y la vista nublada. —No lo puedo perdonar lo que te hizo y por haberme tenido si sabía que iba a morir.

—No me hizo nada.

—¡Te dejó sola! Todo por su egoísmo de querer vivir su vida en el poco

tiempo que tenía y peor aún ni siquiera intentó sobrevivir.

—Hija, sí lo intentó.

—No cuando descubrieron que estaba enfermo. Pudo habernos dado al menos un año más con él. Tal vez así recordaría su voz.

—Ten. —acercó las cartas a mí.

—¡NO! —Esta vez fue un grito, un palpar de sentimientos amargos y pensamientos jamás dichos. Tomé los sobres amarillentos y los azoté contra el piso.

—¡No quiero un estúpido papel! ¡Lo quiero a él!

Aunque los sobres tardaron en caer lo que yo en demandar un fantasma, y aunque el papel al tocar la duela de madera no hizo sonido alguno, retumbó. Retumbó en las paredes rosadas de una alcoba lúgubre. Retumbó en los ladrillos firmes de una casa incompleta. Retumbó en el borde de los tímpanos de una familia casi perfecta. Casi.

Sólo una parte faltaba en esa ecuación de la felicidad. Las cartas me habían dado la sensación de conocer la incógnita para saber la respuesta. Al ver que esa letra desconocida de verdad no existía y había intentado dar con la respuesta con una mentira, algo se quebró dentro de mí. Mi fantasía de ensueño se desplomó; como un edificio mis sueños se vinieron abajo y sólo quedó la ruina y el escombros.

—¿Crees que a mí no? ¿Crees que no me gustaría volver a verlo? ¿O tan siquiera poder ser completamente feliz de nuevo? —dijo con reproche.

—¡Hazlo! ¿Qué te lo impide? —Mi rostro enrojeció de furia.

—No podría aunque lo quisiera. Cada vez que estoy con alguien veo su cara, cada vez que miro en el espejo lo veo detrás de mí sonriendo y los siento abrazándome. Amarlo es al mismo tiempo un encanto y un maleficio, princesa. Me convenció que el amor es eterno, ese era su más grande virtud, el convencerte que el amor es más fuerte que cualquier cosa. Tú más que nadie deberías comprenderme en estos momentos.

El silencio tomó control de la habitación, ambas nos miramos con intriga, ambas igual de heridas, ambas igual de incompletas.

—No sé qué hacer mamá, quiero creer, de verdad quiero creer que está con nosotras pero no es suficiente con letras y hojas, quiero estar entre sus brazos y sentir que me ama. Saber cómo se sentía su presencia. —Me di por vencida, toda lucha con los muertos termina de esa manera —¡Él no está! Y yo ya me harté de vivir con un fantasma. Vamos, saca una carta más, una para cuando Nicole sienta que no tiene un padre o mejor aún, una para cuando

sienta que su padre está realmente muerto.

Mamá escondió sus labios y cerró los ojos. Su mano tembló.

—Hija... no tienes que leer las cartas si no quieres. —Fue a su cuarto y de unos de sus cajones sacó un sobre rojo y me lo mostró.

—¿Otra carta? —Aventé los brazos al viento y reí histérica. —¡Otra carta! ¿De verdad crees que todo esto se va a solucionar con *otra* carta? Deberías seguir con tu vida, mamá, dejar de estar incompleta y ser una viuda amargada que podría ser feliz y no quiere.

Palabras más hirientes nunca fueron dichas en esa casa. Vi el rostro herido de mi madre, la palidez en su piel al escucharme.

—Má, perd...

—¡Cállate! No me vuelvas a hablar en ese tono, ni con esas palabras. Tu padre fue muchas cosas, pero al menos no era maleducado.

Bajé la cabeza apenada y miré mis zapatillas.

—¿Crees que no soy feliz, hija? ¿Crees que el amor es la única manera que tiene una persona para ser feliz? ¿Me crees tan banal? Que no busque amor no significa que esté incompleta, te tengo a ti, soy una mujer exitosa en mi profesión y soy feliz. Obviamente lo extraño, es mi esposo, es tu papá. No necesito de otro amor para llenar el hueco; soy consciente de que me hace falta, pero también de que nos amamos sin igual y qué de nuestro amor naciste tú. ¿Crees que estas cartas son para mí? Yo sí tuve un esposo, Nicole. Poco tiempo pero lo tuve.

—¿Eres feliz?

—Por supuesto que lo soy, hija. —Se sentó en mi cama y puso la carta roja sobre su regazo. —Estas cartas no son para que sientas que tu padre sigue con nosotras, son para que sepas que lamenta no haber podido estar contigo en esos momentos, son para que veas que no te dejó por gusto. Escribirlas fue ambas, lo más difícil que hizo en su vida y lo único que le daba sentido al final.

Levanté la mirada, jamás había visto aquel tipo de cartas. El sobre decía solamente "*Helena*" y era una carta roja, no como las mías.

—Estas cartas... Son la manera de tu padre de hacerte saber que lamenta no estar contigo, de ayudarte aun después de que no está. Son su manera de decir *te amo*. No era perfecto, pero para mí era el más perfecto de los hombres imperfectos. Sus últimos meses los pasó escribiéndote y jugando contigo. Me encantaba que de verdad se interesaba por lo que querías decir, he visto tantas personas hablar con niños sin interesarle realmente lo que dicen,

tu padre se agachaba y te miraba a los ojos, te preguntaba cosas y se entretenía con tus escasas palabras. Incluso cuando la mitad de su tiempo la pasaba en un baño vomitando o llorando en el balcón... No dejó de escribirte y le mataba no poder sostenerte en sus brazos... —Se limpió las lágrimas. —Esta carta me la dejó a mí y creo que sería bueno que la leyeras para que puedas tomar una decisión.

Helena: Me hubiera encantado poder vivir esta aventura a tu lado, poder ver crecer a nuestra hija. No creo haberme ganado el derecho de llamarla mía, pues padre es sólo quien está presente en vida... Así que a tu hija.

Las cartas son mi último intento para ser un padre. Lo que más temo es que Nicole no me recuerde, una voz dentro de mí me dice que hacer estas cartas es privarlas a ambas de que me olviden, privarlas de seguir adelante, qué es una mala idea, qué debería simplemente morir y dejar que me olviden, tal vez así serían más felices. La otra voz dentro de mí ser, no sé si es mi romanticismo o mi locura, me insita a escribirles y dice que nuestro amor es eterno.

Dejó en ti todo lo que logré salvar del alma que el cáncer estaba devorando, dejó en ti la decisión de entregar estas cartas a tu hija. Si crees que es una mala idea y Nicole sufrirá más por ello que hacerse a la idea de que su padre a muerto, quémalas, no las leas, mi amor. Te hará daño y tienes que ser fuerte, por nuestra hija. Ahí voy de nuevo a llamarle nuestra cuando no estaré presente, aun cuando cambiaría cualquier cosa por estar con ustedes un día, un mes, una vida. Mi Nicole, cuánto la amo y lamento de verdad tener un cuerpo defectuoso, no lo odio porque fue este envoltorio de carne el que me dio la posibilidad de conocerlas a ambas, de verte a ti, mi dulce Helena y besarte.

La decisión es tuya, amor mío, cuida de Nicole, cuida de ti y de ser necesario para que sean felices, olviden que existí, olviden que morí. Más nunca olviden que les escribí.

Christopher

Exhalé con sollozos entrecortados. Aspiré mis tristezas; las lágrimas se amontonaron desde que abrí el sobre y al fin deslizaron por mis mejillas.

—No puedo, mamá. —Inhalé con fuerza y escuché el llanto atascado en

mi nariz. —No quiero recibir más sus cartas. Perdón. —Me acerqué y la abracé, apachurrando los cachetes contra su pecho. —Perdóname, no puedo, q-que... Quémalas. Quémalas todas, mamá. Cada letra, cada hoja. Cada trazo de tinta.

...

El tiempo pasó y fue hasta mi cumpleaños cuando miré el florero donde colocaba el girasol que mi padre solía enviarme. Ese año permaneció vacío como un hoyo en el pecho y el estómago. Meneé la cabeza para deshacerme de los malos sentimientos. Mamá abrió la puerta y comenzó a cantar como todos los años, exactamente igual, a una temprana hora antes de que el sol se levantara. En sus manos sólo había un regalo envuelto y aquel hoyo en mi pecho se convirtió en un abismo.

Debía dejarlo ir. Se había ido hace tanto tiempo y aun así lo sentía tan presente.

Agradecí a mi madre el regalo que dejé en la cama y me levanté para abrir las cortinas del cuarto.

—¿Quieres ir al campo de girasoles o prefieres hacer otra cosa este año?

Ir a ese lugar se había convertido en un ritual de cada cumpleaños desde que era pequeña. Miré hacia la casa que la familia de Timy abandonó. Admiré las puertas agrietadas, sus paredes percutidas, los cristales en empolvados, el pasto amarillento y un letrero de madera con las palabras “Se vende” en letras rojas y profundas.

Si de verdad quería dejar ir a mi padre tenía que eliminar todas las cosas embrujadas por su presencia. —Quedémonos en casa. —cerré la ventana y dejé al viento seguir su camino.

Así intenté seguir con mi vida, dejando atrás al fantasma de mi padre. Al terminar mis estudios en el colegio decidí adentrarme en la medicina. Si no podría tener un padre intentaría que los demás no los perdieran. La enigmática enfermedad, el misterio de la muerte súbita atribuida a los narcóticos y a la radiación. Cualquier buen doctor *recomienda* alejarse del tabaco, del alcohol, de los largos momentos bajo el sol, utilizar bloqueador incluso al ver televisión y al trabajar enfrente de un monitor. No importa cuánto se cuide un hombre, cuantos tragos negó en su vida, cuántos cigarrillos dejó a medio fumar, cuántas botellas de bloqueador tiró a la basura cuando al apretarlas solo exhalaban aire y gotas blancas, cuántas indicaciones leyó y releyó buscando la palabra *orgánico* o sin grasas saturadas, cuántas veces decidió saltarse el postre, cuántas veces prefirió mantenerse sano y sin embargo un

buen día podrá despertar con cáncer. Se propagará como tinta en un papel, la oscuridad cubriendo el alba, el toque podrido de Tánatos, la mirada de la mujer de Lot. Irrumpirá en el cuerpo como un agente de la muerte que seduce a cerrar los ojos y suspirar el alma.

A pesar de todos mis intentos; cuando una ventisca me abrazaba lo sentía cerca, cuando alguien recitaba un poema imaginaba su voz, cuando iba a dormir pensaba en él y me preguntaba si realmente me estaría viendo desde algún prado celestial.

SEGUNDA PARTE

13 Nicole

Pump-Pump Pump-Pump

Me quité el estetoscopio.

—Se encuentra muy bien, señor Bernardo. Me preocupan un poco sus niveles de colesterol. Lo voy a tener que poner a dieta. No ingiera lácteos, carnes rojas, huevos y tenga cuidado con el azúcar por lo menos hasta que vuelva a venir. Hable con Bianca antes de irse y agende una cita en tres semanas. Le regreso sus estudios. Bonito día.

—Gracias, Dra. Nicole. Es una jovencita muy dulce.

El señor Bernardo, un hombre de edad avanzada, humedeció sus labios con ayuda de la punta de su lengua y, recargando su peso en un bastón, salió a paso lento del consultorio.

Dejé el estetoscopio a un lado, cerré el biombo y me recosté en la mesa de exploración. Levanté la manga de mi bata y vi la hora en el reloj que colgaba de mi muñeca: 3:25.

Estaba atosigada, llevaba desde las siete de la mañana con pacientes y no había tenido tiempo de descansar. Fui al escritorio y descolgué el teléfono.

—¿Bianca?

—¿En qué le puedo ayudar, doctora? —recitó la voz dulce de mi asistente del otro lado de la bocina.

—¿La doctora Sara se encuentra con algún paciente?

—No, doctora. Su cita de las 2:30 canceló.

Colgué el teléfono y acomodé el cuello de la bata y la arremangué. Salí de mi consultorio a una de las salas de espera en la torre 3 del Hospital Hipócrates Amentí. Tomé un gran respiro: café y desinfectante. ¿O era ese olor despedido por los cubre bocas? No lo sabía, pero algo en los pasillos me llenaba de calma y protección. El aroma de la medicina relajaba y adormecía el malestar en mi pecho.

Afuera de mi consultorio, había una mesa de madera y un tresillo morado con puntos azules, vacío. ¡Qué gusto! A un lado de mi consultorio, sentada frente a una mesa entre dos puertas, estaba Bianca. Su cabello caía hasta sus hombros, de su boca recién pintada de purpura relucía una dentadura blanca. Sus anteojos, triangulares semejantes a los ojos de una araña, sobresalían

detrás de una pila inmensa de hojas y folders crema. Cuatro teléfonos y una computadora antigua la tenían acorralada en su asiento.

Siempre me extrañó la manera de comunicarme con Bianca, estaba justo afuera de la puerta y por algún motivo sentía necesario hablar por intercomunicador cuando podría abrir la puerta y decirle cualquier cosa.

Al salir, la saludé. Ella alzó el rostro y, sin dejar de teclear, dijo:

—Doctora.

Me acerqué al consultorio contiguo, en la puerta relucía una placa dorada que leía:

Dra. Sara O'Carroll.
Dermatología y Dermatología Pediátrica.

Toqué y abrí sin esperar una respuesta.

—¿Comemos?

La doctora Sara O'Carroll se encontraba empujada frente a su computadora. Detrás de ella había un ventanal con vista a la zona comercial de Amenti. Su escritorio y paredes estaban atiborrados de búhos traídos de cada lugar nuevo que visitaba. A la derecha había una puerta que daba a un cuarto: en medio tenía una silla de exploración y pegado a la pared un gabinete médico y una vitrina con ungüentos y fármacos.

—Sí, sí, sí. Dame un segundito.

La pantalla se reflejaba en sus lentes delgados y cuadrados, su cabello rojo era una mezcla de cansancio y hartazgo resaltando sus mejillas sonrojadas y el lunar en su cachete. Como siempre, Sara cuando estaba concentrada mordía el lado derecho de su labio inferior, recién pintado de carmín.

Clic, clic

—Ya está. — Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Tomó una pinza para cabello de un cajón y formó un peinado semi-recogido. En un segundo, cambió por completo. De ser un caos en el escritorio, al llegar a la entrada de su consultorio parecía que apenas llegaba al trabajo.

Sara se quitó la bata y la colgó detrás de la puerta. Subió su falda tubo a la cadera, alisó el estampado azul floreado y acomodó la abertura delantera dejando ver un poco más de sus piernas.

—¿Cómo está tu mami? —dijo momentos después mientras bajábamos por las escaleras y se ponía su chaqueta.

—Bien, ya sabes, casi no la veo más que fines de semana, cuando llego

ella está saliendo al trabajo y cuando ella regresa yo estoy profundamente dormida. —La empujé con el codo y coquetamente pregunte. —¿Y Bobby?

— ¡Ya ni me digas! Todavía no llega. Le dije que viniera a las cinco en punto a su cita y le pedí a Bianca que no me agendara nada después para quedarme platicando con él un rato. Es tan guapo, Nicole. Me muero por salir con él.

—¿Por eso el *amplio* escote?

Sonrojada, se mordió el labio.

—Oye... Déjame, es la primera fase de mi plan: *el deseo*. Es importante, ¿sabes? Para tu información, mis padres llevan casados 32 años y mi papá sigue viéndole el trasero a mí mamá... y ella sigue agachándose sin razón alguna.

—Sara, cállate. Me perturba que hables así de tus padres.

—No me malentiendas, no lo digo de forma vulgar, ¿sabes? Y no busco un hombre que se la pase viéndome las nalgas, ni quiero que *esa* sea la razón por la que está conmigo, pero que se sigan deseándose después de tantos años es algo... dulce.

—¿Crees que Bobby será así? ¿Amor a primera vista?

—Quién sabe... pero si no me arriesgo, jamás lo sabré. Hay algo extraño en él. Digo, además de que está buenísimo y es muy simpático y se viste muy bien, pero intento coquetearle y parece que no entiende las indirectas, ¿sabes?

—Estoy segura de que no podrá pasar por alto el escote. “*Oye Bobby necesito que te recuestes. ¡Ups! Disculpa que mi blusa esté taaan desabotonada, es que hace demasiado calor en mi consultorio con aire acondicionado.*”

—Déjame. Tú no puedes decir nada. ¿O ya hay algún hombre en tu vida del que Elizabeth y yo no estemos enteradas? Te vas a volver a hacer virgen, Nicole.

—¡Sara! Para nada, llego a casa muerta. Los fines de semana estoy con mi mamá y los viernes en la noche mis chicas toman todo mi tiempo.

—Hablando de... es viernes de Rock n’ Roll en la Tabernilla. Di que sí, Nicole. Vamos. Planeo invitar a Bobby. Es la oportunidad para que vea a la Sara divertida, la que no te checa las verrugas, si tus lunares son melanomas o si su tatuaje del cuello se te infectó... le puedo decir que lleve algún amigo. —dijo guillándome un ojo.

Había cansancio en mi miraba.

—¿Por qué te gusta arruinar nuestra noche? Odio tener que quedarme con

algún amigo extraño de tus novios, Sara. ¿No podemos ser sólo nosotras? ¿Qué tienen de malo? Siempre es lo mismo: te vas bailar y me dejas ahí con un tipo que no conozco y como no voy a platicar con él dirá: *Aaaaaaaaaa voy a ver algo, es que creo que vi a un amigo.*

—Pero esta vez sí va a ir Elizabeth. Anda, Nicole, en poco tiempo me vas a abandonar.

—Cállate, Sara. La especialidad dura solo tres años y es a menos de cuatros horas de distancia en tren, no me voy del otro lado del mundo.

— Pero los trenes me marean.

—Además, voy a regresar y mi consultorio seguirá exactamente en donde está, justo a un lado del tuyo.

—Te voy a extrañar.

Sara dejó escapar un grito de felicidad cuando acepte ir con ellas.

Esa noche llegué a casa y me detuve en la entrada. Miré en dirección a donde *él* solía vivir hace once años, ahora vivía una pareja anciana y lo que en algún momento fue un hogar descuidado ahora era todo lo contrario.

Pasaron diez años y nunca supe nada de él. Con el tiempo nuestro amor otoñal se volvió como un mito, una historia más de las tantas que veía en blanco y negro junto a mi mamá los sábados en la noche. No había pensado en él desde mi entrada a la carrera. *¿Por qué ese día?* Ni siquiera pude gritarle por haberme ignorado tanto tiempo y olvidarme sin ningún problema. Me lo imagino en Irlanda, en un barco o en un bar de madera sosteniendo una cerveza y cantando.

Entré a la casa y Astruz caminó hasta mí, entre los dientes traía un fruto recién caída del peral en el patio de atrás. El pastor inglés dejó la fruta a un lado, se sentó, dejó caer el cuerpo y levantó las patas esperando le rascara la panza.

El jugueteón Astruz. Lo encontramos en la calle dentro de una caja, envuelto una cobija junto a una bolsa de comida hace tres años. Desde ese momento se volvió parte de nuestra pequeña familia.

Esa era mi vida. Empecé a trabajar una semana después de salir de estudiar, en un consultorio que me regalaron mi mamá y mi tío. Me levantaba a las cinco de la mañana, salía correr, regresaba, me bañaba y arreglaba, le daba de desayunar a Astruz, salía al trabajo con un termo lleno de café en la mano, el semáforo de la avenida principal me tocaba en rojo, manejaba exactamente 35 minutos para llegar al hospital, en la entrada el policía me saludo, bajaba la cabeza y decía: *Doctora.* Subía nueve pisos, saludaba a

Bianca y ella respondía con el mismo: *Doctora*. Recibía a mis pacientes, de vez en cuando comía algo a la una de la tarde y a las 3:30 bajaba con Sara los nueve pisos del hospital, comíamos en la cafetería y después subíamos nuevamente los nueve pisos. Saludábamos a Bianca quien respondía: *Doctoras*. Entraba en mi consultorio y si tenía citas programadas continuaba en el hospital hasta las siete u ocho de la noche. Bajaba nuevamente los nueve pisos, entraba a mi carro, el policía de la entrada sonreía y decía: *Doctora*. Manejaba 39 minutos hasta llegar a casa, entraba, Astruz me saludaba, a veces estaba mi mamá, a veces encontraba una cena preparada en la cocina. Subía a mi cuarto, me arreglaba para dormir, me tiraba en la cama, cerraba los ojos y dormía profundamente hasta despertar con el chillido de alarma a las cinco de la mañana.

Esa noche saqué de mis cajones una fotografía antigua: un niño reía y una niña se sentía casi completa. Miré hacia mi ventana. Todavía veía los orificios de los clavos que usé para comunicarme con él mediante la cubeta. Habíamos pasado un gran otoño. Seguía sin entender cuál era la diferencia entre Timy y los demás chicos de mi pasado. No tardé mucho en darme cuenta: *el amor no era para mí*. Todo siempre salía igual, hermosos primeros meses, desastrosos los últimos. ¿Cuál era el sentido? Perdía más conocidos con cada ruptura. Ver esa foto me hacía sentir nostálgica, no de él, de la época. Todo ese otoño cambió mi vida. No vale la pena enterrarse en recuerdos. Dejé la foto en el cajón y lo cerré.

La noche del viernes llegó. La ciudad de Amenti despierta. El tráfico aumentó. En las calles se veía gente disfrutar el inicio de fin de semana.

Sara salió contenta de su consultorio.

—Ya ni te dije. Bobby sí va a ir. Me dijo que va a llevar a *unos amigos* y que tú y Liz tengan cuidado con Alexander, es medio coqueto. Pero tú, Nicole. Tú no tengas cuidado. —agregó guiñando un ojo.

Llegamos a la Tabernilla, un bar al aire libre. Eran las once de la noche. Una banda tocaba en la tarima al fondo, con un juego de luces rojas y verdes detrás alumbrando los instrumentos y al cantante. Delante del escenario había un mar de gente bailando, todos vestidos con chamarras de cuero y jeans entubados o faldas largas.

Enfrente de la pista había periqueras de madera. El espacio estaba cubierto con cadenas de focos colgadas de extremo a extremo. Al fondo se encontraba la barra del bar. En medio de las mesas se alzaban, como una serpiente de hierro, unas escaleras de caracol hasta un tapanco. En el piso de

arriba era el restaurante donde Sara, Liz y yo solíamos sentarnos para juzgar a los bailarines disfrazados. Esta noche ocupamos un lugar frente a la pista y esperamos a Bobby.

Sara nos esperó sentada frente a la periquera y Liz y yo nos acercamos a la barra entre los hombros de desconocidos apretujándose alrededor. Liz, con un suéter rojo y unos *leggings*, llegó a la barra de madera y entre el bullicio gritó:

—¿Qué te pido, Nicky?

—Ron —igual que siempre.

El mesero trajo un dudoso plato hondo repleto de botana el cual agradecí.

—No puedo seguir con esto, estoy muerta, güey. —Liz restregó la cara contra la mesa. —Mi director creativo es un asco. ¡Un asco dije!

—Eso piensa todo el mundo, ¿sabes? —Sara respondió levantando la voz y acercándose al centro de la mesa para hacerse escuchar entre la música, los gritos y las risas.

—Voy a contratar un asesino a sueldo. Es la única manera. ¿Alguna de ustedes sabe desaparecer un cuerpo?

—Pobre, Liz. —dije a modo de burla.

—Para ustedes es distinto. Ambas tienen sus consultorios, ven a sus pacientes cuando se les da la gana. ¡Son su propio jefe! Yo tengo que lidiar con el mío culpándome por todo lo que sale mal en la agencia. Lo odio.

—Para ser sinceras, eres culpable de casi todo lo que sale mal.

—Real supéralo, Nicky. Apenas estaba empezando a trabajar en el corporativo.

—Y casi lo llevas a la quiebra.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuenta? —Sara hizo a un lado el tarro cubierto de hielo y escarchado con sal y se empinó la botella de cerveza oscura.

—Le pidieron que mandara a imprimir cuatro posters de diez metros. Imagina la sorpresa de su jefe cuando llegaron cuatrocientos.

Sara intentó reír, pero en vez del sonido usual, su boca se mantuvo cerrada y de su nariz expulsó un chorro de cerveza que roció mi cara.

—¡Güey! —gritó Liz tapando una de las muchas bebidas exóticas que le gustaba pedir.

Yo permanecí inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo la mano de Sara limpiar mi rostro con una servilleta.

—¡Nicky! Era un secreto. —Liz deletreó la última palabra y me clavó una mirada palpitante.

—No pasa nada, Elizabeth. —dijo Sara secándose el cuello. El papel se humedeció con las gotas de levadura. —Todos nos equivocamos, además, — Me pasó una servilleta para secarme el pecho. —realmente no importa qué suceda, ni en qué nos equivoquemos, al final nada importa en esta vida.

—Sara ya va a empezar con sus pláticas. Necesito al menos otro ron para tener esta clase de conversación con ella, ¿quieren algo? —Me bebí la cuba de un solo trago y me levanté de la perquera con un salto.

Me mezclé con la multitud y me acerqué a la barra. Cuando me entregaron el trago y mi mano tocó el cristal, me fijé en la cicatriz hecha por el rayo hace diez años. Es curioso cómo a veces dejamos de ver algo que siempre está ahí y un día toma nuestra atención y nos regresa al pasado como una magdalena remojada en té, a un mundo anterior donde el alma parece casi eterna. El color de los parques, el manubrio de la bicicleta, el aire en el ápice de la nariz, el sonido de la hojarasca bajo pies descalzos, el sol escondiéndose detrás de una ciudad maldita.

Regresé a la mesa cuando uno de los meseros terminaba de limpiar el tablero de la perquera. Tomé impulso para subir a mi silla y escuché a Sara gritar:

—Pero ¿qué es? ¿En que afecta nuestras vidas? ¿Sabes? Sartre tiene una frase que dice: *Nacemos por azar, vivimos por inercia y morimos por accidente.*

—Sara, no te voy a mentir, güey, no soy nada leída en existencialismo. Digo la verdad he mantenido una relación de amor, súper secreta, con Sartre, tan secreta que ni él ni yo sabemos que existe; pero para mí la vida tiene un sentido, un significado más profundo que no alcanzamos a entender y se siente casi divino. Es muy sencillo. Podemos hacer tanto cosas miserables como hermosas. Existe el bien y existe el mal. Todo pasa por una razón y todos vamos a algún lugar. —Liz cruzó los brazos y se recargó en el respaldo de su asiento.

—No lo creo, Elizabeth. Es más, podría apostarte a que a la mayoría, ya ni siquiera le interesa buscar una razón por la que existimos, simplemente lo hacemos, ¿sabes? Y si no existe una razón para existir, sólo nos queda una cosa por hacer... pasarla bien antes de morir. —Sara alzó los hombros con indiferencia.

—¡Sara! Qué triste forma de ver el mundo. ¿De verdad crees que vivimos en un mundo de hedonistas y nihilistas? —Tanteé en mi bolsa en busca de un cigarro.

—Creo una cuarta parte del mundo es hedonista y otra cuarta nihilista, el resto solamente se miente a sí mismo. ¿Nicole, me vas a decir que tú crees que vivimos en un mundo determinista en donde la libertad no existe?

Liz, de manera apurada y a punto de ahogarse, pasó el trago de alcohol que recién había tomado:

—Yo sí creo en el libre albedrío, Sara. —Tosió un par de veces. —Y creo en... la vida, pero también creo que las cosas pasan por una razón. Somos especiales de alguna manera, nuestras vidas nos deben estar llevando a algún punto. Dudo mucho que estemos nosotras tres, aquí, en este preciso lugar, a esta justa hora, por azar. Creo que somos más que carne y sangre, debe existir algo, no sé si sea un destino o qué sea, pero, güey, hay algo. Mira el pasado, todo lo que ha sucedido para traerte a este lugar, justo con nosotras.

Sara se quitó las gafas y me las dio para guardarlas en mi bolsa mientras yo buscaba mi cigarro.

Sara nunca salía con bolsa, cada viernes me daba su cartera, que contenía: una fotografía de sus padres abrazados frente a la torre de Pisa y una de su hermano menor, quien falleció cuando eran pequeños, él estaba enfrente de una escuela con una lonchera azul y mostrando la dentadura chimuela. Sara nunca cargaba dinero en efectivo, fuera de los dos recuerdos de su vida, solamente había una tarjeta de crédito desgastada.

—Yo creo en las casualidades. —Sara se quitó la chaqueta. —Creo en la *verdadera* libertad. —La colgó en el respaldo. —Creo que para cada acción hay una reacción. Claro, las variables siempre serán aleatorias y nunca podremos saber qué nos espera en el futuro, porque lo único que puede afectar el futuro es el presente, pero nosotros no podemos controlar el presente, sólo podemos tomarnos un trago con amigas, ir al cine o dormir un poco más temprano para despertar al día siguiente menos cansadas y existir un día más, y uno más y unos más. —Bajó un poco su blusa y desabotonó el primer botón, su mirada no era triste, estaba... Rota. —El presente siempre parece determinado cuando se conoce el pasado por eso el asesino del destino es la creación de un futuro. Además, eres una publicista, Elizabeth. Dedicas tu vida a crear esos *significados profundos* que llamas destino.

—¿Sara, de verdad no crees que tengamos un destino? ¿Un alma? ¿Qué nuestra existencia tiene una razón? ¿Crees que la vida acaba aquí? —encontré mi cigarro al fondo de la bolsa y lo acerqué a mis labios.

Liz me lo arrebató de los dedos, lo dejó en la mesa y me miró con reproche.

—Claro que hay una razón, ¿sabes? Somos producto de una serie de casualidades que nos trajeron aquí, esa es *la razón*. Evolucionamos hasta el punto donde podemos preguntarnos respecto a nuestra propia existencia y salir y tomarnos un alcohol sin tener temor a que una bestia nos devore a la mitad del bosque. Nicole, tú deberías apoyarme, entiendo que Elizabeth crea eso porque es sumamente religiosa, pero tu científico favorito es Galileo y él decía que la misma religión está en contra del progreso científico. El creer en un destino nos aleja de la evolución científica y social. ¿Qué es la religión si no la fantasía de un destino?

—Es muy distinto el destino que la religión. —dijo Liz. —La ciencia y la religión no son excluyentes. El estudio del cosmos bien podría ser el estudio de las leyes con las que Dios creo el universo. Saber cómo funciona algo no debería quitarle lo majestuoso. Además, cabe la posibilidad de que todas esas *casualidades*: que la tierra se encuentre en el lugar perfecto, con las características exactas y que en ella surgiera el humano. ¿No crees que todas esas variables podrían tener un sentido profundo, más allá del ser meras *casualidades*?

Tomé el cigarro de la mesa y lo acerqué a mis labios.

—No sé, Liz. Sara tiene razón. El pensar en que somos más que una casualidad resulta convencional para una especie que logró desarrollarse. Nos hacemos estas preguntas, no porque sean preguntas que determinan nuestra existencia si no porque somos la única casualidad que puede hacérselas. Tal vez... Realmente no existe el alma.

—¿Nicky, de qué lado estás? —Liz agregó riendo y me robó el cigarro de la mano nuevamente.

—No es de lados.

—¿Ahora crees que no importa nada de lo que hagamos porque de todas formas vamos a morir?

—Sólo creo —Le arrebaté el cigarro —que está muy fundamentado el hecho de que nuestra existencia puede ser una mera casualidad y que el destino sea sólo una fantasía. —tomé el encendedor y prendí el tabaco.

Sara se levantó, se acercó a nosotras y puso sus manos en nuestros hombros.

—Chicas lamento dejarlas, pero ya llego Bobby y mi existencialismo hedonista puede esperar.

Liz tomó de un trago el resto de su bebida rosada:

—Güey, que horror, empiezas tus discusiones y te vas cuando llega un tipo.

Miramos hacia la puerta. Bobby era muy bien parecido, de unos 34 años, moreno y delgado con una barbilla fina. Estaba rapado solamente de los lados; arriba su cabello brillaba. Usaba un chaleco de rayas sobre una camisa roja desfajada y un pantalón de vestir opaco; se vería muy elegante de no ser porque en su cuello había una gasa cubriendo un tatuaje infectado. Detrás de él entraron dos hombres más. Uno de ellos rubio y delgado y el otro alto y corpulento.

Sara se levantó emocionada. Cuando la música se silenció, vimos al primer chico tomar a Bobby de la cintura y besarlo.

La mandíbula de Sara golpeó el piso.

La miré con el vaso todavía entre los labios y con un toque malignidad dije:

—Así que realmente no era que *él* no entendiera tus indirectas, sino que *tú* no entendías las suyas.

Sara restregó la cara contra la mesa.

—*Todos nos equivocamos, Sara.* —dijo Liz.

—Al final, *¿qué importa?* —agregué, levanté la mano y grité. —¡Bobby!

Sara levantó la cabeza con una mirada de odio. Bobby saludó de regreso e indicó a sus acompañantes dónde nos encontrábamos.

—¡Hola extrañas! —Bobby se acercó y Sara sonrió con falsedad.

Nos abrazó efusivamente. Liz y yo respondimos al unísono, algo confundidas por tratarnos como si nos conociera de hace años, con un:

—Hola extraño.

Nos presentó a su novio y miró alrededor buscando a su otro acompañante. —Ni idea donde se habrá metido Alex.

Bobby se sentó a platicar con nosotras y la cabellera rubia de su novio se alejó entre la multitud de hombros para llegar a la barra.

Poco tiempo después de la cuarta ronda de bebidas, Bobby y su novio salieron a bailar y dejaron nuestra plática en una pausa eterna. Tenía mucho tiempo que no salíamos con Sara sin alguno de sus galanes y tenía aún más tiempo que yo bailaba en vez de quedarme mirando a la gente alrededor. Después de un par de horas, vi a un chico merodeando de manera sospechosa cerca de nuestra mesa y viendo de reojo nuestras bolsas. Dejé a Liz y a Sara bailando y fui a tomarme un descanso.

Los hielos en mi bebida se habían derretido. El sabor se había diluido y el gas del refresco se desvaneció. Me urgía un buen trago y no quería dejar las bolsas desatendidas. Mis ojos viajaron del trago de Liz, rosa y con un

paraguas de coctel, a la botella de cerveza de Sara. Tomé un trago de cerveza, amargo, y miré alrededor.

Entre la multitud cercana al bar, había una pareja. Una chica de cara redonda y ojos grandes y un chico de rasgos afilados. Ella traía un anillo y el no, ni siquiera tenía la imagen aclarada en la piel de su dedo anular dando a notar que en algún momento hubiera usado uno. Tomó a la mujer de la cintura y ella le besó el cuello. Otro chico llegó con ellos. Se separaron al instante y el nuevo hombre le entregó una bebida a la chica.

Admiré ese momento. Usualmente pensaría que el chico sin el anillo era un amigo de ella y ella le estaba siendo infiel a su esposo. Por lo general las historias no son lo que parecen a simple vista y detalles se esconden a simple vista; es en esas pequeñeces donde se encuentra la verdad de un relato. El anillo de la chica no era de oro y las facciones del chico que trajo el trago y la chica eran similares, parecían hermanos. Mi mirada se detuvo en sus uñas pintadas de rojo.

Mi estómago se entumeció y cerré los ojos. Recordé la camilla y las manos delgadas y frías del cadáver que diseccioné en la universidad. Era una mujer delgada, con el cabello castaño claro y lacio. Era hermosa a pesar su piel amarillenta y manchada. Sus facciones definidas, sus labios delgados. Una nariz respingada y sus uñas, pintadas de rojo. Estaban un poco desgastadas de la parte superior. El bisturí en mi mano temblaba. Parecía estar dormida pero su piel estaba demasiado pegada a los músculos. Había muerto ahogada. Toqué su pecho silencioso.

Una voz grave y extranjera habló detrás de mí y me regresó a la *Tabernilla* de un golpe.

—¿Nicole?

A mis espaldas un hombre de unos 37 o 38 años, alto y robusto, con una mandíbula bien definida y unos dientes blancos relucientes, me saludó. Su camisa abierta dejaba ver un pecho oscuro donde no crecía ni un sólo pelo, traía las mangas arremangadas y la tela pegada a su brazo estaba a punto de ceder. Aun así mi atención fue directo a su nariz, era una nariz grande; gracias a ella sus ojos parecían hundidos y su cara, en vez de verse tosca por los detalles óseos de su rostro, la hacían ver un tanto delicada y fina.

Jamás había visto a este hombre en mi vida y había algo en el que... me molestaba. No sabía si eran sus ojos o si parecía una persona arrogante, pero quería molerlo a palos.

Le pregunté si nos conocíamos. Con una voz suave y una sonrisa escondida

en sus labios respondió que era Alexander Salek, el amigo de Bobby.

—¿Te molesta si te acompaño? —Colocó su saco en el respaldo de una silla y tomó asiento. Su voz parecía viajar de su garganta hasta mis oídos, era un susurro en mis tímpanos.

Le sonreí amablemente aunque prefería estar sola y regresé la mirada a la pareja que examinaba. El intentaría hablarme, yo sería cortante, él lo volvería a intentar, yo seguiría siendo cortante y él inventaría una excusa para desaparecer después de quedarnos en silencio unos minutos.

Su mirada se clavó en mi cicatriz. Un poco cohibida por su mirada, escondí la mano en mi regazo aparentando inocencia.

Apoyó los pies en la base de la mesa, deslizó su silla unos centímetros y posó su mirada penetrante en mí.

—La figura de Lichtenberg. ¿Sobreviviste a un rayo, Nicole? —apretó su labio inferior con la yema de sus dedos índice y pulgar. El sonido de su voz emigraba de su pecho y se quedaba vagando en mi cuerpo con vibraciones.

—No me gusta hablar de eso.

Meneé la cabeza.

Un silencio se extendió hasta que de su bolsillo sacó un paquete de *Lucky Strike* y lo puso frente a mí.

—¿Gustas?

—No fumo, gracias. —Regresé a ver a la pareja.

La mujer le daba vueltas a su anillo. Sus uñas rojas me ocasionaron malestar y pasé el resto de la noche intentando no mirarlas.

La pista de baile se vació lentamente, las mesas se llenaron de propinas, la música se volvió cada vez más antigua. Sara y Liz se acercaron, ambas con las mejillas color carmín y sin zapatos. Bobby y su novio detrás de ellas, ambos igual de colorados.

Pedimos las cuentas y esperamos los carros junto a la caseta del valet parking en la entrada. Me despedí de Bobby y su novio. Miré a Alex, me acerqué y este tomó mi mano y me susurró al oído:

—Espero verte de nuevo, Nicole. Resulta que me gusta el silencio y las heridas del pasado.

14 Nicole

El sol resplandeció en el horizonte y la brisa entró por la ventana de mi consultorio. Era un día tranquilo. Me quité la bata y me recosté en la camilla a leer el primer libro de mi padre como lo hacía cada año al inicio del invierno. Me sumergí en momentos fantásticos escritos por su pluma hace tanto tiempo. A mis 26 años, ya era un poco mayor que él cuando murió, pero su vida había sucedido tan rápido y la mía estaba estancada en un consultorio y todavía a tres años de poder enfocarme en mi pasión: la cardiología.

Un sonsonete me sacó de mi lectura, me acerqué a la bocina del teléfono y contesté.

—Doctora, el señor Alexander Salek vino sin cita. ¿Quiere que le dé una cita o lo paso ahora? —dijo la voz de Bianca.

El nombre resonó en mi mente como un campanario en la lejanía. Me coloqué la bata y la arremangué.

—Dile que pase, Bianca. —Guardé el libro en el fondo de mi bolsa, colgada en el perchero junto al escritorio y el negatoscopio.

Entró el hombre de aquella noche silenciosa, esta vez usaba un sombrero. Habían pasado casi dos semanas desde ese día y su frase, que en el momento me había extrañado, para estos momentos se había desvanecido.

—Adelante.

Alex arremangó su camisa, se quitó el sombrero y extendió su mano para saludarme. La mía se movió para señalar la mesa de exploración. Cerró la mano y la colocó en su bolsillo. Se sentó y dejó un olor a tabaco y frambuesa.

Me subí las mangas y pregunté cuál era el problema.

—Verá, doctora Nicole. Tengo este dolor en el pecho. —respondió en un acento poco usual.

Le indiqué que se desabrochara la camisa y coloqué el estetoscopio en mis oídos. Usualmente antes de colocar la campana en un paciente hacía una vaharada en ella para calentarla y la acercaba con suavidad; esta vez la coloqué fría y sin previo aviso.

Escondió los labios y tembló al toqué del metal helado. Pedí silencio e intenté escuchar el latido de su corazón. El sonido era apenas un murmullo.

—¿Problemas, doctora?

El seseo extranjero de su frase cabalga de su pecho hasta mis oídos. Me llevé el dedo a los labios y lo silencie. Moví el estetoscopio hacia la derecha y escuché un latido lento y un silbido.

Me quité el auricular de las orejas.

—Tienes el corazón...

—A la derecha, lo sé, lo sé. Supongo que uno nunca sabe dónde está realmente el corazón, ¿eh? —Su mirada era extraña. Penetrante. Por un momento me perdí en la profundidad de sus ojos, semejantes a cenotes. En las profundidades escondían secretos y parecían decirlo todo.

—¿Tienes *situs inversus*? —Era mi primer paciente con esta condición.

—No, sólo el corazón, todo lo demás está en orden, doctora. —respondió abrochándose la camisa.

Coloqué mi mano en la cintura y lo encaré:

—Una persona con dextrocardia y un soplo en el corazón debería de tener un cardiópata de cabecera y yo apenas puedo dar consultas en medicina general. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, nuestra primera cita fue silenciosa, ahora la segunda empieza con usted escuchando el palpar de mi corazón.

—Esto no es una cita, Alexander.

—Eres un muro impenetrable. No entiendo. ¿Por qué me rechazas tan rápido?

—Porque conozco a la gente como tú.

—¿Tan transparente soy que de una sola cita con tres palabras me lograste conocer por completo? No pienses que conoces mi corazón, ya te equivocaste una vez.

—Mira, pareces un buen chico, pero yo...

—Entonces conoces a la gente como *yo* pero también soy un buen chico. No. El problema nos soy yo, eres tú, ¿eh? Algo no te deja volverte a enamorar. ¿Un ex novio?

—No. No estoy buscando una pareja, en seis meses me voy a estudiar la especialización en cardiopatía y no tengo ganas de perder el tiempo.

—¿Cómo estas tan segura de que perderás tu tiempo? ¿Eh? Te podría sorprender. Además mírame, tengo una enfermedad cardíaca, estúdiate a mí, seré tu paciente. Si es necesario que me hagas una disección para estudiarme... —Se agarró el pecho con dramatismo —Agarra el bisturí.

—No se trata de eso. —Traté de controlar la risa apunto de escapar de mi boca.

—¿Entonces? —Buscó mi mirada y yo seguía apartándola. —Una hora. No te pido más. Platicamos y si no te agrada cómo te sientes no te volveré a molestar. Llevaré mi corazón enfermo a que lo estudie alguien más.

—Y si no te doy una hora, ¿me seguirás molestando?

—No... Pensé que esto sería algo dulce y te incomodé. Discúlpame. Bueno tú te lo pierdes, puedo ser bastante divertido. Si realmente te estoy molestando con venir aquí y todo esto, me puedo ir, solo... —Se levantó de un salto y miró hacia la puerta. —Hay algo aquí, Nicole. ¿O estoy loco? Digo, no nos conocemos y cruzamos pocas palabras cuando nos vimos, lo sé, lo sé, pero hay algo en ti que... mi pecho se acelera.

—Tal vez sea tu soplo.

—Ya bromeas, no voy tan mal... ¿Lo ves? Mira, no sé qué te habrá dicho Bobby, pero no soy mal tipo, es un exagerado. ¿Además, me puedes culpar por buscar amor? Me parece que todos hacemos nuestra lucha por encontrarlo.

Me quité el estetoscopio.

—No, por favor ¿qué clase de excusa es esa?

—Fui un poco lejos ¿eh? Está bien, por ejemplo ahora, ¿hasta qué punto yo estoy cortejándote y en qué momento te estoy obligando a salir conmigo y rompiendo con lo que está *bien*? Sólo vine porque cuando te vi sentí algo raro, como si mi corazón estuviera en su lugar.

No podía hacerlo, no quería. A pesar de que una voz en mi mente empujándome a hacerlo.

—No puedo, Alexander. Gracias y sí fue dulce que vinieras, pero elegiste la chica incorrecta. Lo siento mucho. —Una voz que nunca escucho.

Hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al pecho haciendo ademán de que su corazón realmente se rompía.

—Entiendo. Pasaron tantos días y no podía dejar de pensar en ti. Eso no me pasaba desde... —Caminó hasta la puerta y giró la perilla. —Adiós, Nicole. No te volveré a molestar. Fueron dos citas increíbles.

La puerta se cerró detrás suyo. Se había despedido con un adiós largo que no refería *nos vemos luego* ni *hasta la próxima vez*.

La sensación se trepó en mi cuerpo. Me sentí malvada y sin saber por qué. No era mala por no querer salir con alguien. ¿O no? No. Malvada no es la palabra correcta; sentí que desaproveché una oportunidad.

Alexander no parecía un chico maleducado. No me había presionado. Era un tanto intenso y realmente no tenía cómo comprobar lo que dijo Bobby cuando fuimos a la *Tabernilla*. No habló con nadie y estuvo sentado a mi lado

en silencio. Era paciente, más grande que yo y no era feo. A decir verdad era algo apuesto. Lo envolvía un aire de extranjero enigmático.

Unos minutos después Sara abrió la puerta con un golpe.

—¡Nicole! ¿Mandaste a volar al pobre de Alex?

Extrañada, le pregunté cómo lo sabía y ella respondió con un dulce:

—¿Quién crees que le dijo dónde estaba tu consultorio y qué tenías una cosa extraña por las enfermedades cardíacas? Lleva dos semanas insistiéndome que le dijera donde trabajas. —Sara se acercó y tomó mi mano.

—¿Nicole? ¿Todo bien? Estás distante, como si algo anduviera realmente muy mal.

—No pasa nada.

—¿Es lo de tu papá? Nunca hablas de él, pero Elizabeth me dijo que por estas fechas lo extrañabas más.

No era solamente eso. Iría a estudiar una especialización a la ciudad vecina y dejaría a mi madre. Estaba sofocada, la vida me estaba decepcionando, no tenía la magia que esperaba. Veía hacia el futuro y no me gustaba a dónde llevan mis pasos: a vivir eternamente con mi madre por no querer dejarla sola o vivir sola porque no quiero estar con nadie. Todos los días era la misma rutina: *Buenos días, doctora. Buenas noches, doctora.* Quería una vida llena de fuegos pirotécnicos o correr por el patio descalza. Andar en bicicleta otra vez. Pensar en el futuro me estremecía. ¿Qué debería de hacer? ¿Ir a estudiar, regresar y volver a mi consultorio, a ver a mis pacientes cuyos corazones se debilitaban por las vidas que llevaban? ¿Y él mío? Si el corazón se desgastaba porque la gente vive, mi corazón debía parecer nuevo. Recién salido de un refrigerador portátil, listo para ser usado y yo no me animaba a trasplantarlo a mi pecho. ¿Para qué? Bien lo había dicho Sara, éramos una mera casualidad. Pensé tendría esta... esta vida repleta de eventos hermosos, de risas, de momentos que cambiarían mi historia. Como en los libros: cada página tenía un sentido, cada palabra estaba ahí por una razón. Las páginas de mi historia parecían llenas de palabras de más, metidas en mi existencia para hacerla menos irreal, para darle un poco más de sentido al simple hecho de revivir el mismo maldito día, una y otra vez, esperando el día en donde estuviera demasiado cansada para realizarlo.

—¡Nicole, tranquila! —Sara me tomó por los hombros. —Necesitas abrirte poco más con la gente, ¿sabes? Deja de guardar tus sentimientos. Tal vez la vida no tenga sentido, pero el punto central es que cada día te debes sentir feliz a pesar de ello. Si no estás disfrutando tu vida, entonces, realmente

sí estás desperdiciándola. Deberías hacer un viajecito sola y olvidarte de todo por un rato. No te digo que vayas y salgas con alguien, ¿sabes? Me refiero a ser feliz, si quieres hacer algo hazlo. Tu mami es feliz, amiga. Se va a sentir sola cuando te mudes, pero ya encontrará ella la manera de seguir, digo, te sacó a ti adelante sola; no la subestimes. Es normal para los padres sentirse así cuando los hijos se van, mi mamá lloró muchísimo cuando me fui a vivir sola a los 18.

Abracé a Sara y le agradecí sus palabras, ella tenía ese don de hacer que cualquier problema se sintiera tonto.

—¿Salimos a comer? No tengo pacientes hasta las cinco y ando picándome el ojo en mi escritorio.

Chequé con Bianca mi horario. Estaba libre hasta las 4:30. Sara entró a su consultorio por su cartera. Dejé el estetoscopio en el escritorio; el metal dejó mi palma humedecida. Un recuadro blanco de papel a la orilla de la mesa tomó mi atención.

Leía:

Alexander Salek
Veterinario/ Biólogo Marino

Seguido de dos números telefónicos y un perro con una curita en la frente. Guardé la tarjeta en mi bolsa y salí de mi consultorio.

15 Nicole

Sara se inclinó intentando encontrar mi mirada detrás del menú.

—¿Ya decidiste si harás un viajecito o algo para desestresarte? —Rascó debajo del lunar en su mejilla.

Alcé el rostro por encima de la carta. Sus uñas pintadas de rojo me alteraron y evité verlas el resto de la comida. Era la pregunta que temía; desde hace una semana, cuando Alexander visitó mi consultorio, Sara me pidió despejar la tarde para ir a un restaurante lujoso en vez de a comer en la cafetería del hospital. Mis ojos regresaron al menú y me hice la pregunta. Estaba a menos de seis meses de irme a estudiar mi especialización, estaría de viaje tres años. No estaba segura de querer estar en soledad por una semana, cuando voy a estar tres años sola en una casa rentada de un lugar donde no conozco nada ni a nadie.

Además, no quería preocuparte de eso en este momento, en mi mente había una sola preocupación. Astruz. En la mañana no necesité llenar su plato con comida porque seguía al tope. La mañana anterior tampoco había sido necesario. Lleva dos días sin comer y...

—¿Nicole? —Las mejillas coloradas de Sara resaltaban bajo sus lentes cuadrados y su cabello rojo semi-recogido.

La mesera se acercó con una bandeja, se arrodilló y colocó dos cafés en nuestra mesa junto a una canasta de panecillos: brests con la nata desbordándose bajo una cobija de azúcar glas y nuez, magdalenas con una crujiente capa ligeramente más tostada que el resto del pan y esponjosos visitadines de almendra amarga cubiertos de azúcar.

—¿Nicole? —repitió Sara, esta vez con un tono mayor.

—No sé, Sara. —Bajé el menú y analicé la canasta atentamente. —No creo que sea buena idea.

—¿Buena idea? Nicole, estuviste a punto de tener un colapso nervioso hace una semana, ¿sabes?

Mi boca se humedeció sólo de mirar la nube de humo despedida por los panecillos. Estaban recién salidos del horno y la tarde era fría. El olor no podía ser más embriagador.

—Quiero aprovechar estar aquí.

—¿Por tu mami?

Acerqué la mano a la canasta y tomé una magdalena.

—Es difícil, llevo con ella tanto tiempo. Siempre hemos sido ella y yo. Los viajes los hacemos juntas y en este momento no puede pedir vacaciones porque las está guardando para ayudarme cuando me mude.

—¿Sigues con miedo de que se quede solita?

Olí la magdalena y sentí un aumento de temperatura en mi paladar. Duró apenas unos segundos antes de que una sensación de inconformidad me atacara.

—No es tanto dejarla sola, porque está esperando a que me vaya para irse con mis tíos al campo de girasoles, pero no sé si es feliz y si la dejo tengo miedo de destruir su corazón. Además creo que va a rentar la casa en cuanto me vaya.

—¿Y qué tiene que la rente? Esta mejor, ¿no?

Miré los hoyuelos en la superficie del pan.

—Esa casa la compró mi papá. Es difícil para ella, la renta por miedo a quedarse sola ahí... todavía prende un cigarrillo a veces y lo deja en el balcón cuando duerme.

—¿Tu papá fumaba mucho?

Estaba ahí sentada con una magdalena deliciosa entre los dedos y mi apetito se había perdido por completo.

—Creo. No lo sé Sara, siento que...

—¿Listas para ordenar? —la mesera se acercó sonriendo.

Noté en Sara las ansias por saber más, nunca le había platicado nada de él, sabía que había fallecido de cáncer cuando yo era pequeña, lo mismo que sabía Liz. Sólo mi familia y yo sabíamos de las cartas y los girasoles.

Después de ordenar, Sara se acercó a mí y con voz emocionada me pidió que siguiera.

Toqué la orilla de la magdalena que había dejado reposando en el plato mientras ordenábamos.

—¡Oh! Nicole, me estas matando, cómetela o déjala, solo cuéntame.

—¿Por qué estás tan ansiosa, Sara?

—Porque, nunca hablas de este tipo de cosas. Yo soy un libro abierto, cuando te conocí te conté que mi hermanito había falleció de muy pequeño y todo lo que eso me hacía sentir, incluso ahora. Pero tú solamente sabes escuchar a los demás. Conozco pocas cosas de tu pasado y me gustaría conocerte mejor, eres mi amiga, ¿sabes?

—Saber en dónde he estado no te hace conocerme, Sara. Conoces mi presente, quien soy, no necesitas saber mi biografía ni mi historial clínico.

—Nicole, soy chismosa. Cuéntame.

La magdalena se había enfriado.

—Mis papás eran novios cuando le detectaron el cáncer, se casaron, vivieron juntos en esa casa y la embarazó... a pesar de que él sabía que no estaría presente y que nos dejaría solas. Dice mi mamá que el dolor no lo dejaba dormir y él salía a fumar al balcón para no despertarla. Desde que tengo memoria prende un cigarro y deja abierta la puerta para que entre el humo. Además murió ahí.

—¿En el balcón?

—¡No! En esa casa.

—Es un poco aterrador. Entonces, todavía lo extraña.

—Según ella era *el amor de su vida*.

—¿Según? ¿Ya no crees en esas cosas?

—Pues, no. Eran muy jóvenes.

—¿Y tú mami nunca ha tenido otro novio?

—No, dice que no lo necesita.

—¿A quién se parece?

—Es diferente, me da miedo que se quede sola, está peleada con casi toda su familia. No querían que se casara con él porque iba a enviudar muy joven y la iba a lastimar mucho. A ella le valió y se casó.

—Amo a tu mami. Creo que no tienes que preocuparte por nada, parece que vive el camino que eligió. —Nos quedamos calladas por un momento y agregó. —¿Y te acuerdas de él?

Tomé la magdalena y le conté a Sara el recuerdo que guardaba de él acostado y yo sobre su pecho junto a mi mamá en su cuarto... —Recuerdo el latido de su corazón.

Un hormigueo en mis cachetes me recordé el pasado. Tomé la magdalena y la acerqué a mis labios. El sabor seco que toda comida tenía se había ido. Vainilla. Remojé mis labios con la punta de mi lengua y limpié las migajas de la orilla de mi boca. Tenía ganas de llorar de felicidad, una capa de sombras se había levantó de mi espalda.

—También recuerdo su sonrisa.

—Qué bonito.

—Sí, a veces parece bueno y no sé si sea de esos recuerdos adquiridos, pero creo que vimos fuegos artificiales.

—Cuando los prohibieron yo tenía como ocho o nueve años, los vi con mi hermano. Nos escapamos al centro para ver la última noche de fuegos artificiales. Fue como tres semanas antes que Rowan enfermara. A veces me pregunto cómo es que las cosas hermosas se vuelven un mito.

•••

La tarjeta de Alexander Salek se quedó en el fondo de mi bolsa, debajo de aparatos electrónicos, maquillaje, mi gafete del hospital, papeles, recibos de restaurantes, bares y farmacias, entre barras comestibles, dulces y otros muchos artículos que encontraban la manera de llegar a mi bolsa y desaparecen por un día por un día o dos.

Era jueves. Cerré el consultorio con llave, la manija hizo un gran *clic*, seguido inmediatamente por la voz monótona de Bianca.

—Hasta mañana, doctora. Solo tiene cita con el señor Bernardo a las 11 y después hasta las 5 tiene más pacientes.

Antes de salir me acomodé una bufanda alrededor del cuello, mis guantes, una sudadera y una gabardina color beige. Las noches eran heladas. Debía estar en el carro con la calefacción prendida y aunque la encendiera antes de salir del estacionamiento y moviera la perilla hasta el tope, tardaba la mitad del camino para que mis dientes dejaran de castañear y mis manos de tiritar.

Durante el camino pensé en Astruz; el pelaje lo recubría por completo, era difícil saber si estaba enflacando. Ni siquiera alcanzábamos a ver sus ojos. Llevaba dos días sin comer, llegando llamaría al veterinario.

Entré a casa, desenvolví la bufanda de mi cuello y la dejé colgar por ambos extremos de mis hombros. Puse la gabardina y el gorro en el barandal de las escaleras y desabroché mi suéter. Dejé las llaves del carro en la mesa frente a la puerta y metí la llave de la casa a la bolsa. Entré a la cocina para mirar junto al fregadero donde estaba el plato de Astruz. La montaña de comida seguía intacta.

La brisa invernal entró por la brecha de la puerta de vidrio, la dejábamos entreabierta para que Astruz pueda salir al jardín. El aire golpeó mi pecho. Me hizo eruirme e instantáneamente me cobijé con el suéter. Me acerqué a la puerta y abrí la cortina. A mitad del jardín, junto a las flores, estaba Astruz acostado.

Deslicé la puerta y lo llamé.

Levantó un poco la cabeza y la dejó caer como si fuera un peso demasiado grande para mi cuello.

—¿Qué pasa, chico? ¿Por qué no has estado comiendo? —Salí y me

arrodillé a su lado, con mi nariz roja cercana a sus ojos.

Su respiración lenta me llevó al pasado. Lo intenté levantar y se quejó. Intenté jalarlo hasta la casa, pero era difícil; entre el pasto y mis guantes apenas pude moverlo un metro y al hacerlo vi su figura marcada en el jardín.

Entré por una sabana y la tendí en el suelo. Mordí la punta de mi dedo, me saqué el guante de un jalón y toqué el cuerpo de Astruz. Introduje mis dedos entre su pelo y sentí sus costillas como si la carne hubiera desaparecido. Me quité el otro guante y lo aventé. Giré a Astruz hasta la sábana y lo jalé hasta la cocina.

Marqué el número del veterinario. Tres veces sonó sin respuesta alguna. Fui directo a mi bolsa y tanteé un gran rato hasta encontrar al fondo lo que buscaba: la tarjeta que no me había tomado la molestia en sacar.

Marqué y la voz de Alexander contestó, su tonó grave y silencioso. Expliqué la situación de manera acelerada. Hurgué de nuevo en mi bolsa y saqué un lápiz y un bonche de papeles cayeron al suelo. Tomé uno, dejando el resto en el piso, y anoté la dirección de Alex al reverso. La punta del lápiz se quebró a la mitad de sus direcciones.

—Espera, espera, espera.

Hurgué de nuevo en la bolsa. La voltéé y entre el libro de mi padre y todo el maquillaje, que lucía como escombros en la mesa, encontré otra pluma y escribí el resto. Saqué a Astruz de la casa. En cuanto solté la sábana la brisa que entraba por el jardín azotó la puerta y dejó dentro mi bolsa tirada y ambas llaves.

—¡Mierda! —miré por la ventana sin saber qué hacer. Mi mamá estaba a la mitad de su noticiero y no iba a poder salirse para venir a abrirme la puerta. Pensé en tomar un taxi. Di un vistazo a la calle.

No podía estar más solitaria.

Marqué nuevamente a Alexander y él se ofreció a venir por nosotros.

Me senté y coloqué la cabeza de Astruz en mi regazo. El aire entumía mi cuerpo. El vaho de mi boca se elevaba y el que el salía de Astruz se desvanecía apenas se despegaba de su hocico. Su pecho se levantaba con esfuerzo. Al acariciarlo, lamió el dorso de mi mano unas cuantas veces. Las luces se reflejaron es su ojos y se quedó dormido.

Pasó media hora. Una camioneta eléctrica pickkup roja dio la vuelta y entró a la calle cerrada. Se estacionó frente a la casa. Alexander bajó y se quitó los guantes. Se hincó frente a mí, puso su palma sobre Astruz y luego en su estómago.

—No parece que se le volteara el estómago, era lo que más me preocupaba. Le pasa mucho a los perros grandes, más que nada labradores, pero sucede en el pastor inglés. ¿Cuántos años tiene? —dijo alzando el labio de Astruz y analizando sus colmillos.

El olor que despedía me envolvió. Crucé los brazos para calentarme y respondí:

—Tres o cuatro. —el aire se sentía frío y una luz azulada iluminaba las calles y las farolas encendidas. La brisa congelaba mis mejillas. Sentí la mano de Alexander en mi pierna cuando levantó la cabeza de Astruz.

Alexander tomó el hocico de Astruz y le quitó el fleco de la mirada. —¿Qué te pasa, chico? —sacó una linterna, la sostuvo con los dientes y apuntó a sus ojos. —Está muy hinchado del estómago. —farfulló al quitar la lámpara.

Se puso los guantes y dijo que necesitaba verlo en la veterinaria para analizarlo y saber si era necesario operar. Lo subimos envuelto en mantas a la camioneta de Alexander y nos fuimos. El camino fue silencioso.

Bajó la tapa de la caja de la cajuela, abrió las puertas del consultorio y cargó a Astruz entró a la veterinaria. Cerré la puerta detrás de mí y abracé mis brazos.

Las paredes amarillas de la sala de espera estaban tapizadas por posters del cuerpo de distintos animales y carteles del cuidado de la tierra; en medio de los sillones había una mesa con revistas de National Geographic.

Caminé alrededor intentando calentarme y dejar de titiritar. Había un escritorio vacío con un teléfono, una computadora y cuatro agendas. Arriba colgaba un reloj. En vez de números tenía un perro Golden haciendo distintas actividades y por manecillas tenía dos huesos caricaturescos. Junto a la recepción había un pasillo amplio con cinco puertas y dos cuadros con fotografías de paisajes, una de las cuales me quedé admirando mientras Alexander salía.

El cuadro era de un atardecer en el mar, no había una sola isla alrededor y en medio, cubriendo el sol que bajaba a esconderse, se encontraba una ballena saltando.

Alexander salió. —Trae algo atorado en el estómago. ¿Se sale mucho? —Se quitó los guantes blancos.

—No, sólo cuando lo llevó al pasear.

—Pues algo comió, basura o algo. ¿Eh? Trae hinchado el estómago y ya le está apretando un poco los pulmones. ¿Cuál es su dieta?

—Sólo come croquetas y a veces arroz o pollo.

Alexander me dio unos papeles.

—Hay que operarlo.

Le acaricié la melena.

—¿Y lo puedes hacer ahorita? ¿Eres bueno?

—Soy un buen veterinario, Nicole. —Tomó mi hombro. —Confía en mí. El problema es que me tengo que esperar porque necesito ayuda en la operación y no logro localizar a los otros veterinarios.

—¿Y si te ayudo yo? No... sé nada del cuerpo de los animales pero soy doctora te puedo asistir.

Alexander se cuestionó un poco antes de acceder.

—¿Estás segura? Al final del día tienes cariño por el paciente.

Afirmé con un movimiento de cabeza. Alexander entró a preparar la habitación para operar a Astruz y yo lo seguí. Era lugar amplio y sin ventanas, en medio había una mesa hidráulica para cirugía y en la pared una barra con un lavamanos doble debajo de un espejo largo. En la esquina había dos jaulas vacías. Luces de alto voltaje bordeaban los vértices del techo y tres grandes focos colgaban en medio, justo arriba de Astruz.

Alexander jaló un carrito transportador con el instrumental. Me prestó un atuendo quirúrgico y desinfectó el escalpelo y el separador de Weitlaner. Dejé mi reloj, bufanda y suéter en la barra. Me puse la bata y acomodé mi cabello en un chongo.

Después de lavarnos las manos, Alexander me explicó el procedimiento y los momentos en donde necesitaría mi ayuda. En mi pecho se hizo un nudo.

Nos pusimos los guantes. Alexander inyectó a Astruz una anestesia general. Conectó el lápiz electro quirúrgico y subió su cubre bocas.

Mi corazón vibraba al ver sus ojos enfocados en salvar a Astruz. Las lámparas hacían brillar la gorra de tela de algodón en su cabeza y los instrumentos en sus manos. Cerré los ojos y respiré profundo y mis manos se mantuvieron inmóviles.

Suena extraño, pero mientras la sangre de Astruz manchaba las manos de Alexander, una emoción surgía en mis mejillas y anudaba debajo de mis ojos. El reloj siguió andando, nuestros guantes se tiñeron completamente de carmín.

Salí de la sala de cirugía todavía con la sensación polvorosa del látex en mis manos. Tenía taquicardia y apenas salí de la habitación mis manos comenzaron a temblar. La misma sensación que tuve al salir de mi primera operación.

Me acomodé el reloj y me tumbé en el sillón de la sala de espera cubijada

con mi suéter, lo único que no olvidé en la casa.

—Pues era eso... semillas de durazno, por eso no comía. No las pueden digerir. —Alexander salió de la habitación secándose las manos con una toalla.

—A veces se come la fruta que cae de los árboles del jardín, generalmente las peras.

Nos quedamos en silencio y Alexander clavó la vista en el reloj arriba del escritorio de la secretaria. El par de manecillas en forma de huesos caricaturescos apuntaba a un perro Golden mordiendo una almohada.

—Si quieres te lo puedo llevar por la mañana o puedes venir más tarde por él. Para que no estés aquí toda la noche.

—No tengo ni cómo entrar a mi casa y mi mamá llega tardísimo. ¿Qué hora es?

—Casi las diez. —Se sentó en un sillón enfrente de mí.

La veterinaria hubiera tenido un silencio de película de terror de no ser por el tic tac del reloj y los carros y ambulancias que pasaban por la calle.

Inhalé y tratando de hacer mis sentimientos a un lado murmuré.

—Graashs.

Alexander se quedó extrañado.

Lo repetí, esta vez más claro y lento:

—Gracias por todo lo que has hecho. Disculpa cómo te traté antes.

Alexander alzó la mano para descartar el comentario.

—Vives con tu mamá, ¿eh? —aventó la pregunta pensando que lo alejaría como había estado haciendo.

—Sí, somos ella y yo.

—¿Tú papá?

—Falleció. —respondí y rápidamente agregué. —¿Crees que tarde mucho en despertar Astruz?

Recargó sus codos en las piernas y cruzó los dedos.

—Al menos unas tres o cuatro horas. —Se levantó y fue a un armario junto al escritorio. —Siento mucho lo de tu papá.

—Fue hace mucho.

—De todas formas. Uno nunca deja de extrañar a los que se van... Mi hermana y yo quedamos huérfanos a los 6 años. ¿Quieres un trago? —Su voz se escuchó desde el closet.

Me quedé en silencio. Él salió al poco tiempo con una botella de whiskey en la mano y dos vasos.

—¿Un whiskey?

—Aunque aprecio un buen trago después de una cirugía tengo que decirte: no sabes la confianza que me da un veterinario que tiene una botella de whiskey en su consultorio.

—Obviamente nunca has discutido con un perro a mitad de la noche. — dijo meneando la botella. —Te lo digo, los psicólogos la tienen fácil.

Dejé salir una carcajada.

—De todas formas, si te relaja, no la compré.

—Un veterinario ladrón, entonces. ¿Estás seguro de que Astruz está bien? Se sentó a mi lado, dejó todo en la mesa y abrió la botella de whiskey Clan Macgregor.

—Fue un regalo de una amiga por mi cumpleaños. No tengo como ganar contigo, ¿eh? Pero ya lo entendí, no lo intentaré más.

Se sirvió un whiskey y me señaló el vaso vacío preguntando si en verdad no quería una copa. Había sido un largo día, estaba cansada y... ¿qué es whiskey en jueves?

Sirvió mi trago y chocamos las copas. Al poco rato de silencio le pregunté cuando había sido su cumpleaños.

—Hoy. —Sacó un paquete de Lucky Strike de su bolsillo. Los golpeó un par de veces contra su pierna y me ofreció uno.

Lo felicité y tomé uno de los cigarrillos.

—Pensé que no fumabas.

—Sólo a veces.

De la cajetilla sacó un encendedor plateado de gasolina con un grabado:

“Enférmate de amor”

Acercó la flama a mí y repetí la insignia en voz alta.

Los ojos de Alexander centellaron.

—Me lo regaló mi esposa.

—¿Y tu esposa sabe qué tiendes a ligar en consultorios ajenos?

—Murió hace un par de años, pero seguro no debe haber parado de reír cuando me vio intentarlo. —Su rostro cambió y en su mirada se dibujó una sombra amarga.

—Lo siento, no sabía.

—No te preocupes. ¿Por qué todos decimos eso? *Lo siento.* —Caminó hasta al escritorio y de uno de los cajones sacó un cenicero.

—¿Cómo se conocieron? —En mi mente estaba dando vueltas su última pregunta y resonaba aquel *lo siento* que había escuchado tantas veces.

—Un viaje, investigábamos las manadas de ballenas, era fotógrafa de National Geographic.

—¿El cuadro de ahí es de ella?

—Sí. Era buena.

—¿Y que hace un biólogo marino en una ciudad sin playas?

—Necesitaba un cambio de lugar. Elia... murió en el mar.

Las humaredas formadas por los cigarrillos se entrelazaron en el silencio. Alexander abrió una ventana y el humo escapó.

Apagué mi cigarrillo y tomé de fondo lo último de mi whiskey, el cual quemó mi garganta. Alexander me sirvió un poco más y me preguntó por el nombre de Astruz.

—Es un nombre extraño, se me hace conocido. ¿De dónde salió?

Miré dentro de mi vaso y meneé el contenido.

—Es el nombre de un caballo en uno de los libros de mi padre.

—¿Era escritor?

—Christopher Astiti.

Alexander llevó su mano a su labio inferior.

—Escribía fantasía, claro. Mi tío nos leía sus libros a mi hermana y a mí. ¿Tú escribes?

—No. Nunca me ha atraído escribir. La verdad a veces ni si quiera me gusta tanto leer. ¿Y tus padres?

—Necesito unos cuantos grados más de alcohol en mi sangre para revelarte eso.

Platicamos toda la noche. Mi madre marcó a las 12:00 preguntando como loca en dónde estaba; al parecer no era buena señal haber entrado a la casa y encontrar todo tirado y la puerta del jardín abierta. Le dije que estaba bien, Astruz se encontraba descansando y yo estaba esperando a que despertara, llegaría por la mañana. Eso fue lo más extraño de mis palabras, quería quedarme platicando con Alexander. Era un hombre interesante, había viajado por todos los mares, sabía navegar un barco y hablaba con tanta pasión de los animales.

—Dime, de verdad crees que tu esposa te está viendo desde algún lugar.

—Uno no deja de amar a la gente que se va. Sé que de tener otra relación voy a amar a esa persona pero seguiré amando a Elia, es raro. Tengo esa sensación de que nos volveremos a ver, en algún momento. Demasiada

información, ¿eh? Siento que te he platicado demasiado de mi vida vas tú.

—No, gracias.

—Hagamos algo, dime tus dos más grandes sueños y yo te digo los míos.

—Te vas a reír.

—Si quieres empiezo yo, ¿eh? Publicar en una revista de alto impacto y... siempre he soñado con ir a una fiesta de máscaras.

Lo miré extrañada.

—Lo sé, lo sé. Suena tonto, no sé por qué, simplemente es algo que siempre me ha intrigado. Esas máscaras, los bailes, los colores. El no saber quién está del otro lado, escondiendo toda una vida por una noche. Tú turno.

—Está bien. —Me acomodé en el sofá. —Ser una cardióloga y ver fuegos artificiales.

Poco antes del amanecer y con la botella de whiskey vacía, comenzamos a discutir de la evolución, de medicina, de filosofía, teatro y películas viejas. Mientras platicábamos hubo una conversación que ligó nuestras mentes.

—La insignia de tu encendedor, ¿de verdad crees que el amor es una enfermedad? — dije arrastrando algunas consonantes.

—Claro, mira, desde un punto de vista clínico las enfermedades atacan a un organismo, y cuando se está enamorado uno libera hormonas que afectan tu sistema, estudios comprueban que la gente enamorada tiene mejores defensas, así como es un hecho que el mal de amor hace que se bajen las defensas. Una persona cambia cuando se enamora, el organismo está siendo afectado, te sientes diferente. Además, es contagioso, cuando vez una pareja enamorada, cuando ves una película romántica, también tú te pones en ese estado de búsqueda por ese sentimiento y comienzas a ver todo mucho más... adorable. Afecta todo tu sistema, te hace hacer cosas que no harías normalmente. Yo una vez, con mi primera novia, no te miento, destroce el carro a mi tío. Ni siquiera tenía edad para manejarlo, jamás había manejado, pero quería impresionarla. Eso es algo que no hubiera hecho estando en mi juicio. Espero.

No podía parar de reír.

—Pero las enfermedades afectan en una manera negativa y sí el amor también mejora tu sistema inmunológico cuando se está enamorado, entonces es una medicina, una cura. Pero, ¿una enfermedad?

—Lo es, lo es, aunque tenga puntos positivos y puntos negativos. Genera obsesión, taquicardia, ansiedad, incluso te vuelves más violento. ¿A cuántos no ha matado el amor?

—Eso no lo puedes afirmar, antes la gente se moría de amor, ahora se sabe

que es de cáncer.

—Ahí es en donde te equivocas. Sí hay quienes morían de amor. Se les bajan las defensas, lo que propiciaba que se enfermaran de algo más.

—No me convence eso de que se comporta como una enfermedad. ¿Qué tipo de enfermedad? ¿Sería un virus?

—Romántica.

—El amor tiene tanto características positivas como negativas, ahora que lo pienso ni si quiera podría ser un virus.

—Muchas bacterias ayudan al organismo. Hace poco se publicó en un journal que el cáncer podría ser tratado con virus oncolíticos para matar las células cancerígenas. Que tenga características positivas no le quita las características malas.

El sol comenzó a entrar por la ventana, miré la hora y simplemente supe que no podría llegar a mi cita de las 11. Marqué a Bianca, actuando la mejor voz de enferma y le pedí que recorriera mis citas. Alexander subió a Astruz a la parte trasera de su camioneta y nos llevó a casa.

Cuando nos despedimos en la entrada de mi casa, se dio media vuelta para irse y lo detuve. —Espera, no me dijiste cuánto te debo.

—No te preocupes, así está bien.

—Por favor.

—No lo puedo aceptar, tengo un lado sensible por las chicas que me rechazan más de una vez. Me la pasé muy bien, Nicole. Fue un gran cumpleaños. Cuídate y cualquier cosa que necesite Astruz, márcame.

Me quedé en el marco de la puerta esperando algo, pero caminó hasta su camioneta y se fue. Me mordí el labio. En toda la noche no había hecho ningún comentario respecto a salir. Meneé la cabeza.

En cuanto entré a la casa vi a mi mamá bajando las escaleras, se quedó parada con una mano en la cintura y una ceja alzada.

—¿Y ese?

—Es el veterinario.

—Nuestro veterinario tiene casi 60 años, cabello largo y parece vagabundo.

—No logré localizarlo.

—Estás toda colorada. —Se acercó para saludarme e hizo una cara de asco y se tapó la nariz. —Hija, hiedes a alcohol. ¿Vas a ir a trabajar así?

—No tengo nada agendado hasta la tarde, ma.

—Qué responsable señorita, enfiestándose entre semana. ¿Quieres algo de

desayunar o vas a irte a dormir? —Entrecerró los ojos y me analizó por unos segundos. —Andas muy sonriente. Te gusta el veterinario, ¿o qué?

—Ma... Es un amigo

—Yo no hablaba de éste

—Qué malvada.

—Pero este está guapo, algo grande para ti pero guapo, digo sólo lo vi cuando se iba.

—¡Cállate! Mamá...

—Es broma, hija. Ven te preparo unas crepas. —Caminó a la concina y siguió. —No sé qué te quejas, muchas chicas desearían tener una madre que les preparare el desayuno cuando llegan develadas en la mañana. Solías contarme todo, ahora no me cuentas nada. Al menos dime cómo se llama, ¿cómo te la pasaste? ¿A dónde fuiste?

—Alexander Salek y solamente es el veterinario, estuvimos esperando a que Astruz despertara.

—No dije que fuera otra cosa. ¿Y cómo está?

—Bien es un hombre muy interesante.

—Astruz.

Me senté a la mesa apenas y le conté todo lo que me había dicho Alexander. Me ardían los ojos y traía la boca seca. Habíamos pasado todo la noche platicando. Incluso los momentos silenciosos no se sentían incómodos. Era un hombre leído, tenía una manera peculiar de ver el mundo y un pasado enigmático. Era más grande que yo, pero no imaginaba que hubiera estado casado.

Mamá me sirvió un vaso de zumo de naranja y un plato con una crepas saladas en la mesa. Sus uñas pintadas de rojo me revolviéron el pecho. Alejé su mano de mi cara.

—Ay, perdón se me olvidaba que tu cadáver tenía las uñas pintadas de rojo.

Los primeros bocados me sabían a cenizas, eventualmente el efecto del whiskey fue disminuyendo y mis ojos empezaron a sentirse más cansados. Dormí el resto de la mañana y cuando desperté sin poder creer que la noche anterior hubiera sucedido, se sentía como un recuerdo lejano, un sueño tal vez. El resto de la tarde, antes de salir al consultorio, la pasé viendo una película y pensando en Alexander. ¿Habré estado equivocada en no darle una oportunidad al principio? Pero qué importaba todo ello, estaba a poco tiempo de ir a otra ciudad para estudiar mi especialidad, además era mayor que yo

por más de diez años.

Al llegar al consultorio, la primera pregunta de Sara fue por qué no había ido a mi cita de las 11. Una parte de mí quería contarle a ella y Liz todo; por otra parte no quería hacer un gran brete de todo eso, solamente hablamos en lo que Astruz despertaba.

Al terminar el día, cerré la puerta del consultorio y Sara y yo bajamos las escaleras después del usual:

—Nos vemos el lunes, Doctoras.

—Oye, ¿tú y Liz no prefieren acompañarme al cumpleaños de Alex? Es hoy, me invitó Bobby pero ya teníamos planes, ¿sabes?

Solamente de escuchar su nombre se levantaron mis orejas.

—¿Es su cumpleaños? —Intenté sonar casual.

—Sí. Bueno se supone que fue ayer y lo íbamos a celebrar ayer en la noche, pero tuvo una emergencia y tuvieron que cambiar su festejo. Sé que no te encanta la idea de ver a Alex; así que es tu decisión porque ya te había dicho que íbamos a ir hoy a bailar con Liz a la *Tabernilla*.

—¿Y tú desde cuando ves tanto a Alex?

—No lo veo seguido, salgo con Bobby, es bien lindo. A veces cuando lo veo esta Alex. Si te sientes mejor ya no te tienes que preocupar de nada porque Bobby me dijo que va a llevar a una chica, así que no te va molestar. Entonces... ¿quieres que salgamos nosotras tres o vamos con ellos?

Otra chica. Fue como ver una película antigua, en cuanto escuché esas palabras el color que había adquirido el día se volvió más gris y la monotonía se hizo más visible.

—Vamos con ellos.

16 Nicole

Llegué a mi casa para arreglarme. Quería verme bien, no por Alexander. No podía dejar de pensar en aquella mujer con él. Era la antagonista de las películas, esa de cabello recogido, uñas pintadas de rojo y cigarro largo entre los labios pintados; la de las malas intenciones en la historia.

Realmente no importaba. Solamente estaría un rato porque seguía cansada de los whiskeys de la noche anterior. El lugar donde celebraríamos su cumpleaños se llamaba *El cafecito amargo*. Estaba en la avenida de la vía del tren, muy cerca de la casa en el campo de girasoles, donde me quedaría a dormir con Sara y Liz. El lugar estaba de moda, todos los universitarios y turistas hacían fila para entrar; conseguir una mesa era difícil; pero de acuerdo a Sara, Bobby conocía al dueño.

Me puse un vestido *strapless* anaranjado con un delgado cinturón color café, un collar con un ámbar y un par de pulseras del mismo tono. Me coloqué mouse, me pinté los ojos... La brocha con rubor pasó por mi cachete y con cada movimiento que acariciaba mi piel, mi mente se contradecía.

Partiría a mi especialidad en poco tiempo y probablemente jamás lo volvería a ver. Ni siquiera me atraía. Yo ya no le atraía a él y lo confirmó Sara. Aunque dejó plantados a sus amigos el día de su cumpleaños para ayudarme. Ayudar a Astruz. Es profesional, lo hubiera hecho por cualquiera. De haber querido pude haber estado con él desde... fue a mi consultorio a tratar de cortejarme y fui yo quien le dijo que se fuera porque no vale la pena empezar algo en estos momentos. Es once años mayor. Había una fuerza mayor empujándome a ir esta noche, ¿acaso estaré enferma? ¿Me habrá contagiado de amor?

Regresé a la realidad y noté una gran mancha roja en mi cachete debido al exceso de rubor. Me limpié la mejilla y me volví a aplicar el rubor. Arreglé mi bolsa, tomé una chamarra de mi closet, le di su medicamento a Astruz y salí.

El cafecito amargo, el nombre del lugar no reflejaba el interior. Imaginaba un bar callado, con gente en playera a cuadros y sombreros coloridos, fumando pipas y tomando café en tazas de alfarería o bebidas lujosas con un toque de alguna hierba traída de algún lugar lejano y exótico que en mi paladar

sería insípida.

En cambio era un antro, en cuanto entramos el sonido de la música aumentó hasta ensordecernos. Las luces blancas iluminaban fragmentos de gente bailando entre sudor, brazos levantados con teléfonos, cervezas o simplemente se veía las manos de los que bailaban, bajar y subir en una oleada de movimientos disparejos.

Me moví detrás de Liz para no perdernos, era inservible gritarnos, sólo sabíamos qué decía la otra por la sobre articulación de las palabras. Nos sentamos en una mesa donde Sara y unos hombres de cabello pintado platicaban, Bobby llegó con una bandeja de caballitos de colores brillantes. Entre gritos y risas, la bandeja se terminó. Bobby se levantó al inicio de una canción, tomó el último trago de fondo, gritó al cielo e hizo un baile, un tanto erótico, delante de Sara. Al parecer recién había terminado con su novio y esta noche planeaba no recordar nada.

Por la manera de comportarse de Bobby y Sara era obvio que se habían vuelto íntimos amigos. Bailamos alrededor de la mesa, mis ojos miraban cada diez minutos hacía la puerta y se detenían en la pista de baile intentando reconocer un tipo de peinado específico, cabello corto casi rapado. Cuando una persona caminaba a mis espaldas y me empujaba para pasar, me hacía detenerme y mirar sobre mi hombro en busca de él.

La persona esperada aún no llegaba. Se sentaron con nosotros dos hombres, uno alto y otro pequeño, dos mujeres que a mis ojos compartían más en parentesco con troles a humanos; probablemente eran chicas bien parecidas, pero seguramente una de ellas era la chica con la que salía Alexander.

Me traicionó mi inconsciente, tomé la mano de Sara y le pregunté en dónde estaba Alexander.

—Mira nada más quien está interesada ahora. No sé, le dijo a Bobby que tenía un pequeño retrasillo, pero ya debería haber llegado.

Miré nuevamente a la puerta y ahí estaba, con una alimaña pegada de su brazo. Toda la música y gente de repente cobraron un sentido abrumador.

—¿Estás bien, Nicky? —preguntó Liz.

—Voy a salir a tomar aire. —Necesitaba espacio, alejarme. Caminé entre la multitud y escuché un grito de Alexander. Hice caso omiso, pero estaba más cerca de lo que pensé. Tomó mi hombro y me saludó con gran efusión para después presentarme a Miriam. *Miriam* con su vestido anaranjado como el mío y una sonrisa encantadora. Sus uñas rojas recién pintadas. Rasgos finos, y

toda una periquita. Alexander traía su chamarra y el suéter de ella en el brazo, ambos mojados.

Los saludé con los brazos cruzados traté ser lo menos obvia ante mi disgusto.

—¿Ya te vas? —Las mejillas de Miriam se levantaron sin esconder mal alguno.

Eso espera, seguramente.

—Justo acaba de parar de llover. Te entiendo, te lo juro, soy igual; llega un punto en donde simplemente uno ya no aguanta toda la multitud, así voy a estar en diez minutos, te lo juro. Además es odioso todo el sudor y el olor a humanidad. ¿Nicole? Dijiste ¿no? —corroboró Miriam.

Alexander se limitó a una afirmación moviendo la cabeza.

—Pero, pero no importa al final siempre es divertido venir, qué bueno que te animaste. Sara me ha platicado mucho de ti, claro siempre que lo hace hay un par de cervezas de por medio y después de un par de tragos, se olvida todo, te lo juro. Pero, pero nos dijo que no sabías si vendrías. Me da gusto que lo hicieras, te lo juro. Alexander me platicó...

—Si ¿verdad? Qué gusto haber venido. Te lo juro. —repuse entre dientes, di media vuelta y salí del lugar. Pude sentir las miradas de ambos clavadas en mi espalda y la indignación de *Miriam*.

Por la calle pasaban unos cuantos grupos de universitarios hablando sumamente alto, echando el humo del cigarro al aire al reír, hablando por teléfono o mirando alrededor con los ojos clavados en los pizarrones en la entrada de los bares y antros con las promociones escritas en tiza rosa y azul.

El aire penetró en la tela de mi vestido. Con todo el alboroto no había tomado mi suéter y la corriente, junto con el sudor, me congeló la espalda y el pecho. Aun así no quería regresar. Me senté en el suelo y me quité los zapatos para tocar el piso helado con la punta de mis dedos.

Al poco tiempo alguien puso una chamarra en mis hombros. Alexander se sentó a mi lado, sacó un cigarro y me dio uno.

—Así que no te cayó bien, Miriam. —Dejó salir una gran bocanada de humo.

—¿De qué hablas? Es un amor, te lo juro.

Alexander sonrió, pero no respondió nada.

—Lo siento, estaba un poco estresada por la cantidad de gente. ¿Cuánto tiempo llevan?

—¿Quiénes? ¿Miriam y yo? Miriam es mi hermana.

Su hermana. Maldita Sara.

—No sabía.

—¿Estas celosa, Nicole?

Lo negué todo. Nos quedamos callados un instante, el sonido del humo partiendo eternamente de nuestros labios.

—¿Por qué cancelaste tus planes de cumpleaños? No debiste de haberlo hecho por mí.

—Los hice por Astruz. Además ya te dije... mi corazón nunca está en el lado correcto.

—¿Por qué yo? Eres bien parecido, tienes un buen trabajo, tu acento extranjero. Podrías salir con cualquier chica o chico del lugar.

—¿Qué importa el por qué? Cuándo ha sido lógico el amor, a veces hay que simplemente escuchar al corazón.

Comenzó a chispear y nos levantamos de la acera.

—¿Y tú? ¿Por qué te quedaste esa noche? ¿Te ofrecí llevarte y preferiste quedarte?

Su mirada profunda me hipnotizó.

—Lo hice por Astruz.

—¿Segura?

—No lo sé...

—Sí, lo sabes.

—No, no lo sé.

—Dilo, Nicole.

—¡No! ¡Cállate! No lo sé, quisiera saberlo, sólo no quería irme.

—Es más que eso... debe serlo.

Con cada palabra aumentaba la brisa y la rapidez y el volumen de nuestras voces.

—¡Cállate! No lo es. Solamente fue eso, una noche de pláticas. Eso fue para ti.

—Y de risas, de sueños, anécdotas... de hablar del pasado. Yo no había tenido una plática así en muchos años.

—Fue la noche, nos engañó. —refunfuñé.

—No me gustan las noches. No puedes mirar al cielo, no puedes ver los colibrís volado. Es por las noches cuando uno es más débil; la soledad ama atacar en los momentos de vulnerabilidad. Lo único hermoso que carga la noche es la luna y las estrellas y estoy convencido de que a ellas también las puedes ver en los ojos de algunas personas. Me gusta el día, cuando el sol sale

y alumbra esas miradas.

Me quedé en silencio y al poco tiempo respondí con una voz tenue:

—¿Y qué ves en mi mirada, Alexander Salek?

—La luna, atrapada en una tormenta eléctrica.

—Cállate. No sigas.

—¿A qué le temes, Nicole? ¿Al amor? ¿O a ser amada?

Nos acercamos, tomó mis brazos y yo exclamé en un suspiro. Ni las gotas de lluvia podían cruzar por el espacio entre nosotros.

—A que los girasoles se marchiten.

—Conozco un lugar donde viven para siempre.

—No se puede... Siempre mueren cuando llega el invierno.

—¿Qué guardas en el corazón que te priva de que tu mirada sea un millar de estrellas y no solamente la luna?

—No podemos estar juntos, eres mayor que yo y yo me iré a otra ciudad, y tú estás aquí y aquí te quedarás, ¿para qué iniciar algo que tendrá un final, que al final carecerá de significado y no tendremos más que recuerdos dolorosos?

—La vida son los recuerdos, la memoria de cuánto se ha amado y cuánto se ha sufrido por hacerlo.

—Tus frases no van a hacer que cambie de opinión... por más que lo intentes.

Lo que antes era una pequeña llovizna se convirtió en una tormenta. Alexander me tomó con suavidad de la mano.

—¿Alguna vez te has preguntado qué pasa cuando una fuerza imparable choca contra un objeto inamovible?

—Ambos se destruyen... Alex.

—No. Aun estando equivocada, sigues siendo hermosa. —Se acercó entre las gotas de lluvia a mis labios; mi cuello, traicionero, se acercó a él.

—Detente, Alexander.

Y lo hizo, se detuvo a centímetros de mis labios, su aliento caliente atacaba mi barbilla.

—Hay momentos que definen una historia, Nicole.

Su corazón sonaba como tambores nocturnos de un carnaval prohibido. Mis labios, amantes de lo extraño, se acercaron y gozaron de un beso. Un delicado beso, apenas con la fuerza de las gotas bajando del cielo. Nos miramos, dos noches estrelladas en un mirar pasional. ¿Qué pasa cuando una fuerza imparable se topa con un objeto inamovible? ¿Cuánto tarda un enfermo de amor en morir a manos del fuego quemando su pecho? ¿Qué importa cuánto

dure el amor? Si al final hay amores de papel, de tinta, de viento, de la hojarasca del otoño, amores eternos y amores de whiskey y coincidencias. Otro beso, como el sello de cera al final de una carta de amor antigua.

17 Nicole

La noche cayó en la habitación. Me levantaba en las madrugadas, cubierta por una sábana y con el cabello enmarañado y abría la ventana para dejar a la brisa entrar. Ya me había acostumbrado a la posición de los muebles en el departamento de Alex, a que la puerta del baño chirriaba cuando estaba a punto de cerrarse, a la colección de máscaras colgada en las paredes y a no salir del cuarto cargando el cuerpo a la derecha porque mi meñique chocaba contra la pata de su sillón. Caminaba por la sala a sabiendas del crujir de la segunda, cuarta y sexta maderas del suelo al pisarlas. El cable del teléfono no alcanzaba a dar la vuelta completa a la mesa circular en medio de la sala, un teléfono que Alex se mostraba reacio a dejar atrás por uno inalámbrico.

Sabía que la llave del fregadero estaba invertida y que debía abrir la de etiqueta roja si querías agua fría y azul si la querías caliente, que la flama de la esquina derecha de la estufa era demasiado tenue para hervir agua pero no lo suficientemente fría para quemar el desayuno, que debías jalar una o dos veces la puerta de la entrada para poder abrirla, que la mesa del rincón de la sala estaba desequilibrada, el libro en el buró de Alex podía cambiar de un día para otro o empolvarse durante tres semanas sin avance alguno en su lectura, que no había ningún cenicero en la alcoba pero dos en la cocina, que dejaba su paquete de cigarrillos Lucky Strike a lado de sus llaves en la mesa a la entrada y su encendedor, en cambio, reposaba sobre su libro junto a la cama.

Ahora encontraba dulce el verlo antes de salir, cuando Alex no utilizaba camisas de cuadros o de rayas, poniéndose una bufanda aunque hiciera calor afuera. Cocinaba con cierta pasión y talento innato, siempre a sabiendas de la hierba necesaria para dar un toque especial, esperando el tiempo correcto de cocción y mientras lo hacía trabajaba en algún otra cosa, llevando lo utilizado a la alacena o sacando cosas del refrigerador sin quemar un solo platillo y secaba sus manos cada cinco minutos con un trapo que colgaba de su cintura. Me había encariñado de la loción en la repisa sobre el lavabo, de los dos cepillos dentro de un vaso de cristal nuevo, el cual tuve que reponer cuando rompí el anterior. Soñaba con su mirada cuando se recargaba en la puerta de su carro a esperarme salir del hospital o de mi casa, con la banca enfrente de la estación de trenes donde nos sentábamos a analizar a las personas y

adivinar a donde iban o de dónde venían, ambos con dos helados de limón cubiertos de chocolate.

Los días eran cada vez más cortos y despertaba cada día con el dolor punzante de saber que había un límite en esta historia. A dos semanas y media de despedirnos, no habíamos hablado de qué pasaría cuándo llegara el temido día en donde nos separaríamos. Si intentábamos hablar de ello comenzábamos a besarnos o ninguno se animaba a decir más de dos frases. Sólo dos semanas y media.

Dormí aferrada a su cuerpo y él mantuvo su brazo alrededor de mi cintura como si jamás me quisiera dejar ir. Mi teléfono sonó en la madrugada. Era mi mamá. Su voz exhausta y alterada, dijo:

—Tu abuelo falleció.

Mis labios se secaron, mi pecho ardió. Alex me consoló esa noche. Lloré en sus brazos, me preparó té y me escuchó contar historias antiguas de mi *Opapa*. Era mi único abuelo.

Esa mañana entramos a una sala bordeada con sillas negras, caminamos por un pasillo hasta un cuarto interno donde había un féretro rodeado de más asientos. Mi abuela lloraba a la entrada del velatorio con mi tía a su lado intentando hacerla comer algo. Unos de mis primos platicaba con mi tíos y los otros estaban sentados jugando videojuegos en sus teléfonos y alzando la cara inocente de vez en cuando. Había amigos de mi abuelo, dos hermanos suyos, sobrinos y algunas personas extrañas.

El lugar estaba repleto de flores con nombres y frases usuales como: *lo siento mucho*. Todos alrededor comían galletas y tomaban café al contar las historias que los unían con el cuerpo inerte al que llorábamos. Ojos rojos, cachetes hinchados, cabellos enredados y un olor peculiar, es la descripción de todos quienes lloraban a un viejo que en algún momento fue un niño, en esa vieja funeraria en una calle de Amentí, una mañana despejada y brillante.

—Se ve todo serio, creo que jamás lo vi así. —dijo mi mamá a mis tíos mientras limpiaba la orilla de sus ojos con un pañuelo. —Siempre fue el más lindo conmigo, desde que Christopher me presentó y cuando pasó lo de mi familia... él me aceptó en su casa y veía que no necesitara nada. Nos cuidaba tanto, todas las semanas, sin falta, marcaba para ver si todo estaba bien y si teníamos al menos un resfriado marcaba todos los días para ver cómo seguíamos.

Jamás me había dado cuenta de eso, supongo nunca notamos la belleza de la cotidianidad hasta que se detiene. Mi tío, sentado a un lado de mi mamá, se

mecía en sus talones con la mirada perdida en el suelo. Después de un largo silencio dijo. —Las quería mucho, Helena. —Levantó la mirada, roja al igual que sus cachetes y se limpió las mejillas.

Un hombre conocido se acercó a nosotros. Extendió la mano a mi tío y lo abrazó como lo hace un viejo amigo.

—Lo siento mucho.

—Michael, no era necesario que vinieras.

Abrazó a mi tía, parpadeó tres veces y respondió:

—¿Cómo crees que no iba a venir? Te dije que aunque me mudara estaría contigo en cualquier momento. ¿Ya no te acuerdas?

Entre las palabras y los silencios de la plática, la mirada de Michael se detenía en mi mamá.

—No sabes lo que significa para mí. ¿Tu esposa y tu hijo? —preguntó mi tío.

—Apenas vienen para acá. Linda tenía una junta con los padres de sus alumnos y tomaron el siguiente vuelo. ¿Te acuerdas esa vez que tu papá nos cachó bebiendo ese alcohol barato que tanto nos gustaba?

Los ojos de mi tío se humedecieron, pero brillaron.

—Claro, se nos quedó viendo y meneó la cabeza como si estuviera enojado, salió del cuarto sin decir nada.

Michael lo tomó del hombro, parpadeó tres veces y agregaron al unísono:

—Regresó con una botella de un buen ron y dijo: *No puedo creer que beban esas chingaderas.*

—Gran hombre, tu padre. Voy a darle mi pésame a tu mamá, en seguida regreso. —Miró a mi mamá nuevamente y con una extraña reverencia de su cabeza agregó:

—Es un placer verte, Helena.

Emprendió su camino entre la masa de gente ataviada de negro. No recordaba en dónde lo había conocido, pero lo recordaba de algún lugar. Me levanté por un café y galletas, parece que toda la comida en un velorio esta puesta para no saber a nada, sólo es para quitarte el hambre, para hacerte sentir como si tuvieras control de tu existencia.

En el centro del cuarto interior se encontraba una fila para mirar el cuerpo de mi abuelo, mi abuela reposaba en una esquina con una de sus cuñadas y uno de sus cuñados intentando hacerla reír.

Al terminar el velorio, fuimos a casa de mis abuelos. Los muros de la casa estaban cubiertos por la hiedra desde hace largo tiempo. La naturaleza había

ganado en su lucha contra la pintura y ahora era el distintivo de lo que algún momento fue la casa de mi padre. Esta hiedra continuaba enverdecida a pesar de ser invierno y le daba un tinte fantasioso a la vivienda. Las rejas de enfrente se encontraban envueltas en la naturaleza, dos árboles se erigían frente a los dos ventanales de la fachada, un cerezo y un nogal y una ardilla negra recorrió la barda de piedra hasta llegar a ellos. El camino a la puerta de madera estaba señalado con piedras formando un zigzag.

Mi abuela se mostró reacia a dejarme dormir con Alexander, él tuvo que dormir en el sofá, mis tíos en un cuarto y mi mamá y yo en el cuarto de mi papá.

Su presencia se sentía fresca en las paredes de la habitación. En los cuadros de películas, en los estantes semivacíos, en el par de espadas colgadas y los muebles sin nada sobre ellos más que una lámpara. En un estante había unas figuras de caballeros, princesas, elfos y dragones, todas con una capa de polvo blanco adherida a sus armaduras y vestuarios.

Mi madre entró al cuarto y se quedó un instante parada en el marco de la puerta. Se acercó al librero con paso dudoso y acarició los personajes con la punta de sus dedos, dejando un rastro en los hombros de las princesas y caballeros y en la columna vertebral de los dragones. Tomó una princesa de vestido anaranjado y cabello quebrado y su mirada se perdió en un recuerdo.

—Tuvimos toda una pelea cuando nos mudamos, todo por estas figuras. Quería llevárselas todas a la casa. Yo, por supuesto, le dije que no teníamos lugar donde ponerlas. Luchó y luchó por llevarlas todas, poco a poco las fue dejando una a una sobre este librero hasta que le quedó sólo esta, me dijo que le recordaba a mí para convencerme, pero al final la dejó ahí y dijo que no debíamos llevarla porque las otras figuras la iban a extrañar. Ahí han estado todos estos años.

Nos acostamos en la cama. Sin éxito, esperábamos que la tristeza del día se disipara con el sueño. Me apoyé sobre mi codo y le pregunté a mi mamá por Michael.

Ella contestó que unos años después de la muerte de mi padre, Michael y ella salían.

—Pensé que nunca habías tenido novios.

—No los tuve. Me gustaba salir con él, íbamos con tus tíos y nos divertíamos. ¿No te acuerdas que nos acompañaba de vez en cuando al cine o al parque? Era muy lindo con nosotras y él quería que sucediera algo, pero nunca pasó.

—¿Por?

—Por tu padre.

—¡Ay, mamá! Parece un buen tipo, de verdad no entiendo por qué nunca te dejas a ti misma ser feliz. Te deberías dar la oportunidad de no estar siempre cargando con ese peso.

—¡Ay, Nicole! No *cargo* con ningún peso. No quería estar con él porque no sentía por él lo que él quería. Michael quería ser amado, ser la única persona en el corazón de alguien y yo sólo podía quererlo. No cargo con el fantasma de tu padre, no me atormenta saber que nos dejó. Por supuesto me entristece y entrar a esta habitación siempre trae consigo muchos recuerdos. Aún lo amo y fui feliz a su lado por el tiempo que estuvimos juntos, fue poco, pero supo comprimir una vida en un segundo. Nunca he necesitado, y menos ahora, no necesito a otro hombre en mi vida para ser feliz. Yo tuve al hombre de vida a mi lado; tengo más suerte que la mayoría, y eventualmente nos reencontraremos. No me negué a estar con otra persona por necia o por que estuviera loca, simplemente no fue algo que estuviera buscando. Me pude concentrar en mi carrera y en ser una buena madre. Yo ya conocí el amor. ¿A caso crees que tu *Oma* va a ir a buscar a otro hombre en unos años?

—Pero mi *Oma* ya está grande, no es lo mismo.

—¿Y qué? Yo también. No lo va hacer no porque *ya esté grande*, sino porque no lo necesita. Amó con toda su alma a tu abuelo, créeme. Desde que los conocí, y ya llevaban un buen tiempo juntos, se besaban cada que pasaban cerca del otro, se peleaban muchísimo, pero siempre se las arreglaban para seguir amándose y ahora lo seguirá amando aunque no estén juntos. La entiendo. Yo no puedo amar a otro, no porque mi corazón sea incapaz de amar, ni porque sea una mujer triste que no encuentra ánimo en el amor, sino todo lo contrario, creo fervientemente en el amor gracias a Christopher y aunque pasen más noches y años, lo seguiré amando.

No podía creer su manera de hablar del amor, sus ojos brillaban con pasión cuando hablaba de mi padre. Era algo que me gustaría tener algún día, algo que no sabía si ya tenía.

—¿Sigues pensando que era el amor de tu vida después de todos estos años?

Sonrió como siempre lo hacía cuando hablaba de papá, anhelando el pasado.

—Todos los días. Es chistoso; lo dudé hasta el día en que murió. La primera vez que me lo dijo no le creí, yo estaba convencida de que era

imposible saberlo, que se encontraría a otra y le diría lo mismo en unos dos meses. Después, descubrí que tenía razón. Es el amor de mi vida y lo sigo amando como lo amé cuando vivía; sigo hablando con él cuando tengo algún problema, prendo un cigarro en el balcón cuando lo extraño, cuando estoy nerviosa me da ánimos. Siempre lo siento a mi lado y siento que nos cuida.

—¿Y todo lo que has pasado ha valido la pena? Sé que lo amas, pero todo el dolor, el haberte alejado de tu familia, no tener una vida normal, todo por él.

—¿Qué es una vida normal cuando se puede tener una tan extraña, casi mágica? No me alejé de mi familia por él. No me apoyaron. Cuando tu padre enfermó de cáncer no estuvieron ahí para mí. Mi padre dijo que no servía de nada quedarme con él, que había caducado y que iba a quedar viuda muy joven y nadie quiere a las viudas. Cuando me embaracé de ti, ni siquiera llamaron para saber tu nombre, les hablé y les dije en cuál hospital estábamos y nunca llegaron. Más de una vez tu papá trató de hablar con mi padre y le cerraban la puerta en la cara. Ellos me hicieron a un lado.

—¿Y cuándo me vaya? No quiero dejarte sola.

Puso mi cabeza en su pecho y dijo:

—Qué tierna. No tienes de qué preocuparte, claro que te voy a extrañar, muchísimo a decir verdad, eres mi princesa. Voy a extrañar verte casi diario y no sé quién se va a pelear conmigo ni quién me va a dar consejos de vestimenta, espero de verdad no hacer el ridículo ahora que no estés. Voy a estar bien. No sé si me mudaré al campo de girasoles, la verdad es que no creo poder decirle adiós a nuestra casa con tanta facilidad, tengo que pensarlo y voy a estar viendo a tus tíos, a lo mejor empiezo a escribir para una revista, quién sabe. Pero voy a estar bien. —Me dio un beso en la frente y agregó. —
¿Y Alexander, qué harán?

—Tal vez deba de quedarme contigo y Alex, seguir en mi consultorio.

—Tal vez la que no quiere dejar esa casa eres tú.

Sus palabras resonaron por largo tiempo en mi pecho.

—¿Por qué no se van juntos?

—No llevamos tanto tiempo como pedirle que dejé todo y a todos por tres años. No lo sé, ni siquiera sé si es para mí lo que papá fue para ti.

—¿Lo amas? —preguntó con una mirada inquisidora.

—¿Cómo sabes si amas a alguien? Deberían dar un curso en la universidad.

—Hija, el amor no funciona con las leyes que conocemos. Te podría decir

una frase como: *Si no lo sabes entonces no es amor*. ¿Quién soy yo para mentirte? Yo pensaba que tu padre no era el amor de mi vida. No. El amor es incongruente, no nace y no muere. Está ahí siempre, uno sólo lo encuentra. No hay una sola persona que no lo conozca y sin embargo hay tantos que mueren sin exprimir cada gota de su existencia. El amor es injusto, algunos aman toda una vida y otros por una sola noche. No puedes decirlo en una definición, cada persona lo siente diferente. Tan profundo y humano, tan distinto entre cada quien. No es sólo una emoción, es una manera de ver el mundo. Al tenerlo, todo lo que antes se veía de un color después resplandece con miles. Y duele pero no lastima.

—Mi papá te lastimó.

—Jamás me lastimó, él hizo hasta lo imposible por no herirme, tanto que vivió más de lo que sus médicos le pronosticaron. Porque el amor es algo eterno, te impulsa, no distingue equipos, no toma partidos, ni razas, ni sexo, ni religiones, nada. Es puro, una imagen hermosa en medio de una tragedia, una luciérnaga en la noche que se expande hasta borrar la oscuridad, es un girasol mágico. No llega y te dice que estas destinado a él; te mira y te pregunta si eres tan valiente como para luchar por él. Una vez que lo hace, te aferras a él y jamás lo sueltas porque también es rencoroso y si uno lo desaprovecha lo puede perder por siempre. Es un ente que no podemos ver porque de hacerlo dejaría de ser tan puro y por eso solamente te deja sentirlo. Si crees, si tienes la más mínima sensación de que puede estar en Alex... no lo dejes terminar ahí. Todos dicen que escuches a tu corazón como si fuera una plástica sencilla, debes primero aprender a escuchar su voz.

La pasión en sus ojos se quedó grabada en mi mente toda la noche. Después de escuchar a mi mamá roncar, intenté conciliar el sueño, de nuevo sin éxito. Fui a la cocina por un vaso con agua. En el pasillo, por el resquicio de la puerta, se veía la luz del cuarto de mi abuela encendida. Toqué una vez y su voz suave me invitó a entrar. En la cama matrimonial solamente se encontraba destendido su lado, estaba sentada con sus lentes de botella y lágrimas secas en las mejillas, sacando fotos de cajas apiladas sobre el colchón. Me senté a su lado y vi las imágenes antiguas con mi cabeza recargada en su hombro.

—Mira ésta, preciosa, fue cuando tu Opa se graduó de la universidad; estaba hecho todo un forro. Qué lástima que no me tocó así.

—¿Ese es opa? Era guapo.

—Todo un galán, cuando empezamos a salir todos sus amigos me dijeron

que tuviera cuidado porque era un mujeriego.

—¿Y aun así seguiste saliendo con él?

—Preciosa, alguien tenía que enderezarlo en la vida.

—¿Y cómo supiste que serías tú?

—Simplemente lo sabía, aquí entre nosotras yo también era todo un forro, los chicos solían tirar sus maletas enfrente de mí para que se las pisara. Una vez fui de viaje y me propusieron matrimonio en la calle. —Sacó otra fotografía un tanto borrosa de un niño en pijama azul mirando sorprendido hacia la cámara con un chupón morado en la boca, el cabello despeinado y harina en la cara. —Ese es tu papá, y ésta es de una fiesta de disfraces que le hicimos y ésta fue la vez que le propuso matrimonio a tu mamá. —Tomé la foto, estaban ellos dos de espaldas a la cámara, mirando hacia la chimenea con las lenguas de fuera. Mi abuela se acercó. —Se besaron a la mitad de la nevada y se les quedaron las lenguas pegadas, mira, entre ellos está la mano de Cris con el anillo. Mi Cris, tan lindo. Tienes su mirada, preciosa: altiva e imaginativa, una mirada que dice que están dispuestos a cambiar el mundo porque creen en la magia.

—¡Ay, *Oma!* Lo único que quiero es poner mi vida en orden.

—Si crees que algún día lo vas a lograr, eres una niña muy tonta. La vida nunca se logra poner en orden, hay que aprender a vivir en el caos. Tu abuelo dijo que limpiaría el closet del cuarto de visitas desde hace 36 años y todavía si lo abro se cae la mitad de lo que hay dentro. Lo mejor que puedes hacer es ser feliz a la mitad de la tormenta.

Miré la colección de fotografías y entre las pláticas y las miles de historias que mi *Omama* tenía que contar, le pregunté si creía eso del *amor de tu vida*.

—Pues mira, tu *Opa* más bien era el hombre de mi necesidad. Mi madre decía que bien me pude haber casado con el hombre que inventó la rueda, pero quería llevarle la contraria.

El resto de la noche, la pasé admirando más fotografías. Al menos por esa noche la cama de mi abuela no estuvo vacía. Conocí tanto de mi padre, cosas que jamás me animé a preguntar y ahora sabía. También lo sentía viéndonos, percibía su espíritu junto con el de mí *Opapa*; ambos riendo de las fotografías que *Omama* sacaba de las cajas. Sentía la mano de mi papá en mi hombro, a pesar de ver la ventana cerrada a mi lado. Supongo los funerales se hacen para honrar a los muertos pero son para que los vivos no se olviden de vivir.

18 Nicole

Caminamos cerca de la estación de trenes una noche. Las personas cuchicheando alrededor. Los faros iluminando la acera y a la gente, afuera de los bares y restaurantes, con hojas en la mano prometiendo la noche más mágica si consumías sus platillos y bebidas.

—Gracias por la cena. —dijo Alex.

—Yo siento mucho que Sara y Liz nos dejaran plantados, no sé qué les pasó.

El aire se coló en mi espalda e instantáneamente acomodé la chaqueta de Alex resbalando de mi hombro. Le sudaba un poco la mano, supongo era otra de las cosas a las cuales me había acostumbrado en estos últimos meses. Faltaba una semana para mi partida y no había arreglado ninguna maleta todavía. Hace meses había arreglado lo necesario para vivir allá: el lugar donde me hospedaría, todos mis papeles para la especialidad en cardiología, incluso había investigado los restaurantes cercanos y los lugares para comprar la despensa, fruta, café y el ocasional dulce.

—No te preocupes, así te disfruto más, nada como una cena con una mujer hermosa.

—Ya estamos juntos, Alex. Ya no tienes que hacerme cumplidos después de cada uno de mis comentarios.

—Descubriste mi técnica ¿eh? De todas formas no lo hago por eso. —De adelantó unos pasos y se detuvo en seco enfrente de mí.

Su piel reflejó las luces de los automóviles. Me tomó de la cintura y agregó:

—De verdad creo que eres hermosa. Sin lisonja, sin ánimo de ligue ni nada, no puedo evitar sonreír.

—Cállate, Alex. Me vas a chivear.

—Me gustas tanto como para volverme loco. —dijo entre risas y apretó mi cintura a sabiendas del cosquilleo causado por esto.

¿Qué puedes responder a eso, más que con un beso?

—¿Quieres un helado? —Encendió un par de cigarros: el primero, como siempre, me lo acercó y al segundo le dio una gran bocanada, miró al cielo y dejó salir el humo, denso debido al frío de la noche.

Le mostré una sonrisa, dibujada tanto en mis labios como en la luna.

—¿Nicole? ¿Quieres ir por un helado? Conocí un lugar que te va encantar a las afueras de la ciudad. Las mejores nieves de limón con chocolate.

No. Solamente con estar a tu lado por el resto del tiempo que tenemos juntos es suficiente.

—No es tan tarde, tal vez todavía alcanzamos a ver una película, hay un auto cinema a las afueras de la ciudad que *se supone* está muy romántico.

O tal vez vamos a tu casa y buscamos una manera de permanecer juntos por siempre.

—¿O qué se te antoja? Igual Bobby tiene una fiesta a las afueras de la ciudad. Podríamos ir.

Mejor regresemos el tiempo, revivamos lo poco que hemos estado juntos una y otra vez.

—Vamos con Bobby, siempre nos la pasamos bien aunque acabamos durmiéndonos hasta las siete de la mañana y ya me estoy haciendo viejo para desvelarme. La cruda ya me dura una semana.

Imagina hasta dónde podríamos llegar juntos, acaso solamente soy yo quien siente este deseo de permanecer juntos, este miedo a nuestro tiempo acabándose y al haberlo vivido todo tan rápido.

—Imagina todo lo que podemos hacer esta noche, lo que menos quiero hacer es dormir y que este día se acabe y al mismo tiempo quiero dormir mientras podamos estar juntos. Porque el día que despierte y no estemos juntos, ese será el día de mi muerte.

—Nicole.

—No hemos terminado ninguna de nuestras pláticas respecto al tema, hay un velo en ese asunto. ¿Qué vamos hacer? ¿Por qué no te conocí mucho antes o después? ¿Por qué nos conocimos con los meses contados? Es la clase de humor de mi suerte, me muestra el mundo en una sonrisa y le coloca un temporizador con números rojos a un lado.

—Diablos, Nicole. Quisiera verte tanto tiempo más. Te amo, Nicole y me vale un reverendo carajo que no nos hemos conocido ni medio año; sé lo que siento. Lo sé, lo sé. Es amor, no puedo mirarte sin desear estar a tu lado el resto de mi existencia, no puedo caminar sin extrañar sostener tu mano. ¿Y tú, Nicole? ¿Amas o no a este loco?

—Lo hago. Y no quiero dejarte, porque...

—¿Por qué, Nicole?

—No lo puedo decir, solamente lo haría más difícil. Todo esto es un gran

embrollo, no puedo dejar mi profesión, por más que te ame.

—Ni lo pediría.

—Y no puedo pedirte que dejes todo a un lado para ir conmigo.

—No te podría amar si lo hicieras.

—Pero no podemos separarnos.

—¿Por qué, Nicole?

—Porque de hacerlo, sé que no te volvería a encontrar. Es un presentimiento. Y no sé si una relación a distancia, no sé si funcionaría, nunca he creído que lo haga.

—Te vas sólo a unas horas de distancia.

—Demasiadas para verte diariamente.

—Pero no las suficientes para no verte nunca.

—¿Crees que funcionaría una relación así? No vamos a poder ni hablar, si no voy a estar en el hospital voy a estar estudiando o durmiendo. No podemos, no puedo pedir que aceptes estar conmigo tres años en los que voy a ser para ti un fantasma.

—Nicole, calma.

Alex me tomó de nuevo en sus brazos, repitiendo sus palabras una y otras vez mientras yo repetía mi perorata. Señalando los mismo puntos, el tiempo, la distancia, la separación, el no estar juntos, el dejarlo.

—¡No! No me voy a calmar porque no quiero dejarte y no hay nada que pueda hacer, no hay nada que puedas hacer tú, nada, nada, nada y no puedo no seguir con mis estudios. Lo entiendes, ¿verdad? Simplemente no puedo y menos con el privilegio que tengo de haber sido aceptada a un hospital que donde logran entrar menos de cinco aspirantes, pero no quiero dejarte... —Refugié mi cara en su pecho y la noción de lo que estaba diciendo, junto con lágrimas en mis mejillas, me ruborizó. —Porque sé cómo se siente eso... Sé cómo se siente que un día simplemente te abandonen. Que te rompan el corazón.

—Me han roto el corazón tantas veces.

—No, no así.

—Antes de ti, ni si quiera quería encontrar a alguien. Había perdido la pasión por la vida. Pasaron tantos años y seguía roto, hasta que llegaste tú. Que cliché, ¿eh? —Puso su dedo en mis labios y dibujó su contorto con dulzura. —La cura para un corazón roto, no es no volver a amar. Yo, por ejemplo, cada vez que me han roto el corazón he tomado los pedazos y lo vuelvo a unir y cuando encuentro a la persona que creo que es la indicada,

aunque solo tenga una pizca de probabilidad, se lo entrego completo. Si lo rompe, que lo rompa, cuantas veces quieran, no importa. Yo amo en cada segundo y no dejo nada atrás. Confié en que la vida me uniría a esa persona y mira nada más... me trajo a ti. Desde el momento en que te vi, te lo entregué. Aun cuando me trataste con silencio. En ti no encontré solamente una pizca de probabilidad, encontré un manantial de caminos. Como si fueras la respuesta obvia a un acertijo en el cual te rompiste la cabeza por años. El camino al verdadero amor esta pavimentado con los pedazos de los amores pasados y sólo con ellos puedes llegar con esa persona, esa persona que cuando la vez, tu mundo cambia como si la existencia misma se impresionara por su encuentro, a pesar de haberlo planeado por años.

—¿De verdad crees que podemos vencer a la distancia?

—¿Sabes qué pasa cuando una fuerza imparable choca con un objeto inamovible?

Negué con la cabeza.

—Mi teoría, es que ambos se entrelazan por el resto del tiempo o tal vez la fuerza imparable al fin se detiene y el objeto inamovible al fin se mueve.

—No tiene *nada* de sentido, Alex.

—¿Cuándo lo ha tenido algo en la vida? —respondió. —Ven.

Alexander me tomó de la mano, nos subimos a su carro, mandó un mensaje por teléfono y, sin una palabra más, manejó a las afueras de la ciudad hasta llegar a una colina. Enfrente de nosotros se encontraba el parque de diversiones de Amenti completamente apagado y las luces ciudadinas a nuestras espaldas. Todo debajo de un cielo negro con un millón de estrellas encendidas.

Me tomó de las manos y clavó su mirada en la mía, se acercó tanto a mí que sentí su palpar en mi pecho.

—Nicole. —dijo. —Hace tiempo perdí a un ser querido, mi vida se oscureció completamente y pensé incluso en ponerle fin, pero no lo hice. No lo hice porque confié en la vida, en quien sea que organice nuestros destinos y tuve a bien en hacerlo porque cuando me mude aquí te conocí. Tú eres capaz de iluminar cualquier noche. Me haces creer.

Me tomó con fuerza de los brazos y juntó nuestros labios con tal pasión, uno pensaría que no nos volveríamos a ver jamás. Mis ojos se humedecieron, no sabía si este era un adiós u algo más pues su beso, era de la clase usual en las estaciones de trenes un minuto antes de la partida del tren.

Abrí los ojos y las luces de la feria estaban encendidas.

—No me importa a dónde vayas. No me importe a dónde nos lleve la vida. Mientras viva, te daré todo el amor que tengo. Te voy a amar por siempre, Nicole Astiti.

A lo lejos vi la silueta de las figuras tan conocidas de mi madre, mis tíos, mi *Omama*, Sara, Liz, Bobby y un par de amigos y familiares más. Todos con regalos en las manos, todos con lágrimas en los ojos. Todos con el viento revoloteando alrededor de ellos.

—Y aunque esta noche brille, cuando te vayas todos la sentiremos oscura.

—Alex es hermoso. Pero... ¿Cómo? ¿Cómo pudiste hacer que apagaran todo solo para esto?

—El padre de Bobby es dueño de la feria. Fue un favor.

—Nunca nadie había hecho algo así por mí.

Sentí el llanto a punto de salir. Caminamos hasta la entrada.

—¡Extraña! Nos vas a hacer mucha falta. —Me recibió Bobby usando el uniforme de la feria. —Se tardaron un poco chicos, ya hasta se acabó el alcohol. No me agradezcas a mi extraña, Alex es el hombre detrás de todo. Por cierto dice mi papá que esperes la factura eléctrica en tu correo.

Entre risas y abrazos dejé mi maquillaje correr por mis cachetes. Las luces, los juegos, el estar con todas las personas que amaba juntas. Al ver a mi mamá gritar en una montaña rusa, a mi abuela ganar en los juegos de feria, a Bobby haciendo a Sara subir con él a los juegos que la marean y verla esconder la cabeza en el basurero más cercano un minuto después de bajar.

Alex y yo subimos a la rueda de la fortuna y cuando estábamos en la cima, Bobby tuvo a bien pedirle al hombre controlando el juego que la detuviera por un buen rato. Vimos las estrellas y las luces de la ciudad a nuestro alrededor. A lo lejos se observaba la luz tenue de una ciudad lejana. Ahí viviría en poco tiempo. ¿Qué importaba? Alex es el hombre perfecto para mí y cada día estaba más segura de ello.

—Gracias por no haberte dado por vencido cuando nos conocimos.

Lo besé en la cima del mundo y en mi frente cayó la primera gota de una tormenta.

Tercer parte

19 Nicole

Abracé a Alex por la cintura. El murmullo alrededor de nosotros era ensordecedor. El sonido del tren se alzó sobre el barullo y retumbó en las paredes de la estación. La mano de Alexander se acercó a mi rostro y acarició mis mejillas, instantáneamente moví la cabeza y la atrapé entre mi hombro y mis labios. El suelo estaba tapizado de boletos usados. No había boleteros parados en cada puerta apresurando a los viajeros; podría perder el tren y la vida seguiría como en esos últimos meses. Dentro de mí, una motivación tomó el control de mis piernas y apartarme de los largos besos.

—Tengo que irme, Alex. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca.

Me agarró con fuerza, me plantó un último beso y me alejó.

—Anda, ve. Qué si no te vas ahora yo tampoco podré dejarte ir nunca.

El tren silenció nuevamente la estación de cualquier otro murmullo. Caminé hasta el vagón y di un último vistazo atrás. Me despedí de Alex mandándole un beso.

—¡Un año más y regresas a mis brazos! —gritó.

—No sé si pueda aguantar tanto.

Me senté junto a la ventanilla y lo busqué entre las figuras aceleradas afuera. No estaba. Inspeccioné todo la estación que cabía en mi cristal. El tren cerró sus puertas y por la ventana se asomó la cabeza de Alex.

Los motores comenzaron su marcha. El vagón se jaloneó y avanzó despacio con Alex siguiendo de puntillas.

—¡Nicole! La vida es tan corta cuando se es feliz y tan larga cuando se está solo.

Las ruedas giraron en intervalos cada vez más cortos. Alexander se aferró al alféizar con ambas manos y sus pies se despegaron del piso.

—Mi vida a tu lado durará un segundo, pero será el segundo más hermoso de mi existencia. Uno no puede saber cuándo llegará el final, pero si estoy a tu lado no me importa cuando llegue.

Acercó el puño y abrió su mano frente a mis ojos. En su palma reposaba un anillo hecho de billetes del tren. Tenía un brillo como si realmente fuera de oro y diamantes.

—Alex...

El tren aceleró la marcha.

—Te amo, Nicole. Sé que no es la mejor propuesta de matrimonio.

La velocidad del aire movía su bufanda y su sombrero salió volando.

—Necesito una respuesta, no creo.

Sus palabras se cortaron cuando cayó de sentón contra el piso. Los billetes de tren volaron creando un huracán alrededor de la estación. Miré atrás, a la ciudad de Amenti haciéndose cada más pequeña.

Saqué la cabeza y grité, junto con el silbato del tren:

—¡Sí!

Me desperté sonriendo. Los rayos luminosos del sol perdieron nitidez en el horizonte y oscurecieron la habitación rectangular y el baño en la parte posterior. El cielo se tiñó de un anaranjado flameante como si detrás de los nubarrones y la línea de casas pueblerinas se estuviera apagando un incendio.

Era justo como lo recordaba: el tren, el anillo hecho de boletos, sus palabras. Miré mi mano; la sortija adornando mi anular ya no era de papel, esa se encontraba guardada junto con mis alhajas más preciadas, esta era de oro y con su diamante reflejando cada rayo del atardecer.

Era mi inicio de vacaciones. Pasé casi 34 horas de guardia en el hospital y desde mí llegada al departamento a medio día, caí rendida en la cama. Tenía dos semanas enteras de descanso antes de comenzar el último módulo de la especialidad. Planeaba retomar el sueño apenas dieran las once, mientras tanto, repasaría los preparativos para la boda: verificar los horarios de llegada de mi mamá, mi *Omama*, mis tíos, Sara, Liz, Bobby y Miriam, la hermana de Alex y otros detalles.

La fecha de la boda estaba a la vuelta de la esquina. En una semana nos encontraríamos en el altar. La boda sería aquí, en Fómhar: un pueblo atrapado en el pasado, conocido por alojar la Universidad *Cor Meum*, una de las mejores del mundo, y por ser la casa de estudiantes y artistas. Era un lugar de cultura y jóvenes. Con más bibliotecas y fiestas que su vecina, la ciudad de Amenti.

Todo estaba planeado. Encontramos un lugar perfecto y una catedral maravillosa en el centro de Fómhar.

Alex llegaría ese lunes a Amenti y tomaría un tren para llegar esa tarde a mi lado. Se sorprendería con los boletos que conseguí para una fiesta de máscaras, uno de sus grandes sueños; era una sorpresa planeada con la ayuda Bobby. El jueves pasearíamos por la ciudad, el viernes sería el ensayo de la boda y el sábado, al fin nos casaríamos.

Todo salía de acuerdo a mi plan hasta que Alex llamó: no podría llegar sino hasta el jueves, un día antes del ensayo. Mis emociones cayeron como si un gigante me hubiera aplastado. No podría ir a la fiesta de máscaras. Sólo quería hacer algo lindo por él, deseaba hacerlo sentir como yo me sentí con la sorpresa de la feria, antes de mi partida.

—Me llamarón del Seminario Internacional de Biología Marina. Les encantó el artículo que mandé sobre la migración de la ballena jorobada y quieren que presente una conferencia el miércoles. Esta clase de oportunidades solo suceden una vez en la vida. Esto podría ayudarnos para que abra mi propia veterinaria. Y no te preocupes estaré ahí el jueves sin falta.

Con qué cara podía quejarme. Por supuesto, arruinaba mis planes y me hubiera encantado acompañarlo. Al fin había mandado el artículo que llevaba más tiempo en su escritorio del que yo trabajé en mi consultorio. Alex recibiría su merecido por un trabajo duro. Fue la última investigación que hizo con Elia, su... esposa.

Lo había visto leerlo y releerlo en su computadora; arreglar algunos detalles en las madrugadas con los ojos rojos y un pañuelo hecho ovillo junto a su computadora. Ni siquiera pensó en mandarlo hasta cuando empezamos a salir y yo lo apoyé... cavé mi propia tumba.

Iría a la fiesta de máscaras sin él. De nada servía decírselo; lo haría sentir culpable por ir a luchar por sus sueños y su pasado.

—Estoy orgullosa de ti. —Las palabras tuvieron un sabor amargo.

El resto de tiempo se fue con lentitud hasta la llegada temible del lunes por la noche. Llegué a uno de los edificios más antiguos del pueblo. Era un castillo utilizado para obras de teatro y ópera. El frente estaba iluminado con reflectores escondidos en los jardines y las fuentes. Del techo caían mantas rojas y plateadas con dibujos de máscaras. Una alfombra roja se extendía desde la calle empedrada hasta las enormes puertas de roble abiertas de par en par. Sobre el tapete caminaban los invitados ataviados con sus mejores ropas.

Avancé hasta la recepción. Mis zapatillas me molestaban y sentía las correas rozando mi empeine. Una amable mujer rolliza en un vestido púrpura embutiendo su figura, me saludó detrás del mostrador.

—Buenas noches señorita. —estiró la mano regordeta en espera de mi entrada.

De mi bolsa saqué la invitación, todavía en el plástico reluciente. La joven abrió con experiencia el sobre y sacó dos boletos. Miró de reojo analizando

los alrededores.

—¿Dos invitados?

Las palabras bajaron de mi corazón hasta el suelo. El lugar se tornó lúgubre y gris al recuerdo de Alex.

—Solo uno. —musité.

—Si lo desea puede dejarnos el nombre de su acompañante para que no tenga que salir cuando llegue.

—No se preocupes, no pudo asistir. Gracias.

La joven sonrió y me entregó un antifaz veneciano.

Pasé en medio de las columnas. La música de los violines se hizo más fuerte, pareciere que alguien subió el volumen de los instrumentos al momento de mi llegada. Quedé perpleja ante la belleza del lugar. Las paredes parecían hechas de oro con un brillo nítido gracias al reflejo de los candelabros. Las luces artificiales estaban dentro de jaulas de hierro fundidas a las orillas del techo destruyendo la sensación fantasiosa creada con tanto esmero.

El techo era una cúpula roja con argucias de frescos renacentistas. Del borde del domo caían telares color durazno, atados con gruesas cuerdas doradas; los ramales eran del tamaño de mis dos brazos juntos y sin un solo hilo saliendo de su estructura. Mantos delgados moteados con círculos de plata cubrían los barandales de hierro de las escaleras amplias y del segundo piso.

En el centro de la habitación se conglomeraron un gran número de parejas en esmóquines y vestidos largos. Todos utilizaban máscaras completas o antifaces cubriendo la parte superior del rostro; algunos de ellos usaban sombreros y yo sólo podía preguntarme: ¿De cuál sol se estaban cubriendo?

Los invitados parecían estar poseídos por la música y el baile. Se movían con un ritmo envidiable al son de las notas del conjunto de violinistas. Me sentí un poco fuera de lugar en aquel evento excéntrico. La única razón por la cual quería asistir era para sorprender a Alex... y por los antifaces; su extrañeza me atrapó desde que conocí el departamento de Alexander y vi las paredes cubiertas de máscaras de distintos lugares del mundo. Tenían un misticismo indescifrable y me atraía su belleza. Ver a tanta gente reunida bailando al unísono como si fuera un carnaval antiguo o un ritual mágico me excitaba.

No me sentía en ánimos de una fiesta. Cepillé mi cabellera con los dedos, suspiré y dejé caer la mano con el antifaz. Di media vuelta, crucé los brazos y me dirigí nuevamente a la entrada decidida a regresar a casa.

Le diría a Bobby que me sentí mal y no pude asistir. Tal vez podría ver alguna serie o película, pedir comida exótica, comer en cama mientras y esperar a Alex. Me tambaleé gracias a un empujón y sentí la mano de alguien en mi espalda.

—Disculpa —murmuró un hombre enmascarado acelerándose hacia la puerta.

No quería ser ese tipo de persona quienes solamente pueden divertirse cuando está con su pareja. A decir verdad odiaba a las personas que se convertían en siameses al entrar en una relación. Como Sara; me disgustaba mucho salir y verla siempre acompañada de un galán. Lo peor de todo era decirle algo en secreto, por pena a ser escuchada por su pareja, y ella contara toda la historia de mi vida para ponerlo al corriente y así hacerme sentir aún más humillada. Los novios le duraban menos de una estación y por el mundo caminaban un montón de tipos con historias privadas mías y seguramente le contaban a sus amigos cercanos; por supuesto no dirán mi nombre, dirán: *La amiga de una ex chava*.

Admiré por unos instantes el antifaz en mi mano. Rojo con el contorno dorado, dibujos de pétalos bajo el ojo izquierdo y una flor hecha de plumas escarlata del lado derecho. Una voz interna me sedujo a ponerme la máscara, una especie de canto primitivo me hizo imaginarme usándolo. Llevé el antifaz a mi cara. Me relajó el tacto del papel maché endurecido en mis sienes y pómulos al atar los listones rojos detrás de mi cabeza.

Busqué a Bobby en las mesas atiborradas. A simple vista se notaba la reducción del espacio de la cena para dar lugar a la pista de baile. Pasé entre la masa de gente enmascarada bebiendo cocteles lujosos, escaneé los alrededores en busca de un par de ojos conocidos y achiqué la mirada para tratar de encontrar algún indicio que pudiera ayudarme.

Vi a una mujer pelirroja con su mascarilla mal atada. Me acerqué a ella esperando reconocer la voz Sara. Justo cuando estaba a punto de tocarle el hombro escuché un tono seductor a mis espaldas.

—¡Nicole! Acá estamos.

Sara se levantó a medias, a dos mesas de distancia.

—¿La conoces? —preguntó cuándo llegue con ella.

Negué con un movimiento de cabeza y suspiré un tanto aliviada de ahorrarme la vergüenza de haber molestado a una extraña.

Saludé a todos. Ahora las máscaras parecían una tontería, me moría de pena al ver a todos con algo sumamente innecesario en la cara. El novio de

Sara me pidió una copa de champán y extendió el asiento para que me sentara.

La noche se extendió entre los árboles a las afueras del salón. El rasgar de las cuerdas de los violines salió por los ventanales y balcones para tocar una sonata tenue a las estrellas. Dentro, la excitación y embriaguez de los invitados creció con risas, pláticas frívolas, bailes y el sonar de las zapatillas golpeando rítmicamente el piso marmoleado. Dejé a Bobby bailando con su nuevo novio y me escabullí de Liz quien era la única otra persona que no asistió con acompañante.

Me senté exhausta a la orilla de la escalinata. Mis mejillas enrojecieron por debajo del antifaz y mi peinado perdió la forma. Recargué la cabeza en el balaustre de la escalera y miré a las parejas bailar.

La danza se había convertido en un vals grupal, cada determinado tiempo las parejas se separaban y los hombres cambiaban y bailaban con la mujer enmascarada a su derecha. La caída de los vestidos se ondulaba cuando las bailarinas giraban tocando ligeramente la palma de sus parejas. Los hombres dieron un paso atrás, ambas manos detrás de sus espaldas, y golpearon el piso con el tacón de sus zapatillas como un ejército bien entrenado. Las mujeres tomaron las puntas de sus vestiduras y al son de los tonos violinescos revolotearon haciendo reverencias gloriosas. Era un show de títeres amaestrados.

La sintonía la genta daba al cuadro veneciano un ritmo inigualable. Tenemos dentro un gusto innato por la estética, encontramos el equilibrio brindado por el peso de los objetos en una fotografía, hermoso. Doblar una hoja justamente a la mitad es reconfortante. Si uno mira una cara y coloca una línea punteada en medio, espera el balance sea preciso. Artísticamente la belleza depende del equilibrio. Siento que gracias a esto, la soledad es mayor cuando se observa desde afuera a un gran número de personas realizando la misma acción, la misma cantidad de parejas en ambos lados de la sala.

Miré la escena y dibujé una línea invisible en el salón. Todo era equilibrado: las parejas se movían a la derecha y después regresaban a la izquierda con la misma cantidad de pasos, la misma cantidad de camareros se movía por ambos lados, en cada lado había un capitán de meseros vigilando a sus secuaces. Las mesas estaban acomodadas con la misma simetría, con un bar a la derecha y otro a la izquierda. Incluso en el balcón, que se extendía detrás de los violinistas, había dos parejas disfrutando, cada una, un solo cigarrillo. Podía cortar aquella vista de un solo tajo y ambas partes podrían seguir la fiesta sin preocupación.

Es estética, y al ser la observadora sabes que no puedes entrar en esa pintura sin romper la armonía, estás destinada a mirar si quieres preservar la belleza. Eres una foránea, una extranjera y no puede ser parte del momento. De ser una niña pequeña probablemente sentiría como si no me hubiesen invitado a jugar y viera a todos los demás divertirse. En esos momentos sentía a la soledad sentarse a mi lado como una silueta en un espejo lóbrego, una copia exacta de mí pero bañada en una niebla negra y hablando con galimatías al posar su nebulosa mano en mí regazo.

Esta noche, cuando la soledad me acompañó y colocó su brazo por detrás de mi espalda, no tenía mi forma, si no la de Alex. El trabajo era duro para ambos. No era la primera vez que faltaba a un evento, a veces me dejaba plantada o yo a él, pero siempre estábamos juntos en los eventos especiales. Me divertía con él, reía con él y estaba segura de querer pasar el resto de mi vida a su lado. Siempre me apoyaba y me ayudaba a levantarme cuando caía y yo quería hacerlo completamente feliz.

Empezó una sinfonía de Niccolò Paganini. La tonada lúgubre avivó más el sentimiento de desolación y me hundi en las escaleras. Los violines llegaron a su clímax, chillaron con locura. De un tajo se cortaron los sonidos y los músicos hicieron una reverencia. Los danzantes terminaron su baile y aplaudieron. Comenzó la *Sonata al diablo*. Los tonos lentos viajaron por el aire y me arrullaron. Una niebla amarga se posó en el salón. Un hombre se acercó y estiró su mano izquierda hacía a mí.

—No hay nada más triste que una mujer hermosa no bailando en un salón.
—El hombre abrió la palma en espera de la mía.

—Es más penoso que un hombre saque a bailar a una dama en *La sonata del diablo*.

—Hum... Dudo mucho que al diablo le moleste vernos bailar, creo que sabe que no puede detenernos. Por lo menos esta noche.

A diferencia de la mayoría de invitados, este hombre traía una máscara blanca de bauta que se prolongaba pasada la nariz y una capa negra colgaba de sus hombros. Su esmoquin se veía usado, dando la impresión de no ser rentado. Coloqué mis dedos sobre su palma. Nos dimos un pequeño toque y ambos retiramos las manos al instante.

Se produjo un silencio sepulcral. Nos deslizamos al centro de la pista. Pasó su mano detrás de mí cintura y yo posé la mía en su palma izquierda y lo tomé del hombro. Sentí un hormigueo. Los violines tacaron nuevamente, esta vez con rapidez.

Los pasos de él eran ágiles al deslizarse por el piso. Dimos vueltas por el escenario. Las notas pinchaban nuestras espaldas, nos hacían estremecer y movernos de derecha a izquierda. Las luces cayeron y la oscuridad se apropió del momento.

—¿Tu padre te sigue escribiendo? —El hombre me miró a los ojos.

La música siguió. Los músicos cerraron los parpados y tocaron los violines como amantes expertos.

—¿Timy? —Giré y sentí el aire menearse debajo de mi vestido.

Crack.

Traté de soltarme. Mi zapatilla desistió y el lazo en mi empeine, de un latigazo, se desgarró. El tacón hizo una pirueta sobre su propio eje.

Crack.

Parecía que mi tobillo iba torcerse. Dejé caer el peso de mi cuerpo sobre el otro pie. Mi rodilla se enganchó y perdí el balance. El hombre me sujetó con un fuerte agarre. Alcé la mirada hacia el chico enmascarado y noté unas cuantas pecas debajo de sus ojos. Sentí en la palma una textura áspera. La contra palma de su mano tenía una cicatriz que a completaba la mía.

Me ayudó a llegar a las escalinatas. No me atreví a recargar el pie en el suelo por miedo a un tobillo torcido. El imaginarme usar mi vestido de novia sobre un yeso abultado me hizo rechinar los dientes.

El hombre me ayudó a sentarme y se esfumó. Estiré la pierna y deslicé la zapatilla rota. Tanteé el tobillo esperando un dolor agudo. Nada. Me dolía un poco moverlo pero no había ninguna fractura ni daño mayor al estirón. Una buena noche de descanso y estaría como nueva, tal vez el día siguiente tendría molestias. Solamente mañana.

El hombre llegó con cubos de hielo dentro de una servilleta de tela y me acercó el bulto. El tacto helado de la tela en el empeine me hizo exhalar.

—Gracias. Siempre tan atento.

Llevó su mano a la mandíbula y se quitó la máscara. Las pecas en su cara no habían cambiado en lo absoluto, su nariz era distinta, pero sus ojos seguían siendo igual de soñadores.

— Timy. —suspiré y lo abracé y me separé de él al instante. —Tenía años que no te veía.

—Tú mirada sigue siendo... igual y veo que sigues igual de concentrada.

—Un poco, ¿qué haces aquí?

—Hum... ¿Qué haces tú en este pequeño poblado de Fómhar? Pensé que estarías del otro lado del mundo, cumpliendo tus sueños de hacerlo un lugar

mejor.

—Lo estoy. Estudio cardiología y mis sueños poco a poco se van volviendo realidad. Por ejemplo me voy a casar. —Alcé la mano y mostré el anillo de compromiso.

Los ojos de Timy centellaron, la luz reflejada en el diamante iluminó la punta de su nariz y sus labios se agrietaron por un segundo antes de esconderse.

—Felicidades. ¿Dónde está el valiente que te va a soportar por el resto de tu vida? ¿Ya sabe de tu manía por correr descalza en el pasto, de comer helado de limón con chocolate o debería de callarme?

—Cállate. Ya lo sabe, aunque llevó años sin correr por el pasto descalza, he madurado.

—Lo noto. —repuso con un tono lento.

—¿Tú qué haces aquí? Dijiste que ibas a ir a Irlanda, si no mal recuerdo. —Mi corazón se entumeció.

—Han pasado tantas cosas. Creo que necesitaremos un par de cervezas para ponernos al corriente.

20 Christopher

Agosto. 5:00 de la tarde. Arreglamos el cuarto enfrente del nuestro para la llegada del bebé y la barriga de Helena comienza ya a notarse. Me encuentro sorprendido de que 6 meses más pasaran y yo siga a su lado. Los dolores de cabeza son más nobles y ocurren solamente durante las madrugadas, cuando no puedo eclipsar el reposo impasible de mi esposa. Me acostumbro a dormir solamente tres horas antes de despertar con el dolor intenso que para alrededor de las cinco de la mañana y me deja dormir hasta las siete, hora en la que Helena despierta. Cubro con maquillaje las bolsas moradas colgando de mis ojos y tengo que utilizar un tapón de oídos de hule anaranjado para evitar que cualquier ruido comience una vibración ensordecedora en mi tímpano izquierdo.

Me adapto a las constantes molestias entre la oreja y mi cuello, a la sinusitis y las tremendas jaquecas después de realizar esfuerzos pesados.

Estamos subiendo la cuna al segundo piso, una onda de dolor intermitente aborda mi cerebro y corro a la cama a sabiendas que es un augurio de un desmayo inminente.

Trato de mantener oculto cualquier problema y dolor para no asustar ni preocupar a Helena. Ambos sabemos que en cualquier momento me desvaneceré en sus brazos y me perderá por siempre, pero hacemos lo posible para no ser presos de aquellas delicadas hipótesis.

Días después, un ultrasonido nos hace saber que esperábamos a una niña sana. El único problema es la maldita genética del cáncer. Espero con todo corazón no pasar a ella esta terrible maldición. Los días continúan con risas y mi mano soba la panza de Helena, hogar del nuevo amor de mi vida. Hay varias fiestas en su nombre y toda la familia se encuentra ansiosa por la llegada de nuestra hija.

La vida nuevamente ha jugado una mano que desestabiliza mi juego, el embarazo. Regreso nuevamente a la quimioterapia: a los cafés cenizos, los postres podridos, el agua amarga, el cuerpo escuálido, mechones de cabello perdidos y piel amarilla. Vale la pena. Seis malos momentos por uno bueno, uno grandioso. Los doctores no saben cómo reaccionará mi cuerpo, ni siquiera si habrá algún cambio en el cáncer. Si con ese dolor puedo comprar al menos

unos meses más, al menos ver a mi hija nacer. Si solamente debo soportar esto a cambio de no dejarlas tan pronto. Si lo hubiera hecho desde un principio... no. No puedo pensar en ello.

Helena despierta a la mitad de la noche para encontrar sábanas vacías y me busca detrás de las cortinas de tela que evitan a la iluminación lunar traspasar las puertas del balcón.

No debí suspender el tratamiento. Fui tan débil.

El deslizarse de la puerta me hace girar la cabeza y dejar a un lado todas las dudas y terrores respecto a no darle a nuestra hija un padre. Helena se acerca tallando sus ojos. Está desnuda, cubierta solamente por una sábana que arrastra desde nuestra cama.

Se sienta en mis piernas y se acurruca en mi hombro sin decir una palabra. Estas visitas son para ella un sueño y para mí un ritual. De hablar repetiríamos palabras dichas bajo otras constelaciones y ambos terminaríamos con los ojos rojos, las caras pintadas con lágrimas y sin resolver un solo problema.

Esa noche al disfrutar de mi segundo cigarrillo desde que Helena salió del cuarto, alza la mirada y me recuerda una de las primeras pláticas que tuvimos como pareja. Respecto a la diferencia de un maleficio y un encantamiento. La gran diferencia entre ambos reside en la maldad de uno y la bondad del otro. Me pregunta cuál de los dos representa su embarazo.

—Un encantamiento. —respondo con una sonrisa un poco forzada.

Mi corazón sin duda lo piensa, cómo podría decir otra cosa respecto a nuestra hija. Aun así un susurro detrás de mi cabeza, un átomo de mi cuerpo, repite que estoy dejando sin padre a mi hija, la estoy trayendo al universo sabiendo que mis días están contados. Crecerá sin mí. ¿Seré acaso el villano? Esa pregunta nocturna regresa a mi mente. Helena mira hacia las estrellas, sabe que mentí. Se levanta sin despedirse y regresa dormir.

Sobrevivo más semanas y Helena obtiene permiso para faltar a su trabajo debido a la maternidad. Nos atrincheramos en casa y vemos películas antiguas. Diariamente tengo que salir a comprar distintos tipos de golosinas, pasteles y platillos para calmar su antojo. En esas excursiones me siento más humano, más normal, menos cancerígeno.

Dos semanas antes del nacimiento de nuestra hija, mi hermano nos convence de ir a una playa situada a unas cuantas horas en carro. Rentamos una cabaña a la orilla del mar, está cercana a un largo faro que alumbraba la ventana de nuestra habitación y en donde si el cielo estaba despejado pueden verse las estrellas titilar.

Debemos estar locos para hacer este viaje tan cerca del día del parto de Helena, pero cuando queda poco tiempo la locura adquiere un poco más de cordura. Para nuestra suerte desde el momento en que llegamos, comienza una fuerte lluvia. Pasamos la noche bebiendo y riendo; todo ante las velas, puesto que la las luces artificiales poco resiste en las tormentas.

Vamos a dormir y el golpeteo de las gotas nos arrulla a la mitad de la noche. Me despierto por primera vez en meses con algo que no es un malestar interno.

—Christopher. —dice en un tono agonizante Helena. —Algo anda mal.

Siento un líquido pegado a mi pierna. Bajo la mano inconscientemente, es espeso. Saco los dedos de entre las sábanas y veo un color intenso relucir ante la luz del faro que entra por nuestra ventana. Es una cálida sensación. El resplandor sólo me da tiempo suficiente, un destello, el brillo de una capa negra en mi mano. El faro ilumina de nuevo, el color rojo brilla en mis manos, en las sábanas. Alzo los cobertores y resplandece en las piernas de Helena.

Grito el nombre de Helena, el de mi hermano, el de mi cuñada. Grito mientras sostengo la cabeza de mi esposa en mis manos, manchando sus hermosos caireles. La intento mover y el dolor casi la hace desvanecerse. Llamo enseguida al mejor amigo de mi padre y nuestro doctor de cabecera.

Su cuestionario me atemoriza. Nos dice que no la movamos, es una situación *delicada*. Él está demasiado lejos y con la tormenta les tomaría horas a él o a la ambulancia llegar. El faro muestra mi rostro aterrado por unos momentos y un rayo alumbró momentos después el de mi hermano y mi cuñada.

El hombre que hace tantos años asistió a mi madre en el parto nos comunica con una partera que vive cerca de la cabaña. Mi voz entrecortada le ruega por ayuda. La escucho cambiar su tono de somnoliento a activo en un segundo. El único problema es que no tiene como llegar a nosotros.

Mi hermano sale enseguida por ella. Mi cuñada y yo seguimos paso a paso las indicaciones telefónicas del doctor para ayudar a Helena lo más que podamos. Prendemos velas, hervimos agua, sacamos más sábanas y papel de baño para limpiar las piernas de Helena.

Orbito alrededor de mi amada. Mi cuñada toma mi mano para evitar que siga temblando. La luz cae en mi rostro. Mis ojos oscurecidos en penas relucen, son obsidianas recién pulidas, esferas sin fulgor. Los gritos de Helena silencian el ronco canto de la tormenta y los rayos.

Mi hermano abre la puerta de golpe y detrás de él entra la partera acelerada, quien se coloca un cubre bocas y una bata. Corre al cuarto de

donde provienen los gritos. Pide una silla y que acerquemos a Helena al filo de la cama. Grita por su maleta.

El brillo de los instrumentos denota a simple vista la esterilización realizada por la partera mientras esperaba la llegada de mi hermano. Sus manos se cierran, las lava en una de las cubetas llenas de agua hervida y analiza la situación al colocarse un par de guantes azulados.

Le da a mi hermano una lámpara. Mi cuñada y yo intentamos apaciguar a Helena, quien toma mis dedos y los presiona con una fuerza que ignoraba en ella. La contracción en su vientre le da a sus palabras un tono parecido a un sollozo.

Helena me mira con lágrimas en los ojos y no puedo más que repetirle desesperado:

—Todo está bien. —no tanto a sabiendas de ello si no con el deseo y la plegaría que así sea.

Destella cerca de nosotros una luz morada y nos ciega. Un segundo después se escucha un crujido siniestro en la tierra. A pesar de la fuerza con la que las gotas atacan el techo, logramos oír como si un asteroide se estrellara. El faro se da por vencido y deja de alumbrar el cuarto. Ahora sólo los relámpagos, las velas y la linterna que carga mi hermano alumbran el camino para que mi hija se una a su familia.

Mi mano pierde la sensibilidad durante el parto. Nuestros rostros son astros en espiral alrededor de Helena, intentando brindar palabras que la ayuden en su lucha. Helena grita y me mira con odio al apretar sus dientes y exhalar con una severa angustia. La partera sigue diciéndole que respire profundo y que incremente la presión hasta que Helena, irritada, explota:

—¡Ya sé que hacer!

Helena está bañada en sudor hirviendo, sus ojos irritados por el cansancio, su pelo enmarañado y teñido de escarlata. Los guantes azules de la partera se cubren con galantes vestidos rojos. La cera de las velas gotea en el piso y los muebles. Una a una se consumen las flamas. Sólo la lámpara en manos de mi hermano sigue iluminando la habitación. La luz artificial y la brillante alma de los rayos.

Al poco tiempo se escucha en medio de la tormenta una nota hermosa. La galaxia se detiene. Helena suspira sonriente. Se aferra al colchón y sus gritos culminan con el llanto de clarín de nuestra hija. Beso el rostro de Helena y lamo de mis labios la sal de sus lágrimas y sudor. Se cobija en mi hombro, nuestros ojos se abren ante el resplandor celestial de aquella niña cubierta en

sangre.

La partera toma a la recién nacida y se la lleva. Helena protesta arduamente y al fin suelta mi mano sólo para estrechar las suyas implorando ver a su hija. Al poco tiempo la matrona se acerca con una bebé limpia que deposita en nuestros brazos.

Los músculos de Helena al fin ceden. Se deja caer sobre la cama como si la gravedad hubiera aumentado. Le digo que la amo y sólo puede tratar de recobrar el aliento. La tomo del brazo con la mano izquierda e intento cerrar mi mano derecha entumida.

Los ojos de nuestra hija se abren y muestran un color miel brillante que absorbe la nebulosa habitación y refleja sus colores. Le besamos la frente. Los dedos de mi esposa recorren el pecho de la bebé y una sonrisa que Helena había perdido desde el momento en que me desmaye en aquella fiesta, que parece años luz atrás, regresa a su rostro.

—Gracias, Christopher.

—Tú me diste una vida, soy yo quien te debe agradecer.

—¿Mi sobrina ya tiene nombre? —pregunta mi cuñada.

Habíamos estado aplazando este momento, era difícil elegir una palabra para nuestra hija: Emma, Helena como su madre, Rosa, Lilia, Teresa como mi madre. Ninguno de los nombres parece materializar la majestuosidad representa por ella. Habíamos buscado en libros las letras perfectas: un significado audaz. Un nombre como un testimonio de aquella persona, fruto del amor eterno. Una niña que siempre será cuidada por su padre, será testigo y símbolo de que el amor puede cruzar las barreras humanas. Ni la vida ni la muerte detendrán aquella emoción intangible de la cual todo somos víctimas.

—Sí. —dice Helena sin quitarle los ojos de encima a nuestra hija. — Nicole. —Me mira con amor. —¿Te gusta?

—Sí. —Nicole Astiti Leclair. Nicole. Nuestra hija, nuestra vida.

La partera mira por la ventana hacia el faro.

—Una centella golpeó el faro cuando nació la pequeña Nicole. —nos da una mirada de oráculo y agrega. —Será una niña con suerte.

Suerte. Repito en un murmullo y con un escalofrío acariciando mi cuello.

Al regresar a casa, nuestra familia va a saludar a Nicole. Le regalan vestidos y globos. El lugar se atasca de risas, bromas, lisonjas y un poco de champaña. Las horas pasan y nuestras mejillas se enrojecen gracias al gozo y nos hace olvidar los reproches de la vida. Los párpados de Helena bajan y los visitantes comienzan a partir. Me encuentro sentado de lado derecho de Helena

y me levanto para despedir a nuestra familia. Cuando estoy a punto de alejarme de la cama, ella me toma del brazo con fuerza:

—¿Encantamiento o maleficio?

Sonríó mostrando todos los dientes.

—Encantamiento, Helena.

Esta vez no hay duda alguna del placer ocasionado por nuestra hija. Beso la contra palma de su mano y Helena deja escapar un suspiro de amor en el espacio. Nicole me enamoró en un segundo, a mí que soy de corazón tan lento.

21 Nicole

Timy sonrió mostrando todos los dientes y dijo:

—El amor ha muerto. ¿Qué pasó con los grandes amantes? Esos que tenían historias mágicas y eran capaces de todo por amor.

—Eso sigue pasando. —Recordé la feria encendida bajo la noche. —Esos amantes siguen existiendo.

—Claro que no. Los enamorados hacen detalles minúsculos como llevar a su pareja a cenar un restaurante lujoso, siempre con necesidad de probar con dinero que amas a alguien. Es triste, pero acciones como iluminar el cielo por quien amas, las del hombre que construyó el Taj Majal para su esposa, Paris condenó a Troya por su amor a Helena, Romeo y Julieta escaparon juntos a pesar de dejar a ambas familias destruidas, esas pruebas de amor ya no existen.

—Hay quienes todavía iluminan el cielo por amor.

—Hum... ¿Tú crees? ¿Te sientes tan amada como debió sentirse Helena de Troya? La gente solía tratar de alcanzar las estrellas, ahora las compran y las regalan con certificados. Dime si intentar construir una torre tan alta como el cielo no es más romántico que una hoja de papel con un nombre.

—Todas esas historias son de gente rica o de la nobleza, Timy.

—¿No lo ves? El mundo perdió su magia, la gente ya no cree en el amor. Hay un cuento, el de Orihime y Hikoboshi, donde las grullas construyen un puente en el lago para que puedan besarse, nadie cree que eso sea real. Hicimos que las historias de amor se volvieran solo leyendas.

—El amor es una enfermedad, tal vez sólo desarrollamos anticuerpos, pero nos amamos igual que antes.

—No es una enfermedad. —Timy rascó su cabeza y estiró la mano para alcanzar su cerveza.

—Por supuesto. —Tenía que alzar un poco mi voz para poder darme a escuchar entre el barullo y la música. —Mira, por definición una enfermedad es una alteración de la salud o una anormalidad en el funcionamiento de algo.

Timy se había inclinado para escucharme mejor y dejó salir una carcajada.

—Supongo que el amor es una anormalidad si nunca lo has sentido, pero desde el momento en que te toca se siente como la cosa más normal del

mundo. Uno se llega a preguntar si no es anormal el que exista alguien que no esté enamorado.

—Me refiero a que si tomamos a nuestro objeto de estudio, digamos... Tú. Te comportas de una manera, incluso actúas distinto cuando no estás enamorado, además estudios comprobaron que las defensas inmunológicas bajan cuando se sufre de un corazón roto.

—No sabría decírtelo, pero apostaría mi vida a que también suben cuando un amor es correspondido.

—Pero está afectando el sistema inmunológico.

—Hum... Después de una borrachera nuestras defensas también bajan. No veo gente diciendo que una noche de copas sean una enfermedad.

—No es el alcohol lo que te baja las defensas, es la deshidratación y la falta de sueño.

—Así como no es el amor lo que te enferma, es el corazón roto; por lo tanto la enfermedad sería la tristeza, no el amor.

—No todas las tristezas actúan de la misma manera, la tristeza por un corazón roto suelta una serie de mensajes en el cerebro que disminuye la producción de encimas, entre otras cosas, que privan al cuerpo de un estado sano. El amor afecta directamente nuestro sistema, engaña al cerebro. En ocasiones puede tener efectos positivos, pero seguimos estando a menester de una fuerza externa. El amor acaba por decidir si tu salud será buena o mala. Además es producido por un agente externo: alguien que viste, alguien que se te acercó. Ese agente externo altera las partes esenciales de tu funcionamiento como organismo, te está contagiando.

—¿Has estado enamorada, Nicole?

—Lo estoy en estos momentos.

—¿En verdad? ¿Estás enferma de amor?

—Así es.

—Si en este instante realizo... yo qué sé, una investigación con tu sangre o tu baba, lo que sea. ¿En los estudios saldría tu *enamoramiento*?

—¿Baba? Eres muy raro, pero sí, dependiendo la clase de estudio aparecerían los químicos que mi cerebro suelta por estarlo.

—¡Extraña!

A lo lejos vi una figura conocida de chaleco y barbilla delgada. Bobby y su nuevo novio se acercaron a la mesa. Me levanté de un salto.

—¡Extraño! —dije sin tanta efusión como él.

No le había dicho a nadie de mi reencuentro con Timy en la fiesta del día

anterior. Liz haría demasiadas preguntas moralistas y Sara intentaría psicoanalizarme.

—Él es... un amigo de la infancia.

Bobby parecía extrañado. Me preguntó cuándo llegaba Alex y al poco tiempo se despidió diciendo:

—Nos vemos mañana, extraña.

En cuanto Bobby desapareció, Timy, quien se había quedado en silencio, se dejó caer en el respaldo del asiento y mordió uno de sus nudillos antes de alzar la mano y pedir la cuenta.

—¿Ya te vas?

—Quiero mostrarte algo.

La mesera se acercó, le dio a Timy la cuenta y una mirada coqueta. Alcancé a ver sus uñas rojas y el nombre *Elí* detrás del ticket con unos cuantos números debajo. Cerré los ojos, meneé la cabeza e intenté dejar el recuerdo del barniz carmesí diluirse en mi mente.

Nos escabullimos entre el bullicio y los cuerpos sudorosos emanando a borrachera. Al salir del bar la atmósfera cambió brutalmente. El sonido se apagó de golpe y sólo un murmullo logró salir por la puerta. El atardecer se acercaba. El olor a botanas baratas y alcohol se difuminó y el aroma a humedad y tierra cosquilló mi nariz; el presagio de la lluvia.

Timy caminó y guardó en su chaqueta el papel con el teléfono de la mesera. A tientas buscó en sus bolsillos su cajetilla de cigarros Lucky Strike. El color blanco y el símbolo rojo de la caja de inmediato me trajeron a la mente a Alex. Timy sacó un encendedor de plástico y prendió su cigarro.

Volteó la mirada y mientras dejó el primer jalón del tabaco llenar sus pulmones hizo un gesto preguntando si quería uno. Tomé un cigarro y Timy acercó la flama haciendo una barrera con sus manos y cobijó el fuego del aire.

—¿A dónde vamos? —Jalé las puntas de mi suéter para cubrirme de la brisa que traía consigo nubes grises y crucé los brazos para sentirme un poco más cálida.

—Al cementerio del atardecer.

Hice una mueca de espanto. Los cementerios me daban una sensación siniestra y la noche ya se había posado sobre las casa de piedra del pueblo. Si no me gustaba acercarme a las tumbas de día menos en la oscuridad. Traté de decirle a Timy que ya era tarde y debía regresar a casa. Él me aclaró que no íbamos a entrar al cementerio, iríamos a la biblioteca de junto, la cual tiene un parque de esculturas y un área de poda artística nombrada: *El cementerio del*

atardecer.

Nos movimos por las calles pedregosas bajo el plenilunio anaranjado. Los focos en las paredes y los faroles de las calles se encendieron.

—¿Recuerdas la vez que te besé? —Dejó salir una delgada línea de humo que aumentaba en diámetro entre más lejos estaba de sus labios.

—Fuimos novios. Nos besamos un par de veces.

—Me refiero a la primera vez, cuando éramos chiquitos.

El recuerdo apareció de golpe. La madre de Liz besando al papá de Timy, mi primer beso, el juego en forma de barco, un chico eclipsando el sol y empujándome, Timy saltando y mordiéndole y llegando con papeles mojados para curarme las heridas debajo de una mesa.

—Recuerdo cómo saliste corriendo atemorizado después de hacerlo.

Timy carraspeó, casi ahogándose con el humo del tabaco. Apagó su cigarrillo con la suela de su zapato y dio unos cuantos pasos para depositar la colilla en el basurero.

—¿Puedes culparme? Estaba jodidamente nervioso. Eras *Nicole*, la más linda de la escuela. No sé ni de donde saqué el valor para hacerlo.

—¿Por qué lo hiciste? Nunca me dijiste.

Me miró de reojo y una sombra roja se apoderó de sus cachetes.

—¿Qué te digo? Me gustabas.

—Me refiero al momento. —Me doblé de la risa. —¿Por qué ese día en específico?

—¡Ah!;Qué pena! —escondió su pena en su mano y disimuló el bochorno. Miró al cielo, la luna reflejada en sus pupilas cafés. —Mi madre me acababa de decir que el amor a veces es ciego, pero que si es real hay que luchar por él y no dejarlo ir. Cuando me lo dijo lo primero que pensé fue... —Se quedó callado un momento y escondió la mirada.

—Na, no importa.

—Anda, dime.

—Hum... Fue hace muchísimos años.

—Por eso mismo no te debería de dar pena.

—¿Ubicas cómo imaginas mil historias en tu cabeza cuando conoces a alguien? Bueno siempre te imaginé a ti, no sé. Ni siquiera sabía realmente qué imaginaba sólo sabía que estabas tú y yo y se sentía... Adecuado. Era extraño, cuando me dijo eso lo primero que hice fue pensar en ti, quería... Dártelo a entender. La verdad ya ni me acuerdo.

Nos quedamos un segundo en silencio nuevamente y le sonreí escondiendo

mis dientes.

—Estaba bien chiquito. Incluso cuando nos fuimos de la ciudad me despedí de las paredes de mi cuarto y del árbol que crecía torcido en el parque. ¿Todavía está?

Asentí con el silencio siendo cómplice de mis pensamientos. Nuestros pasos eran el único ruido en las calles.

—Esperé tus cartas. —Me detuve. —Marqué a tu teléfono un millón de veces y nunca volví a saber nada de ti. Pensé que tu papá los había matado, cualquier cosa que me hiciera entender tu silencio. ¿Cómo es que regresaste?

Timy paró en seco y su vista dirigida al suelo.

—Nunca nos fuimos. —su rostro perdió su gesto apacible y ese rubor carmesí en sus mejillas palideció durante un segundo.

—¿Estuviste aquí todo este tiempo? —la herida en mi pecho se abrió. —
¿Todo el tiempo, Timy? ¿A dos horas de mí y jamás me hablaste? Nada.

Timy se acercó y olí el penetrante aroma a cigarrillo, cerveza y una pizca de jazmín proporcionada por el chicle que había sacado y ahora mascaba. Era embriagador.

El aroma me llevó a otro momento de mi vida y se mezcló con el reproche que tenía hacia él.

Sus ojos eran profundos, dos estrellas en el cielo. La luz reflejó en ellos su color verdadero. Veía en ellos risas y alegría, veía en ellos amor y pasión, tristeza y soledad. Sus labios se secaron. Timy miró mi dedo anular de reojo y dio un paso atrás.

Su mirar solía decir mil cosas. Siempre fue así y a pesar del tiempo yo no perdí la habilidad para leer esas miradas como si fueran cartas antiguas.

¿Quién era él? Me dejó y me apartó completamente de su vida, cortó toda comunicación conmigo y a pesar de poder hacer algo al respecto jamás lo hizo.

Timy tomó aliento antes de decir algo: era importante. Su trago de valentía como siempre. Su mirada cambió de mis ojos a su bolsillo.

¿Acaso pensaba en la mesera? No era fea, al contrario tenía una de esas caras de envidiable simpleza, un prognatismo embellecedor resaltaba su nariz y las pecas cafés a la orilla de sus ojos verdes. ¿Pensaba en ella? ¿En qué *tal vez*? *Sí, tal vez esa chica linda podría ser la ideal*. Seguramente Timy había coqueteado con ella unas cuantas noches y ella al fin se había animado a dejarle su número en la cuenta debido a mi presencia.

Los parpados de Timy titubearon. ¿Realmente era una historia de amor

envidiable, Timy? ¿Una historia digna de contar como lo fue la nuestra?

Habíamos compartido el primer beso de nuestras vidas hace tantos años. Nunca lo olvidé y de todas las noches, nos fuimos a encontrarnos a pocos días de mi boda. ¿Por qué se veía en su mirar todo ese amor? A caso era la culpa por haberme dejado. ¿Por qué jamás escribió si me veía de esa manera aquella noche?

Tragó su valor como lo había hecho hacía tantos años atrás, pero esta vez no fue para darme un beso, fue para evitar hacerlo. Sentí una atmósfera extraña alrededor y también me moví hacia atrás. ¿Cuánto tiempo habíamos estado mirándonos?

Timy recuperó la postura y retomó la conversación como si nada hubiera pasado. Un velo surgió entre nosotros, ambos con deseo de quitarlo, de quemarlo y tocarnos como hace tanto tiempo; ambos sabiendo que era imposible. Lo odio. Lo odio tanto.

—Fred nunca llegó por nosotros. —Hizo una mueca de dolor oculto. —Según él ya tenía los boletos de avión, lo habían ascendido y mandado a Irlanda donde le iban a dar una casa nueva. Vendió la casa y salió a “arreglar” unas cosas de la chamba y nos dijo que nos vería en el aeropuerto. El bastardo estaba hundido en deudas por las apuestas. Desapareció con todo el dinero. Nos tomó diez horas asimilar que nunca iba a regresar. Mi mamá le marcó... y le marcó. Nada. Llamamos a la policía por miedo de que algo le hubiera pasado y nadie sabía nada de él. Llamamos a su jefe; lo había despedido hacía dos meses. Nos dejó solos, sin un centavo más que lo que tenía ahorrado mi madre y sirvió para viajar a casa de mi hermana mayor en este pueblo. Nos abandonó como si fuéramos una camada de cachorros que ya no quería.

—¿Y nunca lo has vuelto a ver?

—¿Para qué? Se fue y nosotros no lo queremos de regreso, bien podría morir y nuestras vidas serían igual de felices. Maldito cobarde.

Bajé la cabeza sin saber que decir. La imagen de mi padre regresó a mi mente como un relámpago y meneé la cabeza para sacarlo de ahí. El silencio se apoderó de la caminata. Por un largo tramo de la estrecha calle me dediqué a admirar las tapias antiguas de los muros y los sobradillos de las ventanas cerradas.

Al llegar a una bipartición, fuimos a la derecha. La luz en la calle me intrigó, era como si la oscuridad no existiera y la flama del sol no se hubiera extinto. Pasamos junto al cementerio y mi corazón no paró de palpar

aceleradamente. Se posó en mí una extraña sensación. Cada lápida en ese parque de muertos era una historia que mi mente imaginaba. Cada una contiene una leyenda graba en los huesos debajo de la tierra, cada esqueleto dejó algo detrás: un amante, un amor, una hija.

Caminamos hasta olvidarnos de esa sensación. Una reja de hierro se interpuso entre nosotros y el verde y calmado lugar junto a la necrópolis.

Timy sacó de su bolsillo un manojito de llaves y abrió el candado dorado colgando de una cadena gruesa atado a las puertas. Alzó el conjunto de eslabones y entreabrió la entrada.

Al notar mi inseguridad, Timy me hizo saber que trabajaba ahí. Cruzamos el umbral al jardín de la biblioteca y nos movimos por un camino resguardado por siluetas.

Los arbustos cortados como animales parecían seguirnos con la mirada. Era un sitio lúgubre; la luna tenía ese poder de hacer brillar los miedos durante la noche. Timy se movió relajado, su palma acarició las siluetas verdes de los arbustos, tirando al suelo las hojas sueltas de las estatuas naturales.

Viramos a la derecha y en medio de los árboles surgió una escultura de mármol de una mujer arrodillada con la boca abierta en una mueca de dolor y en sus brazos reposaba un hombre. El artista había dedicado tiempo incluso en esculpir unas cuantas lágrimas bajando de los ojos de la dama, inmovilizándolas en sus mejillas eternamente. La mujer tenía ambos brazos extendidos al frente; el vestido estaba pegado a su cuerpo dejando ver su ondulada figura y el volante de la vestimenta ondeaba detrás de ella como si una ráfaga de aire le golpeará de frente. En sus brazos el hombre yacía en un arco, su cabeza caída hacia atrás con los ojos cerrados. Una de sus manos estaba en su estómago y la otra caía inerte a su lado izquierdo. Sus dedos entreabiertos simulaban el momento exacto cuando el brazo resbaló al momento de su muerte. En la base de la estructura había un letrero:

La dama que murió de amor.

R. N. Belovebás

Vi los ojos marmoleados de la mujer, abiertos mirando hacia al cielo. Parecía estar quejándose ante dios por la muerte de su amante.

—La dama de mármol del pueblo. —Timy se paró a mi lado y suspiro.

— ¿Cómo es que nunca la había visto?

—Teniendo un monumento como la biblioteca enfrente, la gente se olvida de caminar por el jardín y encontrar lo que se esconde entre los árboles.

Seguí mirando a la mujer, no entendía por qué la estatua se titulaba *La dama que murió de amor* si quien estaba muerto era el hombre.

—La esculpió Roxanne de Neuville. Durante la guerra los ejércitos venían a saquear la ciudad, violaban a las mujeres y mataban a los hombres que intentaban defenderlas. Adelita Margerian, era la mujer más hermosa que se hubiera visto, *su cabello dibuja su silueta cuando llega el alba como una divinidad terrenal*. Su esposo temía por la seguridad de Adelita y cavó un hoyo justo aquí; así cuando los soldados llegaban, los pueblerinos escondían a las mujeres y soportaban torturas y golpizas mientras las buscaban, pero ningún hombre del pueblo cedió. Al esposo de Adelita se lo llevaron a trabajar en el desierto, logró escapar y regresó con su amada. Al mes lo volvieron a capturar y escapó al poco tiempo. Cuando los soldados llegaron nuevamente, antes de dejar que Adelita entrara en el hoyo, él le dijo que no creía lograr escapar un tercera vez. Fue una de las víctimas de la guerra y el corazón de Adelita se rompió en mil pedazos esperando su llegada. La guerra terminó con tantos muertos, la mayoría de ellos irreconocibles. Se hizo el monumento al soldado desconocido en muchas ciudades, pero en este pueblo... se sabía quién faltaba. Adelita quería ver a su esposo, soñaba con su regreso y lo esperó. Se metía en el agujero que él cavó porque para ella la guerra no había finalizado. A las tres semanas murió. Era joven y estaba sana, ningún médico supo la causa de muerte, los poetas sí, Adelita Margerian había muerto de amor.

Volví a mirar los ojos marmoleados de la mujer y, aunque estaban ausentes de pupilas, había melancolía en ellos. Todo aquel que ha perdido a un ser amado sabrá el significado inaudito de esa emoción capturada en mármol por la artista. Ese momento congelado en la eternidad, esa mirada petrificada, ausente, dolida y funesta. Si pudiera colocar mi corazón en una cámara y dejarlo ver como un carrete de película antigua: vería un atardecer repleto de humo y fuego. Vería mi libro favorito —obra de mi padre— siendo devorado por el fuego de una fogata y un corazón cayendo de un millonésimo piso a altas velocidades para llegar al suelo pedregoso y detenerse súbitamente antes de desparramarse como una fruta rancia y liberal todo la sangre en un charco sin estética. ¿Qué pasa cuando una fuerza imparable choca contra un objeto inamovible?

Respiré profundamente. Uno de esos respiros que damos al despertar de un

sueño.

—Qué horror.

Pensé en una frase escrita por mi padre en una de sus cartas: *Hay tantas historias de amor y tan diferentes, pero todas son eternas.*

—Lo que no entiendo es por qué me traes a este lugar si es la prueba en mármol de que el amor mata.

—¿Crees que Adelita hubiera muerto si su marido hubiera regresado a casa después de la guerra? ¿Si el mundo los hubiera dejado amarse?

Incliné la cabeza.

—Probablemente se enfermó por meterse en un hoyo durante un mes.

—¿Hubiera muerto en un mes? —Timy se acercó dejando que su aroma llegara a mi nariz.

Mordí mi labio y negué con la cabeza.

—El amor no la mató, fue la tristeza de no poder estar con su amado, fue el desamor. El amor es la cura, no la enfermedad, y si la tomas lo suficiente, quién sabe, tal vez puedas vivir para siempre.

—Defiendes demasiado el amor para un chico que olvidó a su primer amor en un instante.

22 Christopher

Julio. Una tarde cercana a una fiesta del pueblo, El día del beso robado. En Amenti ha cobrado una importancia inimaginable por lo que los universitarios se comenzaron a reunir en el centro a festejar el día, proclamando su libertad para elegir parejas. Fue hace mucho tiempo y una manera de nuestro pueblo de lidiar con los matrimonios por conveniencia.

Nicole ya cuenta con la hermosa e inocente edad de un año. Nos sentamos en la sala frente al recuadro negro que los rayos catódicos golpean para generar imágenes nítidas. Ver el noticiero donde Helena es redactora, se convierte en un placer y ritual para nosotros. Me siento con mi dolor en la alfombra y recargo la espalda en el sofá pues mi elasticidad me priva de sentarme en el suelo con las piernas cruzadas cual moje taoísta, de intentarlo caería lentamente hacia atrás y quedaría como un escarabajo. Nicole en cambio se acomoda frente a mí sin el menor problema. Se divierte con figuras de madera y plástico y se levanta trabajosamente para traer más juguetes, a veces cae de boca y golpea contra los cojines que preventivamente coloco en el suelo.

La imagen del noticiero da comienzo y en la televisión aparece un hombre robusto de mirar cansado y maquillaje recién colocado en las mejillas. Toma un par de hojas y su soliloquio da comienzo con la noticia: la fiesta que se avecinaba será la última vez que veremos fuegos artificiales. Al parecer aceptaron una ley de protección ambiental para proteger al mismo humano quien se precipita a terminar con el único lugar donde puede existir.

—A partir del 6 de julio será ilegal cualquier uso de pirotecnia o cualquier utensilio explosivo a base de pólvora para entretener. Cualquier persona que se encuentre en posesión de uno de estos enfrentará grandes multas e incluso podrá ser llevado a un juzgado para determinar si tendrá que pasar un tiempo en la cárcel. ¿Cómo lo ven? A continuación si...

Miro a mi hija con tristeza. Sé que la protección de la naturaleza es importante, pero mi corazón se torna pesado al pensar que ella nunca verá la belleza de una lluvia de fuegos artificiales. Los colores cambiando con majestuosidad. Las estrellas detrás sintiendo envidia pues los ojos de la gente no las miran. Es una colorida noche, el cielo nocturno pintado por pincel del

dibujante más vivaracho.

A las 7:00, Helena llega a casa con la espalda cansada y una mueca de hartazgo. Por la noche, leemos a Nicole para que duerma, le besamos la frente antes de salir y dejar la habitación a hurtadillas, cómo un ladrón en un mundo inverso que busca no robar el sueño.

En la obscuridad de nuestra alcoba decidimos ir al centro de Amenti a la celebración del día del beso robado. El último respiro de los fuegos artificiales. La última vez que luces químicas con olor a pólvora explotaran en el cielo.

El día que ansiábamos en el calendario llega tan rápido como termina. Son las 9:00 de la mañana y el parque en el centro se encuentra habitado por deseosos observadores. Colocamos un mantel en el suelo y nos sentamos con una canasta repleta de comida que había preparado para los sencillos paladares de las mujeres más bellas de esta noche.

Quedan cuatro horas, 30 minutos y 45 segundos en el reloj para que el primer destello de luces coloridas surja detrás de los edificios y las bellas catedrales que remontan a tiempos antiguos y con más sueños, por lo menos con más soñadores.

Bebemos vino y Nicole, con su vestido verde, brinda con un vaso de plástico hasta el tope de jugo de manzana. Reímos, platicamos y cantamos. Si mis sueños fueran tan hermosos y vívidos, habría vivido realmente dos vidas.

El parque se llena de personajes ataviados de manera llana; arriban y gozan con sus familias en el pasto. Una niña pelirroja corre de la mano de un niño entre la multitud de personas en ropas de gala quienes caminan en grandes masas a los restaurantes aledaños al centro. Helena y Nicole van a aquellas casetas azules que cumplen la función de baños.

Una voz resuena en la plaza del centro y comienza un conteo semejante al de los vuelos al espacio. Las luces se apagan. Busco alrededor presionado. Me atormenta el pensar que no veré los fuegos artificiales junto a Helena y Nicole. La línea de sudor que desliza por mi columna, encrespa los vellos detrás de mí cuello. Es un momento mágico y no quiero vivirlo solo.

La voz en los altavoces se acerca al final de su recorrido, el cohete está a punto de despegar, el cielo a segundos de iluminarse, los amantes a punto de besarse.

Unas pisadas, cuyo recuerdo hace vibrar mi corazón, se acercan sigilosas. Un silencio exalta a los espectadores, se escuchan aplausos. El roce de los labios de amantes me rodea. Un chiflido crece y toca la punta del cielo.

Mi vista oscurece bajo las manos de Helena y en mis oídos retumba un susurro:

—Eres el amor de mi vida, mi escritor de amores inconclusos.

Un tronido percedero en el aire y un beso eterno en la tierra. Abro los ojos y veo las piezas de mi corazón bajo luces escarlatas. Una serie de explosiones revientan en la oscuridad. Sonoras resonancia de colores parpadean. El cielo nocturno se pinta de rojo, de morado, de azul, verde, fucsia, naranja y amarillo.

Esta es una noche que jamás se vivirá. El cielo brillará antes de que la luna levante su sonrisa y regresará a su hogar, enojada por no haber sido vista aquella noche, pues todas las miradas estarán puestas en los fuegos artificiales.

Nicole mira al cielo y su risa baña mis tímpanos con su tono fantasioso e inocente. No hay silencio, el ruido es ensordecedor. Mis oídos arden. Sangre invisible ahoga mi mente.

Hidróxido, cloruro y estroncio, los labios de Helena dicen amarme.

Bario y cloruro, Nicole cabalga mis hombros una última vez.

De sodio será el testamento que les deje.

Una noche iluminada. He vivido tanto y tengo tanto miedo de no hacerlo mañana.

23 Nicole

Desperté a la mañana siguiente con el usual ardor en los ojos por culpa del desvelo. La noche anterior terminó cuando Timy me acompañó a casa y nos quedamos sentados en la banqueta platicando durante horas. Me sentía culpable. Pensé que al volver a verlo saldrían a flote todos los sentimientos de enojo por el pasado; al parecer había sido hace tanto tiempo y la vida de ambos había cambiado tanto que no importaba. Era historia antigua y el pasado no debe afectar las decisiones del presente. Miré mi teléfono: 7 llamadas perdidas de Alex.

La primera sensación, fue el miedo de que algo malo hubiera pasado.

Ring.

La línea sonó. Las bolsas moradas bajo mis ojos me delataban.

Ring.

Respiré para tranquilizarme e inconscientemente comencé a aplicar presión con la uña de mi pulgar sobre la de mi dedo medio generando un leve y relajante chasquido.

Ring.

—¿Bueno? —respondió la voz de Alex a kilómetros de distancia.

El murmullo de distintos idiomas y una voz femenina hablando en francés por un megáfono evocaron en mi mente un aeropuerto.

Apresurada, ni siquiera me di la molestia de las frivolidades llamada decencia telefónica.

—¿Todo bien?

La voz de Alex cambió súbitamente de su tono alegre habitual a uno cortante. Su vuelo estaba demorado. Llegaría hasta el día siguiente debido a una tormenta tropical que atacó la playa donde realizó su conferencia. Se disculpó esperando un alboroto de su futura esposa y, para la sorpresa de ambos, respondí con una amable voz diciéndole que no había problema. El ensayo de la boda era hasta mañana por la noche y se contempló un espacio de tiempo por cualquier imprevisto.

—Y pensar que todo el mundo habla de las novias frenéticas por el estrés pre-boda, ¿eh? Te juro imagine que nos pelearíamos e iba a llegar a encontrarme una novia enfurecida. Eres la mujer más especial que he

conocido, Nicole. No puedo esperar para verte.

Cerré los ojos y aceleré el chasquido de mis uñas. No tenía por qué cargar con esta culpa. No había pasado nada. El día anterior sólo fue una plática entre amigos antiguos. *Estrés pre boda*. Sí, eso era. Sólo el estrés de una novia. Amaba a Alex como a ningún otro hombre. Por supuesto tenía temor a estar con él por el resto de mi vida pero: ¿No es así como se sienten todos antes de casarse? Mis dedos pararon y el constante chasquido de mis uñas se silenció.

La pesada carga en mis hombros desapareció. Era Alex, por supuesto que era él, siempre lo había sido y después de la boda lo sería por siempre.

—No puedo esperar a ser tu esposa.

Hubo silencio y la voz femenina dijo una serie de palabras tanto desconocidas para mí como perdidas en el barullo del otro lado de la línea.

—Nos están llamando, parece que llegaré mañana por la tarde. Te amo.

—Te amo.

Todo estaba bien, lamentaba que Alex se hubiera perdido la fiesta de máscaras, pero llegaría a tiempo para el ensayo. Estaba nerviosa porque algo más saliera mal en la boda; que las flores se incendiaran o el catering nunca llegara. Meneaba la cabeza cada cuarto de hora para sacar de mi mente cada idea nueva e imposible de un terrible accidente arruinando la ceremonia.

Todo saldría bien, estaba segura de ello; un tanto insegura de que cayera un meteorito en la catedral, de pensar en mis zapatillas derritiéndose durante la noche o mi vestido encogiéndose en su gancho. Respiré.

Por la tarde, después de haberme tomado un café con Bobby, las chicas y los novios de él y Sara, regresé a casa y encontré a Timy sentado en la banquetta.

—¿Una cerveza? Bueno yo una cerveza, tú un ron.

—No debería.

—Es algo inocente, sólo dos antiguos amigos platicando en un bar.

—Te podría aceptar mejor un whiskey.

Eli, la mesera de la noche anterior, no estaba atendiendo las mesas, todavía vacías por el horario. El tiempo se esfumó entre la plática. El bar se llenó, los vasos se apilaron, la música cambió de género hasta que pedí la cuenta y salimos. Caminamos por las calles, alumbrados por el atardecer.

—Hay más ruido que de costumbre en las calles. —dije.

—*La noche del ruiseñor herido*. En el centro se hace un espectáculo, pero si vamos ahora solamente veremos cabezas moverse. Toda la gente va para

allá. ¿Qué no has vivido aquí dos años y cacho?

—Salgo del hospital a dormir o a estudiar. De vez en cuando como cerca de mi casa. Es la primera vez que realmente *vivo* en el pueblo. ¿Qué celebran?

—Hum... Hace 350 años hubo un derrumbe en las minas de Oráiste, están justo en medio de un bosque repleto de ruiseñores, los trabajadores los escuchan al trabajar. Cuando fue el derrumbe, más de la mitad de los hombres del pueblo resultaron heridos y ya no cabían en las enfermerías. Había mucho roce con la gente de Amenti por la posesión de las minas y los amoriegos aprovecharon ese momento para atacar a los pocos sobrevivientes. Antes sólo había dos trabajos en Fómhar, las mujeres eran enfermeras y los hombres mineros. El día del derrumbe una chica se dio cuenta de la lucha en las minas por culpa de un colibrí que llegó a la ventana de la enfermería, sus plumas estaba manchado con sangre. Las enfermeras se armaron con lo que pudieron encontrar y recuperaron las minas. Al día siguiente los roles se invirtieron y los hombres cuidaron a las mujeres que habían defendido Fómhar. A partir de ese día se eliminó la división de trabajo por género y Fómhar creó la Universidad Cor Meum. Dicen que antes de la prohibición de los fuegos pirotécnicos, hacían una fiesta de luces.

—Qué lástima que los prohibieran, lo entiendo, pero siempre que he visto los videos, se ve... muy hermoso.

—Es una verdadera lástima, a mi hermana le pusieron una multa exorbitante porque encontraron a sus hijos con un par de petardos.

Caminamos en silencio hasta que Timy se detuvo.

—Ya no aguanto más, tengo que preguntártelo. —Su cara enrojecida. — ¿No crees en el destino? Pudiste haber ido a cualquier lado y decidiste estudiar en el pueblo de Fómhar, donde estaba yo. Eso no es una casualidad. ¿A caso tú lo crees? Nunca voy a las fiestas de máscaras, pero me convencieron de ir a esa. ¿A quién iba a encontrar si no a ti? ¡Vamos, tienes que creer que algo de esto parece más que una coincidencia! —dijo el chico mientras se balanceaba del tubo de un farol con una mano.

Puse la mano en la cintura y lo analicé.

—Estás loco.

—Un poco. Tenemos distintos dioses tú y yo. Tú practicas cómo salvar vidas con tu ciencia y yo le hago saber la gente que la vida y la belleza no termina con la muerte con mis cuentos y podando esculturas en jardines. Existiendo tantas maneras y rituales religiosos para atar a dos personas, podríamos casarnos en nuestra propia manera. Bajo la lluvia, la naturaleza nos

unirá como hizo una vez, con un beso, con un relámpago. Qué nuestros labios nos enlacen por siempre. ¿Qué tendría que tener un hombre en esos matrimonios? Siempre me encantaron las flores, nunca he podido ver un girasol sin recordarte, ni un árbol torcido. ¿Qué tendría que llevar un hombre en la mano para proponer tal matrimonio? Tal vez un ramo. No demasiado clásico. ¿Un libro? ¿Un barco en una botella? ¿Un helado de limón con cubierta de chocolate? Algo mágico que esconda una historia dentro. Por supuesto en la boda no tendrían que arrojar arroz. ¿Qué tal fuegos artificiales? Iluminar el cielo por tu amada, vaya que esa es una gran manera de decir *te amo*. Es decir con luces que a su lado la noche no existe. Habrá vinos, bebidas de todos colores. La gente no tiene que ir de negro, que vayan coloridos, y tú, tú puedes ir con vestido amarillo o naranja y descalza... prometo no pisarte en los bailes.

Reí tratando de esconder mis nervios.

—Eres el chico más loco y extraño que conozco y por eso no podría casarme contigo.

—Hum... entonces, ¿sí quieres, pero mi locura te lo impide?

—No me *quiero* casar contigo

—¡Bah! Tus palabras dicen no, pero tus ojos no mienten.

—Alguien tiene un exceso confianza. Además llegaste unos cuantos años tarde.

La luz del sol por fin llegó a su fin y en ese preciso instante las luces alrededor de la plaza se encendieron como si despertaran con la oscuridad. Lo que era antes un callejón se transformó en un alumbrado camino. A lo lejos una banda empezó a tocar una melodía alegre. El sonido rebotó en las casas de piedra amarillenta y llegó hasta nosotros con su tonada romántica. Timy se soltó del tubo y calló de rodillas frente a mí de una manera cómica e hizo una reverencia. Estiró su mano y dijo:

—Se tiene que tenerla para poder hablar contigo. ¿Me permites esta pieza?

Mordí mi labio, la mitad de mi cara chiveada por la galantería y la otra culpable por el éxtasis del romanticismo en el que me encontraba atrapada, en este pueblo atrapado en el pasado. El romance llegó como una turba de personas empujando y me llevaron consigo, traté de escapar, me resistí, pero la música... el goce, la magia y la locura se mezclaban como un brebaje embelesador. Éramos juguetes del amor. El aroma dulzón de cerveza y vino recorrió las calles y emanó en mí un deseo de alivianar los sentidos.

Solo era un baile, nada más que eso. Un baile entre viejos amigos.

Estiré tímidamente la mano y sentí el calor de la palma de Timy, el toque eléctrico al contacto y el sentir nuestros corazones latiendo como uno solo. Se levantó y comenzamos.

Me dejé llevar por los pasos y el ritmo. Timy levantó el brazo y me dio una vuelta. Giré como bailarina en una caja de música, la caída de mi vestido se abrió con el aire y se liberó de su usual monotonía. La tonada terminó y yo acabe en sus brazos. Su cálido aliento me erizó la piel del cuello. Nos miramos por un extenso segundo.

Timy tragó saliva y se acercó. Me alejé abruptamente. Me tambaleé un poco y me quedé perpleja.

—Perdón. —murmuró Timy.

—No tienes por qué pedir disculpas. —me acomodé el cabello, no sabía qué hacer con mis manos, parecían apéndices.

—Casi te beso.

Esa palabra. Un beso. ¿Era acaso eso lo que estaba buscando? Me invadió la culpa.

—Tengo que irme.

—¡Espera! Ven. —Timy tomó mi mano y corrió por las callejuelas.

Me dejé guiar, la confusión de todo lo sucedido me carcomía y al mismo tiempo quería seguir corriendo a su lado, que me llevara a donde fuera, lejos de esa culpa.

Entramos al parque como la noche anterior. Sacó de su chamarra café el manojito de llaves y cruzamos todo el jardín hasta una escalinata de mármol. Llegamos a una puerta de hierro. La biblioteca de Fómhar. El edificio tenía cuatro torres y una cúpula dorada con cristales.

—Espérame aquí. —Timy soltó mi mano y desapareció en la penumbra.

Todo el mundo se encontraba en el centro de la ciudad festejando o en casa cenando con sus familias. Estábamos completamente solos, una soledad que no se sentía aterradora.

La entrada rechinó. El hierro tembló y se abrieron las puertas. Timy asomó su cabello alborotado y me hizo una señal para entrar. Titubeé por un momento ante la oscuridad detrás de la silueta que en algún momento fue el chiquillo ladrón de mi primer beso. Su rostro estaba iluminado por un antiguo candil que sujetaba con la mano izquierda.

Miré atrás, hacia los cantos festivos, poco a poco se expandían por las callejuelas de la ciudad. Un tumulto de nubes se acercó por el horizonte, truenos morados relampaguearon entre las fauces de algodón grisáceo

deslizándose por los cielos hasta cubrir la luna y dejar el pueblo solamente con sus luces artificiales.

Una ráfaga de aire me golpeó en la espalda empujándome a entrar. Se escucharon pisadas acercándose. La seguridad de la biblioteca. Algún trabajador se perdió de las festividades para cuidar el lugar de cualquier malandrín intentándose colar por la noche.

Di un paso y una luz se acercó a la esquina del edificio. Timy tomó mi brazo y me jaló al interior de la biblioteca.

La puerta se deslizó y cerró sin sonido alguno. El candelabro chocó en el suelo y su flama se esfumó con un delgado hilo de humo ascendiendo. Quedé tendida sobre Timy. Sólo evitando tocar su boca gracias a mis brazos que me alejaban de aquella fruta prohibida, aquel pecado que podía saborear en sus labios. Timy tenía un brazo extendido en el suelo con el cual detuvo el candelabro y una mano bajo mi espalda. Soltó mi cintura y llevó su mano a la boca indicándome silencio.

La luz atravesó la grieta debajo de la puerta. Las pisadas se acercaron y se detuvieron frente a la entrada. El guardia intentó abrir la puerta sin éxito y siguió su camino. Suspiramos y relajamos el cuerpo. Timy comenzó a reír y yo le seguí.

Nos levantamos y avanzamos entre los pasillos. Dimos vuelta por el laberinto de libreros hasta llegar a una escalinata de caracol de mármol. Llegamos al último piso y nos detuvimos ante una puerta pequeña que sólo un niño podía cruzarla sin agacharse. Timy se hincó y como un pícaro experto la abrió con la ayuda de dos clips. Después de un ligero: *clic*, ascendimos por una escalera de metal.

Era como estar detrás del telón de una obra de teatro, el estrecho pasadizo por el que nos movíamos carecía de la elegancia rodeando al resto del edificio. Los peldaños estaban cubiertos de polvo y cal. Sin darme cuenta la biblioteca se había vuelto aún más bella.

Llegamos a un techo de madera y Timy alzó una escotilla por la cual subimos a la cúpula que se veía en la fachada, la punta más alta del pueblo. A un lado y debajo de una mesa, había una caja con animales de origami. La brisa helada resopló entre las vigas curvas de oro puro y los arcos de piedra.

—Pensé que estaba hecha de cristal. —dejé escapar mi admiración al arroparme con mi suéter.

—Lo fue, el viento quebró los vidrios. —tomó mi mano y con una voz fuerte debido al rugir del aire, me dijo al oído:

—Mira la calma de la ciudad.

Las callejuelas abajo se veían diminutas, los árboles y las casas eran una maqueta creada por un gigante. La simetría de Fómhar era perfecta. En el centro había luces encendidas pero el sonido de fiesta no alcanzaba a llegar hasta el domo.

—Ahora cierra los ojos.

Sentí solamente al viento acariciar mi cuerpo y la mano de Timy entrelazarse con mis dedos. De pronto un retumbar comenzó. Estaba a punto de mirar cuando escuché a Timy decir:

—Todavía no los abras.

Las campanas a los lados de la cúpula chocaron su hierro y emitieron una vibración que me recorrió el cuerpo de pies a cabeza, mis tímpanos cosquillearon y reí.

—¡Ábrelos! —gritó.

Las campanadas seguían resonando y hacían temblar las vigas. Al fondo del pueblo se encendieron luces de colores. Una lluvia de chispas rosadas y rojas, amarillas y plateadas. Las explosiones en el cielo iluminaron nuestros rostros con colores vivos. El retumbar de los fuegos artificiales era silencioso gracias a las campanadas: el cielo se estaba dibujando a la mitad de la noche.

—Timy.

—Sé que siempre los quisiste ver, es la manera que tengo de pedirte disculpas por no regresar. Hay casi trece años de mi vida ahí, no los he dejado de juntar desde la última vez que te vi.

—¡CÁLLATE! Nunca llamaste. ¿Por qué me dejaste y no volviste si estabas tan cerca? Me tomó mucho tiempo dejar de pensar en ti, me tomó mucho tiempo asimilar que yo no había sido la razón de que nunca marcaras, de que nunca contestaras mis llamadas. Me culpé tantos años por ti.

Tomó un trago de saliva:

—Tenía miedo. Soy hijo de mi padre y un día explotaré y te haré daño. ¡Hubiera arruinado tu vida! No quería un día hacer algo de lo que me arrepentiría, aunque cada atardecer me arrepiento. Cuando llegamos aquí me senté en la banca del tren durante horas, todos los días durante tres años vi ese tren partir y pensé en si debía tomarlo, pero ya era muy tarde y no tenía cas... Soy hijo de mi padre y tú del tuyo. Tú no quieres un amor en tinta y yo solo tengo amor violento, sólo hay tinta y sangre en nuestras manos.

—¡Oh Timy! ¿Por qué fuiste tan estúpido? También había electricidad en nuestras manos. Te amaba. De haber sabido lo que te pasó no me hubiera

importado tenerte sólo en cartas. No te puedo perdonar, pensé que podía. No tienes idea de cuánto tiempo lloré, de cuantas llamadas hice, de todas las historias que me creé pensando en que te había sucedido algo terrible... que habías muerto. He tardado trece años en amar de nuevo. Y ¿tú? ¿Cuánto tiempo te tomó olvidarme y dejar de pensar en mí?

—Cuando te logre olvidar te lo haré saber, todavía siento un tirón en mi corazón cuando cae un rayo y un toque cuando nuestros corazones laten juntos.

Las campanadas terminaron y los fuegos artificiales cesaron. Todo fue calma por un momento, hasta que una luz morada iluminó las nubes. El sonido de un trueno siguió y como si el cielo se agrietará, la lluvia comenzó de golpe. Poco a poco las gotas se acercaron hasta nosotros y helaron nuestras pieles. Con un grito nos refugiamos en el centro de la cúpula, empapados.

—Mira las estrellas. —Timy limpió el exceso de agua de su cara.

—¿Qué tienen?

—No en el cielo. Mira las luces de las casas. Cada una es una historia, un pensamiento, tal vez alguien leyendo un libro. Mira las estrellas de la tierra.

Como el titilar de una estrella. —¿Cómo descubriste este lugar?

—Mi madre es la bibliotecaria y por las noches antes de irnos a casa me traía a ver las estrellas, las reales, las que son inalcanzables y decidí nombrarlas Nicole.

Sentí el viento resoplar contra nosotros y Timy tomó mi mano. Electricidad subió por nuestros brazos. Respondí ante la caricia automáticamente, parecía que mi cuerpo hubiera añorado ese toque. No lo solté y acomodé mi cabeza en su hombro. Mi corazón era un hueco, mi estómago un torbellino de ideas donde se mezclaban la pasión y la traición.

Cerré los ojos y dejé al goteo de la lluvia calmarme. Los truenos enmudecieron en mi mente, sólo escuchaba el agua golpear contra las vigas.

Plack plack plack.

Alcé la cara y vi a Timothy a los ojos. Mis labios se secaron y un nudo se creó en mi garganta. De un suspiro bajé la cabeza y cerré los ojos con terror. Un escalofrío recorrió mi torso y sentí la chaqueta café de Timy acomodarse en mis hombros.

—Te estás congelando.

Vi una sonrisa asomarse en sus labios, enseñando toda su dentadura.

—Tú te vas a enfermar. —mi voz titubeaba.

—No importa, esta noche me curé del desamor. —repuso él.

Se acercó a mi boca. Una respiración rápida y la usual descarga eléctrica

al tocarlo. Nuestros labios rosaron, se movieron inconscientes de lo que hacían. No quería detenerme. Me alejé, todavía con la sensación de su esencia en mi aliento. Intentó acercarse y moví la cabeza. Sólo una vez pudo tocar mis labios. No fue suficiente para ninguno pero fue demasiado para mí. Lo odio. Lo odio tanto.

24 Christopher

El dolor no me deja dormir, salgo al balcón donde Helena me dio la noticia de que tendríamos una hija hace un año y diez meses. Siento que mi reloj de arena ya terminó y vivo 489 días que espero la vida no cobre. Me siento en una silla y prendo un cigarrillo. Miro la obscuridad de la calle repleta de fachadas iguales a excepción por una casa un tanto descuidada justo enfrente de la nuestra. El aire trae consigo el murmullo de algunos grillos y perros ladrando.

Dejo salir el humo y la nube se queda inmóvil frente a mi rostro antes de desvanecerse. No quiero que Nicole crezca sin un padre quien la ame con tal locura que se sienta sobreprotegida. ¿Cómo vencer a la vida en este momento? Hacer que mi amor permanezca en este mundo aun cuando mi cuerpo se descomponga debajo de la tierra.

Dentro de la habitación, Helena reposa tranquilamente, a su lado mi tercer libro está inerte ante la noche con un separador a las tres cuartas partes de la obra. La voz de Helena resuena dentro de mi cabeza como aquel zumbido carente de cariño que me roba las horas de sueño.

—...leeremos tus libros para sentirte cerca.

Tomo un respiro hondo y me yergo. Lo único que realmente sé hacer es escribir. Si aquellos autores en bibliotecas han logrado dejar eternamente sus pensamientos en viejas páginas, yo podría dejar mi esencia en cartas para mi hija. Le escribiré para cuando se enamore, para cuando bese a un chico por primera vez, cumpleaños, corazones rotos, enojos y tristezas. Si mi cuerpo no puede brindarme la dicha de verla crecer, al menos las letras podrán brindarle a ella la cercanía de un padre ausente. Tal vez llegue a amarme sin conocerme, a perdonarme por perderme su vida.

Comienzo a escribir aquellas cartas esa misma noche. Carta tras carta. Helena me sonrío al escuchar mi esperanzada pluma rasgar las hojas. El cáncer que juró vencerme en seis meses tardó dos años y medio en lograr consumir mi vida. Nunca sabré si fue una fortaleza mía, la quimioterapia tardía o un rayo de solidaridad lo que llevó al cáncer a darme tanto tiempo. Veo a Nicole dar sus primeros pasos, llorar por no obtener juguetes nuevos. La veo cumplir un año, morder un pastel que es casi el doble de su tamaño. La veo

correr y gritar de alegría cuando en su segunda navidad le regalo un cachorro al cual nombra Ruperto.

Helena adquiere ese brillo de madre joven. Por las mañanas mientras mi esposa trabaja, Nicole me acompaña a mis quimioterapias; damos vueltas en el automóvil y dejamos de pensar en los miedos que aumentan día con día. A pesar de comer adecuadamente y de intentar ejercitarme por la mañana, mi cuerpo carece de músculo. Mis cachetes antes abultados se desvanecen, mi piel amarillenta está pegada al pómulo. Pierdo la audición en el oído izquierdo y mi visión es cada vez peor.

Sabiendo que me queda poco tiempo de manejar un carro, tomo la carretera con Nicole, quien intenta platicarme de sus peluches: la señorita Juliana, de cara redonda y grande con unos cuantos caireles rojos y un color envidiable en las mejillas de tela, Rubí, un oso panda de peluche y claro Ruperto, su mejor amigo.

Entre risas, un golpe en el tímpano me ataca. La llanta del automóvil pega contra un hoyo en la orilla de la carretera. El carro salta y se impacta contra un par de alambres agarrados por troncos que evitan el paso hacia un campo. Volteo con terror inocultable y mi piel crispada.

Nicole está roja, sana y salva, pero mira alrededor tratando de entender si fue algo malo o divertido lo que acaba de suceder.

La cargo y acaricio su cabello ondulado, no tan curvado como el de su madre ni lacio como el mío, castaño oscuro mezclándonos a ambos. La calmo con una voz que esconde el odio hacia mí mismo. Es la última vez que manejo en mi vida.

Después de calmar a Nicole y hacerla reír una guerra de cosquillas, me bajo del carro y noto la llanta derecha del carro. Tiene una grieta en el hule como si un cuchillo lo hubiera rebanado. Llevo mi mano a mi frente y voy a buscar la refacción.

—¡Joven! ¿Problemas en el camino? —grita la voz de un hombre que camina lentamente hacia a mí.

Por su manera de hablar, sé que no es la primera vez que intenta llamar mi atención.

Levanto la mirada y veo a un viejo de cabello blanco con un overol café sobre una camisa a cuadros.

—¿Todo bien? —pregunta moviendo su sombrero un tanto a la izquierda para tapar los rayos del sol.

—Sí. Muchas gracias.

Hago un esfuerzo para bajar la llanta de la cajuela. No le toma mucho tiempo al viejo en notar mi debilidad y ayudarme. Estoy exhausto. Intento abrir el gato para subir el carro y se quiebra. Me levanto y suspiro al limpiar el sudor de mi frente.

—¿Tendrá un gato que me preste?

—¡Claro! —Mira hacia la ventana y encuentra a Nicole dibujando en libro de princesas sobre sus piernas. Se agarra el pecho. —¿Su niña está bien?

Nicole saluda alegremente al señor y él levanta su sombrero. Me señala la cabaña al final del campo y me dice que su camioneta está en la casa, que si gustáramos podemos pasar. Guardo la llanta de repuesto en la cajuela, mis pulmones están a punto de estallar y mi cabeza palpita. Noto debajo del carro un letrero, culpable de aquella rasgadura que tronó la llanta, en el cual se lee:

SE VENDE.

Información aquí.

Camino con Nicole de la mano y entramos por una valla al terreno. No me había fijado que el lugar en el que habíamos caído era un campo de girasoles. Nicole ve los tornasoles con ilusión. El señor se da cuenta de su mirada y saca una navaja con la cual corta uno de ellos y se lo entrega. Nicole examina la situación, vacila ante el regalo y al ver mi sonrisa lo acepta.

Agradezco al hombre y le pregunto su nombre.

—Jeremías Spero. ¿Y usted?

—Christopher. —Me acerco un poco para oírlo mejor.

—¿Qué pasó en el camino, Christopher? Mi esposa y yo escuchamos un tremendo golpe, vimos tu carro estancado enfrente de patio de girasoles.

Mis manos sudan y mi corazón casi se me sale del pecho.

—Perdí el control.

Vamos a la choza de madera donde nos recibe una mujer envejecida. Jeremías la presenta como Marta. Nos pregunta si estábamos bien y nos ofrece semillas de girasol. Mientras su esposo busca en su camioneta el gato, a Nicole le da limonada y a mí un té de mirasol.

—Qué hermosa nena tiene. —Marta se agacha para acariciar el cabello de Nicole.

—Gracias. —El sol reflejó la tristeza en mis ojos.

—Espere a que crezca y lo volverá loco.

Hago una sonrisa falsa y pienso en aquellas palabras. Esperando esa niña

me volviera loco, deseando de alguna manera poder verla ser una adolescente rebelde tratando de huir de casa. Miro al campo de girasoles y pregunto por qué lo venden.

—Jeremías y yo queremos mudarnos, es difícil mantenerlo y nos estamos volviendo cada vez más viejos... pero no tristes. Los girasoles son tan bellos, necesitan de mucho cuidado; como todo en esta vida, supongo. La belleza requiere paciencia y amor. Una frase antigua de mi abuela.

La idea cae en mi regazo súbitamente. Es la única pieza que falta en mi rompecabezas fantasioso para hacer feliz a Nicole y a Helena. Tengo una larga conversación con Jeremías y le muestro mi interés por comprar aquel terreno. El viejo me pasea por el lugar y muestra en la parte posterior un lago y el resto de los campos de girasoles. Tres días después regreso a comprarlo en secreto. Hago un trato con Jeremías y Marta para que me ayuden a entrenar a alguien para hacerse cargo del campo, invierto dinero en embellecerlo y dejo planos a un amigo antiguo de la escuela y a mi hermano para que construyan una casa donde Helena y Nicole puedan descansar de vez en cuando. Marta me presenta a su vecino, el joven Matthew, hijo del dueño de una gran compañía con quien tienen tratos para vender la producción de girasoles.

Nicole, mi hermano y yo viajamos diariamente al nuevo terreno para terminar el acuerdo. No quiero que Helena se sienta sola así que, después de hablarlo con mis padres y hermano, agrego dos casas humildes al plano para que mis padres puedan vivir ahí cuando se retiren y mis hermanos puedan visitar y disfrutar de aquel lugar que mi mente fantasiosa había comenzado a crear. Mi hermano se hará cargo del negocio, la mitad de las ganancias serán para Helena y el resto para él. Siempre tuvo un gusto brutal por la escritura, igual que yo, pero nunca logra concentrarse, entre el trabajo y su pareja, no puede sentarse a terminar una historia. Decide mudarse ahí en cuanto estén terminadas las casas y dedicarse a escribir.

Hago un trato con Nicole para que no le mencione nada a su madre. El negocio, que Jeremías había tardado una vida en crear sigue su camino y él y su esposa se mudan a una casa que compraron a la orilla de un río hacia años. Ambos, tras haberse enterado de mi padecimiento, me abrazan y dicen que les hubiera encantado conocer a Helena. Con un nudo en la garganta nos despedimos y Nicole les regala unas semillas de girasol para su viaje. Marta sonrío y le mueve los cabellos ondulados.

25 Nicole

En el aeropuerto, en medio de los cúmulos de personas sonriendo y abrazando a sus familiares, entre las risas, el traquetear de las maletas y el sonido del altavoz diciendo los horarios de salidas y llegadas de distintos vuelos. Hay personas desilusionadas checando cada cinco minutos el reloj y mirando al techo con disgusto. Caminan a las pantallas y verifican los estados de los vuelos una y otra vez. Yo era una de ellas, de las que sujetan un letrero marcado con plumón y esperan frente a la salida.

Arrastré los pies hasta una de las pantallas y busqué el vuelo de Alex: VT722 *a tiempo*. Pasó media hora y Alex no apareció. Marqué a su teléfono y colgué al instante en cuanto escuché la monótona voz de una mujer decirme que el número no estaba disponible.

Timy me había llevado a casa, todo el camino analicé lo sucedido: mi traición. Mis labios quemaban y yo... con el dolor de culpa en el pecho le dije a Timy que no lo podía volver a ver. La sonrisa de Timy se cuarteó y sus ojos se humedecieron.

—Me voy a casar, Timy. —dije. —No vuelvas a buscarme, por favor. — Entré a mi casa y no miré atrás.

Al fin, Alex apareció entre la multitud, cubierto por una bufanda, un abrigo y un sombrero. Por el contrario, yo usaba unos jeans entubados, una blusa de tirantes floreada y un suéter veraniego para cubrirme la espalda. Alcé mi letrero y lo meneé varias veces para que me viera. Corrió en mi dirección, maleta en mano, y me abrazó.

—Te extrañé demasiado, futura esposa.

Mi recepción no fue tan cálida pues agregó:

—¿Todo bien?

—Sí. —respondí. —Solamente estoy un poco estresada por la gente y la hora.

—Lo siento mucho, quedé en posición remota. Ya estoy aquí y vengo decidido a casarme.

—No te tienes que disculpar, de verdad no hay problema.

—¿Hace calor afuera?

La noche del día anterior regresó a mi mente y me hizo sentir un hueco en

el estómago. Meneé la cabeza. Era la manera de Timy de pedir disculpas por el pasado, nada pasó y no quería que nada más sucediera. Quería casarme con Alex y sólo con él.

Me acerqué a él y lo besé entre el mar de gente pasando a nuestro alrededor. Teníamos al menos dos meses sin vernos. Pasé mis brazos sobre sus hombros, le quité el sombrero y le dije cuánto me había hecho falta.

Intentó tomar de regreso su sombrero. Cuando lo logró me dio otro beso, este solamente con el roce de nuestros labios.

—¿Entonces hace frío o no? ¿Eh?

Negué con la cabeza. Se quitó la bufanda y el abrigo y salimos al pueblo donde nos casaríamos.

Al terminar el ensayo de la boda, regresamos a casa y nos preparamos para ir por unas copas a un restaurante que Sara había encontrado en el centro de la ciudad. Alex se sentó en la orilla de la cama a esperar mientras me ponía mi vestido de noche.

—Nicole. —dijo con un tono serio. —¿Qué va a ser de nosotros después de la boda?

Era un tema delicado.

—Ya lo habíamos hablado un poco, dijimos que vendrías una vez al mes y...

—¿Y eso es lo que quieres? ¿Casarnos y vernos de vez en cuando? Quiero estar contigo, vivir contigo. Si no quieres formemos una familia, al menos podemos intentar ser una.

Me senté a su lado.

—A mí también me encantaría que no tuviéramos éstas complicaciones. Ya sólo falta medio año y yo no...

—Lo sé, lo sé. —Se levantó de un salto y caminó hasta la ventana. —Tú no puedes dejar a un lado tus estudios. Creo que para ti la única respuesta es que yo venga para acá y si no lo hago simplemente no estaremos juntos.

—Alex, cuando me propusiste matrimonio tenías toda la información, te dije que no podría irme y tú fuiste quien dijo que lograríamos pasar este obstáculo. ¿Te estás dando por vencido?

Se hincó frente a mí y puso sus manos en mis rodillas.

—No me estoy dando por vencido. No te voy a mentir es difícil no verte más que dos o tres veces al año, pero no es eso. Me gustaría saber que al menos estarías dispuesta a seguirme, siento que soy el único que está haciendo sacrificios. Como no tener hijos.

—Yo no te he pedido que hagas sacrificios, Alex. Entiendo que no puedas dejar la veterinaria. —Masajeé mis sienas. —¿Cuánto tiempo llevo pidiéndote que dejes de fumar? Tienes problemas cardiacos muy severos y te vale... Así cómo podemos si quiera pensar en formar una familia más grande. No quiero tener un hijo y saber que en cualquier momento algo nos puede pasar, yo fui esa hija. Sabíamos que sería difícil. ¿Por qué de repente esto es nuevamente un tema a discusión? Sabes que no quiero tener hijos y ambos estuvimos de acuerdo en ello y en que cuando terminara mi especialización regresaríamos y viviríamos juntos. ¿Qué cambió en tu viaje que de repente quieres que me regrese y tengamos un hijo?

—No quiero que te regreses, no dije eso. Me siento extraño. Algo dentro de mí, tengo un mal presentimiento. La verdad no siento que tú estés pensando siquiera en hacer estos sacrificios. Yo pensé en dejar la veterinaria y venir a vivir contigo. ¿A ti se te ha ocurrido ir conmigo?

—Me encanta lo que hago: el estrés, el tiempo invertido. Tampoco se vale que te mienta diciéndote que lo haría cuando sé que no podría. Alex, ni si quiera puedo imaginar en dejar mi profesión.

Alexander se alejó con un movimiento brusco.

—¡No te estoy pidiendo que la dejes! Lo único que quiero es saber si realmente quieres que esto funcione. Parece que la opción es que tú seas feliz y si yo quiero estar contigo tengo que buscar la manera de acomodarme.

—¿Crees que no te amo lo suficiente?

—No dije eso. Es sólo que no estas dispuesta a nada por mí y así ha sido desde el principio. Yo te convencí de que estuviéramos juntos, yo pienso en venir a vivir contigo ¿y tú?

—Claro que te tomo en cuenta, pero este es mi sueño. Sé que es una situación difícil.

—¿Nicole tú crees que se va a poner más fácil una vez que tengas la especialidad? ¿Qué pasa si te ofrecen un trabajo aquí?

—Se está haciendo tarde, Alex. Los chicos van a llegar en cualquier momento. —dije buscando un suéter entre mis cajones.

Alex puso la mano en la cajonera:

—Sólo dímelo.

—No lo tomaría, Alex, regresaría contigo porque ese fue el trato y porque me gusta el hospital en donde trabajo.

—¿Y si no te gustara? ¿Si no tuvieras un consultorio esperándote? ¿Regresarías o me dirías que yo viniera? ¿Y si dijera que no puedo? Tú no

estarías dispuesta a venir conmigo.

—Estás hablando de cosas que no han sucedido y que probablemente no sucederán hay mucho “y si” en tus palabras.

—Responde la pregunta.

—Regresaría por ti. —Cerré el cajón de un golpe.

—Te conozco y sé que practicar medicina es demasiado importante como para pensar en dejarlo por mí.

—¿Eso crees de mí? ¿Qué no me interesa estar contigo? ¿Qué simplemente eres *conveniente*?

—Lo único que quiero saber es que me amas igual que yo a ti. Mira nuestra historia, todo ha sido porque yo lo orquesté.

Sonó el timbre y se escuchó por la ventana la voz de Bobby gritando por Alex, seguida de las risas de Sara y Liz.

—Ya es tarde. ¿Podemos platicar regresando? —Sostuve su rostro entre mis palmas. —Alex, iría a donde fuera por estar contigo. —Trató de evitar mi mirada y moví su rostro una vez más hacia mí. —Sé que no soy la mejor, pero te amo.

Al poco tiempo salimos. Me sentía enferma del estómago. Liz y Bobby caminaron enfrente de nosotros y Sara, entre su novio y el nuevo chico de Bobby. Alex y yo tratamos de quedarnos unos pasos atrás. Tomé su mano y la apreté para que me volteara a ver.

—Quita esa cara. —susurré. —Eres... Eres mi todo.

Alex me acercó a su cuerpo y me dio un beso en la frente.

Llegamos a un bar llamado *Ill piccolo bar di papà*. El mesero estaba tomando la orden de mi mamá, mis tíos y Miriam. El lugar era espacioso, se respiraba un aroma artificial que cubría el olor a sudor y comida. Las lámparas colgaban del techo; eran campanas de cristal donde se veía relucir en un anaranjado intenso los filamentos en forma de hélice. Las mesas eran de roble y los manteles de cuadros blancos y rojos. Los sonidos del organetto y la lira viajaron por las paredes de ladrillo tapizadas por pinturas de ciudades coloridas y cubiertas de flores.

Alex y yo nos sentamos a un lado de mi mamá; enfrente de mí, entre Sara y Bobby se sentó Liz. Noté a Bobby mirarme con peculiaridad. Acomodé mi pelo. Bobby hizo una mueca intentando simular una sonrisa, pero sus labios parecían reacios.

Alex me preguntó si quería un ron. Bobby bajó la cabeza y regreso a platicar con su novio, evitándome. Alex pidió nuestras bebidas. El mesero

guardó el pedido en su delantal y limpió una vez más la mesa. Bobby me miró de reojo nuevamente, en cuanto me di cuenta de ello bajó la cabeza.

—¿Vieron los fuegos artificiales a noche? Te juro no me lo creía. —dijo Miriam un segundo después de que el mesero terminara de limpiar la mesa. — Estuvo precioso. Te lo juro no me acordaba qué tan bonito era.

—Mi respiración se aceleró un poco.

—¿Aquí? —preguntó Alex extrañado y con una mirada de emoción dirigida a mí.

—Mi mamá giró, poniendo en pausa la conversación con mis tíos y dijo:

—Estuvo muy bonito. Te marqué, hija. ¿Dónde andabas que no me contestaste?

—¿Yo?

Bobby volvió la cara a mí, esta vez sus ojos eran acusadores. Sentí las gotas de sudor acomodarse en mi frente y espalda. Todos pusieron su atención inquisidoras en mi respuesta.

—¿No los viste, amor? —preguntó Alex.

La canción de fondo terminó y hubo silencio en el bar. El mesero trajo una charola con las bebidas y unas cuantas botanas. Respiré profundamente, agradeciendo que la atención ahora estuviera puesta en él en vez de mí.

Liz volteó la mirada con picardía:

—¡Nicky! Se me fue decirte, güey. ¿A que no sabes a quien nos encontramos de camino a tu casa?

—Mi corazón se quedó parado.

—¿A Timy!

—¿Ahorita?

—¿Quién es Timy? —preguntó Alex.

—¿Tu Timy? —dejó escapar mi mamá.

—¿Tuyo?

—Es solo un amigo de mi infancia, Alex.

—¿El chavo de pecas que te saludó, Elizabeth?

—¡Exacto, güey! Es su novio de la infancia.

La mira de Bobby se hizo aún más penetrante.

—Pues está bien bueno, Nicole. Tú muy bien, ¿sabes?

—¡Sara!

—Dudo que sea buena idea verlo después de lo que te hizo, hija.

—¿Qué te hizo? —Alex soltó mi mano.

—Pero salieron anteayer, ¿no, extraña? —dijo Bobby.

Los ojos de Alex palidieron.

—¿Ya sabías que estaba aquí, Nicky?

—¡No! Apenas me lo encontré en la fiesta de máscaras.

—¿Fuiste a una fiesta de máscara con él? —La quijada de Alex calló al piso.

—Era una sorpresa para ti.

Liz abrió la boca, pero analizó mi rostro y prefirió permanecer callada.

—¿Era el chavo con el que bailaste, Nicole? —Sara se acomodó en el asiento.

—Bailaste con él, ¿eh?

—Solamente bailamos un canción con él, ¿no, Nicky? Además tenía años que no lo veíamos, fue más como una plática movida. —intervino, Liz.

—¿Bailaron los tres? ¿Pensé que apenas te lo habías encontrado?—dijo Alex.

—Pero tu estuviste con nosotros toda la noche, Elizabeth. ¿En qué momento fueron a bailar sin mí? —preguntó Sara con una mueca de tristeza.

—Sara — Liz dijo entre dientes y le dio un golpe en la costilla con el codo.

—¡Au! ¿Qué? Ten cuidado, Elizabeth.

—Es él que nos presentaste en el bar, ¿no, extraña? Ayer también los vimos saliendo de ahí.

—¿Ayer?

—Poco antes de los fuegos artificiales. ¿No es cierto, extraña? —Bobby ser acercó.

—Es sólo un amigo de mi infancia, nada más. —le dije a Alex.

—Espera. Él es la razón por la que no te gustaba tener novio. ¿No es cierto? —dijo Sara.

—¡Sara!

—¡Dejen de hablar! —Me tapé la cara con las manos.

—Por dios, hija. Espero que al menos te pidiera una disculpa, gracias a él dejaste de leer las cartas de tu papá, ese chico no te hizo más que daño.

—¡Mamá!

—¿Qué, hija? Es la verdad. Sé que fue importante para ti en su momento, pero ¿cuánto tiempo sufriste por él?

—¿Cartas? —preguntaron todos al unísono.

Mi mamá tapo su boca al darse cuenta de lo que había contado. Se hizo un silencio que pareció eterno.

—¿Qué cartas, Nicole? —preguntó Alex.

Maldición.

Mis secretos. Todos esparcidos en la mesa como si fueran una sucia botana más del bar.

...

El resto de la noche fue triste y silenciosa. Alex se levantó y salió a fumar un cigarro. Al poco tiempo nos despedimos y caminamos en silencio de regreso a casa. En cuanto entramos intenté hablar con él e hizo caso omiso de mis palabras. Se notaba en su cuerpo una vibración ocasionada por la furia y su rostro cambió de color.

—¡Alex! Déjame explicarte todo esto... Tenemos que hablar. Por favor. — Lo seguí al cuarto y tomé su mano.

Alexander giró la cabeza y me alejó. Entró al baño y azotó la puerta. No había pasado ni un segundo cuando salió nuevamente.

—*Eres mi todo, ¿eh?* — me arremedó. —Eso dijiste, ¿no? Ni siquiera me tienes la confianza para hablarme de tu padre. Jamás me dices nada. ¿Te dejó cartas? ¿Por qué no me lo habías dicho? Y aparte de todo sales con un ex novio y no me dices nada como si tuvieras algo que esconder. —Aventó su saco a la cama y esperó una respuesta.

—Oh...

Hacia demasiado calor, no sabía por dónde empezar. Tragué saliva.

—¿Sales con él y no me dices nada? De todas las veces que nos desvelamos hasta el amanecer platicando, su nombre jamás salió y ahora resulta que fue quien marcó tu vida. No sé nada de ti. ¡No te conozco! —dijo mientras jalaba la corbata para quitársela.

—¡Sí me conoces! No soy mi pasado, Alex. Era un amor de mi infancia, nada más, no pensé que necesitaras saber de él.

Me quité el suéter y me acerqué a él.

—No lo entiendes, ¿eh? —Desabrochó su camisa. —No me enoja que salieras con él, pero yo te conté toda mi vida, te dejé entrar a cada rincón de mí ser y tú a mí no cuentas nada. Sé que duele lo de tu papá, lo veo cada que meneas la cabeza cuando hablan de él y me tengo que enterar de tu vida, ¿por tu mamá? ¿Por Liz? Se supone que debería de ser la persona que mejor te conoce, el que sabe todo de ti.

—Conoces quien soy, mi esencia. No necesitas saber mi historial clínico para conocerme. —Me senté a la orilla de la cama tratando de acomodar mis pensamientos, de saber por qué nunca había pensado que soy una pésima

persona.

—Nuestro pasado es parte de quienes somos, Nicole. No podemos huir de él... —Estaba a punto de quitarse la playera, se quedó en silencio y se arrodilló frente a mí. —¿Pasó algo con él? Desde que llegué escondes algo.

—Alex... —Cerré los ojos y escondí los labios.

—Oh... Nicole. Pensé que me amabas, pensé que era importante para ti, que *yo* era importante para ti... ¿Cómo pudiste? ¿Tan si quiera te importo?

—¡Cállate! No es lo que piensas.

—¡Dímelo!

Me levanté de un salto y le grité en la cara, mojando sus cachetes llenos de furia.

—¡No!

—¡Dilo!

—¡No!

—¡Necesito escucharlo! —Alex cubrió su cara con su mano. —Si te acostaste con él necesitó saberlo. —Se quedó unos segundos en silencio y al descubrir su rostro suspiró.

No había ningún carro a la mitad de la noche, ningún claxon, ninguna ambulancia. Maldito pueblo silencioso. Ni los objetos en la habitación querían verme.

Los ojos de Alex se humedecieron.

—¿Por qué no me contaste de tu pasado? ¿De ese *Timy* con el que has estado saliendo? ¿Desde hace cuánto lo estás viendo? ¿Te mudaste por él?

—Alex no es lo que... No pasó... —Respiré, mordí mis labios y miré mis zapatillas, estaban sucias del empuje. —Es... Difícil de explicar. Alex, espera no te vayas, por favor. ¿Qué no confías en mí? ¡FUE SÓLO UN BESO!

Alex se quedó parado en el marco de la puerta, sus hombros cayeron, su cabeza se inclinó y su espalda se encorvó.

—Quiero estar contigo y sabes bien que no quiero separarme de ti. ¡Sabes bien que te amo! Te confiaría mi vida, Alex.

Dio media vuelta y avanzó a la ventana. Su mirada oscura y sus palabras rompieron cualquier armadura que hubiera usado. —¿Si no te hubiera pregunta me lo hubieras contado? ¿Me hubieras dicho que has estado saliendo con él a solas? ¿Del beso? ¿De las cartas de tu papá? ¿Eh? Dices que no necesito conocer tu pasado pero quien eres se basa en ello, en ellos dos. —Su voz era suave y los surcos de sus mejillas estaban marcados por lágrimas.

—Sí.

—Ahí vas, a mentirme de nuevo.

—No ahora, pero...

—¿Por qué?

—Porque... —Palidecí.

—¿Por qué?

—¡PORQUE TODAVIA ME DUELE QUE SE HAYAN IDO! Por eso no le cuento eso nadie. Por eso guardo mis secretos en el fondo de mi alma. Porque tú también te puedes ir un día o morir o dejarme. Como ellos. Los dos me dejaron sin aviso alguno... ¿Quién va a querer estar conmigo? Solamente tú serías tan ingenuo para enamorarte de mí. Ni si quiera mi padre me amó lo suficiente como para quedarse, ni él para regresar a Amenti. —Sentí cada palabra como un pinchazo en el corazón. Mis ojos ardían. —Alex yo también busco la manera de hacerte feliz.

—Vas muy bien.

Las ganas de llorar me invadieron y salí del departamento ignorando la voz de Alex intentando detenerme. Corrí por la calle hasta dejar de escuchar las pisadas de Alex detrás de mí. Nunca nos habíamos peleado, no así. Algo me hacía falta, lo sabía, no era solamente la discusión con Alex por lo que me encontraba en ese estado. Siempre había tenido una duda oculta en mi interior y había silenciado esa voz de inseguridades. Era un buen hombre, tierno y dulce, se preocupaba por mí y veía un futuro a su lado sin necesidad de esforzarme. ¿Por qué no era suficiente?

En un rincón de mi mente, sabía que nunca había sentido aquella chispa, ese cosquilleo a través del cuerpo como sentía con Timy. Meneé la cabeza para sacar ese nombre. Me cobijé con el chal que tomé del buró antes de salir enardecida y me culpé por no haber tomado mejor mi suéter. No podía regresar, mirar a Alex, tomar el suéter e irme. Acepté el frío y seguí mi camino sin saber a dónde ir. Alex tenía razón y él había estado intentado que todo fuera perfecto.

Mis pies me llevaron al bar donde me había visto con Timy. Sólo quería saber que alguien estaba ahí para apoyarme, una plática con un viejo amigo. Pero no era nada más un amigo antiguo, era algo más. Miré mi mano. La cicatriz que tanto tiempo me había acompañado. Sólo con tocar a Timy podía sentir mi corazón detenerse por un instante. Debía ser honesta con Alex. ¿Qué me lo impedía? ¿Cómo podría decírselo todo?

Amo a Alex, amo cada detalle, amo su manera de mirarme y que no se diera por vencido, me enseñó a volver a amar, me hizo creer. Estaba sucia.

Mentirosa. ¿Cómo me atreví si quiera a verlo a los ojos y después hacer toda esa escena? Nuestros labios casi ni se tocaron. Aunque no nos hubiéramos besado seguiría sintiendo mi infidelidad. Tres días, solamente tres días me tomó perder los cabales y hacer algo que siempre odie de la gente. De la mamá de Liz, del papá de Timy. Temía ver a mi madre a la cara y pensé en mi padre mirándome desde algún lugar luminoso, pero no estaba sonriendo.

El bar estaba a unos cuantos pasos. El barullo incrementó y el olor a cerveza se volvió más penetrante. En la puerta había dos hombre, uno de ellos completamente borracho y rodeando al otro con su brazo izquierdo para evitar tambalearse y caer de bruces contra el empedrado.

Una voz en mi interior gritaba que regresara con Alex y aclarara la situación.

Me asomé por el ventanal en busca de Timy y una extraña sensación se posó en mi pecho. Era como si fuera una mujer pobre mirando dentro de una casa en navidad, deseando la comida y el fuego, pero añora el calor y el toque de la mano amiga.

Timy no estaba. Crucé el umbral de la puerta como atraída por el murmullo hipnótico del bar, el tintineo de los vasos, el olor a botana, las risas, las pisadas, la música. No estaba y no sabía ni siquiera donde encontrarlo. Debería dar media vuelta y regresar con Alex, ser honesta con él. Tal vez estaba en la biblioteca. Ni siquiera sabía en donde vivía, sabía que por el centro del pueblo. Salí del lugar completamente confundida, culpando a los nervios de la boda por todo esto. No era normal en mí pensar de esta manera, ni siquiera conocía a Timy, lo había visto tres días.

Escuché su voz y al voltear vi la esquina donde se encontraba Timy recargado en la pared. La mesera se acercó y le dio un beso. Mi corazón se detuvo por completo, la música se silenció. Fue un disparo en el pecho. Mi boca se abrió un poco dejando salir el vaho, parpadeé y meneé la cabeza.

Esto no debía importarme, pero lo hacía. No debería sentir un hueco en el estómago, pero lo sentía. Me miró de reojo. Alejó a la muchacha y avanzó a la puerta moviéndose entre los cuerpos borrachos danzando en el bar.

Huí por la avenida, traté de alejarme de todo. Pensé que si corría más rápido el tiempo me olvidaría, de alguna forma me borraría.

La voz de Timy gritó mi nombre una y otra vez.

Me aferré a mi chal, el aire gélido alrededor de mi piel. Aceleré el paso y sin darme cuenta estaba corriendo.

Para mi sorpresa las pisadas de Timy no se detuvieron, incrementaron.

Corrió detrás de mí aullando mi nombre. Algunas de las ventanas se abrieron y gritos de enojo se escucharon. Alex no hubiera gritado precisamente por eso. Timy gritó con fuerza. Sentí un tirón en el brazo y paré. Las piernas de Timy se cruzaron y lo mandaron al suelo.

¿Qué pasa cuando una fuerza imparable se topa con un objeto inamovible?

Mi instinto me hizo acercarme para saber si estaba bien. Timy se recargó en un brazo e intentó pararse y se tambaleó un poco antes de poder recobrar la estabilidad. Sus brazos habían recibido un par de raspaduras, su chaqueta café estaba rallada con la cal y el polvo de las piedras. Sus jeans oscuros mostraban un orificio en la rodilla y debajo se veía un pedazo de carne con líneas de sangre; de la frente una herida comenzó a escurrir.

—¿Estás loco?

Timy limpió su frente e hizo una mueca de dolor. Miró sus dedos ensangrentados y los limpió en su pantalón.

—No te detenías.

—Vete con tu camarera. ¿Eso es lo que haces? ¿Vas y besas a la gente sin importar que pase después? ¿Sin importar los problemas que causes?

—¡Oye! Tú fuiste la que dijo que no podía suceder nada entre nosotros. ¿Crees que es fácil para mí saber que mañana te perderé? No podemos volver a vernos, dijiste. Y llegas y me miras como si te estuviera siendo infiel cuando llevaba tantos años esperando volver a verte.

— ¡Cállate! Me voy a casar, ¿qué otra cosa pude haberte dicho?

—Pudiste haber escuchado a tu corazón.

—En menos de 24 horas voy a estar casada. ¿Qué parte de eso no entiendes? —¿Por qué decía esto? No sabía si quería que detuviera mi boda o me empujara a ella.

—Entonces no es tan tarde para que no cometas ese error.

—Hemos estado juntos tres días, como puedes pedirme que no lo haga. Además. ¿Qué? A ti te tomó menos tiempo olvidarte de mí y agarrarte con tu mesera.

—Me ha tomado una vida dejar de pensar en ti y jamás lo he conseguido. ¿Tres días? ¿Nicole, que hay de ese otoño? ¿A caso ese tiempo no contó?

—Éramos niños cuando nos enamoramos, ni siquiera sabíamos qué estábamos haciendo.

—¿Y eso hace que no exista? ¿Sabes que he pensado cada noche que subo a esa maldita cúpula, cada noche desde que llegué a este maldito pueblo? En ti. Pensando que mi padre me jodió y me quitó la oportunidad de estar contigo.

Camino por las calles de Fómhar por las madrugadas y por el tren cada atardecer pensando en ti. Nunca te he olvidado y si vine hoy a este bar es solamente para dejar de hacerlo, para no estar en mi cama culpándome por perderte de nuevo. Tú eres la que no quiere darle a esto una oportunidad, tú eres la que no cree en nosotros. —Limpió la línea de sangre que empezaba a nublar su vista. —¿Sabes qué? Hazlo que quieras. Si te quieres ir, hazlo, pero no vengas a decirme que esto podría ser si no estás segura.

—¡No puedo estar contigo, Timy!

—¿Entonces qué haces aquí? ¿Viniste solo a decirme eso? ¿A ver mi mirada cuando me dijeras que estas más feliz en otro lado? Ya la viste, Nicole, ahora vete si realmente solo querías a eso. ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de mí?

Me quedé en silencio.

—¿Qué haces aquí, Nicole? —Se mordió los labios y se acercó a mí. — ¡Diablos, Nicole! ¿Qué hace aquí? ¿Soy yo o él? Pero haznos a todos un favor y decídetes de una vez, porque... Porque yo no puedo seguir con este juego de hacerme pensar que me gano la lotería porque la bella Nicole quiere estar conmigo y cinco minutos después decirme que no es cierto. Si lo quieres a él ve con él, si me quieres a mí quédate aquí, cúrame las heridas como yo te las cure hace tantos años.

Recordé el momento donde Timy había regresado con un fajo de papeles mojados para limpiarme las manos debajo de una mesa. Esboqué una sonrisa que pronto se vio teñida por la culpa y la pena, como la noche hace con el día durante el atardecer.

—No puedo. —murmuré y me alejé del hombre que me recordaba a mi infancia. —Perdón. Soy una tonta.

Timy me tomó del brazo y nuestras miradas se entrelazaron:

—No lo hagas. Sabes que somos el uno para el otro. Dale un final feliz a esta historia. Lo he visto en tus ojos, cómo se iluminan cuando nos miramos, los míos también lo hacen. Sé que tu corazón se detiene cuando nos tocamos y sientes ese rayo recorrer todo tu cuerpo como el día en que nos golpeó.

Deslicé mi mano de la Timy y me liberé, dejando aquella cicatriz incompleta. Esperaba un apretón más fuerte, esperaba me tomara entre sus brazos y me dijera que no podía irme. Al mismo tiempo temía que lo hiciera pues mi prometido esperaba a unos metros de distancia a la mujer que le había jurado felicidad.

—Nicole... —dijo con la voz cortada.

—Debiste haber subido a ese tren cuando llegaste a este lugar. —Di media vuelta y corrí de la escena del crimen en donde habíamos sido ambos víctima y asesinos. El cuerpo de nuestro amor había desaparecido en el suelo de piedra y sólo quedó la silueta remarcada con tiza.

Corrí de regreso a casa y no escuché a Timy persiguiéndome. Quería mirar atrás y no podía permitirme esa debilidad. Sabía que si lo hacía me detendría y caminaría inconscientemente hacia él.

Llegué al umbral de mi casa y comencé a sollozar. Me senté a la orilla de la puerta sin saber qué hacer. Lo amaba, los amaba a ambos. Un teléfono sonó a la lejanía y escondí el llanto entre mis palmas.

Traté de quitar mis lágrimas, pero en cuanto las limpiaban otras tomaban su lugar. Mis dedos ya estaban mojados y esparcían la salinidad de mi tristeza en el resto de mi cara. Me quité el chal y me sequé una y otra vez.

Debía casarme con él, con Alex. Me apoyó, era un gran hombre, siempre me cuidó, siempre estuvo conmigo en los momentos difíciles. Era injusto para él. Pensaba en que diría cuando le dijera todo. Lo destrozaría y yo peleé con él después del ensayo porque quería un poco más de tiempo conmigo, una familia.

Detrás de la puerta el cerrojo abrió y la luz del interior dibujó la silueta de Alex e iluminó las rocas sueltas e inertes en el empedrado; eran mis testigos silenciosos.

Alex se agachó y me vio con la intensidad propia de un hombre que encuentra a su amada llorando y mil teorías y terrores cruzan por su cabeza en forma de imágenes aterradoras. Posó su mano suavemente en mi espalda y me preguntó si estaba bien.

Asentí tontamente con la cara rojiza y los parpados hinchados y pegajosos.

—Discúlpame. Soy una egoísta. Me has dado todo y has hecho todo por estar a mi lado. Soy una tonta e hice el ridículo. No sé qué me pasa, no me entiendo. Me equivoqué, pensé que al no hablar de mi pasado... todos esos secretos desaparecerían. Pensé que tal vez, eventualmente dejarían de perseguirme los fantasmas disfrazados de girasol. Pensé que si no hablaba de mi padre entonces olvidaría mi enojo y aunque sé que no estaba funcionando traté de hacer lo mismo para olvidar mi enojo con Timy. Lo siento, Alex. Cada que te veo quisiera no haberle pedido a mi mamá que quemará las cartas, quisiera saber que pensaba mi padre del primer amor o nuestra boda o algo que me ayudé entender nuestra relación. La verdad es que tengo miedo. ¡Estoy aterrada! No se cuenta tiempo vayas a vivir, Alex... Los pacientes con tu

condición mueren jóvenes y en ello me destroza. No puedo imaginar que sientes tú al respecto. No sé si estoy repitiendo la historia de mis papás o si nuestro amor es tan mágico con lo fue el de ellos. No quiero perderte o tenerte poco tiempo, quiero vivir eternamente contigo, saber que me iré primero y que no tengo que volver a vivir sin la persona que amo. Estoy segura de que quiero estar a tu lado y sé también que tal vez llevé esto demasiado lejos como para que tú todavía quieras casarte conmigo. Estoy enferma de la muerte y harta del dolor. No pasa un día sí que tema perder a alguien más. A ti. Perdóname, estoy segura de que todo esto te lastimó y jamás quise hacerte daño. Te amo y sé que eres el sueño de un girasol eterno.

Él me abrazó y me ayudó a levantarme. No preguntó nada más. Me llevó a la habitación y nos acostamos en la cama. Me acurruqué en su pecho y seguí llorando, la mano de mi prometido acarició mi espalda y rozó la silueta de mis pómulos con la yema de sus dedos.

—Nicole, no más secretos. ¿Recuerdas la frase que te dije? Si hay algo como una fuerza imparable, entonces no existen los objetos inamovibles. Nuestro amor es una fuerza imparable. Siempre lo ha sido.

Sus dedos se escurrieron por los mechones de mi cabellera y bajaron por mi melena hasta salir y reposar en mis hombros desnudos. Entre silencios que esconden dagas invisibles besó mi pecho y me abrazó más fuerte. Se aferró a mi cuerpo y me amó.

26 Nicole

Su rostro tranquilo, su respiración rápida y sus ojos cerrados. La colcha cubría hasta la mitad de su pecho. Llegó el día de nuestra boda. Alexander, Alexander, Alexander. Tomé la decisión correcta. Cada segundo de nuestras vidas en el matrimonio será hermoso. Conoceremos el mundo, viajaremos en globo y cantaremos en conciertos hasta quedar roncos. Nuestros días comenzarán con un beso y un suave:

—Te amo.

Cuando despertó, la felicidad surgió de sus ojos y se acomodó en mi pecho.

Una vez leí en un libro que todo lo bueno dura poco. No dejaré que eso suceda. He pasado mi vida estudiando el corazón, tratando de aliviar las enfermedades que lo afligen y aun así, el mío siempre ha sido un universo incompresible.

Tal vez seré juzgada bajo el martillo de arte. Tal vez seré enjuiciada por los fantasmas de enamorados que jamás vieron un amor sempiterna en sus historias. A ustedes, héroes románticos, les tengo una caja de culpas. Timy. Sería una mentira, con la capacidad de desgarrar mi pecho, decir que mientras caminaba entre los invitados y avanzaba al altar, no pensé en él.

Unido a ello desangraría cada uno de mis músculos murmurar que no amaba a Alex con mayor intensidad con cada minuto. ¿Cuántas historias de amor se han contado? ¿Cuántos árboles han muerto a placer de ojos curiosos con ánimo de leer romances? Aquí va uno más, ser romántico insaciable.

—¿Todo bien? —dijo mi tío antes de que abrieran las puertas de la iglesia.

—Sí. —respondí nerviosa.

Mi tío acomodó un mechón de mi cabello y sus ojos se humedecieron.

—Sé que no te gusta hablar de Christopher, sobrina, pero de verdad creo que estaría orgulloso de ver la persona en la que te has convertido. Poco antes de morir, me pidió que no me alejara de ti y que el día de tu boda caminara contigo al altar y te dijera que le rompía el corazón no poder estar aquí y hacerlo él mismo.

Limpié mis ojos antes que las lágrimas arruinaran mi maquillaje.

—Has sido como un padre para mi, tío, y eso vale mil veces más que

cualquier otra cosa.

Las puertas se abrieron y los músicos tocaron la marcha nupcial.

Nos dirigimos al altar y mi tío me dio un beso en la frente antes de dejarme y tomar asiento.

Los huesos de nuestras manos se habían reacomodaron y embonaban a la perfección nuestras palmas. Nuestras esencias se entrelazaron y escuchamos al reverendo casarnos.

—¿Y tú, Alexander Salek, aceptas a Nicole Astiti como tu futura esposa?

—Acepto. —dijo y apretó con fuerza mi mano.

Nos besamos en una confesión de amor con sabor a vida.

Esa noche bailamos nuestro primer vals. A pesar de todo lo que había sucedido Alex no dijo nada al respecto en todo el día. Sentía una mezcla de culpa y dudas. No entendía por qué aceptó casarse conmigo después de lo sucedido.

Aunque todos los invitados asistieron, me sentía sola. Estaba cansada y las zapatillas me estaban matando. Logré escaparme de Sara a mitad de una canción y evité cruzarme con la hermana de Alex en mi trayecto para salir al patio.

Por asombroso que suene, el lugar estaba vacío y al fin pude descansar. Saqué un cigarro, pero no encontré mi encendedor y miré al cielo nocturno con reproche. No podía regresar al salón, tardaría tres horas para salir de nuevo.

—Vaya boda, ¿eh? —dijo Alexander y acercó la flama de su encendedor.

—Me salvaste. —dije exhausta.

Hubo silencioso y parecía que las estrellas me culpaban por ello.

—Alex, de verdad discúlpame.

—Nicole, deja disculparte. Ya pasó, no te voy a mentir me lastimaste y mucho. Me rompiste el corazón, pero si no cancelé la boda fue por que te disculpé. Nos va a tomar un tiempo regresar a ser los que eramos antes de que lo besaras, pero estoy aquí para quedarme. Sólo dame un poco tiempo. Y lo digo en serio, Nicole, no más secretos.

Asentí, pero el dolor en el pecho no cesó y las ganas de vomitar aumentaron.

—No quiero perderte...

Nos terminamos el cigarro sin una palabra más y cuando entramos Alexander se alejó y se perdió entre la gente. No lo volví a ver hasta que sacaron el pastel de 3 pisos y nos pidieron hacer un brindis.

Alexander dejó su vaso con whiskey en la mesa y nos sirvió champán.

Luego levantó su bebida, agradeció a todos por venir y dijo:

—Siempre pensé que el amor era una enfermedad y uno tenía que enfermarse de amor para ser una mejor persona, por qué esa es la única razón por...

La mano de Alex subió súbitamente a mi hogar, su pecho. La copa calló sin sonido alguno, el cristal no se quebró. El licor se deslizó y bañó la pista de baile.

—¡ALEX!

Alexander se desvaneció en mis brazos y me tumbó al suelo.

—¡ALEX! —grité aterrada.

Revisé sus signos vitales, pero su respiración se había detenido. Bobby se agachó junto a mí y me ayudó a acomodar a Alexander en el piso.

La música se detuvo.

—¡Alex! ¡Alexander! Llamen a una ambulancia.

Le di respiración de boca a boca y golpeé su pecho hasta que Alexander aspiró profundo, pero sus ojos seguían cerrados y él no se movía.

...

Alex despertó en el hospital al día siguiente con mi figura pálida mirando por la ventana del cuarto. Los doctores entraron y con nuestra verborrea usual, leyeron números y sentencias en sus tablas sujetapapeles. Sueño igual a mi padre.

Abracé a Alex con toda mi fuerza y con miedo a soltarlo por un segundo.

Conocimos la felicidad por tres años. Tres veranos caminamos de la mano, tres veranos despertamos acalorados bajo las colchas y las quitamos para no morir deshidratados, tres veranos me sentí completa. Sólo vimos el ciclo de las estaciones tres veces. Sólo estuvimos tres Navidades juntos pensando que sería eterno.

Las noches al fin habían dejado de ser frías, los girasoles ya no se marchitaban y leer había dejado de ser un tormento.

Ambos siempre supimos que su condición cardíaca era sensible y ahora tenía arterioesclerosis coronaria. Me culpaba. Yo era el monstruo escondido debajo de la cama, quizás fue por que le rompí el corazón. Todo lo que le hice pasar.

Entró a cirugía a las 7:22 de la noche el día de nuestra boda. La espera, la maldita impotencia de una cardióloga que no puede operar el corazón de su marido. Estiré la mano, temblaba sin parar. No las podía tener quietas a pesar de intentar tranquilizarme. Me asfixiaba el maldito vestido de novia. El sudor se acumuló en la yema de mis dedos. Golpeaba mis uñas, una contra otra, una

contra otra, una contra otra esperando el sonido del golpeteo relajara mis sentidos. No podía hacer nada, sólo sentarme y anhelar su regreso a la habitación.

El estrés me consumía y mis ojos ardían. Sara, Liz y Bobby entraban y salían del hospital. Sus abrazos intentaban contener mi llanto sin lograrlo. Mi madre acarició mi cabeza intentando darme calma, en sus ojos una penumbra temible. Rechiné los dientes, mis zapatillas golpearon el suelo de la habitación una y otra vez.

Mis tíos llegaron con una maleta repleta de ropa, pijamas, papel de baño, jabón y comida. Me cambié, pero seguía sintiéndome sin aire. El saco de Alex y mi vestido me veían desde un rincón y me recordaban mi suerte, los metí al closet y los encerré ahí.

Saqué las cosas de la mochila y las guardé en los cajones del buró enfrente de la ausente camilla. El espacio, la soledad. Saqué las cosas y las regresé a la maleta. Repetí este proceso maquinalmente: el jabón, el papel, la ropa, el jabón, el papel, la ropa, el jabón, el papel... Mi madre me detuvo. Mis labios estaban resecos con el pellejo mordisqueado alrededor de ellos. Miré el reloj y salí a ver la puerta por donde lo llevaron a la sala de cirugías. Entré al cuarto, salí, tomé una, dos, tres tazas de café.

Dos horas habían pasado y los doctores seguían en cirugía. Tres horas. Las manecillas del reloj se ralentizaron. Pacientes entraban despiertos y salían dormidos por esas puertas y los doctores platicaban enfrente de los secretarios. Cuatro horas. Sara y Liz me abrazaron una y otra vez. Lloré en los hombros de Bobby y de mi tío. Se turnaban para estar conmigo.

Mi abuela marcaba cada cuarto de hora preguntando por él. Seis horas, siete horas. Su hermana se regresó a la ciudad de Amenti por los papeles del seguro y cuando regresó nos abrazamos. Miriam entendía. Ambas, cubiertas en llanto, tratamos de aliviar a la otra. Ocho horas, una cirugía. No podía dormir, no podía comer. Diez horas.

La puerta de la habitación se abrió y entraron dos doctores con Alex dormido en su camilla.

—Está estable por el momento.

Por el momento. Había complicaciones muy graves debido a su dextrocardia y su soplo. Tenían que tenerlo en observaciones toda la semana. Los ojos de los doctores estaban en calma -uno pasa tanto tiempo tratando de aprender a mantenerlos insensibles, lo aprendes con el tiempo.

Dormía en intervalos de media hora y al despertar revisaba todos los

aparatos conectados a Alex.

Cuando al fin despertó lo primero que dijo fue:

—Discúlpame. —Su voz temblaba y era un susurro

Mis ojos se humedecieron y le dije que no tenía nada de que disculparse.

—Arruiné la boda.

—No es tu culpa.

Su mano esquelética, con un catéter enterrado, se acercó a mi brazo.

—Vaya pareja, ¿eh? Si no es uno es el otro. Sé que debería sentirme destrozado por irme tan pronto...

—Vamos a salir de esto, hemos luchado contra tantanto.

—No entiendes. Debería sentirme destrozado, pero no puedo evitar sentirme en calma... Tengo un secreto, Nicole.

—Cualquier secreto, no me importa. Eres todo lo que siempre soñé. No te puedo perder.

—¿Recuerdas aquel día que fuimos al lago?

Por supuesto lo recordaba. Fuimos la primera vez que nos vimos desde que empecé la especialidad. Alex rentó una casa enfrente de un lago e invitó a todos. Me llevó de paseo en un bote y vimos las estrellas en un prado despejado.

Pasamos cuatro días recordando nuestra vida juntos. Parecía que recuperaba sus fuerzas.

—Ahora dime ese *secreto*. —susurré.

—Yo... soy egoísta, eres mi todo, pero no quiero perder al amor de mi vida dos veces.

Cerré los ojos. El sonido de las maquinas atadas a Alex me exaltó. Su cuerpo se zarandeó. Me levanté de un saltó y tomé su cabeza. Los doctores entraron antes de que pudiera hacer algo. Di un paso atrás y vi como lo sacaban de su trance, como intentaban restablecer el sonido apacible de las computadoras.

Lograron sacarlo del estado de shock y lo trasladaron a la sala de cirugía nuevamente. Quedé sola en ese cuarto. Sus palabras resonaron en mi mente. Siempre nos amó a las dos. Afuera comenzó a resonar una ventisca.

La ventana se entreabrió. Me acerqué e intenté cerrarla, pero esta habitación era especial. Este cuarto había perdido el gancho que cerraba las hojas de cristal. Tomé un lápiz y lo atoré entre los restos del cerrojo; el viento intentó entrar y la madera se tensó.

Esperé intranquila el regreso de Alex. Cuando lo hizo, no vi al hombre

fuerte y guapo que tanto amé. Sus labios estaban reseco y rosados, sus cachetes habían desaparecido. Me senté a su lado y abrió los ojos lentamente. Tomó mi mano y la acarició.

—Cómo da problemas este corazón, ¿eh?

Respondí con una sonrisa triste y mi silencio.

—Si no logro salir de esta...

—¡Cállate! —Quitó la mirada y dejé que mis lágrimas se asentaran en mi hombro.

—No dejes de sonreír y prométeme que serás feliz pase lo que pase. Me diste los mejores años de mi vida. —Tosió un poco y el sonido de las máquinas aumentó. —La manera que tienes de amar... Ninguna historia podría captar esa belleza, se necesitarían tres tomos para describir tus caricias y un librero para narrar tus besos. Podría perderme en tus ojos eternamente, Nicole.

—¿Qué ves en mi mirada, Alexander Salek? ¿Sigues viendo a la luna atrapada en una tormenta eléctrica?

—¿Le sigues teniendo miedo a que los girasoles se marchiten?

Hoy más que nunca.

Alex hizo una mueca triste.

—Nicole. Los girasoles incluso marchitos se ven hermosos. Además ¿qué más le podría pasar a un ser que mira al sol con tanto cariño?

—Podrían vivir por siempre.

—Lo hacen. Me equivoqué cuando te conocí. Tu mirada no es la luna en medio de una tormenta. Es un girasol eterno en el invierno. No es él quien mira al sol, Nicole. Es el sol quien lo mira él.

La brisa empujó el pasto y las hojas revolotearon afuera del hospital. El retumbar de los altos pinos meneándose de derecha a izquierda le otorgaba a la atmósfera un ruido ensordecedor.

Mi amado... en un instante mi cabeza se vino abajo; un costal de cien kilos de hojas de girasol atado a mi cuello. La alfombra antigua; mis pisadas no eran las primeras en retroceder en aquel cuarto, mi boca no era la primera en quedarse sin palabras. Tosió una y otra vez, y nuevamente cuando se llevó la cobija hasta los hombros.

Los cristales se agitaron, pero el lápiz en el cerrojo no cedió. Me acerqué a la ventana. Ojos convertidos en lamento, la misma mirada que he visto en el espejo de mi madre. En el reflejo también lo vi a él, al que tanto me había cuidado y tanta felicidad me brindó: mi Alexander.

Sostuve sus dedos lánguidos. El viento aumentó. Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa. Los cristales temblaron.

Con esfuerzo logró despegar sus labios:

—Te amo. —Un susurro tan familiar escuchado por última vez.

El aire se metió por el resquicio que se había formado entre las hojas de la ventana.

Crack.

Tragué mis miedos y tristezas. El frío me acaricia la espalda y el aire azotó de nuevo, esta vez con un golpe duro y seco. Los ojos profundos de Alex me atraparon. La brisa resopló con furia. La fuerza dejó los músculos de su cuello y su cabeza cayó.

Silencio.

El lápiz se quebró, la ventana se abrió y la corriente entró en la habitación. Los ojos de Alex se cerraron. Quedé completamente sola. Mi Alex, mi dulce Alex. El viento golpeó contra las paredes. Me rodeaba, me bañaba. De alguna manera el viento intentaba consolarme.

Cuarta Parte

27 Nicole

Las luces de la ciudad alumbraron la vía Seretse Khama. A veces, en las noches más iluminadas, solía imaginar que la oscuridad desaparecería completamente. El sueño de cualquier corazón herido. El reloj marcó la 11:30 de la noche.

Me levanté de la banca, cerré mi abrigo, me acomodé la bufanda y caminé por el camellón entre los asbestos y los cerezos. Había silencio. Por eso prefería caminar por las noches ya que en las mañanas estaba llenó de parejas corriendo.

Cuando Alex falleció me sentí vacía. Estuve en el departamento cuatro años antes de que la soledad fuera demasiado grande para quedarme. Vendí la veteranía a uno de los viejos amigos de Alex. Tomé todas las cosas del departamento: los cuadros, la ropa, los sofás, la cama, a nuestro perro Astruz y regresé al único otro lugar donde podía sentirme en casa.

Mi madre se negó a rentar la casa cerca del parque cuando se mudó al campo de girasoles. Estaba descuidada. Cuando entré; la puerta rechinó y estoy segura de haber visto un par de arañas esconderse. Astruz entró corriendo y ladrando hasta la cocina. Mis zapatos dejaron huellas en el polvo. Cada escalón que subí generó un chirrido. Abrí la puerta de mi cuarto: muebles amontonados, ropa sin usar, una cama llena de cajas y una ventana cerrada.

El cuarto de mi madre estaba vacío. Bajé y ayudé a Bobby, Sara y Liz a bajar mi cama y el colchón que trajimos en la camioneta de Alex. Logramos subirlo al cuarto principal después de tres intentos y casi dejar a Liz aplastada en el barandal.

Bajamos el resto de libros, revistas, adornos, cuadros y mi ropa. Cambiamos un par de cajas de mi carro a la camioneta, nos limpiamos las manos, pedí comí mexicana y les invité unas cervezas, que disfrutamos sentados en el piso ya que la sala de Alex seguía envuelta en plástico y yo quería primero limpiar y sacudir antes de desempacar.

—Nos podemos quedar, ¿sabes?—dijo Sara cuando los despedí en el marco de la puerta.

—No te preocupes, estoy bien. De hecho estoy algo emocionada por

arreglar la casa. —Tomé un mechón de pelo rojizo que colgaba junto a su oreja y lo acomodé. —¿Cómo es vivir con Bobby?

—Divertido, cuando nos dimos cuenta que ambos somos un fracaso en el amor también me di cuenta que lo amo como a un hermano pequeño, ¿sabes? Además es lindo tener a alguien con quien viajar y con quien platicar en las noches... —Se mordió el labio y acomodó sus lentes. —Disculpa.

—No tienes que disculparte, me alegra que tengan... lo que sea que tienen. Es una amistad muy linda. Entiendo, pero a partir de ahora he decidido aceptar su invitación y viajar con ustedes. —le entregué las llaves de la camioneta.

—¿Estás segura?

—Sí. Ya se lo dije a Bobby; tener la ropa de Alex aquí va a ser algo extraño. Lo amé y tengo las cosas que más me recuerdan a él. Además es un milagro que esa camioneta todavía arranque y yo ya tengo carro, imagíneme manejando ese camioneton para llegar al hospital.

Bobby se acercó y me dio un beso en la mejilla. —Extraña. Cualquier cosa que necesites aquí estaremos.

—Gracias por todo, chicos.

Liz salió de la casa con un grito:

—¡Adivinen quien acaba de ser nominada en el festival Eros con su octavo comercial como Directora Creativa!

Felicitamos a Liz y quedamos en ir por la noche por un trago a *la Tabernilla*. En cuanto cerré la puerta y tomé un respiro. Era bueno estar de regreso. Era volver a un lugar mágico, donde cosas inimaginables podían pasar.

Abrí las cortinas y dejé a la luz del sol tocar las paredes que llevaban tanto tiempo a oscuras. Abrí la puerta del jardín y Astruz salió a revolcarse en el patio. Ninguno de los dos había sido feliz en el departamento. Conecté el refrigerador. Abrí la caja con los platos envueltos en periódico y los desarrollé.

Una nota llamó mi atención con su título:

Premian a Timothy Akiyama por la novela: *Como matar a un fénix en medio de una tormenta eléctrica.*

Me hizo feliz saber que se había vuelto un escritor y recordé verlo en su cuarto hace tantos años escribiendo cuentos y doblando las hojas en figuras de origami.

Por la noche, cuando regresé de *la Tabernilla*, miré a la casa que solía ser de Timy. Ahora estaba mejor arreglada que cuando me mudé al departamento de Alex. Una pareja anciana solía vivir en ella. No recordaba haber visto el carro color azul que ahora estaba en la entrada y el jardín se veía mucho más cuidado ahora gracias a que podaron los árboles de enfrente en forma cuadrada.

Entré a mi casa y continué sacando mi ropa de las cajas. De música de fondo puse la película *Casa Blanca*. Esa semana pinté la casa, arreglé ambos jardines, el barandal, las escaleras y coloqué todos mis adornos.

En la sala puse algunas tablas para colocar libros y películas. Ya había terminado de colocar todo cuando deslicé la última novela sobre el libreo y...

¡ZAS!

Se vino abajo todo. Al día siguiente tuve que pedirle ayuda a Sara.

Ya solamente me faltaba arreglar mi antiguo cuarto y lo que solía ser el estudio de mi padre, pero estaba cansada y quería llevar a Astruz a pasear al parque. Todo era exactamente como lo recordaba. Excepto la heladería donde ahora atendía también un niño pequeño con una boina roja tapándole los ojos.

Recordé aquella tarde donde un rayo cayó del cielo. Los días pasaron en el calendario, los meses envejecieron los pastizales y ahora tenía 16 años más en mi espalda. Bajé de la colina del árbol torcido y regresé a casa.

Al entrar escuché el eco antiguo de los gritos de mi madre y el beso en la mejilla que me daba al terminar de desayunar. La casa se sentía sola. Pensé en ir a vivir con mi mamá y mis tíos en el campo de girasoles, pero este lugar era un ente ahora y tenía tanto de mi historia como yo de la suya. Seguía pensando que aquí podría pasar algo mágico.

La mañana siguiente me levanté temprano, abrí la puerta de mi antiguo cuarto donde descansaban: cajas empolvadas, maletas, zapatos viejos y ropa usada. Comencé mi tarea y moví los muebles empolvados, tiré la basura acumulada por los años y llené bolsas con todo lo que podría donar.

Terminé de limpiar el buró y me quedé absorta por unos segundos. Busqué en el primer cajón y al fondo encontré la foto que Timy me había dejado el día que se fue. Su sonrisa me llevó al pasado. Me atacó la culpa de pensar en otro hombre. Me sentí como mi mamá y odiaba pensar en que después de tantas quejas ahora comenzaba a entenderla.

Las palabras de Alex resonaron en mi mente:

—No quiero perder al amor de mi vida dos veces.

Meneé la cabeza y suspiré.

El rugir de un motor encenderse me regresó a la realidad. El sonido provenía de la calle. Moví la cortina y vi una figura de chamarra café y cabellera rojiza entrar a la casa de enfrente. Mi garganta se secó. Hacia mi ventana miró un rostro juguetón y un puñado de pecas: Timy.

Una mujer joven y delgada, con un sombrero grande cubriendo su cara, caminó hacia el carro azul. Detrás de ella corrió una niña pelirroja y la tomó de la mano. Las uñas de ella estaban recién pintadas con un barniz carmesí. Recordé el cadáver que diseccioné en la universidad y meneé la cabeza.

Timy y yo mantuvimos una mirada entrelazada mientras la mujer y la niña subían al coche. Mi corazón se sentía más pequeño y pesado. Saludé y cerré las cortinas.

Por más que lo intenté no pude sacar a Timy de mi cabeza, regresaba a mi mente como uno de esos sueños continuos donde despiertas antes de poder terminar la historia.

No me había animado a hablar con él desde que lo vi, ni él conmigo. Nos encontramos la mañana siguiente cuando salíamos al trabajo. Timy subió a su carro y partió después de un saludo triste.

Ese día regresé de mi consultorio por la tarde y vi a Timy dirigirse al árbol torcido; los hombros y la cabeza baja. Disminuí la velocidad y noté que venía solo. Me estacioné junto a la acera y lo seguí.

Paré en la heladería del quiosco y llegué con un helado de limón con cubierta de chocolate y uno de chicle. Sin decir una sola palabra me senté junto a él.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y le di el helado.

—No sé porque estoy aquí. Sólo... Sentí nostalgia. Quería platicar contigo, pedirte una disculpa. No sé si tú querías volver a verme o sí que me mudara interrumpió tu vida con tu esposa.

—Mary... —Sonrió sin mostrar los dientes y mirando a lo lejos.

—¿Por qué decidieron regresar a Amenti? —pregunté después de un largo rato. —Pensé que odiabas esta ciudad. No te imaginaba con una familia aquí. Tu esposa y tu... hija.

Parecía que estaba a punto de reír. Respiró profundamente aguantando una carcajada

—Necesitaba inspiración. Llevo seis meses sin poder sentarme a escribir, así que vine. Venimos. Creo que siempre quise regresar; sentía que este lugar me llamaba desde la distancia.

—¿Estás bien?

—Perfecto. —dijo entre risas.

Miré alrededor. No sabía si se estaba burlando de mí.

—¿Qué tipo de novela estás escribiendo ahora?

—Una historia de amor.

—Pues es bueno tenerlos como vecinos, esta ciudad se había empezado a sentir solitaria.

—¿Y tu esposo?

Escondí los labios:

—Falleció.

Me abrazó. No dijo lo siento, no me preguntó: ¿cómo? Sólo me sostuvo entre sus brazos y su calor me hizo sentir más triste. El toque de electricidad de siempre recorrió nuestras manos. Se me salieron un par de lágrimas y me aparté para limpiarlas.

—¡Ay! No sé qué me pasa, tenía mucho que no lloraba.

Usé la mano con la que no agarraba el cono para ventilarme.

—Hum... Si necesitas algo de verdad no...

—Estoy bien, en serio.

Su cara se inclinó y reconocí la pena. Era el rostro con el que todos platicaban conmigo, excepto mi mamá.

—De verdad estoy bien, no me veas así. Me tomó tiempo, pero logré entender que vivimos muy felices el tiempo que tuvimos. Aunque fue poco. Siempre lo recordaré y, no sé, si hay algo después de la vida, supongo lo volveré a ver.

—Wow... Cuánto hemos cambiado.

—¿Y tú? ¿Cuántos años tiene tu hija?

Timy se volvió a atacar de la risa.

—¿Qué? No te burles de mí... ¿Por qué te estás riendo?

—Mary es mi hermana menor. ¿No te acuerdas de ella? Mi *sobrina* se llama Leonor y tiene 8.

Me puse roja como una fresa.

—Pensé... —No pude terminar y comencé a reír con él.

El sol brillaba mucho, el aire era menos pesado que antes. Creo que... estaba feliz.

Después de diez minutos de risas y cuando nuestras caras estaban regresado a su color natural Timy se acostó en el pasto y suspiró.

—Nunca me casé. La verdad es que nunca te pude olvidar. Creo que... Hum... no quise estar con nadie más.

Mi corazón se tambaleó.

—¿Por qué te mudaste?

—Mary y su esposo compraron esa casa y pensé que tal vez hay algo en esta ciudad que me hace falta. Por lo menos todas las otras ciudades que visité les faltaba algo. En todas ellas me sentí incompleto.

—¿Qué les faltaba?

—No lo sé. Un árbol torcido. —Miró mi mano, la cicatriz y mi anillo de matrimonio. —Creo que ambos podríamos necesitar un amigo. Y no te preocupes decidí dejar de perseguirte, uno puede seguir a una chica cierta cantidad de años antes de que pase de romántico a el tipo raro que te mira por la ventana y creo que estaba a punto de entrar a la segunda categoría.

—Creo que eres la imagen de ese gremio.

Reímos nuevamente y suspiramos al ver el atardecer.

—¿Alguna vez volviste a pensar en mí, Nicole?

Una chispa destelló en mi mirada.

—Siempre te he recordado. Digo no me malentiendas, amo a Alex con todo mi corazón. Pero... siempre has sido Timy, mi Timy; desde aquella tormenta. No quería creer que uno pudiera amar a dos personas, mi mamá nunca lo hizo. Resulta que no importa lo que hagas la vida siempre sabe más que uno. Tardé en entender por qué Alex aceptó casarse conmigo después de todo lo que pasó antes de la boda. Él me entendía, también amaba a dos mujeres.

—Tendría que haber estado loco para no casarse contigo.

—Siempre tuve una sensación de tristeza por pensar que jamás te volvería a ver, mi vida ha sido una serie de contradicciones y sentirme culpable por amarlos a los dos.

—Yo he vivido la mía enamorado de un recuerdo. Hay algo en las tormentas que me hace pensar en la magia y la vida, igual que tus ojos.

—¿Estas intentando coquetearme?

Timy sonrió mostrando todos los dientes, esa sonrisa me había perseguido toda mi vida.

—¿Después de todo lo que te hice, Timy?

—No lo sé. Debo admitir que no tengo absolutamente idea de cómo funciona el amor. No sé por qué amamos. Por qué el dolor sabe tan dulce cuando proviene del cariño. Tal vez es lo único que sé hacer, amarte. Lo he hecho desde que era un niño y me volví bueno en ello, en recordarte y escuchar tu risa en mis sueños. No sé si es el destino lo que nos llevó a estar

juntos antes de tu boda, pero ese beso, me dio para escribir todos mis libros. No soy perfecto, Nicole. Me tomó tiempo darme cuenta que fue mi cobardía la que me hizo perderte y sin embargo con cada día que pasa, no estoy arrepentido de haberte amado, al contrario, soñaba con un día encontrarte de nuevo, aunque fuera solo para verte feliz con tu esposo. Imaginaba que tendrías una familia. ¿Recuerdas cuando te dije que me iría a Irlanda con mi padre? Platicamos cada segundo de esa noche antes de que partiera. Yo era pobre, cobarde y enamorado... ahora solo pobre y enamorado. Aquí estamos. En el árbol que sólo veía en recuerdos. Amenti ha crecido tanto. Ya no nos vemos tan jóvenes, pero sé que todavía podría soportar un millón de rayos a tu lado. ¿Qué ves en tu futuro, Nicole Astiti?

—No lo sé, ya no pienso en el futuro. Pienso en el pasado... Alex decía que cuando una fuerza imparable choca contra un objeto inamovible, la fuerza al fin para y el objeto al fin se mueve.

—Un poco en contra de lo que representan. Creo que lo poético de esa frase no es el resultado, sino que ambos están destinados a encontrarse.

—¿Timy, podrías amar a una mujer con medio corazón? ¿Una mujer maldita? Todos los que me aman mueren.

—Nunca le he tenido miedo a la muerte, Nicole. Me iré cuando me tenga que ir. Tú has amado un corazón de papel y tinta toda tu vida, yo un recuerdo, tú un anhelo. Podría amarte aunque estuvieras hecha de la hojarasca del otoño, o de la brisa del invierno.

28 Christopher

Invierno. Las últimas semanas de mi vida seguí escribiendo las cartas para Nicole y unas cuantas para Helena. Me siento en mi escritorio a media noche, prendo un cigarrillo y le doy cuerda a la tonada de una caja de música que nos regaló mi madre cuando compramos la casa. Siento tan cerca el día que dejaré de ver a Helena que rara vez salimos, me quedo con Nicole a jugar y cuando mi esposa regresa a la morada la gozo a ella. Los tres nos acostamos y miramos programas sin sentido.

Por las noches Helena y yo le leemos a Nicole antes de dormir y cuando nuestra hija está sumida en aquel sueño inocente le besamos la frente como el día en que la conocimos. No importa que lo esconda, debo decirlo. Estas son mis últimas páginas.

Helena se sienta en una silla frente a su tocador para desmaquillarse y arreglar sus caireles antes de dormir. Llego sin playera, luciendo mi cuerpo raquítico y abrazo por detrás a mi esposa para darle un beso en la frente.

Helena me mira con ojos de amor y trata de no bajar la vista a las costillas que ahora se notaban en el torso que alguna vez fue un tanto musculoso. Lloro cada noche en cuanto nos acostamos y después hacemos el amor como si fuera la última vez que nos podremos tocar. Yo dejo de levantarme en las madrugadas para fumar, prefiero pasar aquellas horas de insomnio admirando a Helena o escribiendo cartas.

Una noche llego como acostumbro para abrazar a mi esposa por detrás y besar su frente. Helena se levanta y se esconde en mis brazos.

—Ponte una playera por favor.

—No. No quiero que te tome por sorpresa, Helena. Por primera vez no quiero sorprenderte.

Helena deja salir su llanto y le doy un beso. Le pido que tome vacaciones de su trabajo. Su llanto incrementa y se escuchan los pasos de Nicole sobre la duela de madera corrieron al cuarto.

—¿Papi?

Nicole alarga los brazos queriendo que la cargue su padre. Helena se limpia las lágrimas y alza a Nicole. Me parte el alma, mis malditos brazos ahora son muy débiles, llevo tanto tiempo sin poder cargar a mi hija.

—Papi está cansado, princesa.

Me recuesto en la cama y Helena pone a Nicole arriba de mí y se acuesta a mi lado recargando su mejilla en mi ausente pecho. Así disfruto esa noche, con Nicole aferrada a mi cuello y Helena a mi brazo izquierdo. Trato de calmar mi dolor. No quiero que mi hija me vea llorar.

El día se acerca, otro mundo me llama. Por hoy, paso mis dedos huesudos por el cabello de Helena y absorbo el dulce aroma de su perfume. Las mujeres más hermosas de la tierra descansan junto a mí.

Sepan aquellos interesados, que yo sabía que mi muerte vendría, la veo acercarse. Vivo cada día con amor y gozo de quienes no puedo concebir perder. Vivo más de lo que viven muchos aunque fuese tan rápido. Vivo con ansias y sonrisas, lucho por el amor que reposa en los corazones de mi gente. Porque al final de toda vida, cualquier cuento, cualquier sueño... al final todo termina siendo una historia de amor. El que no ama no tiene historia y el que no tiene historia realmente nunca vive.

Esa semana nos encerramos en la casa y vivimos mis últimos días. Cada segundo se desvanece, ya no importa mirar el reloj. Una noche después de dormir a Nicole, llevo a Helena al balcón, su rostro se llena de emoción al ver el balaustre rodeado de luces, dos copas de vino en la mesa y una tonada sonando en la radio. Le pido la mano con una reverencia.

—¿Puedo?

Helena se sonroja y acerca su mano.

—Está usted muy hermosa hoy.

—Por favor no diga eso. Estoy casada. —Helena se ríe coquetamente.

—Déjelo. Escápese conmigo. Estoy seguro que la puedo amar más que cualquiera.

—Sus ojos parecen no mentir, pero mi esposo lo mataría, tal vez nos mataría a ambos.

—Vale la pena por su hermosura.

Helena sonrío.

—Señorita acaso sólo soy yo el que siente esta ráfaga de amor moviéndose dentro del cuerpo. Me hace sentir... ¿Cómo decirlo? Invencible.

—Termino con una tos que hace vibrar mis tímpanos.

—Se ve cansado. ¿Está seguro de que puede llevarme el paso si nos escapamos?

—Si usted me lo pide estoy seguro que puedo hacer cualquier cosa.

Después de un largo beso, seguimos nuestra danza en silencio. La luna

baña las mejillas de Helena y la noche mantienen mi figura escuálida escondida.

—¿Serás mío por siempre?

—Sólo tuyo y de la muerte.

—Te amo y siempre seré tuya aunque la vida nos separe. Te prometo cuidar de Nicole.

—Sé que lo harás. —digo con un susurro. —Yo te prometo mandar al viento a cuidarlas.

—Ha pasado todo tan rápido, me hubiera gustado vivir más días a tu lado, sin tan sólo te hubiera pedido que me llevaras a mi casa desde que te conocí.

—Mi amor, mi vida se resume en amarte, antes de estar contigo tal vez no estaba realmente vivo y ahora que estoy contigo nunca podré morir.

Dejamos de bailar. Helena se cobija de sus miedos y penas en mis brazos. Terminamos la botella mientras platicamos de historias antiguas casi olvidadas en el tiempo. Nos besamos en nuestra cama, ella toca mis huesos con la palma de su mano y yo acaricio su cuello. Muerdo su labio con gracia y sostengo su cintura. Somos el uno para el otro. La luna fue testigo de nuestro amor eterno tantas noches que Helena y yo nos rendimos ante el placer de amarnos con locura. Hoy el amanecer es verdugo de la última vez que beso sus labios.

Esa mañana Helena y Nicole salen a comprar algunas provisiones necesarias para nuestro enclaustramiento. Tomo el momento para escribir una carta a Nicole. Prendo un cigarro y pongo la caja de música que mi madre nos regaló. La tonada lúgubre de *Für Elise* llena mi oído, casi sin poder escuchar, y mi pluma rasga contra las hojas.

Escucho a Helena y a Nicole abrir la puerta y me apresuro para terminar la carta. Estoy a punto de firmar como siempre lo hago:

Te amaré a través del tiempo y la vida.

La melodía está llegando a su clímax, me levanto rápidamente y siento un estruendo en el tímpano y en la parte trasera de mi cerebro. Caigo rendido contra el suelo, mi cuerpo escuálido se quiebra. La vida misma suelta los hilos que me mantienen parado. Mis ojos se cierran y escucho aquella tonada que proviene de la caja de música seguir tocando, como si no supiera que está presenciando una terrible tragedia. No hay nada más tétrico que una melodía sin nadie que la escuche, pues el lúgubre sonido toca solamente para los

fantasmas.

Mi corazón se detiene por completo. Pisadas suben las escaleras. Mi tiempo no fue más que un breve ditirambo a la muerte y un gran elogio a la vida. Suelto la última carcajada de mi vida y una última lágrima baja a mis mejillas. Te amo Nicole. Te amo Helena. Enviaré al viento a cuidarlas. De verdad espero existan los girasoles eternos, confíen en mí... tejeré un cielo con sus sueños.

29 Nicole

Era media noche, el viento entró por el balcón, se coló bajo las cobijas y me despertó. Dejé a Timy dormir y salí de la cama. Me puse mi bata de baño floreada. La seda se pegó a mi cuerpo y a pesar de sentir frío salí del cuarto sin hacer un sólo ruido.

Bajé a la cocina y me tomé dos dedos de whiskey en una taza de café. Había tenido un sueño inusual y recurrente que jamás lograba terminar: a mi padre mirándome desde la distancia y sus cartas cerradas cayendo desde el cielo a una fogata. Y yo entregándole las cartas a un niño pelirrojo.

Subí las escaleras y me detuve ante los tres cuadros colgados en la pared: la foto tomada hace tantos años de Timy y yo en medio de una que nos tomaron a Alex y a mí en el campo de girasoles y otra de mi padre cuando le propuso matrimonio a mi mamá.

Entré al cuarto donde dormía de niña. La puerta hizo un lúgubre rechinido. Había dos maletas sobre la cama, un escritorio casi vacío y el buró. Si alguna vez algo mágico sucedió en aquel recoveco del mundo, hace largo tiempo la esencia de ese antiguo encantamiento había desaparecido. Abrí el closet, repleto de ropa vieja y un par de zapatillas rosadas.

Cerré la puerta del cuarto y me quedé inmóvil frente a la puerta del estudio. A pesar de mudarme hace dos meses, no había arreglado ese lugar. No sabía cómo se veía por dentro, jamás había entrado. El interior era un mito desde que yo era niña. Recuerdo verlo una vez cuando me enfermé de varicela. Mi mamá se quedó en casa para cuidarme y esa mañana después de dejarme dormida en su cama, se dedicó a los quehaceres del hogar. Desperté, bajé de mi cama buscándola y la vi barriendo ese espacio, intentaba tararear un canción pero la melodía se perdía en su llanto.

Giré la perilla y abrí. Era pequeño. Un cuarto común y corriente. Solitario y real. Mi mamá se había llevado todo cuando se mudó, solamente olvidó una caja de zapatos en medio de la habitación.

Me agaché para recoger la caja. Al levantarla, la tapa se venció y su contenido se desplomó en el suelo. Todas las cartas de mi padre tapizaron la duela. Mi corazón bajó de mi pecho y caí de rodillas. Pasé tanto tiempo odiándome por haberle pedido a mi madre que las quemara. Aquí estaban

todas. Cada papel antiguo con las palabras de mi padre grabadas en tinta.

Mis ojos se humedecieron y limpié lo mejor que pude mis cachetes. Tomé las cartas y las guardé en la caja nuevamente.

La presencia de los años se hacía presente en el olor a humedad y en el color de los papeles. Me senté en el piso del estudio y saqué las cartas, una por una. Primero los sobres abiertos: mis cumpleaños.

Mis ojos se entumecieron con cada pincelada de tinta y aun así no podía dejar de leerlas.

En mis manos estaba ahora una carta que leía:

Cuando Ruperto se mude conmigo.

Tantos años puse en pausa esa carta, todas ellas. Pasé la madrugada leyendo, imaginando a mi papá sentado en su escritorio escribiendo junto a una vela. Quedaban sólo dos cartas en el fondo de la caja y un motón apiladas junto a mí.

Mi última carta y Tu Boda. El sobre de la segunda estaba entreabierto, pasé mi dedo por las letras y escondí los labios.

Siempre estuve enojada con mi padre por haberme tenido a sabiendas de que no podría verme crecer, más de una vez lo culpé por morir. Desde el inicio de mi relación con Alex fui clara y le mencioné que tener hijos no estaba en mis planes gracias a su condición cardiaca, no le haría a un niño lo que me hicieron a mí. ¿Por qué mi padre no pudo hacer eso?

Para tu Boda. Abrí la carta con la “V” rota y leí:

Nicole: Mi bella hija. En estos momentos debes ser más grande de lo que yo fui cuando me casé. Al menos eso espero porque platicué con tu madre y ambos estamos de acuerdo en que no tienes permiso de casarte antes de los cuarenta años.

Hay algo de lo que nunca te he hablado por la pena que tengo de contarlo. Soy un cobarde. Cada día de mi vida lo viví con miedo a la muerte hasta que me atrapó el cáncer y no volvía a tener miedo hasta el día en que tu madre me dijo que estaba embarazada y yo... le pedí que no te tuviera, discúlpame es algo que yo no podré hacer jamás. El siquiera recordar que pensé en ello...

Ese día, había una sonrisa en la mirada de tu mamá imposible de plasmar con letras, tal vez no soy tan buen escritor como pensé. Tuve

miedo de dejarlas, tuve miedo de partir antes de poder verte. No quería que crecieras sin un padre, nunca lo quise. Pero cuando te vi mi alma se iluminó. Tenía veinticuatro años y me sentía el hombre más afortunado del mundo, que ironía. El paciente con cáncer terminal dice que es el hombre más afortunado. Pero lo soy, cada que te miro estoy seguro de ello y me parte el pecho saber que nunca te veré crecer, caminar por el altar, tener una familia.

Tu boda. No me queda más que desearte felicidades. En el sobre encontraras dinero para tu vestido. Sé que el padre tiene que pagar la boda, pero no cabían tantos billetes en el sobre. Así que para un vestido será.

Te amo, Nicole y cualquier persona con la que decidas estar, será perfecta para ti, siempre y cuando te mire con esos ojos ciegos de enamoramiento eterno, siempre y cuando su corazón en vez de palpitar diga tu nombre, que se cuiden mutuamente, pero lo más importante es que sean mejores amigos y que se hagan reír. Claro, las risas son lo más importante. La vida no es siempre como la imaginamos, tiene tantas bajas, tantos momentos tristes, pero con la risa y el amor se pueden vencer a todos. Eso es lo que agradezco de ambas mujeres en mi vida.

Tu madre es mi mejor amiga, reímos en todo momento que podemos y tiene una risa tan especial y fuerte. Tú no hiciste más que hacerme sonreír y dejarme amarte. Trajiste contigo una magia muy especial a Amenti, una magia que heredaste de tu mamá, son capaces de hacer sonreír a un hombre muerto, de transformar una pesadilla en un mundo de fantasía.

Si hay algo justo en este mundo es que tu tengas la felicidad que yo te robé, que te cases y vivas feliz por siempre como los cuentos que te leo, que en tu mundo no exista la desdicha.

A donde quiera que vaya, el día de tu boda lo observaré desde el cielo y sonreiré. Le diré a quienes estén conmigo: ¡Yo le compré el vestido! Si pudiera desear algo en esta vida, sería poder ver tu sonrisa ese día.

Comienza una vida feliz con este paso, una vida de risa, amor, cariño y respeto. Una vida de amor eterno y recuerda que no existe nada en este mundo que pueda vencer al amor.

Un beso para ti mi princesa, desde el cielo te lo llevará el viento.

Con eterno amor de tu padre. Te amaré a través del tiempo y la vida.

Papá

Dejé la carta en el montón y limpié humedad de mis mejillas. Miré extrañada la última carta. Las letras en el sobre no era la escritura usual de mi padre, rápida, pegada, alargada, las “i” carecían de virgulilla y el trazo era una mezcla de letra cursiva y de molde. La letra del sobre era redonda, cuidada, con cada “i” puntuada con una virgulilla casi perfecta. Era la escritura de mi madre.

Abrí el sobre, mis manos temblaron. Está era la última carta de mi padre. Era una sensación vacilante, un malestar corporal que traía arrastrando desde de mucho tiempo atrás. Tal vez realmente nunca estuve enojada con él, tal vez solamente no quería llegar a la última carta porque al hacerlo se acabaría todo. Al abrir ese sobre toda la magia saldría de él y se perdería por siempre. Jamás leeré algo nuevo de mi padre. Será como despedirme de él por siempre.

Regresé el sobre a la caja. La puerta chirrió y levanté la mirada. Timy se acercó, entre bostezos y limpiándose la lagañas, me preguntó que hacía tan temprano levantada. Dio un vistazo a la pila de sobres, se arrodilló frente a mí y posó su mano en mi rodilla. Me limpió las lágrimas y me abrazó.

—No estás sola.

—No quería tenerme. —respondí en llanto. —Llevo tanto tiempo culpándolo por dejarme y cuando lo leía simplemente no entendía por qué me tuvo si no iba a poder estar conmigo. Pensé que había sido por egoísmo que simplemente quería vivir toda su vida en el tiempo que tenía y por eso me tuvo, porque quería saber que era tener una hija. No podía creer que fuera tan egoísta. ¡Tenía 24 años! No era más que un niño aterrado. Ahora no quiero leer su última carta. Sé que suena tonto que tengas una pelea con un fantasma, pero realmente no siento que creciera sin un padre. —Saqué del sobre anterior unos cuantos billetes y agregué. —Me dejó dinero para mi vestido de bodas. ¡Maldita sea! Me siento tan mal por no haber leído todas sus cartas cuando debía leerlas. Le pedí a mi mamá que las quemara y tuvo que dejarlas tiradas en una caja de zapatos por un berrinche. Me negué a creerle a mi mamá porque no entendía cómo pudo simplemente dejar su vida amorosa solamente porque mi papá murió y ahora la entiendo un poco más.

—Tu mamá es muy feliz. Tiene fe en que lo volverá a ver.

—Pero no es eso. Entiendo que no saliera de citas, lo entiendo por qué yo

también planeé dejar de hacerlo cuando murió Alex, si no te hubiera encontrado al mudarme jamás hubiera intentado estar con otra persona. Siento culpa por estar contigo, como si no hubiera amado a Alex lo suficiente. Yo también perdí al amor de mi vida.

Hubo un silencio que aumentaba el peso en los hombros de ambos. Comencé a pensar en lo que habría sentido Timy. En su mirada vi cómo lo había destruido escuchar esas palabras, pero no era mentira. Alex también fue el amor de mi vida y siempre quise estar con Timy. Dejarlo el día de mi boda fue una de las cosas más difíciles que hice. ¿Por qué sentía esta contradicción el pecho?

—Hmn... —se sentó a mi lado. —Nicole, el amor no es igual en todos los casos, hay algunos que aman una vez en la vida, tu amaste dos. Sé que cuando me dices que soy el amor de tu vida lo dices en serio y también sé que Alexander lo fue. No puedes poner reglas al amor, nos amas a los dos, incluso ahora lo puedo ver cuando piensas en él. Cuando tu mirada se pone distante, tus cejas bajan un poco, escondes los labios y te quedas callada, en esos momentos sé que estas pensando en él. Lo entiendo, de las cosas que me has platicado de él parece que fue un gran hombre y te hizo muy feliz. Cuando comenzamos a salir sabía en lo que me estaba metiendo, pero jamás creí que el amor fuera algo limitado.

Me acerqué a Timy y besó mi frente:

—¿Crees que Alex estaría bien con esto?

—No tenemos manera de saber qué piensan nuestros muertos, sólo podemos imaginarlos por lo que nos dejaron. ¿Recuerdas que me dijiste que debí haber tomado ese tren? Nunca entendí por qué no lo hice, hasta el día en que tú te fuiste. Verás, la noche antes de tu boda no dejé de seguirte. Te vi sentada en la banquetta, llorando, marqué a tu casa y me contestó Alexander. Le dije que saliera que lo necesitabas y colgué. No subí a ese tren porque no quería lastimarte más, cada día que pasaba era más obvio para mí que si estábamos juntos te haría lo que mi padre nos hizo a nosotros. Me tomó todos estos años darme cuenta que no soy mi padre, pero en el momento no lo sabía. Así que te vi enfrente de tu casa y pensé que si realmente te amaba tenía que dejarte ser feliz, aunque no fuera a mi lado. Créeme, cuando lo vi salir y abrazarte, supe en un instante que mi presencia solamente te iba a ocasionar más dolor. Creo que el amor es poder ver a la persona que amas y ser feliz por su felicidad es dejar de ser egoísta y preocuparte también por el otro. Por eso no creo que Alexander quisiera que vivieras tu vida sola o que te culpara por

ser feliz. Por lo menos, sé que yo no querría eso, querría que sonrieras. ¿Eres feliz conmigo?

Afirmé con la cabeza y tomé la carta de mi padre del fondo de la caja.

—¿La lees conmigo?

—¿Al fin voy a conocer a tu papá? Qué nervios.

—Sí, al fin lo conocerás. —dije dándole un codazo.

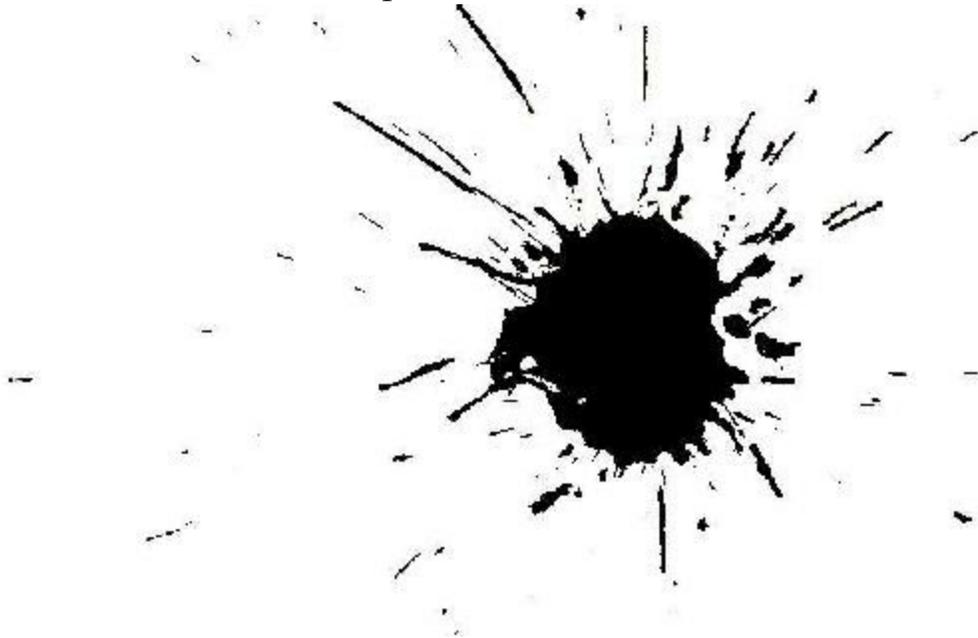
Abrí el sobre, esta vez mis manos no temblaron. El cuarto se iluminó cuando saqué la carta. Calló un papel con la letra de mi madre, en ella decía que esta carta no la había logrado terminar mi padre. Murió mientras la escribía, le había costado a mi mamá toda su fuerza guardarla en el sobre y escribir las palabras en él.

Mi padre había cambiado mucho en los últimos días y mamá había pensado mucho tiempo en si darme esta última carta. Al parecer se notaba muy decaído en sus palabras, decía muchas cosas que podrían llegar a herirme, pero no podía quitarme el derecho a leerla. Sólo podía prepararme para ello y recordarme que fue un gran hombre y fui lo único que hacía brillar su mirada en los últimos días.

Nicole: Mi princesa, te amo. Por favor discúlpame, pensé en no darles estas cartas. Un día después de que naciste pensé en huir, pensé en dejarlas a ambas para que tú no me recordaras y Helena me odiara y pudiera enamorarse de nuevo. Espero no estés leyendo estas cartas, espero de verdad que se olvidaran de mí y ahora sean una familia. Justo cuando iba a salir y escapar, escuché tu llanto y te miré, con ojos de hombre enamorado. Dijiste “te amo” o por lo menos de mi lado del cuarto eso fue lo que entendí. No podía dejarlas. ¿Qué clase de padre sería? ¿Qué clase de padre soy? Te dejaré sola, soy un padre ausente, ódiame hija mía, ódiame con todo tu corazón con toda fibra de dolor. Aborréceme por mi existencia, porque yo lo hago, tal vez al fin tengamos algo en común. Discúlpame, por amor de dios, discúlpame por no tener la fuerza de vivir más tiempo, por no vencer mi enfermedad, por no haber luchado contra el cáncer cuando lo descubrieron, discúlpame por tener debilidades y ser un hombre fracasado. Llórame si me has sentido cerca, si has escuchado mi voz y por alguna magia logré ser un padre, mas no me llores tanto, pues no hay gasto más insensato que llorarle a un muerto de hace años, es abrir una herida eterna, cada lágrima es destrozar con punzadas en el

corazón.

Disculpen mis amores de mi vida, por dejarlas y pensar siquiera un segundo en hacerlo antes. Las miraré desde donde sea... y amor mío, mi princesa eterna, la verdad espero exista un paraíso eterno, si no lo hace, lo creare para ustedes. ¿Qué tan difícil puede ser crear un mundo por amor, un cielo de espera? Te amo, Nicole. Perdí todo sueño y meta cuando me diagnosticaron cáncer y después de más tiempo del que merezco, del que se me había impuesto, aquí estoy escribiéndote. Mi tiempo se siente corto. No me quedan más que unas cuantas cartas más, lo presiento. Las escribiré con el mismo amor que he escrito todas y espero mi tinta viva eternamente y logres entender cuánto te amo. Espero poder romper las barreras de la vida y hacerte ver que el amor es la fuerza más fuerte de este mundo, porque jamás dejaré de amarte. Con amor eterno de tu padre, te am



La carta terminaba con una abrupta mancha de tinta. Me encontré completamente atónita. Esta no era como las cartas que usualmente me había mandado, ni siquiera tenía un punto, como si supiera que esta sería la última. Su manera de decir las cosas, de pedirme odio y al mismo tiempo desear que lo llorara. Me desvanecí por unos segundos. Miré el montón de cartas. Pasó todo el tiempo sufriendo por no poder verme, pasó todo el tiempo intentado vivir eternamente a través sus letras para poder darme un padre.

Lo había logrado. Recordé el pasado y me di cuenta. Siempre estuvo

conmigo. El viento siempre me protegió, mandó girasoles cada cumpleaños, no olvidó ninguno. Al final tuve un padre. No era un padre ausente, el único momento en donde se sintió lejano fue cuando deje de leer sus cartas e incluso en esos momentos sentía su presencia. Hizo feliz a mi madre y me dio todo su amor, escribió hasta el último momento de su vida... Para mí.

El peso invisible sobre mi espalda comenzó a desaparecer. El color del mundo se hizo más fuerte. A partir de ese día cada que sentía el aire me sentía feliz. Lo sentía cuidándome en cada paso al caminar por el campo de girasoles, cada fin de semana cuando Timy y yo íbamos a comer con mi mamá y mis tíos. Los tornasoles parecían mirarme cuando me movía.

Sí había tenido un padre. Me había amado y había dejado su testamento de amor en sus cartas y en los girasoles. Cartas que de vez en cuando releía y olía en ellas el olor a tabaco y ese olor dulce de su colonia.

Mi vida con Timy resultó ser como en nuestra infancia. Largas caminatas en el parque y comer helado. Viajábamos y al tocarnos sentíamos la corriente eléctrica cosquillar en nuestros dedos y sintonizar nuestros corazones con la misma palpitación. Nos sentábamos en nuestro árbol torcido: él escribía y yo me relajaba de mi trabajo en el hospital mientras veía el horizonte de Amenti extenderse en la lejanía.

A la entrada de la casa coloqué un espejo como el de mi mamá y debajo una mesa con un girasol que cambiaba constantemente. No dejaría que se marchitara. Junto al tornasol puse una caja con el encendedor de Alex.

Como suele ser la vida, ni mis planes ni mi edad importaron en lo absoluto y quedé embarazada, pero ahora el ambiente a mí alrededor se teñía con una atmósfera distinta. No me molestaba tener una familia.

Al arreglar mi cuarto antiguo para el bebé, escuché un tintineo de metal en la pared. Abrí las cortinas y vi una cubeta golpear en el cristal, dentro había un paquete azul envuelto en cordones de mecate. Lo desenvolví y encontré un anillo de compromiso. Detrás de mí se escuchó la voz de Timy proponerme matrimonio.

Pocos meses después puse en uso el dinero que me había dejado mi papá para mi vestido. El día de mi boda con Timy dejamos las ventanas del salón abiertas de par en par y el viento entró con fuerza. Enfrente de mí estaban nuestros familiares: mi madre, mi tío y su familia, las hermanas de Timy con sus respectivos esposos y su madre, Sara, Liz, incluso Bobby y Miriam. Los invitados se quejaron de la ráfaga de aire frío que erizó sus pieles. Junto a mi madre, se encontraba una silla con un florero cristalino y dos girasoles

reposando dentro, mirando hacia nosotros.

Sonreí. Mi padre estaba ahí como siempre lo había estado, tan presente en mi vida, enviando al viento a entregarme a mi amado.

En una de sus cartas mi padre escribió que nací en medio de una tormenta eléctrica y había pasado mi vida esperando a que se detuviera y al fin poder ver el cielo brillando, sin darme cuenta que los momentos más hermosos de mi vida los pasé bajo la lluvia. Con eterno amor, el viento me abrazó y susurró en mi oído: *Te amo, mi princesa eterna.*

ACERCA DEL AUTOR

Maestro Stephanos Tomasis Sánchez, egresado de la maestría en Literatura y Escritura Creativa en el centro de estudios Casa LAMM. Publica en el blog: *The Travelling Word* y en revista de cuentos de fantasía y ciencia ficción.